

LAS CRÓNICAS DE MALUS DARKBLADE I

LA MALDICIÓN DEL DEMONIO

DAN ABNETT & MIKE LEE



WARHAMMER

Lectulandia

El viaje comienza...

Desde su nacimiento, Malus Darkblade ha aprendido la lección más importante de la sociedad de los elfos oscuros: acabar con los demás antes de que ellos acaben contigo. Incluso en la traicionera tierra de Naggaroth, Malus se hizo pronto infame por su naturaleza despiadada y malvada. Poco sabe el elfo oscuro que está a punto de encontrarse con una criatura tan malvada como él, incluso más, tal vez.

Las leyendas que hablan de un poderoso artefacto mágico que se encuentra oculto en las profundidades de los horrendos desiertos del Caos son irresistibles para Malus, que se pone en marcha con su séquito para conseguir más poder e influencia. En las profundidades de los desiertos, el demonio Tz'arkan tiene unos planes muy diferentes para el elfo oscuro...

Lectulandia

Dan Abnett, Mike Lee

La maldición del demonio

Crónicas de Malus Darkblade 1

ePUB v1.2

Bercebus 03.11.11

más libros en lectulandia.com

1. Sangre o dinero

El *Espada Espectral* surcaba el Mar Maligno con un vendaval invernal a popa, las velas de piel humana teñidas de color añil extendidas al límite y el agua gris pizarra susurrando a lo largo del casco, muy ladeado. Los tripulantes druchii conocían bien el oficio y, a las órdenes del capitán, se deslizaban sin esfuerzo como sombras hambrientas por la inclinada cubierta.

Vestían pesados ropones y kheitans de grueso cuero para protegerse del gélido viento, y sus ojos oscuros destellaban como el ónice entre los pliegues de oscuras bufandas de lana. Corrían por delante de la tormenta con un gran cargamento encadenado en las bodegas, aunque la peñascosa costa meridional y la desembocadura del río que llevaba a Clar Karond se encontraban a apenas unas pocas millas a proa. El viento aullaba con furia entre los negros aparejos, entonando un inquietante contrapunto para los sordos gritos procedentes de la bodega, y los marineros reían con quedas voces sepulcrales al recordar la jarana de la noche anterior.

Con una mano enfundada en un guantelete posada sobre la borda, Malus Darkblade se hallaba de pie en la proa de la nave corsaria y contemplaba las puntiagudas torres de la puerta marítima, que se alzaban ante él. Una pesada capa de piel de nauglir pendía de sus estrechos hombros, y mechones de cabello negro que escapaban de los confines de la voluminosa capucha se retorcían y danzaban al viento. Enseñaba los dientes en una mueca de sufrimiento que denotaba el intenso frío que sentía sobre el rostro. El elfo noble sacó del cinturón una prenda cuidadosamente envuelta, se la acercó a los labios y aspiró el embriagador perfume que emanaba de ella. Olía a sangre y agua salada, cosa que aguzó sus sentidos.

«Éste es el aroma de la victoria», pensó al mismo tiempo que a sus labios afloraba una sonrisa carente de alegría.

El crucero de incursión había sido una apuesta arriesgada desde el principio, y él había tentado a la suerte a cada paso. Con un barco pequeño, una tripulación igualmente reducida y una partida tardía que entorpecía la iniciativa, no bastaba con el mero éxito; nada inferior a un emocionante triunfo impresionaría a sus reacios aliados de Hag Graef. Así pues, se habían demorado a lo largo de la costa occidental de Bretonia durante varias semanas después de que sus pares hubiesen puesto rumbo a casa.

El capitán había protestado amargamente por el cambiante tiempo atmosférico y la detestable guardia marítima de Ulthuan, hasta que Malus le había puesto un cuchillo contra la garganta y lo había amenazado con tomar él mismo el mando del *Espada Espectral*. Entonces, un vendaval había comenzado a soplar desde las orillas de Couronne en medio de la noche, haciendo que todo pareciese perdido. Seis

marineros habían desaparecido en las negras olas mientras luchaban por impedir que el viento y el mar estrellaran el barco corsario contra las rocas. Pero al amanecer habían cambiado la suerte y el viento; las patrullas costeras bretonianas habían salido mucho peor paradas que ellos, ya que habían sido lanzadas contra las rocas o arrastradas por el viento al interior del profundo entrante que conducía hasta la ciudad libre de Marienburgo.

En rápida sucesión, los incursores habían atacado tres poblados de la costa y, en cuatro días de pillaje y asesinato, habían saqueado el maltrecho fuerte de Montblanc, antes de escapar mar adentro con la bodega llena de esclavos y dos cofres rebosantes de monedas de oro y plata.

Se aseguraría de que sus partidarios fuesen bien remunerados por el esfuerzo que habían realizado; había sido una maniobra peligrosa arriesgarse a provocar la ira de su familia al tomar prestados de otras fuentes los fondos que necesitaba para el viaje. Tras haber permanecido paralizado durante tanto tiempo, resultaba tentador dejar que el dinero corriera por sus manos como sangre derramada para contratar asesinos, torturadores y vauvalkas para vengarse de sus hermanos y hermanas. Una parte de él anhelaba una orgía de venganza, de tortura, muerte y agonías que perduraran allende la muerte. La necesidad era tan aguda como el acero sobre la lengua, e hizo que un escalofrío de expectación le recorriera la espalda.

«La oscuridad espera, hermanos y hermanas —pensó con los ojos encendidos de ira—. Me lo habéis negado durante demasiado tiempo.»

La cubierta oscura crujió ligeramente y se escoró a estribor cuando la nave corsaria viró en dirección a la estrecha desembocadura del río que conducía a la Ciudad de los Barcos. Estando ya más cerca, Malus distinguía las altas, escarpadas torres de la puerta marítima, que se alzaban a ambos lados de la estrecha entrada; una pesada cadena de hierro se extendía entre ellas, justo por debajo de la superficie de las aguas de corriente rápida. Nieblas frías que cambiaban y formaban remolinos en el viento se adherían a la rocosa orilla y a los flancos de las torres.

En lo alto de la jarcia del barco corsario, un marinero hizo sonar un cuerno de caza, cuyo largo y horripilante gemido resonó sobre la superficie del agua. No les llegó respuesta alguna, pero a Malus se le puso la carne de gallina mientras estudiaba las estrechas troneras de las fortificaciones, sabedor de que, a su vez, unos ojos depredadores lo observaban a él.

Los oídos del noble captaron un sutil cambio de tono en el susurro de la estela de la nave, y un débil murmullo, como un coro de espíritus dolientes, se alzó desde el agua, cerca del casco. Se asomó por la borda y sus agudos ojos atisbaron bruñidas formas oscuras que nadaban velozmente justo por debajo de la superficie. Aparecían y desaparecían de la vista, desvaneciéndose en las gélidas profundidades, tan silenciosas como fantasmas, para reaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Mientras

observaba, una de las figuras rodó de espaldas y lo contempló con grandes ojos de forma almendrada.

Malus captó un atisbo de piel pálida, casi luminosa, un vientre suave y pequeños pechos redondos. Una horripilante cara de druchii salió a la superficie sin provocar más que unas ligeras ondas; el agua brillaba sobre altos pómulos prominentes y labios teñidos de azul. «¡Aaaahhh!», pareció cantar; fue un sonido leve y vacilante, y luego el esbelto cuerpo rodeado de sinuosos mechones de cabello color añil volvió a sumergirse en las profundidades.

—¿Queréis que os pesque un pez, mi señor?

El noble se volvió y vio cuatro figuras ataviadas con capas que se encontraban justo fuera del alcance de la espada, *hithuan* adecuado para tenientes y guardias de confianza. Las empuñaduras de espadas de noble idénticas pendían junto a sus caderas, y el fino acero plateado de las mallas brillaba a la débil luz de la tarde sobre *kheitans* negros, grises o añiles. Todos los druchii llevaban puesta la capucha para protegerse del gélido viento que los castigaba, menos uno.

Era más alta que sus compañeros y llevaba el largo cabello negro recogido en una multitud de largas trenzas finas sujetas en un nudo alto, al estilo corsario. Finas cicatrices blancas se entrecruzaban en su rostro ovalado, desde los altos pómulos a la barbilla aguzada, y la punta de la oreja derecha había sido cortada en una batalla, hacía mucho tiempo. Tres lívidos cortes rojos frescos, de la jarana de la noche anterior, bajaban en líneas paralelas por el largo cuello pálido y desaparecían bajo la brillante curva de un *hadrilkar* de acero plateado que llevaba grabado el sigilo en forma de nauglir de la casa de Malus. Como siempre, había un destello de burla en la mirada calculadora de Lhunara Ithil.

—¿La querrás para tu plato, tu potro de tormento o tu lecho? —preguntó.

—¿Tengo que escoger?

Los guardias rieron, y sus risas sonaron como huesos que entrecocaran dentro de una cripta. Uno de los nobles encapuchados, un druchii de afilados rasgos y con la cabeza afeitada salvo por el nudo de estilo corsario, alzó una ceja.

—¿Acaso los gustos de mi señor se orientan ahora hacia las bestias? —siseó, y la pregunta provocó más frías risas solapadas de sus compañeros.

La mujer druchii le lanzó a su compañero una mirada sarcástica.

—Escucha a Dolthaic. Parece celoso, o esperanzado.

Dolthaic gruñó y, con la mano enfundada en un guantelete, intentó darle a la alta mujer un revés que ésta desvió a un lado con soltura.

Malus se unió a la cruel alegría de los otros. Los años de inactividad habían agriado el humor de su pequeña partida de guerra, hasta tal punto que había comenzado a preguntarse quién intentaría asesinarlo en primer lugar. Una temporada de sangre y pillaje, sin embargo, había cambiado la situación, al saciar el apetito de

todos durante un tiempo y alimentar la esperanza de obtener más.

—Arleth Vann, ¿qué tal va la carga? —preguntó.

—Realmente bien, mi señor —respondió el tercer guardia con un susurro sibilante que apenas podía oírse por encima del aullido del viento.

La cabeza del druchii era calva como un huevo y tenía la cara y el cuello flacos como un cadáver, igual que un hombre reducido a fibroso músculo y hueso por una larga y despiadada fiebre. Los ojos eran de un amarillo dorado pálido, como los de un lobo.

—Una pequeña parte se echó a perder en el viaje de regreso, pero no más de lo previsible; lo bastante para tener ocupado al cocinero y darles a los supervivientes un poco de carne guisada que los mantenga vivos durante la marcha hasta Hag Graef.

El cuarto guardia se echó atrás la capucha y escupió un delgado chorro de jugo verde por la borda. Era la imagen misma de un noble druchii, con rasgos finos, una melena de lustroso cabello negro y un rostro de expresión despiadada, incluso cuando estaba en reposo. Al igual que Malus, llevaba una capa hecha con piel de nauglir, y el kheitan que vestía era de costosa piel de enano, dura pero flexible. El *hadrilkaráz* acero plateado que le rodeaba el cuello tenía un aspecto deslustrado y barato comparado con la fina artesanía de los atavíos del noble.

—A pesar de todo, es un buen dinero perdido innecesariamente —dijo Vanhir, cuya voz melodiosa y profunda contrastaba con el severo semblante—. Si hubiéramos recalado en Clar Karond, tus inversionistas ya habrían recuperado el capital, y nosotros también —dijo enseñando unos dientes limados en elegantes puntas—. Los señores de esclavos no se sentirán complacidos ante esa violación de la costumbre.

—Faltan sólo dos días para el Hanil Khar. No tengo tiempo que perder regateando con comerciantes y adulando a los señores del látigo en la Torre de los Esclavos —dijo Malus—. Mi intención es presentarme ante la Corte de las Espinas, en Hag Graef, en presencia de mis muy ilustres hermanos y hermanas —dijo con una voz que destilaba veneno—, y ofrecerle al drachau un digno tributo. —«Y demostrarle a la corte que, después de todo, soy un poder digno de tenerse en cuenta», pensó—. Nos pondremos en marcha hacia Hag Graef en cuanto el cargamento esté preparado para viajar.

Dolthaic frunció el entrecejo.

—Pero ¿qué pasa con el vendaval? El viaje hasta Hag Graef será duro, en medio de una tormenta invernal...

—¡Marcharemos a través de la nieve, el hielo y de la Oscuridad Exterior si es preciso! —le espetó Malus—. Llegaremos a la Ciudad de Sombras en dos días, o todos vosotros responderéis de ello.

Los guardias asintieron con gruñidos. Vanhir estudió a Malus con los ojos

entrecerrados.

—Y después de que hayas hecho tu grandiosa entrada y rendido tributo al drachau, ¿qué?, ¿de vuelta a los pozos de sangre y los antros de juego?

Dolthaic sonrió como un lobo.

—Después de cuatro meses en el mar, tengo una o dos necesidades que no me importaría satisfacer.

—Me daré la gran vida durante un tiempo —replicó Malus con cautela—. Tengo que mantener mi imagen, después de todo. Luego, comenzaré a darle un buen uso a mi nueva fortuna. Hay mucho que hacer.

Ya se encontraban lo bastante cerca de la costa para oír el atronar de las olas contra la orilla. Las fortificaciones de la puerta marítima se encumbraban muy por encima del *Espada Espectral*, a apenas una milla de distancia y a ambos lados de la esbelta proa del barco corsario. El viento racheado les llevó los sonidos de una lucha que se libraba a popa. Malus volvió la cabeza y vio a tres druchii que forcejeaban con un esclavo humano engrilletado.

Mientras el noble observaba, el esclavo estrelló la frente contra la cara de uno de sus captores. La nariz del guerrero empezó a sangrar después de oírse un crujido de cartílago. El druchii retrocedió un corto paso tambaleante al mismo tiempo que lanzaba un gruñido gorgoteante y alzaba una maza de mango corto.

—¡No! —gritó Malus, cuya penetrante voz imperiosa se oyó sin problemas por encima del viento—. ¡Recuerda mi juramento!

El guerrero druchii, con la sangre corriéndole por la cara y tiñéndole los dientes desnudos, percibió la mirada del noble y bajó el arma.

Malus llamó con un gesto a los guerreros que forcejeaban con el esclavo.

—Traedlo aquí.

El esclavo se retorció violentamente intentando soltarse de la presa de los captores. El druchii que blandía la maza le dio al humano un empujón que lo hizo perder pie, y los otros dos guerreros avanzaron arrastrándolo por la cubierta. Los cuatro guardias de confianza de Malus se apartaron a los lados para dejarlos pasar mientras contemplaban al esclavo con frío interés de depredador.

Los guerreros obligaron al esclavo a arrodillarse; incluso en esa postura, era tan alto que casi llegaba a los hombros de Malus. Tenía una constitución imponente, con anchos hombros y delgados brazos musculosos bajo el desgarrado gambesón sucio. Llevaba oscuros calzones de lana y botas muy gastadas, y tenía las manos incrustadas de roña y azules de frío. El hombre era joven; posiblemente se trataba de un alabardero o un escudero bretoniano, y en su rostro se veía más de una cicatriz de batalla. Clavó en Malus una ardiente mirada de odio y se puso a chillar algo en un idioma gutural. El noble le dedicó al humano una mirada de repulsión y les hizo un gesto de asentimiento a los dos guerreros.

—Quitadle las cadenas —les ordenó, y luego se volvió a mirar a Arleth Vann—. Haz callar a la bestia.

El guardia se deslizó por la cubierta con la rapidez de una serpiente, y aferró al esclavo con una mano engarfiada por el punto en que el cuello se unía al hombro derecho. Un pulgar revestido de acero se hundió en la unión nerviosa, y las odiosas palabras del esclavo se transformaron en un agudo siseo al mismo tiempo que el cuerpo se le tensaba de dolor. Se oyó un tintineo metálico, y los dos guerreros druchii retrocedieron sujetando los grilletes entre ambos.

Malus sonrió.

—Bien. Ahora traduce lo que tengo que decirle. —Avanzó hasta situarse ante el esclavo y posó la mirada en los ojos anegados de dolor—. ¿Eres al que llaman Mathieu?

Con marcado acento, Arleth Vann tradujo la pregunta al bretoniano, casi susurrando al oído del hombre. Gruñendo de dolor, el esclavo asintió con la cabeza.

—Bien. Tengo una historia bastante graciosa que contarte, Mathieu. Ayer aparecí en la entrada de la bodega de esclavos y anuncié que, como gesto de caridad, dejaría en libertad a uno de vosotros, deso, antes de atracar en Naggaroth. ¿Lo recuerdas?

Un tumulto de emociones se agitó en los ojos del esclavo: esperanza, miedo y tristeza, todas enredadas entre sí. Volvió a asentir.

—Excelente. Recuerdo que hablasteis entre vosotros y que, al final, escogisteis a una muchacha. Era delgada y pelirroja, con ojos verdes como el jade oriental y de dulce piel pálida. ¿Sabes de quién hablo?

Las lágrimas inundaron los ojos del esclavo. Luchó en vano para hablar a pesar de la terrible presa a que lo sometía Arleth Vann.

—Claro que sí. —Malus sonrió—. Era tu prometida, después de todo. Sí, ella me dijo eso, Mathieu. Se puso de rodillas ante mí e imploró que te dejara libre en su lugar porque te amaba. —Rió suavemente entre dientes al evocar la escena—. Confieso que me quedé atónito. Dijo que podía hacer lo que quisiera con ella, cualquier cosa, siempre que te dejara libre a ti. Cualquier cosa. —Se inclinó hacia el esclavo, acercándose lo bastante para oler el sudor que producía el miedo y que le manchaba las mugrientas ropas—. Así pues, la puse a prueba.

»Clar Karond estaba a sólo un día de distancia y la tripulación merecía una recompensa por sus afanes, así que se la entregué. Los divertí durante horas, a pesar de los modales poco sofisticados que tienen. ¡Qué gritos...! Sin duda, tú los oíste. Eran exquisitos.

Malus hizo una pausa momentánea mientras Arleth Vann se esforzaba por traducir correctamente, aunque a esas alturas los ojos del esclavo estaban vidriosos, fijos en un punto distante que sólo él podía ver, y le temblaba el musculoso cuerpo.

—Cuando la tripulación acabó, me la devolvieron y dejé que se divirtieran mis

tenientes. —A un lado, Lhunara sonrió y le susurró algo a Dolthaic, que le devolvió una sonrisa voraz—. Tampoco en este caso la muchacha fue una decepción. ¡Qué placeres, Mathieu! ¡Qué piel tan dulce! Sobre ella, las gotas de sangre brillaban como rubíes diminutos. —Abrió la mano con la que sujetaba la prenda, y la desenvolvió suave y reverentemente—. Fuiste un hombre muy afortunado, Mathieu. Ella era un regalo digno de un príncipe. Mira, te he guardado su rostro. ¿Te gustaría darle un último beso antes de partir?

El esclavo se puso en pie de un salto y soltó un alarido de tremenda angustia, pero Arleth Vann adelantó la otra mano y hundió las puntas de los dedos en la unión nerviosa situada bajo el grueso músculo del brazo derecho del hombre. El esclavo se tambaleó, quebrantado por un dolor cegador. Tenía los ojos muy abiertos y en ellos Malus pudo ver que la oscuridad se propagaba por la mente del humano como una mancha. El esclavo lanzó un lamento desesperado.

—Espera, Mathieu. Escucha. Aún no has oído la parte realmente divertida. Para cuando la tripulación acabó con ella, imploraba, suplicaba que la dejaran libre en tu lugar. Maldijo tu nombre y renegó una y otra vez de su amor por ti. Pero, por supuesto, yo debía tener en cuenta mi juramento. Verás, dije que dejaría marchar a un esclavo deso, y eso difícilmente era ya aplicable al caso de ella; así que al final ganó su amor y, ¡ay, cómo odió ella ese hecho! —Malus echó atrás la cabeza y rió—. Disfruta de la libertad, Mathieu.

De modo repentino, Arleth Vann cambió de sitio las manos y cogió al hombre por el cuello y por el cinturón de los calzones. Después, con sorprendente fuerza, el esbelto druchii alzó al corpulento esclavo de la cubierta y lo lanzó por la borda. El humano chocó de plano contra la superficie del agua y desapareció en las gélidas profundidades. El druchii se deslizó a lo largo de la borda y observó atentamente. El viento silbaba y aullaba. El canto de las brujas marinas había cesado.

Cuando el hombre salió a la superficie, jadeando en busca de aire, ya no estaba solo. Dos de las criaturas acuáticas se aferraban a él, rodeándole el pecho con sus delgados y pálidos brazos. Garras de ébano se hundieron profundamente e hicieron eclosionar flores de color rojo sobre la tela blanca del gambesón del hombre. Gruesas hebras color añil, que no eran cabello sino viscosos tentáculos de borde serrado, se enrollaron en torno a una muñeca y la garganta, de donde arrancaron largas tiras de piel al apretarse cada vez más alrededor de la víctima. Mathieu lanzó un solo grito ahogado antes de que una de las brujas marinas le cubriera la boca abierta con la suya propia. Luego, se hundieron en las aguas y se perdieron en la estela del *Espada Espectral*.

A proa se oyó un estruendo metálico: las fortificaciones estaban bajando la enorme cadena que cerraba la entrada del río. Zarcillos de gélida bruma marina arrastrados por el paso del barco corsario se arremolinaron a ambos lados de la

desembocadura del río, girando y enredándose unos con otros detrás de la nave.

En lo alto de la torre de la izquierda, Malus vio figuras esbeltas ataviadas con ropones oscuros y ondulantes bufandas que aparecían dentro de una pequeña cúpula para observar el avance del barco corsario. No les dedicaron ningún gesto de saludo ni de bienvenida, sino que se limitaron a mirar en pético silencio. Cuando la nave dejó atrás la cadena del río, una de las figuras se llevó un cuerno a los labios y tocó una larga nota doliente para advertir a la Ciudad de los Barcos de la llegada de los piratas de ensangrentadas manos.

Malus Darkblade se volvió a mirar a sus guardias con una sonrisa en los labios.

—Es agradable estar en casa.

2. Procesión de cadenas

El viento cambió para soplar desde el noroeste, y las fosas nasales del gélido se dilataron al percibir olor a carne de caballo. Sin previo aviso, la bestia de guerra de una tonelada de peso le lanzó un mordisco al caballo de guerra del señor del puerto, y las poderosas fauces se cerraron con un chasquido capaz de partir huesos. El caballo relinchó de terror al mismo tiempo que se alzaba de manos y retrocedía ante el nauglir, cosa que provocó una sarta de maldiciones del señor del puerto. Malus fingió no darse cuenta mientras detenía a *Rencor* con un tirón de las riendas y un bondadoso taconazo en un flanco, y abría la carta que le había entregado el señor del puerto.

Sujeto por las amarras, el *Espada Espectral* se mecía con inquietud; por el río Vino Oscuro ascendía el frente de la tormenta invernal que azotaba Clar Karond con ráfagas de aguanieve y lluvia helada. Los negros mástiles de veintenas de barcos corsarios abarrotaban los cielos a lo largo de la costa, enhiestos como un bosque de negras lanzas: dos tercios de la flota ligera de Naggaroth permanecían anclados en la Ciudad de los Barcos durante los largos meses del invierno, cuando los estrechos del Mar Frío quedaban completamente congelados.

La ciudad estaba situada en un ancho valle rodeado por los formidables peñascos de las montañas del Reino de la Noche. Diques secos, almacenes y dependencias de esclavos dominaban la orilla oriental del río; la ciudad en sí, con las murallas, altas casas solariegas y estrechas calles, se alzaba en la margen occidental. Los ciudadanos nobles también tenían muelles privados en la orilla oeste, y Malus le había pagado al señor del puerto una suma sustancial en plata y carne joven para tener el privilegio de usar uno de los muelles de la nobleza como si fuese suyo.

Tres puentes de piedra y oscuro hierro conectaban las dos mitades de Clar Karond, y era bien sabido que los nobles de la ciudad contrataban bandas de matones para que obligaran a los viajeros que iban en su dirección a pagar un derecho de tránsito. Malus se habría deleitado con un enfrentamiento semejante en cualquier otra ocasión, pero no con casi dos centenares de esclavos humanos a su espalda.

Fue una fortuna en carne y sangre la que bajó con paso tambaleante por la pasarela del *Espada Espectral*, los esclavos iban sujetos por cadenas que les rodeaban muñecas y tobillos, y los unían entre sí en dos largas filas de cien esclavos cada una. Los doce nobles de la pequeña partida de guerra montaron sobre gélidos, y una compañía de mercenarios armados con lanzas rodeó a los temblorosos esclavos sobre el muelle de granito.

Un puñado de capataces mantenían a los humanos en formación con las veloces lenguas de largos látigos, mientras que los soldados se volvían hacia el exterior para vigilar los tres angostos accesos que llevaban hasta el muelle y las estrechas ventanas de los edificios circundantes. Habían transcurrido casi cuatro horas mientras los

marineros desembarcaban a los caprichosos nauglirs, a los esclavos y, por último, el equipaje de la partida de guerra. Comenzaba a caer la noche y cada minuto que pasaba ponía más nervioso a Malus. Cuanto antes salieran de la ciudad y tomaran el camino de Hag Graef, mejor.

La carta esperaba a Malus cuando el *Espada Espectral* arribó, y le fue entregada por el señor del puerto, Vorhan, cuando acudió a recoger el soborno. El noble hizo girar distraídamente el pequeño paquete entre las enguantadas manos para comprobar que no hubiera agujas ocultas ni hojas afiladas. Era un material de buena calidad, pesado, sellado con un goterón de lacre y un sigilo que le resultaba vagamente familiar. Con el entrecejo fruncido, Malus sacó una daga de hoja fina que llevaba en una bota y cortó el paquete. Dentro había una sola hoja de papel. Malus reprimió un gruñido impaciente y se acercó la carta a la cara para descifrar la letra manuscrita apenas legible.

Al estimado y terrible señor Malus, honorable hijo del temido Vaulkhar Lurhan Espada Cruel, saludos:

Rezo para que este mensaje re encuentre nadando en la victoria y con los apetitos estimulados tras una temporada de sangre y saqueo en orillas extranjeras. Aunque no nos hemos visto hasta ahora, primo, tu nombre me es bien conocido. Recientemente he conocido ciertos secretos de familia que me atrevería a decir que serán de gran valor para un señor tan inteligente y capaz como tú.

Espero verte en la Corte de las Espinas, temido señor. Un gran poder aguarda a que te hagas con él si tu corazón es frío y tu mano firme.

FUR.RLAN, vástago de Naggor

Los ojos del noble se entrecerraron con enojo al llegar a la firma de la carta. Con un siseo de disgusto, arrugó el papel en un puño.

—¿Noticias de Hag Graef, mi señor?

Malus alzó la mirada y vio que Lhunara taconeaba al nauglir para situarse junto a él. Al igual que el noble, ella se había puesto un peto articulado de acero plateado sobre la cota de malla, y llevaba las espadas sujetas a la silla de montar de altos borrenes para que pudieran ser desenvainadas con facilidad.

Su nauglir, *Desgarrador*, era una bestia gigantesca, un tercio más larga que la de Malus, *Rencor*, y media tonelada más pesada. Una gran parte del peso de la criatura lo constituían las patas posteriores, de enormes músculos; cuando estaba dotado de una larga cola poderosa, un gélido era capaz de veloces carreras e incluso largos saltos si se lo ordenaba el jinete. Las patas delanteras, ligeramente más pequeñas,

entraban en juego cuando caminaba o trotaba en los recorridos largos, y para sujetar a las presas más grandes contra el suelo mientras las enormes fauces y los colmillos afilados como navajas cortaban la carne y pulverizaban los huesos.

La gruesa piel escamosa de *Desgarrador* era de color gris verdoso oscuro, con una cresta de escamas más grandes y gruesas, gris acero, que corría desde el romo hocico cuadrado hasta la punta de la cola. Un par de pesadas riendas bajaban desde una anilla de la silla de montar y se sujetaban a unos aros de acero que perforaban las mejillas del gélido; aunque su aspecto era impresionante, garantizaban poco control real sobre la enorme criatura. Los nauglirs eran poderosos y casi insensibles a las heridas, pero también tontorrones.

Los jinetes conducían las monturas con fuertes golpes de espuelas en forma de perilla y, ocasionalmente, del extremo del asta de la lanza, y usaban las riendas más para sujetarse ellos que para cualquier otra cosa. Lhunara llevaba la lanza en posición vertical, apoyada sobre el estribo derecho, y los pendones verde oscuro restallaban en el fuerte viento.

—Sólo el croar de un sapo —gruñó Malus, oscilando ligeramente en la silla cuando *Rencor* retrocedió un poco ante la presencia del nauglir de mayor tamaño—. Ese lameculos de Fuerlan ha besado todas las botas de Hag Graef, y ahora ha puesto los ojos en las mías.

Lhunara frunció el entrecejo, cosa que hizo resaltar claramente una cicatriz que tenía en el rabillo de un ojo.

—¿Fuerlan?

—El rehén de Naggor. Mi primo —se burló Malus—, como ha puesto buen cuidado en mencionar. —Se le ocurrió una idea y se volvió a mirar al encolerizado señor del puerto—. Señor Vorhan, ¿cuándo llegó esta carta?

—Hace dos días, temido señor —replicó Vorhan con palabras contenidas y cuidadosamente neutrales—. Fue entregada por un mensajero especial, que venía directamente de Hag Graef.

Lhunara alzó una ceja ante la respuesta.

—Un sapo, pero uno muy bien informado —reflexionó la guardia.

—En efecto —convino Malus—. ¿Cuánto falta para que estemos listos para partir?

—Los esclavos y el resto del equipaje ya han sido descargados —replicó Lhunara—. Vanhir aún está en la ciudad, reuniendo provisiones.

Malus lanzó un juramento.

—Saciando su apetito de *courva* y piel suave, más probablemente. Ya nos dará alcance por el camino, y le haré arrancar una tira de piel por cada hora que se retrase. —Se puso de pie sobre los estribos—. ¡*Sa'an'ishar!* —gritó, para que se le oyera desde el otro lado del muelle—. Preparaos para la marcha.

Sin pronunciar una sola palabra, Lhunara hizo que el nauglir girara y avanzara a saltos hacia el final de las filas de esclavos. Con la práctica de semanas de incursiones y marchas, la partida de guerra entró en formación con rapidez y profesionalidad, y la compañía de lanceros se dividió en dos filas que echaron a andar junto a la formación de esclavos, que arrastraban los pies. La mitad de la caballería de nauglirs formó en retaguardia a las órdenes de Lhunara, mientras que Malus tomó el mando de la otra mitad, en vanguardia de la columna.

—¡Arriba, *Rencor!* —gritó Malus al mismo tiempo que espoleaba a la montura en dirección al Camino de los Esclavistas.

Cuando la gran bestia comenzó a avanzar a grandes zancadas, el noble extendió un brazo hacia la parte trasera de la silla de montar y cogió una negra ballesta de repetición del gancho del que pendía.

El caballo del señor del puerto pateó el suelo y sacudió la cabeza, pero esa vez el jinete lo controló con un enfurecido siseo y un brusco tirón de riendas.

—¿Mi temido señor desea algo más? —preguntó mientras se tocaba el largo bigote—. ¿Barrdes de licor para las frías noches? ¿Un carnicero, tal vez? Perderás algo de mercancía antes de llegar a los pozos de esclavos, te lo aseguro.

—Ya tengo quien se ocupe de las provisiones —replicó Malus en tanto accionaba el complicado mecanismo que tensaba la poderosa cuerda de la ballesta, y metía una saeta de punta de acero en la estría—. Y mis jinetes son diestros en separar la carne del hueso. Sin embargo, tendrás el honor de escoltarnos a través de la ciudad hasta la Puerta del Cráneo.

Los ojos del señor del puerto se agrandaron. Era un druchii joven para un puesto de tan alto rango, cosa que delataba su astucia y ambición. A juzgar por el corte de sus ropas, el kheitan de buena calidad teñido de rojo y las joyas que destellaban en las empuñaduras de sus espadas, ya se había hecho rico forrándose los bolsillos con los sobornos que obtenía del comercio fluvial.

—¿Escoltaros, temido señor? Pero eso no es responsabilidad mía...

—Lo sé —replicó Malus a la vez que dejaba la ballesta cargada sobre su regazo—. Pero insisto. Sin un guía, a mí y a mi valioso cargamento podría acaecernos algún mal, y eso sería... trágico.

—Por supuesto, temido señor; por supuesto —tartamudeó Vorhan, cuyo delgado rostro se puso ligeramente pálido.

A regañadientes, taconeó y maldijo al asustadizo caballo para que siguiera a los nauglirs.

Las calles de Clar Karond estaban hechas para matar a los incautos. Al igual que todas las ciudades druchii, casas de altos muros se encumbraban sobre angostas calles serpenteantes perdidas en sombras. Estrechadas ventanas —troneras para ballesteros, de hecho— contemplaban a los transeúntes desde lo alto. Cada casa era una ciudadela

por derecho propio, fortificada contra los intrusos procedentes de la calle y contra las familias vecinas de ambos lados. Muchas calles y callejones no conducían a ninguna parte, cerrados por un extremo y con pozos mortales, o llevaban a las ponzoñosas cloacas de debajo de la ciudad. Era un lugar por el que los desconocidos caminaban con prudencia, y Malus luchaba por ocultar su inquietud mientras la columna avanzaba lentamente por el Camino de los Esclavistas.

Las marquesinas de las casas los protegían, en parte, de la aguanieve y la lluvia, pero el viento aullaba como un demonio por las estrechas calles e impulsaba a muchos de los habitantes a buscar placeres en el interior de los edificios. Apenas había espacio para que tres hombres caminaran juntos, cosa que hacía que la columna avanzara en apretada formación. El señor Vorhan marchaba entre los lanceros, que guardaban las filas de esclavos, y la amenazadora falange de nauglirs encabezaba la marcha; de vez en cuando, Malus se volvía para mirar al señor del puerto y escrutaba su rostro en busca de elocuentes signos de traición. Era de esperar algo semejante cuando había tanta riqueza en juego.

Lo mejor era salir de los confines de la ciudad antes de que las puertas fuesen cerradas al anochecer. Si la columna quedaba atrapada dentro durante la noche, Malus no tenía ni idea de dónde podrían hallar un lugar lo bastante espacioso para acampar y mantener vigilada la mercancía. Estarían a merced de todas las bandas y degolladores de la urbe, luchando en un entorno donde su caballería estaría en desventaja. Malus no tenía ganas de enfrentarse con esas probabilidades.

A pesar de los riesgos, avanzaron a buen paso y atravesaron la mitad occidental de la ciudad en poco más de una hora. Con el señor Vorhan a su lado, habían hecho el recorrido con rapidez, evitando los desvíos costosos. El sol estaba muy bajo y las sombras de los altos edificios eran profundas. La pálida luz bruja de color verde que emanaba de las altas ventanas destellaba en los puntiagudos cascos de la infantería y a lo largo de los brillantes filos de las lanzas. Pero la Puerta del Cráneo estaba cerca; Malus había comenzado a atisbar brevemente las puntiagudas almenas entre los edificios y sus picudos tejados.

Apretó los dientes. Si iba a producirse una emboscada, tendría que ser pronto. Se volvió en la silla de montar para supervisar el orden de la columna, pero la fila era tan larga que no pudo ver más de un tercio porque el resto se perdía de vista en un recodo. No había habido ni rastro de Vanhir y las provisiones; hasta donde sabía Malus, podría haberse reunido con la retaguardia de Lhunara, o podría estar tumbado y sumido en el sopor en una de las casas de placer de la ciudad.

Malus reconoció que se había pasado de listo al aceptar el juramento de servicio del noble en lugar de destriparlo. La prolongada humillación y un medio para chantajear a otra familia noble le habían parecido una buena idea en su momento. «Ahora es él quien me veja a mí a cada paso», pensó Malus con tristeza.

El señor Vorhan se irguió en la silla de montar al malinterpretar las intenciones de la feroz mirada del noble.

—Ya no falta mucho, temido señor —gritó—. Sólo tenemos que girar en esa esquina de allí delante.

—¿De verdad? —preguntó Malus. Alzó una mano y la columna se detuvo—. La vanguardia continuará —ordenó con voz lo bastante alta para que pudieran oírlo los guardias reunidos—. Y tú —señaló a Vorhan— nos acompañarás.

Sin aguardar respuesta, Malus espoleó a la montura para que avanzara.

La calle se prolongaba otros treinta metros y luego viraba bruscamente a la derecha. Las dos columnas de la vanguardia giraron en la esquina, con las lanzas en alto. Malus encabezaba la marcha con una mano posada suavemente sobre la empuñadura de la ballesta. Al otro lado del recodo, la calle se abría a una plaza pequeña, la primera que veía Malus desde que habían salido del muelle. Justo delante estaban las puertas de la ciudad, aún abiertas. Un destacamento de guardias se hallaba de pie, bajo el relativo cobijo del alto arco.

En la plaza no había nadie. Malus observó la escena con prevención. Las altas ventanas estaban bien cerradas para proteger el interior de los edificios de la creciente tormenta, y una fina capa de hielo que cubría el empedrado evidenciaba que ningún destacamento numeroso de hombres había cruzado la plaza poco tiempo antes. «La Madre Oscura me sonrío hoy», pensó Malus. Le hizo una señal a uno de los jinetes para que volviese atrás a llamar a la columna.

El señor Vorhan avanzó a caballo y se aclaró la garganta.

—El capitán de la puerta esperará una muestra de... cortesía... con el fin de mantener la puerta abierta durante el tiempo suficiente para que salga la columna. Por supuesto, me complacerá facilitar la transacción...

—Si hay que pagar un soborno, lo pagarás tú mismo —le espetó Malus—. Como cortesía hacia mí, ya me entiendes.

El señor Vorhan se tragó la réplica, pero el odio que brillaba en sus ojos era inconfundible. «Podrías resultar un problema la temporada que viene, señor Vorhan —pensó Malus—. Creo que tu carrera va a tener un final trágico y repentino.»

Tal vez porque leyó las intenciones en la mirada de Malus, el señor del puerto palideció y apartó los ojos.

—Adelante, *Rencor* —ordenó Malus al mismo tiempo que taconeaba a la bestia. Como un solo hombre, la vanguardia avanzó.

Si el capitán de la puerta había estado pensando en enriquecerse, la vista de una partida de caballería noble y el aire ceñudo del que iba en cabeza lo persuadieron rápidamente de lo contrario. A instancias del capitán, los guardias salieron de debajo de la arcada y quedaron expuestos a la lluvia y el aguanieve para que los nauglirs tuvieran espacio de sobra cuando entraran en el resonante túnel que conectaba las

puertas interiores y exteriores.

La Puerta del Cráneo conducía a un camino situado al otro lado del valle, que atravesaba campos sembrados de piedras a lo largo de unos cuatrocientos metros antes de desaparecer en un bosque de pinos negros. Por experiencia, Malus sabía que el camino discurría a través del bosque durante unos cuantos kilómetros más antes de salir a terreno abierto, con campos de cultivo y tierras de pastura. En ese punto, una bifurcación que se dirigía al noroeste era el comienzo de la marcha de una semana hasta Hag Graef. Una vez que salieron de debajo del ominoso peso de la puerta de la ciudad, Malus apartó a *Rencor* de la columna y se quedó a un lado del camino para observar el paso del resto de la partida de guerra. Acarició ociosamente con los dedos la empuñadura del cuchillo para desollar que llevaba al cinturón, y abrigó la esperanza de ver al señor Vanhir y la caravana de carga aparecer tras la retaguardia.

La tropa de caballería de Lhunara ya casi había salido por la puerta exterior cuando Malus oyó un furioso bramido de uno de los gélidos de vanguardia, que entonces estaban a casi cien metros de distancia. De repente, *Rencor* dio un respingo cuando dos objetos agudos se le clavaron en una paletilla.

Malus recibió en la hombrera de la armadura el impacto de algo pequeño y punzante. El proyectil rebotó y le pasó zumbando a un par de centímetros de la nariz. «¡Ballestas!» Su mente trabajaba a toda velocidad mientras él se volvía de un lado a otro sobre la silla de montar en un intento de mirar en todas direcciones al mismo tiempo.

Un pandemónium reinaba a lo largo de toda la columna.

Los esclavos chillaban y se lamentaban mientras por el aire zumbaban más proyectiles. Los capataces pusieron a trabajar afanosamente los látigos y porras para obligar a la mercancía a volver a la fila, y los oficiales de infantería situados a ambos lados de la carretera les gritaban órdenes a sus hombres. En la vanguardia sonaron más bramidos de furia; probablemente, los gélidos habían olido sangre fresca. Había dos saetas de plumas negras clavadas en el flanco derecho de *Rencor*, y de las pequeñas heridas manaban finos regueros de icor. Era evidente que la escamosa piel de la bestia había absorbido la mayor parte del impacto.

«¡Allí!» Malus atisbo un pequeño grupo de figuras que se acuclillaban entre las rocas que había a la derecha del camino y, de manera desorganizada, disparaban flechas contra la columna. Llevaban ropones de color pardo y gris que se camuflaban perfectamente en el rocoso terreno.

Con un grácil movimiento, Malus guardó la ballesta en la parte posterior de la silla de montar y desenfundó la espada, que salió con un tintineo.

—¡Lhunara! ¡Ballestas a la derecha! —Señaló a los atacantes con la punta de la espada.

La oficial druchii vio a los atacantes y su rostro se transformó en una máscara de

salvaje regocijo.

—¡Sa'an'ishar! —gritó hacia la retaguardia—. Emboscados a la derecha. Formación abierta... ¡Cargad!

El aire resonó con los espeluznantes gritos de guerra de los caballeros de nauglirs, que taconearon a sus monturas para lanzarlas a una pesada carrera a través del campo rocoso. Con las lanzas aun apuntando al cielo, se desplegaron en una formación abierta, mientras esquivaban rocas grandes y saltaban por encima de las más pequeñas. Malus se quedó atrás y observó la larga columna. Los capataces habían obligado a los esclavos a tumbarse boca abajo sobre el helado suelo, y las filas gemelas de lanceros habían apoyado los escudos en el suelo, mirando hacia fuera del camino. «Bien por el capitán», observó Malus. Se oían gritos y rugidos procedentes de la vanguardia. «Hay más ballesteros por ahí, en alguna parte —decidió—. Los caballeros de vanguardia se encargarán de ellos.» Después, golpeó un flanco de *Rencor* con el plano de la espada, y el enorme depredador avanzó a saltos tras los jinetes de Lhunara con un tremendo rugido de caza al sentir que las presas estaban entre las rocas que tenía delante.

Había una veintena de ballesteros cubiertos con capa que acechaban entre las rocas, y se mantuvieron firmes para disparar una andanada hacia la atronadora carga. Las saetas ligeras se clavaban en los hocicos y paletillas de los nauglirs, que se aproximaban, pero las descomunales bestias de guerra estaban embravecidas y nada podía detener la vertiginosa acometida. Los caballeros, todos jinetes diestros, aguardaron hasta el último momento para bajar las lanzas adornadas con pendones y clavar las puntas de acero; se produjeron sonidos de carne desgarrada y hueso astillado.

Lhunara, en cabeza, cayó sobre un grupo de ballesteros que intentaban cargar las armas para disparar por última vez. Demasiado tarde se dieron cuenta del error que cometían. El jefe lanzó un salvaje alarido e intentó coger la espada cuando la lanza de Lhunara se le clavó de lleno en el pecho. Cuarenta y cinco centímetros de acero endurecido le atravesaron la ropa y la cota de malla ligera como si fuesen de papel, y le partieron el esternón y las costillas con un crujido seco. La punta de la lanza y los primeros sesenta centímetros de pendones empapados en sangre salieron bruscamente por la espalda del hombre e hirieron en un costado de la cabeza a otro emboscado que se encontraba en cuclillas. El cráneo del druchii estalló como un melón y roció a los compañeros con una lluvia de sangre, hueso y cerebro.

El peso de los dos cuerpos arrastró la lanza hacia abajo, y Lhunara dejó caer el arma para desenvainar las dos espadas curvas propias de la nobleza. En ese momento, *Desgarrador* partía en dos, de una dentellada, a otro vociferante balletero.

Malus atisbo a un pequeño grupo de ballesteros que, camino de las murallas de la ciudad, se ponían a cubierto tras una roca grande. Aferró la espada con fuerza y

dirigió al nauglir directamente hacia la roca, del tamaño de una choza. En el último momento se agachó cuanto pudo sobre la silla de montar y tiró de las riendas.

—¡Arriba, *Rencor*! ¡Arriba! —gritó.

El nauglir flexionó las poderosas patas traseras y saltó. Durante un momento aterrador, se detuvo sobre la roca antes de bajar de un salto por el otro lado. Malus vislumbró un grupo de caras pálidas y aterrorizadas que alzaban la mirada hacia él, y escogió una como objetivo, al mismo tiempo que se ponía de pie en los estribos y sujetaba en alto la espada curva.

Rencor aterrizó sobre dos de los hombres con un impacto que hizo estremecer el suelo, y en el mismo movimiento, Malus descargó la espada, que impactó de lleno sobre el rostro del druchii y partió al hombre en dos, desde la coronilla hasta la entrepierna. La sangre caliente y pegajosa salpicó la cara del noble y el aire se llenó del hedor de las entrañas derramadas. *Rencor* patinó sobre una resbaladiza pasta de fango, carne e intestinos aplastados. Una cabeza cortada que pasó rebotando como un balón por el suelo helado dejó tras de sí manchurrones de color rojo brillante.

Una lanza que hendió el aire impactó de lleno en el pecho de Malus e hizo saltar chispas al rebotar sobre el pesado peto. Dos de los emboscados supervivientes corrían a toda velocidad hacia las murallas, y *Rencor* no necesitó orden ninguna para lanzarse tras ellos. El gélido cubrió la distancia en tres brincos, cerró las fauces en torno a uno de los hombres y sacudió la cabeza como un terrier de tamaño descomunal. El druchii se hizo literalmente pedazos, y sus brazos y piernas se alejaron girando en distintas direcciones. La parte inferior del torso impactó contra las murallas de la ciudad con un golpe espeluznante, antes de deslizarse hasta la tierra.

El segundo druchii giró bruscamente hacia la derecha, con los ojos muy abiertos y bramando de terror. Sin pensarlo, Malus saltó de la silla de montar y corrió tras él al mismo tiempo que un vigoroso bramido escapaba de sus labios salpicados de sangre. Corrieron a lo largo de unos veinte metros a través del pedregoso campo antes de que el druchii quedara acorralado.

Malus vio que el hombre giraba repentinamente sobre sí mismo y, de improviso, barría el aire con la espada para desviar a un lado la daga que le había arrojado antes de que su mente pudiera darse plena cuenta de lo que sucedía. Se lanzó al ataque, veloz como una serpiente, pero el hombre paró la espada de Malus con la suya propia. El acero plateado raspó y tintineó cuando Malus paró un tajo bajo dirigido a su muslo, y luego respondió con un golpe de retorno que estuvo a punto de cortarle la garganta al druchii. Malus aprovechó la ventaja obtenida atacando la defensa de su oponente con pesados golpes dirigidos a los hombros, el cuello y la cabeza. De repente, el hombre se agachó y se lanzó hacia adelante con la espada apuntando a la garganta del noble. Malus giró hacia un lado en el último segundo y sintió que el plano de la fría hoja se le deslizaba por la piel del cuello.

El druchii bajó la mirada y gritó al ver la hoja de frío acero que tenía clavada en un muslo. Sangre arterial de color rojo claro manaba de la herida al ritmo de los latidos del corazón.

Malus arrancó la espada del muslo, y el druchii se desplomó sobre la tierra. Con un gruñido, echó hacia atrás el arma para asestarle el golpe definitivo, pero un impacto tremendo lo lanzó dando vueltas por el aire. Su trayectoria fue detenida por una roca grande, y por un momento, el mundo se volvió negro.

Cuando pudo ver y respirar de nuevo, vio que *Rencor* masticaba al druchii herido. Los ojos del nauglir giraban como enloquecidos dentro de las acorazadas cuencas oculares, y la bestia de guerra sacudía la pesada cabeza como si sintiera un dolor espantoso. De repente, el depredador echó atrás la cabeza para lanzar un rugido salvaje, y dejó a la vista hileras de dientes largos como dagas y teñidos de rojo. El nauglir giró sobre sí lanzando dentelladas al aire, luego se le dilataron las fosas nasales y echó a correr hacia el camino al mismo tiempo que bramaba con furia.

Malus sintió que lo invadía un frío pavoroso. Se puso trabajosamente de pie. Algo iba mal, terriblemente mal. Rodeó con paso tambaleante la roca contra la que se había estrellado, y miró hacia el camino.

Los gélidos se habían vuelto locos.

Las enormes bestias eran presas de un frenesí de sed de sangre; se encabritaban y le lanzaban dentelladas al olor que flotaba en el aire. La docena de gélidos habían derribado a los jinetes y atacaban a mordiscos a cualquier cosa viva que encontraban.

Los caballeros estaban a salvo porque se untaban la piel con la baba venenosa de los nauglirs, con el fin de que éstos los creyeran compañeros de manada; pero todos los demás hombres y mujeres que tenían a su alcance eran presas legítimas.

Los lanceros habían intentado resistir ante los enloquecidos animales, pero los escudos con que formaban una muralla defensiva se hicieron añicos como si fuesen de vidrio bajo el impacto de las enfurecidas bestias. Había docenas de mercenarios aplastados y hechos pedazos, ya que las armaduras resultaban inútiles contra los poderosos colmillos y las garras de los nauglirs. En los flancos de los jadeantes depredadores se veían astas partidas de lanzas que tenían clavadas, pero no parecía que las bestias percibieran el dolor ni las heridas.

Cayeron sobre las filas de esclavos, y la orgía carnífera comenzó de verdad.

—¡No! —gritó Malus cuando el camino se convirtió en un hirviente matadero en cuestión de una docena de segundos.

Los gritos de los esclavos se fundían en un solo alarido de terror ensordecedor mientras los gélidos los hacían pedazos y atravesaban a dentelladas el hueso y los grilletes con igual facilidad.

El noble corrió hacia la carnicería y vagamente reparó en que sus oficiales hacían lo mismo. Se fijó en las plumas negras de las flechas de ballesta que *Rencor* tenía

clavadas en la paletilla. «Veneno —pensó—. Algo destinado a volver loco al nauglir.» La emboscada no había tenido la finalidad de arrebatarse a los esclavos sino de eliminarlos.

Malus se agachó para evitar la cola de un nauglir que azotaba el aire y corrió hacia el ensangrentado flanco de *Rencor*. La bestia tenía el hocico hundido en el torso de un esclavo muerto. Con un salto veloz, el noble aferró ambas saetas por el asta y las arrancó con una pequeña detonación húmeda. *Rencor* se estremeció y se volvió a mirar a Malus, y durante un trepidante momento el noble temió que la baba de nauglir ya no lo protegiera. Luego, la enorme criatura saltó al campo situado a la izquierda del camino y comenzó a caminar en círculos y olfatear el aire. Pasado un momento, se sentó sobre los cuartos traseros, con la energía agotada y los flancos subiendo y bajando a causa de los jadeos. El noble alzó las flechas con una mano cubierta de sangre.

—¡Las saetas han envenenado a los nauglirs! —gritó, furioso—. ¡Arrancádselas! ¡Deprisa!

En torno a él, los otros caballeros se dispusieron a atender a las monturas y les arrancaron las flechas que tenían clavadas. Con paso tambaleante, Malus atravesó el campo hacia *Rencor* y se detuvo al llegar junto al nauglir antes de volverse a mirar la devastación que había dejado atrás.

A lo largo de cien metros, el camino era una masa roja de carne hecha pedazos. Trozos de pálido hueso y destellante cadena brillaban bajo la llovizna. Las formas acorazadas de lanceros muertos sembraban el suelo; los cuerpos se veían contorsionados, en posturas antinaturales. Los gritos de los heridos resonaban en el aire.

Dos años de conspiración, tres meses de duras incursiones y el rescate de un príncipe en carne habían sido borrados del mapa en pocos minutos. Alguien lo había arruinado de un solo golpe, y lo había hecho de modo experto.

El entrechocar de armaduras y armas atravesó el campo procedente de las puertas de la ciudad. Un contingente de guardias avanzó hacia él, con las lanzas enristradas. El señor Vorhan iba a caballo junto a los soldados y la expresión de su rostro era inescrutable. Detuvo la montura a apenas diez metros de él y estudió la escena.

—Un terrible revés, temido señor —dijo con tristeza al mismo tiempo que sacudía la cabeza ante la carnicería. Miró a Malus—. Tal vez vuestra suerte cambiará la temporada que viene.

El noble estudió al señor del puerto.

—Tal vez —dijo al fin.

Después, cogió la ballesta que llevaba en la silla de montar y le disparó al señor Vorhan a la cara.

3. Contemplar la oscuridad

Una luz ajena al mundo de los vivos se filtraba a través del gran techo de cristal de la sala de audiencias, bañada por un espectáculo boreal de luz cambiante e inquieta. En lo alto de una plataforma circular, emplazada en el centro de la abovedada estancia, el drachau de Hag Graef, despiadado puño del Rey Brujo, se encumbraba como una pesadilla ante los súbditos.

Llevaba puesta la antigua armadura bruja del cargo, un intrincado conjunto de placas de ithilmar ennegrecidas, con afilados bordes curvos y garfios astutamente forjados. Una luz feroz y un humo acre emanaban de las juntas de la armadura y de los ojos de la máscara de demonio que cerraba el ornamentado casco, y cuando el drachau se movía, las articulaciones de la armadura gritaban como las almas de los condenados. Tres cabezas recién cortadas pendían de ganchos de trofeo en la cintura del drachau, y la pesada espada curva que sujetaba con la mano izquierda humeaba a causa de la sangre fresca coagulada. Llevaba la mano derecha enfundada en un guantelete rematado por garras, que tenía grabados centenares de diminutos sigilos relumbrantes. En la presa de esa mano provista de garras y fuerte como una prensa, un noble se retorció en su propia sangre y suciedad, con los ojos encendidos de miedo y dolor.

El noble sólo veía oscuridad agónica y absoluta, pero no dejaba escapar un solo sonido. Los pálidos semblantes de los miembros de la corte brillaban como fantasmas en la oscilante luz de la sala, testigos de la desavenencia entre el noble y la noche antigua, y en espera de que les llegara el turno a ellos.

Era la culminación del Hanil Khar, la presentación del tributo y la renovación del juramento de fidelidad al drachau y, a través de él, al Rey Brujo. La corte interior estaba abarrotada de los verdaderos nobles de la ciudad, hidalgos prominentes y ricos en oro, esclavos u honores de batalla, con linajes y títulos vetustos. Las familias se hallaban reunidas en grupos separados, a prudente distancia de rivales e incluso de aliados, ya que los intentos de asesinato eran algo rutinario durante las reuniones públicas, en especial en los días de ceremonia como ése. Cada miembro de la familia era, a su vez, aislado por un círculo de oficiales de confianza, cosa que dejaba a cada druchii de alta cuna perdido en sus propios y solitarios pensamientos.

Malus observaba cómo el noble sufría sobre los escalones que había ante la plataforma, y deseaba ser él quien llevara puesto el terrible guantelete. La necesidad de atacar, de hender piel y carne y de derramar dulce sangre era tan intensa que le hacía rechinar los dientes. Sentía sobre sí los ojos de sus antiguos aliados, los nobles que habían invertido en su plan y habían corrido el riesgo de provocar la ira de sus hermanos y hermanas, por no hablar de la cólera de su temido padre. Lo contemplaban como lobos, esperando en las sombras el momento adecuado para

clavarle los dientes en la garganta. Y podían hacerlo. Sabían exactamente lo débil que era.

Había roto la antigua tradición al buscar fuera de su propia familia los fondos y las alianzas que necesitaba para embarcarse en una incursión a finales de la temporada. Y lo peor era que había vuelto con las manos vacías. Entonces, tenía que pagar una cuantiosa deuda, y su padre podía desentenderse con toda facilidad de cualquier obligación en el asunto. El vaulkhar todavía no lo había hecho, pero sólo porque los señores druchii aún no habían insistido. Por supuesto, lo harían cuando pensaran que era el momento oportuno. Tenía poco apoyo al que recurrir; los lanceros mercenarios supervivientes habían abandonado su servicio en cuanto habían llegado a Hag Graef, y Malus se había visto obligado a pagarles todo el sueldo para no arriesgarse a un odio de sangre que difícilmente podía permitirse. Eso lo dejaba con no más de una veintena de oficiales y el doble de sirvientes domésticos.

Sólo había llevado tres guardias consigo a la corte: Lhunara, Dolthaic y Arleth Vann. Se encontraban en apretado semicírculo detrás de él, con la mano sobre la empuñadura de la espada. Era una guardia simbólica en el mejor de los casos, pero contra la fuerza en masa de los acreedores no habría bastado ni con la totalidad de los guerreros que tenía a su servicio. Era mejor desconcertarlos con aquella exhibición de bravuconería que confirmar sus sospechas con una falange de guardaespaldas.

Los hijos del vaulkhar formaban por orden de edad y poder ostensible, aunque calibrar las fuerzas relativas dentro de una familia noble era un asunto siempre complicado. Había un vacío evidente entre la alta figura acorazada de Lurhan Espada Cruel y su segundo hijo, Isilvar.

Bruglir el Pirata, el mayor de los hijos varones del gran señor de la guerra, aún estaba en el mar con su flota de incursión, llenando sus bodegas con los saqueos y los mejores esclavos de Ulthuan y el Viejo Mundo. No regresaría hasta los primeros deshielos de la primavera, y pasaría la mayor parte del año en el mar. Se trataba de una hazaña que sólo un puñado de señores corsarios podían lograr, y el vaulkhar sentía tal predicción por aquel hijo que había dejado claro que ninguno de los hermanos o hermanas era adecuado para ocupar el lugar de Bruglir, con independencia de cuáles fueran las circunstancias. Esto también tenía el efecto de concentrar especialmente sobre Bruglir el resentimiento de los demás hijos de Lurhan, hecho que Malus no había pasado por alto.

No había druchii gordos; como en el caso de sus envejecidos primos, los elfos de Ulthuan, la gente de Naggaroth era típicamente esbelta y musculosa, dura y rápida como el látigo. Isilvar, sin embargo, era algo carnoso. Su piel tenía la palidez verdosa del libertino, abolsada e hinchada debido a demasiados años de potentes licores y polvos alteradores de la mente.

Llevaba el pelo negro trenzado con docenas de diminutos ganchos y púas, y el

largo bigote caído pendía, como dos finos colmillos más, por debajo de la línea del puntiagudo mentón. Las manos de largos dedos, con las afiladas uñas pintadas con laca negra, estaban en constante movimiento; incluso cuando estaban en reposo, los dedos se agitaban y danzaban como las blancas patas de una araña cavernícola. Isilvar no había hecho ninguna incursión aparte del crucero *hakseer*, en efecto, a menudo declinaba llevar espada en público y confiaba en la protección de sus guardias pródigamente pagados.

En algún momento del pasado, él y su hermano mayor habían llegado a una especie de acuerdo: Bruglir recogía una cosecha de carne y dinero de los cobardes reinos allende Naggaroth, e Isilvar supervisaba la inversión en Hag Graefy cualquier otro lugar de la Tierra Fría. Esto mantenía a Bruglir en el mar, derramando sangre, y le proporcionaba a Isilvar todo el oro y los esclavos que necesitaba para saciar sus prodigiosos apetitos.

En la base de ese extraño acuerdo estaban las implacables ansias de Isilvar, o eso decían los rumores; se afirmaba que sus dependencias de la torre del vaulkhar eran un matadero que rivalizaba con el templo de Khaine que había en la ciudad. Siempre que pudiera bañarse en la sangre de los torturados cada día de su vida, se mantendría leal a su hermano y proveedor. Isilvar estaba rodeado por una veintena de druchii fuertemente armados y acorazados; las armaduras, lacadas en colores rubí y esmeralda, resplandecían. Lo rodeaban en formación de herradura y cuidaban de no privar a su señor de una clara visión de las atrocidades que tenían lugar sobre la plataforma. Isilvar observaba las agonías del noble con embelesada atención y ojos febriles. Sus largas manos, salpicadas de gotas de sangre seca, se contraían codiciosamente a cada convulsión del suplicante.

Si Isilvar exhibía sus deseos como si fueran un rico ropón manchado, el tercer vástago de Lurhan, una hija, exhibía una máscara de frío mármol perfecto que no revelaba ni uno solo de sus pensamientos íntimos. Se decía que la esposa de Lurhan, muerta hacía ya mucho, había sido una criatura de pasmosa belleza letal; las historias daban cuenta de duelos librados por una sola caricia fugaz ofrecida en la corte, o de rivales hechos pedazos por ansiosos jóvenes nobles que vivían y morían a capricho de ella.

Se decía que su hija Yasmir era la viva imagen de la madre. Alta y de postura naturalmente elegante, esbelta y musculosa como una de las novias de Khaine envueltas de sangre, la hija mayor de Lurhan llevaba un vestido de seda color añil bajo un manto de delicados huesos dactilares amarillos unidos con fino alambre de plata. Su espeso y lustroso cabello negro estaba peinado hacia atrás, apartado del perfecto óvalo de la cara. Tenía grandes ojos violeta —distintivo de un linaje antiguo que se remontaba a la anegada Nagarythe—, que añadían un toque exótico al semblante, por lo demás clásico.

Un par de dagas de empuñadura de hueso pendían de un fino cinturón de piel de nauglir, y era bien sabido que ella era capaz de usarlas tan bien como cualquier hombre manejaba la espada, o mejor. Estaba estrechamente protegida por una docena de guardias, ricos y poderosos hijos de las familias nobles de la ciudad.

Yasmir era para ellos un tesoro vivo que respiraba: una fortuna en poder, influencia y belleza que parecía ya madura para cogerla. Pero Malus conocía la realidad. Esos jóvenes eran las chucherías de ella, algo con lo que jugar y de lo que prescindir según sus necesidades. Y durante los pocos meses que Bruglir pasaba en Hag Graef, Yasmir y él eran inseparables y vivían juntos en las espartanas dependencias que él tenía en la torre del vaulkhar. Mientras Yasmir contara con la total atención del hermano, ningún otro hombre se atrevería a lanzar un desafío para casarse con ella.

Otras druchii tendían a desaparecer cuando estaban en presencia de la resplandeciente belleza de Yasmir, pero ninguna tanto como la hermana que le seguía en edad. Nagaira era, sobre todo, hija de su melancólico padre: tenía la piel más oscura, era de constitución más pequeña y tenía una figura más rellenita y menos atlética. Poseía los ojos negros y la nariz fuerte de Lurhan, y sus finos labios estaban a menudo apretados formando una línea comprimida, bien perfilada.

A diferencia de su hermana, Nagaira prefería los ropones de color añil y rojo oscuro sobre un kheitan ligero labrado con el sigilo del nauglir de la casa del vaulkhar. Llevaba el pelo negro recogido en una gruesa trenza que sólo le llegaba a la cintura, y estaba veteado por mechones de brillante gris y blanco, signo que delataba a alguien que se dedicaba a la magia oscura. Los rumores de sus secretas investigaciones habían circulado por la corte durante muchos años, pero si le preocupaba la amenaza del escándalo, la verdad era que no había hecho nada por mitigarla. Al igual que sus hermanos y hermanas, estaba bien protegida, aunque sus guardias eran más una concesión a la funcionalidad y la conveniencia que una demostración de fuerza o vanidad.

Los diez druchii que la rodeaban formaban un grupo variopinto —una mezcla de sacerdotes, bribones y espadas de alquiler—, pero ella los escogía bien y sabía cómo usarlos cuando decidía hacerlo.

Pero si Nagaira era la sombra del frío brillo de Yasmir, el auténtico hijo de Lurhan, el más joven, era un trozo de la más oscura de las noches. Urial era erguido y casi tan alto como el padre, aunque el grueso ropón negro ocultaba el seco brazo derecho y la pierna torcida que lo habían desfigurado desde el nacimiento. Los druchii no tenían en sus casas sitio para los tullidos; los deformes eran asesinados al nacer o, si eran varones, entregados al templo de Khaine como víctimas de sacrificio.

El neonato Urial había sido echado al caldero del Señor del Asesinato, y si las historias eran ciertas, el latón antiguo se había rajado; la detonación, a modo de un

trueno, había dejado inconscientes a las sacerdotisas. No era insólito que una víctima de sacrificio sobreviviera al hirviente caldero; esos niños eran considerados como señalados por el Señor del Asesinato y acogidos por el templo para instruirlos en las artes de matar. Pero el cuerpo de Urial era demasiado deforme para convertirlo en el de un guerrero sagrado. Lo habían criado en el templo como acólito, aunque lo que aprendía allí era un misterio sobre el que se especulaba a menudo.

Pasados quince años, las vírgenes lo devolvieron a la casa del vaulkhar sin dar ninguna explicación, y desde entonces había ocupado una torre para él solo, atendido por un puñado de servidores anónimos. Media docena de ellos se encontraban en apretado grupo detrás de su señor, provistos de máscaras nocturnas de bruñido acero en forma de calavera. Al igual que Urial, vestían ropones negros sobre los camisotes de fina malla, y llevaban grandes espadas curvas dentro de vainas de cuero y hueso sujetas a la espalda. Permanecían inmóviles como estatuas.

Malus reparó en que no hacían ningún ruido al moverse. No podría haber afirmado con seguridad que respiraran siquiera. Urial tenía una piel tan pálida que casi era azul; las facciones eran demasiado flacas para resultar atractivas, y el largo cabello estaba casi completamente blanco. Era bien sabido que lo único que despertaba las pasiones del druchii, aparte de los estudios y las ceremonias del templo, era su hermana Yasmir, pero era igualmente bien sabido que ella detestaba tenerlo delante. Durante muchos años, Malus había esperado que Yasmir le contara a Bruglir las historias de los torpes avances amorosos de Urial, y que aquél hiciera pedazos al deforme hermano en un arranque de celos, como les había sucedido antes a otros pretendientes mal aconsejados. No obstante, a pesar del famoso temperamento de Bruglir, el hijo mayor del vaulkhar jamás había levantado la mano contra el hermano más pequeño.

«Urial el Rechazado —pensó Malus—, abandonado por tu padre y vomitado por el caldero del propio Khaine. No haces incursiones, no tienes influencia ninguna en la corte y tus servidores son pocos y carecen de rostro. Y sin embargo, cuentas con el favor del drachau. ¿Qué presentes pones a sus pies?»

Como si percibiera la mirada de Malus, la cabeza de Urial se volvió ligeramente hacia él. Unos ojos del color del latón fundido, brillantes pero carentes de sentimientos, se clavaron en los suyos. Malus sintió un escalofrío y lo acobardó descubrir que no podía sostener la mirada de Urial. «El hombre tiene ojos de dragón», maldijo para sí.

Y luego, estaba él: el hijo bastardo, nacido de una bruja. Incluso Urial contaba con el favor del padre más que él, o al menos le inspiraba un miedo excesivo. Malus no representaba más que una carga que Lurhan tenía que soportar, o eso había llegado a creer el noble. Era la única explicación que se le ocurría para el hecho de no haber sido estrangulado al nacer. Sus medio hermanos y hermanas parecían pensar lo

mismo; eran todos mucho mayores que él y podrían haberlo asesinado en cualquier momento. En cambio, se contentaban con monopolizar la riqueza de la casa y dejar que se consumiera.

Uno de ellos le había preparado la trampa de Clar Karond; de eso, estaba seguro.

Había sido un estúpido al pensar que estarían demasiado ocupados en otras intrigas para interesarse por su repentina ausencia. Pero ¿cómo habían sabido que atracaría en la Ciudad de los Barcos? La pregunta lo había atormentado durante el largo camino de regreso. La costumbre y el comercio exigían que todos los barcos corsarios atracaran en la Torre de los Esclavos de Karond Kar y subastaran el cargamento entre los señores de esclavos que allí residían.

Evitar la torre y navegar directamente hasta Ciar Karond había sido otro acto temerario y poco ortodoxo, y sin embargo, los enemigos habían estado esperándolo. «Incluso estaba aquella maldita carta», pensó con repulsión. Karond Kar se encontraba a centenares de leguas al noreste; era una de las más remotas y aisladas ciudadelas de Naggaroth. ¿Acaso un mensajero podría haber adelantado al *Espada Espectral*, reventando caballos a lo largo del camino costero mientras el barco corsario atravesaba primero el Mar Frío y luego el Mar Maligno? ¿Era posible algo semejante?

Si se enteraba de quién era el responsable, ¿qué podría hacer al respecto?

«Lo que deba hacer —se respondió a sí mismo. Aún tenía las espadas y un puñado de nobles leales. Con eso bastaría—. Que vengan los lobos —pensó—. Les prepararé un buen banquete.»

—¡Malus, de la casa del vaulkhar Lurhan!

La voz pareció raspar el aire y le reverberó en los huesos. Modelada por el poder de la armadura del drachau, la voz se le hundió en el cuerpo como un lento cuchillo embotado en busca de su corazón. Sobre la plataforma, el noble vasallo se desplomó tras la dura prueba; sus pies resbalaron en la sangre que ya se coagulaba y manchaba los escalones de mármol, y rodó como una muñeca de trapo hasta el suelo de la sala de audiencias. Los guardias del noble avanzaron con rapidez para retirarlo de la presencia del drachau y regresar al patio exterior, donde aguardaban los inferiores en rango.

«El final ha sido un espectáculo mediocre», observó Malus. Durante el año siguiente, eso le pasaría una costosa factura al noble. Se irguió, se quitó de los hombros la capa y se la entregó a Dolthaic. Al igual que Nagaira, llevaba sólo un kheitan ligero, de piel humana, sobre negro ropón de lana.

—Aquí estoy, terrible —dijo, según la respuesta ritual—. Tu sirviente aguarda tus órdenes.

—Comparece ante mí y entrégame tus regalos.

Cuando los ojos de los presentes se volvieron a mirarlo, sintió el voraz escrutinio

a que lo sometían, ¿Él era depredador o presa? Malus cuadró los hombros y se acercó a la plataforma. Grupos de nobles y sus guardias se apartaron a los lados para dejar que pasara. Durante un breve instante se encontró cara a cara con el señor Korthan, uno del grupo de ambiciosos nobles a los que había convencido para que invirtiera en su incursión. El druchii clavó en él unos ojos que traslucían odio puro, y Malus le devolvió desafiantemente la mirada al pasar.

El charco de sangre que había en la base de la plataforma comenzaba a secarse, y se le adhirió a los tacones cuando pasó por encima y ascendió los escalones hasta detenerse frente al drachau, que tenía poder de vida y muerte sobre todos los druchii de Hag Graef; uno o más perdían la cabeza al final de cada Hanil Khar. Unos morían a causa de delitos, otros por insultar al drachau con regalos insignificantes. Algunos morían simplemente porque el drachau deseaba hacer una demostración de su poder.

Tres escalones antes de llegar a lo alto, Malus se detuvo con el cuello al alcance de la enorme espada curva.

—Otro año ha pasado en el exilio, otra deuda de sangre para los usurpadores de Ulthuan —salmodió el drachau.

—No perdonamos y no olvidamos —respondió Malus.

—Somos el pueblo del hielo y la oscuridad, sustentados por nuestro odio. Vivimos para el Rey Brujo y para vengar las viejas injusticias.

—Mediante fuego, sangre y destrucción.

El drachau se encumbraba sobre él, con los ojos ocultos tras el rojo resplandor que surgía de la visera del casco.

—El vasallo leal le ofrece tributo a su señor. ¿Qué regalos pones a mis pies, leal vasallo? —La mano del drachau apenas apretó la empuñadura de la espada.

Malus clavó los ojos en la feroz mirada del drachau. Se le ocurrió una idea: «¿Estará enterado de mi fracaso? ¿Buscará dejarme en mal lugar ante la corte?» Reprimió un impulso de cólera asesina.

—Grande y terrible señor, todo cuanto tengo es tuyo: mi espada, mis sirvientes, mi odio. Son todo cuanto poseo. —«Y haríais bien en temerlos», insinuó su mirada desafiante.

Durante un momento, la acorazada figura guardó silencio. A tan corta distancia, Malus oía la respiración del drachau, que salía como el aire de un fuelle por las ranuras del casco.

—Cada año la respuesta es la misma —atronó la amenazadora voz del drachau—. Otros señores ponen oro, carne y maravillosas reliquias a mis pies. Sirven a la ciudad y al Rey Brujo e infligen tormentos a nuestros enemigos. Naggaroth no tiene sitio para los débiles ni para los cobardes, Malus Darkblade.

Un temblor sutil recorrió a los reunidos. Malus se tensó ante el menosprecio de aquel ser antiguo.

—Entonces, acabad conmigo, terrible señor —gruñó—. Mojad vuestro plateado acero en mi sangre. Pero la mano amputada no puede golpear al enemigo ni defender las leyes del reino. No puede servir al Estado.

—Excepto como ejemplo para los demás.

—Creo que mi señor y amo no carece de ejemplos, pero la devoción es algo precioso, y el señor sabio no la desperdicia. Los druchii bebemos abundantemente del mundo. Nos hallamos en la frontera de la Oscuridad Exterior y nos complacemos de ello como no lo haría ningún otro. Derramamos océanos de sangre y segamos reinos de almas según nuestro deseo, pero no desperdiciamos cosas que nos resultan útiles.

El drachau estudió a Malus en silencio. Por primera vez en la vida, el noble sintió que caminaba por el filo de una navaja y se tambaleaba hacia el abismo. Luego, bruscamente, el señor supremo de los druchii tendió hacia el noble el gran guantelete provisto de garras.

—Acepto tu juramento de lealtad, Malus, hijo de Lurhan. Pero no basta con ser leal; el esclavo también debe temer a su señor y saber respetar el golpe del látigo. Puesto que tus regalos son exiguos, tu sufrimiento debe ser tanto mayor.

Malus apretó los dientes. Mediante la fuerza de voluntad se obligó a avanzar un paso más hacia el drachau. «Me has perdonado la vida, pero has declarado que soy una presa ante toda la corte —pensó hirviendo de furia—. Muy bien, pues, demostrémosles qué clase de bestia soy.»

—Haz tu voluntad, terrible señor —dijo, e incluso llegó a posar la cabeza en el guantelete del drachau—. La oscuridad espera.

«Y aprenderé de ella —pensó Malus, cuya mente hervía de odio—. Sorberé de ella. Me llenaré las venas del más negro veneno y cargaré de odio mis músculos, y llegado el momento, te retorcerás y te lo harás todo encima, y pedirás misericordia a gritos ante mí.»

La conciencia volvió como la marea, llenando los rincones y las grietas de su mente. Caminaba con paso torpe y vacilante. Tenía la ropa empapada en sudor, orines y sangre. Sentía el sabor de la sangre en la boca y la lengua hinchada en el sitio en que se la había mordido. Por ambos lados, pasaba multitud de gente cuyos rostros pálidos y borrosos flotaban en la periferia de su percepción.

Dentro de la mente tenía sombras que retrocedían furtivamente ante la conciencia. Eran cosas oscuras, frías y provistas de garras, antiguas más allá de lo comprensible. Lo tentaban y acobardaban. Si se concentraba demasiado en los recuerdos, sentía que comenzaba a deteriorarse la tenue posesión de su cuerpo.

De repente, se detuvo. Percibía figuras muy cercanas que lo rodeaban por tres lados. No lo tocaban ni le ofrecían mano alguna para que se sujetara. Malus inspiró profundamente, y el mundo volvió a ser nítido.

—¿He gritado? —susurró.

—Ni un solo sonido —le murmuró Lhunara al oído, y sintió la respiración cercana y cálida de ella—. Ni te tambaleaste.

Malus se irguió y se encaró con las puertas que llevaban al patio exterior. Oía la distante voz de Urial, que, a su vez, le dirigía la palabra al drachau.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Malus.

Lhunara hizo una pausa.

—Ha sido el más largo que he presenciado jamás. Oí que Isilvar le decía a uno de sus hombres que pensaba que ibas a morir.

El noble logró sonreír como un lobo.

—En ese caso, me complace decepcionarlo una vez más.

Con pasos más firmes y decididos, Malus avanzó a grandes zancadas hacia las enormes puertas de roble ennegrecido, que se abrieron ante él sin hacer el más leve ruido. Al otro lado, una multitud de nobles menores aguardaban con sus sirvientes. Les llegaría el turno de encararse con el drachau, pero la caricia del guantelete no era para ellos. En cambio, se infringían sus propias formas de mortificación, cortándose y perforándose la carne para demostrar su lealtad.

El aire estaba cargado del olor de tanta sangre derramada. Entre los estamentos sociales inferiores que se encontraban en el patio exterior, la atmósfera era más bien de celebración, con sirvientes que transportaban bandejas de comida y vino o sufrían a capricho de sus amos. Risas, suspiros de placer y agudos gritos de dolor se alzaban como apoyaturas por encima del murmullo general de conversación.

Entre las multitudes había abierta una larga avenida flanqueada por los guardias de la ciudad para que los nobles pudieran ir y venir sin impedimentos. Los hidalgos druchii se apiñaban a lo largo del recorrido para observar los semblantes demudados de los nobles que se marchaban y susurrarse al oído. Malus contempló con desdén los rostros de los reunidos y obligó a su cuerpo a funcionar como debía hasta recorrer toda la avenida.

Al final, aguardaba otro grupo más pequeño de druchii. Pasado un momento, reparó en que uno de los tres nobles en particular lo contemplaba con considerable interés. Forzó su maltratada mente para que intentara reconocer la cara, pero no le vino a la cabeza ningún nombre.

El noble era de mediana estatura y algo huesudo, como si la desgarrada época de la adolescencia no hubiese acabado del todo al llegar por fin a la edad adulta. Llevaba la cabeza afeitada, excepto por el nudo al estilo corsario, y en las orejas puntiagudas destellaban aros de plata. El estrecho mentón quedaba parcialmente oculto por una perilla rala, y los oscuros ojos estaban muy abiertos de emoción y brillaban con conocimiento oculto.

«¿Quién se cree que es este estúpido?», se preguntó Malus con el entrecejo fruncido. El ropaje y el kheitan del druchii eran de bastante buena calidad, pero

tenían un corte rústico, y el cuero llegaba casi hasta las rodillas del elfo. La piel rojo oscuro tenía grabado el sigilo de un pico de montaña. Malus se detuvo en seco.

«Fuerlan, por supuesto.»

—Bien hallado, mi señor —dijo Fuerlan con tono untuoso al mismo tiempo que hacía una profunda reverencia.

Antes de que Malus pudiera responder, el naggorita corrió hacia él con total desprecio hacia cualquier pretensión de conducta adecuada. Los dos hombres que lo acompañaban, evidentemente caballeros locales sin ninguna otra perspectiva o quizá mercenarios, siguieron a su señor de mala gana. Lhunara siseó de forma amenazadora, pero Malus la contuvo con un ligero gesto de la mano.

—¿Recibiste la carta mi señor? —preguntó Fuerlan en voz baja—. No fue insignificante el coste de lograr que se entregara en Ciar Karond antes de tu llegada.

Malus estudió con cautela al rehén naggorita. Su presencia en la corte tenía por finalidad garantizar la paz entre Hag Graef y Naggor, un acontecimiento reciente tras décadas de amargas y sangrientas hostilidades. Como tal, el estúpido gozaba de un grado de protección con el que podían contar pocos miembros de la corte. La cautela luchaba con la negra furia en el corazón de Malus.

—¡Ah, sí!, la recibí —respondió con frialdad.

—¡Excelente! —Fuerlan se inclinó aún más hacia él, y su voz adoptó un tono de conspiración—. Tenemos mucho de lo que hablar, temido señor. Como ya sabes, hace algún tiempo que estoy en la corte y entre tus parientes —e intentó sonreír con humildad—, y me precio de tener algo de destreza en el arte de la intriga. Me he enterado de algunas cosas, cosas muy interesantes que creo que tendrán importancia para ti. —Fuerlan posó una mano sobre un brazo del noble—. Podríamos sacar mucho provecho si formáramos una alianza de iguales... ¡Ah!

La mano izquierda de Malus se cerró en torno a la garganta de Fuerlan en un movimiento tan mortal y veloz que apenas se vio como un borrón. El naggorita palideció y se le salieron los ojos de las órbitas. Uno de los guardias avanzó corriendo y lanzó un grito al mismo tiempo que tendía una mano hacia la muñeca de Malus, pero la espada de Lhunara silbó en el aire y le cortó la cabeza al caballero, de cuyo cuello manó una fuente de sangre. El segundo guardia de Fuerlan retrocedió con paso tambaleante a la vez que alzaba una mano en señal de rendición, y desapareció con rapidez entre la multitud.

—¡Ah, sí! Fuerlan, tú y yo tenemos algunas cosas de las que hablar —siseó Malus mientras le apretaba más el cuello.

La cara de Fuerlan estaba volviéndose de un tono rojo pálido y sus manos intentaban inútilmente apartar la presa de hierro del noble.

—Hablaremos después de que te haya arrancado la piel del mugriento pecho a latigazos, te haya separado los músculos de los huesos con finos cuchillos afilados y

te haya abierto las costillas para enseñarte los arrugados órganos que tienes dentro. Después de que haya dado nueva forma a tu lastimosa cara con mis ganchos y púas y me la haya puesto como una máscara ante tus propios ojos, entonces me dirás cómo supiste cuándo y por dónde regresaría yo a Naggaroth. Me dirás quién te dio esa información y por qué. Me lo dirás todo. Y luego, implorarás con labios destrozados que evite enseñarte hasta qué profundidad llega realmente la oscuridad dentro de mí.

«Nadie lo sabe —pensó Malus, salvajemente—. Pero, ay, yo se lo enseñaré a todos.»

4. Pactos de medianoche

Malus Darkblade se reclinó en la silla de fresno ennegrecido con una pierna pasada por encima de uno de los reposabrazos curvos, y estudió la pulposa figura que se estremecía colgada de ganchos en el centro de la pequeña estancia. Cada convulsión hacía tintinear suavemente las cadenas de hierro, un sonido sedante tras la acalorada actividad de las horas previas. Al sentir que el ímpetu del señor se había agotado, una media docena de esclavos se deslizó silenciosamente fuera de las sombras que rodeaban el perímetro de la estancia y se detuvo a respetuosa distancia de su amo.

—Bañadlo en ungüentos y cosedlo, luego dadle vino y *hushalta*, y llevadlo de vuelta a sus aposentos —dijo Malus con la voz enronquecida de tanto gritar.

Habían desaparecido la debilidad y el delirio que había experimentado tras la penosa prueba a que lo había sometido el drachau, reemplazados por una oscura y plácida calma. En el pasado, los horrores de la prueba siempre se habían desvanecido con rapidez y habían resurgido luego sólo en pesadillas o en momentos de gran pasión; esa vez había sido algo diferente. Se había superado a sí mismo con Fuerlan. ¡Qué exquisito tapiz de dolor!, ¡qué horror!, ¡qué oscuridad! Había averiguado muchas cosas, había alcanzado muchas visiones internas que nunca antes había conocido. Y también Fuerlan. Malus lo veía en sus ojos. Sólo el tiempo diría si el vistazo echado al abismo le había proporcionado sabiduría o locura, pero a él le importaba muy poco.

Había averiguado todo lo que necesitaba saber. Eso, y mucho más por añadidura.

Detrás de él sonaron los pasos de alguien que atravesaba la habitación. Un alto druchii, que llevaba peto y grebas de acero pulido, se detuvo junto a Malus. Era joven, apuesto, carecía de cicatrices y lucía el *hadrilkar* de la casa de Malus. Su rostro manifestó contrariedad al estudiar la artística ruina que era entonces el cuerpo de Fuerlan.

—Eso ha sido imprudente —dijo al mismo tiempo que le ofrecía a Malus una copa de vino humeante.

Malus aceptó la copa, agradecido. Tenía las manos y los brazos cubiertos de rojo hasta los codos, y regueros de sangre brillaban sobre los duros músculos de su pecho desnudo.

—He tenido cuidado, Silar. Viviré, más o menos. —Sonrió cruelmente mientras bebía un sorbo de vino—. Nada hay en el tratado que diga que mis huéspedes no pueden... divertirme... de vez en cuando.

—Él no es tu huésped, Malus. Fuerlan pertenece al drachau, que quiere que acabe la hostilidad con Naggor. Tomarse eso a la ligera es peligroso, especialmente ahora.

Malus le dirigió a Silar una penetrante mirada. La mayoría de los guardias nunca

se habrían atrevido a hablarle con tanta franqueza a su señor, ya que hacerlo era una buena manera de acabar colgando de unas cadenas como Fuerlan, o algo peor. Pero Silar Sangre de Espinas era un druchii de considerables habilidades y, aunque resultara desconcertante, de poca ambición, por lo que Malus le daba un poco más de libertad que a la mayoría.

—¿Por qué llevas la armadura puesta?

—Atrapamos a un asesino en la torre mientras estabas en la corte.

Los ojos del noble se entrecerraron.

—¿Dónde?

—En tus aposentos. —Silar se movió con incomodidad, mirando al suelo—. Aún no sabemos cómo entró. Las... precauciones... que tu media hermana puso en tu dormitorio nos advirtieron de su presencia, pero aun así logró matar a dos hombres antes de que pudiéramos acorralarlo.

—¿Lo habéis atrapado con vida?

Silar pareció entonces aún más incómodo.

—No, mi señor. Se arrojó al fuego de la chimenea del dormitorio cuando lo acorralamos. Naturalmente, me hago plenamente responsable.

Malus agitó una mano para quitar importancia al hecho.

—Él está muerto y yo no. Da la impresión de que era excepcionalmente diestro.

Silar miró al señor a los ojos y captó el pleno significado de las palabras del noble.

—Era del templo; de eso, estoy seguro.

En Naggaroth no había asesinos más mortíferos que los acólitos del templo de Khaine. Malus bebió pensativamente un sorbo de vino.

—Mis antiguos inversionistas tienen más contactos... y más bolsas de dinero... de lo que yo imaginaba, a menos que...

—¿A menos que...?

Malus frunció los labios, meditabundo.

—Fuerlan, para gran sorpresa mía, tenía unas cuantas cosas interesantes que decir. Algunas incluso podrían ser verdad. Y en tal caso... —De modo súbito, la vaga noción de un plan comenzó a tomar forma en su mente.

«¿Me atreveré? Pero... había un asesino del templo en mis aposentos. ¿Qué tengo que perder a estas alturas? ¡Vacilar es morir!»

El noble, sediento, vació la copa a grandes tragos y se levantó de un salto de la silla.

—Envíame dos guardias —ordenó al mismo tiempo que le devolvía la copa a Silar—. Voy a visitar a Nagaira.

Los ojos de Silar se abrieron aún más mientras Malus atravesaba con decisión la estancia componiéndose la ropa y ajustándose el cinturón.

—¿No quieres antes asearte un poco? —preguntó el guardia.

Malus rió fríamente.

—Las conspiraciones medran con la sangre derramada, Silar. Es algo que tiende a concentrar la propia mente en los asuntos más inmediatos.

La ciudad de Hag Graef se extendía por el fondo de un estrecho valle como un nauglir agazapado sobre la presa. Las anchas calles que contribuían a la industria pesada que constituía la principal fuente de riqueza de la ciudad radiaban desde la enorme plaza de la Conquista, que se extendía al pie de la fortaleza del drachau. La fortaleza, una sólida colección de torres rematadas por agujas, patios y mortales callejones sin salida, y rodeada por un perímetro interior y otro exterior de altas murallas, contenía no sólo las casas de varios señores y damas druchii de alto rango, sino también el convento de brujas de la ciudad y los establos de los gélidos de la guardia.

Las dependencias del vaulkhar y sus hijos ocupaban todo un conjunto de torres situadas en el ala oriental del enorme castillo y dominaban las tres entradas de montaña a la Fundición Oriental y la ancha avenida de carbonilla molida que corría hacia el norte, hasta las cavernas del Mundo Subterráneo.

Muchas de las torres pertenecientes a los hijos de Lurhan estaban conectadas mediante estrechos puentes, cosa que permitía que los nobles fueran y vinieran sin molestarse en realizar los largos descensos hasta los niveles públicos del castillo para luego subir otra vez. Ésa era la teoría; en la práctica, los hijos del vaulkhar consideraban los puentes como una invitación al asesinato y los evitaban de modo escrupuloso.

Salvo por las noches. Malus avanzó con rapidez por el puente de delicado aspecto que conectaba su torre y la de Nagaira; la capa ondulaba agitada por el racheado viento como alas de ébano. Se habían apagado las auroras que llegaban desde los Desiertos del Caos, situados en el remoto norte, y habían dejado jirones de nubes que corrían rápidamente ante la cara de la única luna que había en el cielo. Arleth Vann avanzaba varios metros por delante de él, y Lhunara, varios por detrás. Esta última llevaba una ballesta preparada y observaba las torres próximas, mientras que el primero ponía a prueba la solidez del puente con cada pesado paso.

Los tres druchii tardaron diez minutos en atravesar el arqueado puente. Al otro extremo había una puerta dentro de un hueco, alumbrada desde lo alto por un oscilante globo de luz bruja. Arleth Vann se detuvo, y Malus se sorprendió al encontrarse con que un centinela los esperaba, cobijado en el pequeño hueco de la puerta. Era uno de los bribones de confianza de Nagaira, y observó al trío, oculto en la sombra, mientras jugaba a limpiarse las uñas con un estilete de aspecto terrible.

—Si tienes el asesinato en mente, manos rojas, no hallarás un buen recibimiento aquí —declaró el bribón, arrastrando las palabras y dedicándole una sonrisa

socarrona. No obstante, nada había de frívolo en la postura de sus hombros ni en los cuidadosos y precisos movimientos del cuchillo.

—Si mi intención hubiese sido asesinarte, Dalvar, habría hecho que Lhunara te sacara un ojo desde detrás cuando estábamos en el otro extremo del puente —siseó Malus—. Ahora, abre esa puerta, matón de medio pelo. Pretendo hablar con mi querida hermana antes de morir congelado.

—Tu querida media hermana —lo corrigió Dalvar, señalándolo con la punta del cuchillo para subrayar la observación—. Y eso no está en mí poder, tanto si tienes los dedos ensangrentados como si no. Esperarás aquí a placer de mi señora.

—¿Supón que hago que Arleth Vann te corte en pedazos y se los damos de comer a los halcones nocturnos?

—Eso no hará que la puerta se abra antes.

—No, pero será una agradable distracción mientras esperamos.

—Casi tan agradable como un cuchillo en el ojo, sospecho.

Ambos concedieron a regañadientes que el otro tenía razón, y luego se dispusieron a esperar.

Nagaira mantuvo a Malus en el puente durante el tiempo suficiente para que el frío se le metiera en los huesos. Malus tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para impedir que los dientes le castañetearan y el cuerpo le temblara. Dalvar continuaba limpiándose las uñas, al parecer insensible a la temperatura. Finalmente, se oyó el amortiguado roce de los cerrojos al ser descorridos, y la puerta se abrió apenas una rendija tan ancha como un dedo. Dalvar se inclinó hacia atrás para hablar en susurros con quienquiera que estuviera en el interior, y luego le hizo una profunda reverencia a Malus. El estilete había desaparecido como por arte de magia.

—Mi señora te recibirá ahora, temido señor —dijo con una ancha sonrisa—. Te ruego que me acompañes, pero deja en el umbral toda mala intención...

—¿Contra Nagaira o contra ti?

—... porque entre estos muros hay espíritus que se tomarían a mal ese tipo de cosas —concluyó Dalvar, cuyos ojos danzaban con negro regocijo.

El guardia condujo al trío al interior, donde pasaron ante un sirviente inclinado y bajaron por un corto pasillo hasta una pequeña sala. En torno a una mesa circular, había sentados cuatro guardias ataviados con la armadura completa, que tomaban una comida tardía compuesta de pan y anguilas en escabeche, y que miraron a Malus con aire de indiferente amenaza. En los tederos de la pared oscilaba fuego brujo dentro de globos, e hileras de lanzas y ballestas colocadas en sujeciones estaban listas para repeler un ataque procedente del puente o de los niveles inferiores. Una escalera de caracol ascendía y descendía a lo largo de la curva pared exterior de la habitación, y había una sólida puerta de roble en la pared opuesta al pasillo.

Malus conocía el camino tan bien o mejor que Dalvar. El noble apartó a un lado al

guardia, que protestó de modo simbólico, pasó ante él, y luego giró a la derecha y ascendió con saltos ligeros por la escalera de la torre. Subió y subió, y a cada paso sintió el leve toque de fuerzas invisibles que le acariciaban el rostro y se le demoraban en las manos bañadas de sangre. Entraban y salían a través de la respiración y le tocaban el corazón con dedos gélidos. Le había quitado importancia a la advertencia de Dalvar, pero sabía demasiado bien que no se trataba de un farol. Nagaira no podía sufrir a los huéspedes que no habían sido invitados.

La escalera acabó, por fin, en un pequeño descansillo oscuro. El viento helado silbaba a través de numerosas troneras abiertas en los gruesos muros de piedra. Dos guardias ataviados con brillante malla y recio ropón, sobre los que destellaba la escarcha, estaban de pie a ambos lados de una puerta doble, y alta y de roble. Lo observaron con frialdad desde detrás de la *caedlin* o máscara nocturna de oro con forma de gruñente rostro de mantícora. Las manos enfundadas en guanteletes descansaban tranquilamente sobre las empuñaduras de espadones desenvainados, pero no hicieron ningún movimiento para detener a Malus cuando éste empujó la doble puerta hasta abrirla y entró en el sanctasanctórum de Nagaira tan precipitadamente como el viento.

Según la ley del Rey Brujo, a los druchii les estaba prohibida la magia, salvo a un selecto grupo de mujeres que le consagraban su existencia y pasaban la vida en los conventos que había en todas las ciudades y ciudadelas de Naggaroth. Las Novias Oscuras de Malekith, o las brujas, como las llamaban vulgarmente, servían al señor supremo de los druchii según las necesidades, pero en última instancia sólo respondían ante el propio Rey Brujo. Cualquier otro druchii, especialmente un varón, que fuese sorprendido practicando las artes oscuras era envuelto en cadenas al rojo vivo, transportado hasta la fortaleza del Rey Brujo en Naggarond, y nunca volvía a vérselo.

Naturalmente, había excepciones. Los hechiceros menores que hacían encantamientos de protección, los que echaban maldiciones y los creadores de sombras discretos aceptaban el dinero de los plebeyos a cambio de sus insignificantes servicios. Las sacerdotisas y brujas del templo de Khaine y los hierofantes del templo de Slaanesh guardaban tradiciones mágicas que eran antiguas cuando la perdida Nagarythe era joven, rituales con los que ni siquiera Malekith se atrevía a jugar. Y luego estaba Balneth Calamidad, el autodenominado Rey Brujo de Naggor, que había fomentado los estudios de su hermana, Eldire, y los había mantenido en secreto con la esperanza de sacar provecho propio. Pero había recibido de Malekith una sangrienta reprimenda bajo la forma del vaulkhar Lurhan y el ejército de Hag Graef, que derrotaron al ejército de Naggor y convirtieron a Calamidad y su pueblo en vasallos del Abismo.

De igual modo, constituía un secreto a voces que Nagaira, segunda hija del

temible Lurhan, era una erudita de los senderos oscuros; no necesariamente una practicante, pero sí alguien que estudiaba los caminos antiguos y la sabiduría arcana por razones personales. Nadie la había visto jamás hacer un hechizo ni someter a un espíritu a su voluntad, ni nadie había logrado nunca probar con éxito haber sido víctima de sus encantamientos. Así, ella se mantenía en equilibrio sobre el filo de una navaja, sumergida en conocimientos prohibidos que le proporcionaban poder e influencia sin permitir que fuesen su perdición.

Dicho esto, Malus sospechaba que el sanctasanctorum de Nagaira contenía el tipo de libro arcano, el envejecido pergamino, el veneno, el ídolo y el artefacto por cuya posesión cualquier brujo vendería los restos de su maltrecha alma. El noble advirtió que la estancia era misericordiosamente cálida. En el centro se alzaba un pequeño hogar circular en el que ardían llamas verdes y azules que convertían los curvos muros en un claroscuro de danzantes sombras amenazadoras. Una sinuosa criatura escamosa, con alas correosas plegadas apretadamente contra el cuerpo, huyó hacia las sombras ante la repentina entrada de Malus, y siseó amenazadoramente desde detrás de las sobrecargadas librerías.

Por lo que Malus sabía, él era el único miembro de la familia al que Nagaira permitía entrar en la habitación.

Su media hermana alzó los ojos desde un diván situado cerca del fuego. Junto al diván, en una mesa baja, había un gran libro cubierto de polvo sobre un atril pequeño y un curioso trípode de alambre de cobre que sostenía medio cráneo humano. La cabeza había sido cortada limpiamente, justo por debajo de la nariz, y el espeluznante trofeo descansaba sobre el trípode con la abierta tapa de los sesos dirigida hacia el techo.

Nagaira tenía subida la manga izquierda del ropón de lana y a la vista quedaba el suave y pálido antebrazo cubierto por un intrincado tatuaje de bucles y espirales apretadamente entretejidos que se extendía desde las yemas de los dedos hasta el codo. Mientras Malus la miraba, cogió un fino pincel de mango de latón y lo hundió cuidadosamente en la caja craneal, para luego lanzarle una mirada al noble. Malus no estaba seguro de si se trataba de un truco de la cambiante luz, pero los ojos de ella parecían ser de un vivido azul pálido. Nagaira miró significativamente las manos de su hermano.

—¿Ese es el concepto que tienes tú de los tatuajes? —preguntó mientras retocaba una de las líneas de su brazo con el pincel—. Si es así, creo que soy mejor que tú en este arte.

—He cogido frío esperando en el puente, así que me calenté las manos con el corazón palpitante de Dalvar —gruñó Malus.

—Mentiroso —replicó ella con una ancha sonrisa socarrona—. Ese hombre tiene la sangre más helada que el Mar Frío. ¿Por qué otro motivo iba a tomarlo a mi

servicio? —Una vez hubo acabado, lamió la punta del pincel con su delicada lengua rosada y lo dejó dentro de una caja forrada de fieltro. Se reclinó con gracilidad en el diván y admiró ostentosamente su obra—. Estoy muy descontenta contigo, Malus —comentó con tono ligero—; mira que escaparte en tu pequeña incursión sin advertírmelo. Mientras estuviste ausente, ese gusano de Urial intentó practicar sus encantos conmigo, como si eso pudiera poner celosa a Yasmir. Tuve que rechazar sus repugnantes avances durante meses enteros.

Al mencionar el nombre del hermano, el semblante de Nagaira se oscureció. Las líneas del brazo parecieron hacerse más definidas y luego moverse como serpientes que se enroscaran. Malus se encontró con que no podía apartar los ojos de ellas, a pesar de que su vista le hacía latir con fuerza el corazón y le provocaba espasmos fríos en las entrañas.

—Es..., estoy seguro de que lo decepcionaste en todas las ocasiones —tartamudeó, y luego apretó los dientes al darse cuenta de que había demostrado debilidad.

—Le dije que reservaba mi corazón para otro —explicó ella con una voz tan suave y fría como acero bruñido—. Creo que eso lo enojó mucho. La retorcida criaturilla parece pensar que tiene derecho a aliviar sus frustraciones conmigo. —Nagaira bajó el brazo y le dirigió una mirada feroz a Malus—. Al menos podrías tener la decencia de aparentar que estás celoso.

Con un esfuerzo, Malus atravesó la habitación y se sentó en el diván junto a ella.

—Tuve que escabullirme, querida hermana. Tú, Bruglir y el resto no me dejasteis más alternativa. Estoy seguro de que no esperabas que me quedara sentado en mi torre aguardando a que un noble me clavara un cuchillo.

Nagaira suspiró.

—Es la ley de los lobos, Malus. El lobezno más grande es el que consigue más leche, y así sucesivamente hasta el más pequeño. Bruglir se queda con la parte más grande, y los demás tenemos que luchar por lo que resta. Yo apenas consigo lo suficiente para sobrevivir y, naturalmente, me aseguro de que Urial reciba la porción más pequeña posible. —Se encogió de hombros, pero sus fríos ojos tenían una expresión decidida—. Por desgracia, el templo cuida de los suyos, incluso de los rechazados como él. Si quieres culpar a alguien, culpalo a él por quedarse con la parte que legítimamente te corresponde.

Malus observó a su hermana durante un momento mientras consideraba el siguiente movimiento. Tras la fachada tímida de ella, percibía una curiosidad insaciable. Lo que no sabía era hasta qué punto la malicia de Nagaira hacia él era inactiva, ni hasta qué profundidad llegaba. Si estaba realmente disgustada por su ausencia, había muchas probabilidades de que no saliera con vida del sanctasanctorum.

—Resulta que tengo algo más que mi patética porción de oro —dijo— para estar resentido con el querido y deforme Urial.

—¿Ah, sí? —dijo Nagaira al mismo tiempo que alzaba una delgada ceja. Sus ojos se habían oscurecido hasta un gris tormentoso, en cuyas profundidades se enroscaban leves líneas y espirales.

—¿Conoces a Fuerlan?, ¿El rehén de Naggor? Ese cobarde y pequeño saco de piel tiene una exagerada noción de su propio valor.

—Tengo entendido que ése es un defecto corriente entre los naggoritas, ¿sabes? Una debilidad de la sangre, tal vez —respondió ella con una sonrisa cargada de dulce veneno.

Malus hizo caso omiso de la mofa.

—Fuerlan y yo mantuvimos una larga y activa conversación esta tarde —dijo—. Había estado jugando con la falsa ilusión de hacer una alianza conmigo.

—¿Una alianza? ¿Contra quién?

—¿Importa eso? Sin embargo, estaba de lo más ansioso por lograr tal objetivo. Envié una carta por mensajero especial para que me la entregaran cuando bajara del barco en Ciar Karond.

Nagaira frunció el entrecejo.

—¿Ciar Karond? Pero ¿cómo?

—¿Cómo sabía que no había desembarcado en la Torre de los Esclavos? Ningún jinete podría haber hecho el viaje desde Karond Kar a más velocidad que mi barco, así que eso nos deja...

—La brujería —dijo ella.

—Exactamente —asintió Malus—. El mismo tipo de conocimiento que le permitió a alguien preparar una pequeña y astuta emboscada en el Camino de los Esclavistas. —Se inclinó hacia Nagaira, y su voz descendió hasta un sedoso susurro—. Y luego me entero de que mi amada hermana ha estado usando mi nombre para mortificar al único mago de Hag Graef que no está encerrado en el convento local. —Su mano salió disparada y se cerró en torno a la garganta de Nagaira—. Así pues, que ahora soy yo el que está de lo más descontento.

La respiración se atascó en la garganta de Nagaira al sentir el pegajoso y húmedo contacto de la mano de Malus, pero luego sonrió y comenzó a reír. El sonido era grave y sedoso, burlón y seductor.

—Inteligente, inteligente hermanito menor —jadeó—. Pero ¿por qué Urial el Rechazado iba a tener tratos con personajes como Fuerlan?

—Ese pequeño sapo, sin duda, se arrastró para obtener una audiencia —dijo Malus—, del mismo modo que se arrastró ante cada uno de vosotros por turno. Estoy seguro de que Urial consintió en verlo para descubrir si había averiguado algo de interés sobre ti o los demás. —El noble apretó apenas un poco más el cuello y sintió

el caliente latir de la sangre de su media hermana—. Fuerlan, al parecer, creía que Urial poseía algún tipo de reliquia mágica, supuestamente una fuente de terrible poder.

—¿Una reliquia? ¿Dónde habrá oído Fuerlan algo semejante?

Malus atrajo a Nagaira hacia sí y sus finos labios quedaron a pocos centímetros de los de ella.

—Pues, lo oyó de ti, dulce hermana. Al principio no lo creí, fiero Fuerlan se tomó dolorosas molestias para convencerme.

Nagaira guardó silencio durante un momento. Malus sentía la tibia y fragante respiración de ella sobre la piel. Luego, la hermana sonrió.

—Lo confieso. Tenía la esperanza de que Urial se comiera el corazón del pequeño rehén, y entonces ni siquiera el templo podría protegerlo. El drachau lo habría desmembrado nervio a nervio, y yo habría saboreado cada momento. —Frunció el entrecejo—. Desgraciadamente, parece que el Rechazado es repulsivo, pero no estúpido.

—En efecto.

Malus rozó una mejilla de ella con los labios. La respiración se le atascó a Nagaira en la garganta, y por un instante, la mente de él se llenó de gusanos, formas de oscuridad que describían espirales y se retorcían entrando y saliendo de su cerebro, donde dejaban largos túneles que se llenaban de negrísimas sombras. Se estremeció y se reclinó en el diván al mismo tiempo que retiraba bruscamente la mano del cuello de ella como si lo hubiese picado un aguijón. Nagaira lo miró con negros ojos carentes de profundidad.

—¿Es cierto, entonces? —preguntó Malus—. ¿Tiene Urial una reliquia semejante?

Nagaira sonrió y también ella se reclinó en el diván, aumentando la distancia que los separaba. Se dio unos pensativos golpecitos con un tatuado dedo en el labio inferior.

—Eso se me ha inducido a creer —replicó—. Mis espías dicen que Urial ha estado buscándolo durante cierto tiempo, y que lo consiguió recientemente a un elevado precio y tras numerosas expediciones fracasadas. ¿Por qué lo preguntas?

Malus inspiró profundamente.

—Porque me encuentro necesitado de poder y rodeado de enemigos. Si la reliquia le resulta útil a él, ¿por qué no a mí?

—Urial es un brujo, Malus, y tú no lo eres.

—El gran poder encuentra un modo de hacerse sentir, hermana. Brujo o no, puedo someterlo a mi voluntad.

Nagaira rió, y pareció que las sombras de los muros danzaban al ritmo de su risa.

—Eres un estúpido, Malus Darkblade —dijo ella, al fin—. Pero confieso que a

veces los estúpidos tienen éxito donde otros mortales fracasan.

—Bien, ¿y qué hay de esa reliquia?

—No es, de hecho, una fuente de poder..., no al menos en ningún sentido que tú puedas entender. Es una llave que, según la leyenda, abre un templo antiguo que está oculto en las profundidades de los Desiertos del Caos. El poder que tú necesitas se encuentra dentro de ese templo.

—¿Qué es?

Nagaira sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe con seguridad. Fue encerrado allí en los tiempos en que Malekith luchaba junto al inmundo Aenarion en la Primera Guerra contra el Caos —explicó—, hace miles y más miles de años. Es posible que el templo ya no exista siquiera, o que se encuentre en el fondo de un mar de hirviente ácido.

Algo despertó en el interior de Malus, como una chispa que prende sobre leña seca.

—Pero si el templo y su tesoro estuviesen fuera del alcance, la magia de la llave se vería afectada, ¿no es cierto?

La mujer druchii sonrió con aprobación.

—En efecto. Eres más astuto de lo que pensaba, hermano querido.

—Así que el templo y su tesoro —concluyó Malus— podrían estar a mi alcance si tuviera un modo de robarle la llave a Urial y buscar yo mismo el emplazamiento.

—¿Deseas enfrentarte al Rechazado dentro de su cubil? Tu estupidez linda con el impulso suicida.

—Urial no pasa todas las horas de vigilia dentro de su torre. De hecho, el templo tiene rituales propios que deben ser observados después del Hanil Khar. Estará en la ciudad cada noche durante los próximos días, ¿verdad?

—Verdad —asintió Nagaira—. Pero están los sirvientes, los guardias y, algo más importante, una red de hechizos protectores y trampas.

Malus se inclinó hacia delante y posó suavemente la punta de un dedo en la depresión de la garganta de ella.

—Estoy seguro de que tienes formas de pasar a través de sus muchos encantamientos.

Nagaira rió entre dientes.

—¿Y por qué tengo que ayudarte?

—Para perjudicar a Urial, por supuesto. Y para compartir el poder cuando lo haya sacado de los Desiertos del Caos.

Ella sonrió.

—Por supuesto.

—¿Puedes meternos a mí y un pequeño grupo de mis guardias dentro de la torre?

Los ojos de Nagaira vagaron por las abarrotadas librerías que rodeaban la

habitación, como si hiciera inventario mental.

—Puedo hacer que entre un grupo pequeño en la torre —dijo después de pensarlo un momento—. Pero tendré que acompañaros. Me parece que habrá trampas que requerirán más que un amuleto protector para escabullirse a través de ellas.

Malus se quedó pensativo. No le gustaba la idea, pero no veía qué alternativa tenía. Con ella a su lado, al menos podría estar seguro de que haría todo lo que estuviera en su poder para salir con vida.

—Muy bien.

—¿Y compartiremos cualquier poder que saques de los Desiertos del Caos?

—Por supuesto —replicó él, y la mentira se deslizó impecablemente por su lengua.

Su media hermana sonrió y se reclinó con languidez en el diván.

—En ese caso, quédate aquí conmigo un rato, querido hermano —dijo—. Ha pasado largo tiempo desde que nos vimos por última vez, y tenemos que ponernos al día en muchas cosas.

5. Estratagemas

En contacto con la piel, el agua fría como el hielo le produjo a Malus una conmoción lo bastante fuerte como para que contuviera el aliento mientras se frotaba la sangre seca del pecho y los brazos, aunque no bastó para eliminar la hormigueante sensación de que unos gusanos reptaban a través de su carne. Se esforzó para no vomitar al tener la impresión de que unas cosas que se retorcían le llenaban la boca y le acariciaban la lengua.

—No me gusta esto —dijo Silar Sangre de Espinas—. Es temerario. —El alto druchii se encontraba de pie junto al señor, y su largo rostro se mostraba más severo de lo normal—. ¿Cómo sabes que se puede confiar en ella?

Incapaz de soportarlo por más tiempo, Malus metió la cara en la gélida agua teñida de rosado. El punzante frío desvaneció los recuerdos residuales del abrazo de su hermana, aunque sólo por un momento. Salió a respirar jadeando, alterado, pero dueño de su propia piel por unos instantes.

—No se puede confiar en ella —replicó mientras se secaba la cara con una toalla que le ofrecía Silar—. Pero, por el momento, Nagaira y yo tenemos un objetivo común: robar la preciosa reliquia de Urial y hacernos con el poder que protege.

Sólo se puede contar con ella cuando se satisfagan sus propios intereses, y para nada más.

El dormitorio del noble estaba abarrotado de gente tras el intento de asesinato de la velada y la repentina reunión con su hermana. Además de Silar, Lhunara y Arleth Vann se paseaban o meditaban en diferentes sitios de la pequeña estancia suavemente iluminada, a las claras descontentos con los resultados que habían tenido los acontecimientos de la noche. La mujer druchii se encontraba de pie ante una de las estrechas ventanas de la habitación y observaba cómo la oscuridad comenzaba a desvanecerse en una lenta progresión desde el negro al gris.

Hag Graef era llamada la Ciudad de Sombras por una razón: rodeado de empinadas laderas de montaña, el fondo del valle únicamente recibía la luz directa del sol un par de horas al día, y esto sólo en los raros días despejados del verano. Durante la mayor parte del año, Hag Graef permanecía envuelta en un crepúsculo perpetuo. Allá abajo, en la ciudad misma, Lhumara veía el débil y oscilante resplandor de los globos de luego brujo que titilaban como estrellas en medio de las corrientes de cáustica niebla nocturna que flotaban por las calles.

—Silar tiene razón —dijo, pensativa—. Estás precipitándote demasiado, mi señor. Hay demasiadas incógnitas, demasiadas cosas que pueden salir mal... Ni siquiera sabemos dónde está ese templo. ¿En algún lugar de los Desiertos del Caos? Podríamos tardar años en regresar... si es que regresamos.

—Según Nagaira, la reliquia señalará el emplazamiento del templo —dijo Malus

—, y prefiero deambular por los Desiertos del Caos a esperar aquí a que el siguiente asesino del templo se lleve mi cabeza.

—Pero, sin duda, podemos esperar unos días más, al menos. Gastar un poco de dinero y ver qué podemos averiguar acerca de la torre de Urial para trazar mejor los planes...

—No tenemos unos días. Debemos atacar mientras Urial se encuentra fuera de su cubil. Aunque creemos que estará en el templo unas cuantas noches, la única de la que tenemos plena seguridad es ésta. ¿No es cierto, Arleth?

Arleth Vann salió de las sombras del rincón más alejado de la habitación. Con la gruesa capa negra rodeándose el cuerpo y el borde de la ancha capucha colgando sobre el rostro, resultaba casi invisible en la oscuridad.

—Sí —asintió a regañadientes—. Todos los suplicantes de la ciudad deben asistir esta noche a las ceremonias de veneración, que duran desde el ocaso hasta el alba.

Malus vio que Lhunara observaba con aire interrogativo a Arleth. Muchos de los integrantes de la partida de guerra sospechaban que el guardia había estado vinculado al templo en algún momento del pasado. Desde luego, Arleth tenía buenas razones para no hablar de su vida antes de haberse establecido en Hag Graef, y Malus se guardaba para sí lo que sabía. Era un acuerdo que valía la pena respetar para contar con un guardia de las particulares habilidades de Arleth.

—Así que, como veis, tenemos poco tiempo para prepararnos —intervino el noble—, y mis enemigos están moviéndose en mi contra. Si las cosas se escapan demasiado de las manos, es posible que Lurhan me envíe al exilio, o algo peor, antes que arriesgarse a ahogar a toda la familia en un sangriento conflicto entre linajes. No cuento con los recursos, con el poder, para defenderme de estas amenazas. Ya será bastante difícil equipar a esta expedición, así que mucho más lo sería librar una guerra de linajes contra una alianza de nobles menores. —Malus se puso una bata y se encaminó hacia una mesa de fresno que estaba situada cerca del pie de la cama. Cogió una jarra de vino bretoniano procedente de los saqueos y llenó la copa que había al lado—. Si esta... reliquia... es la mitad de terrible de lo que Nagaira parece pensar, las cosas serán muy diferentes aquí cuando regresemos.

—¿De verdad piensas compartir ese poder con ella? —preguntó Silar.

—Sólo si tengo que hacerlo —admitió Malus, y bebió un sorbo de vino—. Y sólo hasta que esté seguro de que puedo controlarlo yo solo. Si creo que puedo esgrimirlo sin su ayuda... Bueno, los Desiertos del Caos son un lugar peligroso, ¿verdad?

Lhunara asintió mientras tejía mentalmente una red de estrategias y contingencias.

—¿Cuántos hombres llevará ella?

—Seis, incluido el degollador Dalvar. Yo también llevaré seis, incluidos tú y Vanhir. Silar, Dolthaic y Arleth Vann permanecerán aquí con el resto de la partida de

guerra para custodiar las pocas pertenencias que me quedan. No dudo de que Urial se venga de algún modo cuando se entere del robo.

—No te lleves a Vanhir —gruñó Silar—. Te traicionará si puede.

—Estoy de acuerdo —intervino Lhunara—, especialmente después del castigo que le infligiste en el camino de Ciar Karond. Te odia más que nunca.

—Precisamente por eso quiero tenerlo donde pueda vigilarlo —replicó Malus—. Mantendrá su juramento al pie de la letra hasta el último minuto del último día. Para eso falta más de un mes. Si para entonces aún estamos en los Desiertos del Caos, tal vez será más fácil matarlo, pero hasta entonces es una espada más que puedo usar para lograr mi meta.

Lhunara cruzó los brazos y se volvió otra vez hacia la ventana, claramente descontenta con la idea.

—¿Nos llevaremos los nauglirs, entonces?

—Sí —replicó Malus—. Siempre prefiero los dientes y las garras a los caballos. Además, pueden llevar más pertrechos y recorrer más distancia al día que una caravana de caballos de carga.

—También hay que tener en cuenta que necesitan comer muchísimo más — señaló Lhunara.

Malus rió entre dientes.

—No creo que allí donde vamos carezcamos de cuerpos para alimentar a los gélidos. Dolthaic los tendrá ensillados y dispuestos en los establos para cuando salgamos de la torre de Urial. No pienso quedarme aquí ni un minuto más de lo necesario cuando hayamos culminado el robo.

—Estoy más interesado en saber cómo vas a entrar y salir de la torre de Urial — dijo Silar.

Malus se sirvió una segunda copa de vino.

—Nadie sabe con seguridad cuántos servidores tiene Urial, ni cuántos guardias. Muchos provienen del templo, y todos llevan puestos esos pesados ropones y esas máscaras. Podría tener veinte o doscientos. Peor aún, Nagaira está segura de que su cubil estará muy protegido por hechizos y espíritus esclavizados; tal vez, incluso monstruos.

El noble desplazó la vista hacia Arleth Vann. Los dos se miraron a los ojos durante un momento, y luego el guardia se encogió de hombros.

—Es posible —dijo Arleth Vann—. Nadie más que las sacerdotisas saben hasta dónde ha avanzado Urial en los misterios de Khaine. Podría ser capaz de muchas cosas terribles. Incluso es posible que su cubil ya no sea... enteramente de este mundo.

Lhunara avanzó un paso hacia el guardia encapuchado.

—¿Qué quiere decir eso?

Arleth Vann bajó la cabeza. Malus vio la tensión que se evidenciaba en la línea de los musculosos hombros del guardia y la inmovilidad del cuerpo.

—Continúa, Arleth —insistió el noble.

—No puedo afirmarlo con seguridad, ni siquiera yo lo entiendo del todo, pero... hay lugares en los grandes templos, lugares profundos en los que sólo los más santos pueden entrar, que son testigos de rituales y observancias antiguos. Allí se hacen únicamente los sacrificios más selectos; en ese lugar no se pronuncia una sola palabra que no sea una ofrenda al Señor del Asesinato. Es un lugar al que acuden los sumos sacerdotes para contemplar el rostro de Khaine y su reino de matanza. Debilitan el tejido que separa ambos mundos hasta el punto de que a veces resulta difícil saber qué pertenece a este mundo y qué no.

Lhunara frunció el ceño.

—Ahora estás hablando con enigmas.

«No, Lhunara, no lo hace —pensó Malus—, pero es mejor que tú no lo entiendas, o podría encontrarme con un motín entre manos.» Considerar la trascendencia de lo que acababa de oír era como tener un cuchillo clavado y retorciéndose en las entrañas.

—¿Estás diciendo que su sanctasanctórum podría ser un lugar así?

Arleth Vann alzó la mirada al oír la voz del noble. La cara que había bajo la capucha expresaba reserva, salvo los ojos, que tenían una mirada terrible.

—Es posible —dijo—. Nada es seguro con alguien como él. No lo limita ley alguna, ni en este mundo ni en el otro.

—Por la descripción que hacéis, ésta parece una misión estúpida —gruñó Lhunara.

—Para nada —dijo Malus—. Nagaira conoce un camino secreto para entrar en la torre desde las madrigueras...

—¿Las madrigueras?!

—¡Ya basta, mujer! Ella nos conducirá al interior de las madrigueras a través de una entrada situada en otra parte de la fortaleza, y luego ascenderemos hasta los almacenes de Urial. Dice que tiene talismanes que nos permitirán pasar sin ser detectados por las protecciones y calmarán a sus centinelas sobrenaturales. Dado que ella nos acompañará durante todo el tiempo, no dudo de que está segura de los poderes de esos talismanes.

—¿Y si se equivoca, mi señor?

—Una vez dentro —prosiguió él sin hacer caso de la pregunta de Lhunara—, mataremos a cualquier sirviente o guardia con quien nos encontremos de camino al sanctasanctórum de Urial. Si la Madre Oscura nos sonrío, eso no será necesario. Lo ideal sería que pudiéramos entrar y salir sin que nadie se diera cuenta. De todas formas, una vez que entremos en el sanctasanctórum tendremos que movernos muy

deprisa. Ahora bien, Nagaira no sabe exactamente qué aspecto tiene la reliquia...

Lhunara hizo un intento de hablar al mismo tiempo que sus ojos se abrían cada vez más, pero Malus la silenció con una penetrante mirada.

—Pero está segura de que la reconocerá en cuanto la vea. Registraremos el sanctasanctórum, localizaremos la reliquia y nos marcharemos por donde entramos. Con suerte, no estaremos dentro de la torre más de media hora a lo sumo. Una vez que volvamos al interior de las madrigueras, deberíamos llegar a los establos en cuestión de minutos y estar fuera de Hag Graef y en el Camino de la Lanza al cabo de una hora. Para cuando regrese Urial y descubra que la reliquia ha desaparecido, nos hallaremos a leguas de distancia.

—Y nos dejarás a nosotros para que soportemos la acometida de su ira —dijo Silar con una voz cargada de terror.

Lhunara sacudió la cabeza.

—Esto no me gusta, mi señor. Huele demasiado a desventura. Si una sola cosa sale mal, todo el plan podría desmoronarse, y entonces, ¿dónde estaríamos?

—No estaríamos mucho peor que ahora, Lhunara —replicó Malus con frialdad—. Al templo le han prometido mi cabeza, y si mis sospechas son correctas, Urial es el responsable de la emboscada que nos tendieron en el Camino de los Esclavistas. No, no me quedaré sentado aquí esperando el beso del hacha. Urial ha contraído conmigo una deuda por mi ruina, y tengo intención de cobrarla esta noche. ¡Si muero en el intento, lo haré con una espada en la mano y sangre en los dientes! Ahora, marchaos. Descansad. Nos reuniremos en la torre de Nagaira esta noche, cuando haya caído la niebla.

Como un solo hombre, los guardias se inclinaron y se encaminaron hacia la puerta. Silar fue el último en partir.

—No te demores mucho en los Desiertos del Caos, mi señor —dijo con una sonrisa triste—. Podría no quedar nada de nosotros cuando regreses.

—Lo sé, noble Silar —respondió Malus—. Pero no temas. Tengo una memoria muy, muy larga, y un corazón despiadado. Cualquiera que sea el mal que Urial os inflija, se lo devolveré multiplicado por cien.

Al llegar a la puerta, Silar hizo una pausa para considerar las palabras del noble. Luego, más tranquilo, se marchó a atender sus obligaciones.

6. Salones abandonados

La noche trajo espesas nubes y un viento frío que silbaba al pasar entre las agujas de las torres de Hag Graef. A más de treinta metros por encima de los patios del castillo, una figura cubierta por una capa se inclinó ligeramente fuera del hueco de una puerta y estudió las dos brillantes lunas que relumbraban en el horizonte oriental.

Pasado un momento, una nube gris hierro cubrió las caras de las lunas y sumió la fortaleza en una oscuridad abismal. Sin hacer ruido alguno, la figura salió de un salto de la entrada y se deslizó como un espectro por el estrecho puente de piedra. La siguieron siete figuras similares, también envueltas en capas, aparentemente indiferentes ante el vasto abismo que se abría debajo de ellas. Para cuando la nube volvió a dejar a las lunas al descubierto, la procesión había desaparecido en la torre situada al otro lado del puente.

Una vez dentro de la torre de Nagaira, Malus se echó atrás la capucha de lana y escrutó al pequeño grupo que lo aguardaba en el pasillo que había al otro lado de la entrada. Esa noche, él y sus guardias iban vestidos para la guerra: debajo de las pesadas capas oscuras, cada druchii llevaba un peto articulado y un camisote sobre un kheitan de cuero oscuro. Las espaldas les protegían los hombros y les conferían una silueta voluminosa e impresionante, mientras que llevaban los brazos y las piernas enfundados en avambrazos y grebas articuladas. Cada pieza de la armadura descansaba sobre una capa de fieltro para impedir que tintinearan las juntas y las placas, y para aislar el cuerpo del frío acero. Malus y dos de sus guardias llevaban ballestas de repetición bajo la capa, junto con las espadas habituales.

Los guerreros de Nagaira iban equipados de modo similar y rodeaban a su señora como funestos cuervos. Varios llevaban cortas lanzas arrojadas de un tipo que Malus no había visto nunca antes, mientras que otros iban armados con pequeñas ballestas de repetición. Observaron con clara suspicacia a los intrusos fuertemente armados, todos menos Dalvar, que hizo rotar uno de sus estiletos sobre la punta de un dedo acorazado y sonrió burlonamente a los recién llegados.

Al igual que Malus, Nagaira llevaba coraza sobre el kheitan y el ropón, e iba armada con dos espadas que pendían a la altura de la cadera. Había desaparecido de ella la timidez de estudiosa, y a Malus le sorprendió ver cuánto se parecía a su temible padre. Le tendió una mano enfundada en un guantelete de la que pendían siete correas de cuero; de cada una colgaba un destellante objeto de plata y cristal del tamaño del pulgar de un druchii.

—Poneos esto de modo que os quede en contacto con la piel —dijo Nagaira con voz seca e imperiosa—. Cuando estemos dentro de la torre, no toquéis nada a menos que yo os lo digan.

Malus cogió los talismanes sin pronunciar palabra, escogió uno para él y pasó el

resto a sus compañeros. Al inspeccionarlos de cerca se veía que cada talismán era un pequeño puño de plata que aferraba una bola de cristal. El cristal irregular había sido tallado de tal forma que daba lugar a una compleja espiral en el centro de la piedra. En la plata había grabadas docenas de diminutas runas que impedían una fácil identificación. Cuando Malus intentó enfocar una de ellas, los ojos empezaron a parpadearle y llorarle como si alguien le hubiese arrojado un puñado de arena. Pasado un momento, dejó de intentarlo; se colocó la correa alrededor del cuello y luego lo metió cuidadosamente por el borde del peto. El talismán se hundió contra su pecho, bajo la armadura, y tuvo la sensación de que era un trozo de hielo.

Nagaira observó con detenimiento para asegurarse de que todos los druchii seguían sus instrucciones.

—La entrada a las madrigueras está cerca de aquí —dijo una vez que quedó satisfecha—. Cuando estemos dentro de los túneles, manteneos unos cerca de otros y tened las armas reparadas. Por ahí abajo deambulan nauglirs salvajes y cosas peores. No tardaremos mucho en llegar a los túneles situados debajo de la torre de Urial, pero una vez allí tal vez tengamos que cavar un poco.

La última frase detuvo a Malus en seco.

—¿Podríamos tener que cavar un poco? ¿No conoces a nadie que haya usado antes este acceso?

Nagaira se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé con seguridad que la entrada exista. En teoría, debería existir.

—¿En teoría?

—¿Prefieres irrumpir por la entrada de la planta baja, o escalar la torre a la vista de la mitad de la fortaleza?

La burlona sonrisa de Dalvar se ensanchó. Malus soñaba con arrancarle la piel de la cara mientras el guardia chillaba.

—Abre la marcha —susurró.

Con una media reverencia presumida, Nagaira giró sobre los talones y condujo a la partida de incursión por la larga escalera que descendía hasta la planta baja de la torre. Como sucedía con todas las torres de la fortaleza del drachau, a ésta sólo podía accederse a través de una puerta doble reforzada que daba a un corto corredor que se adentraba más en el complejo del castillo. Cuando llegaron a la puerta, Malus se sorprendió al encontrar a cuatro guardias de Nagaira ataviados con la armadura completa y con la espada desnuda en la mano. Nagaira captó la expresión del rostro del noble y le dedicó una sonrisa lobuna.

—No puedo garantizar que Urial no cuente con agentes infiltrados entre mis servidores —dijo al mismo tiempo que se echaba la capucha sobre la cabeza—; así que Kaltyr y sus hombres van a asegurarse de que nadie salga de la torre hasta el amanecer. —Dicho eso, condujo al grupo al exterior.

A lo largo de centenares de años, la fortaleza del drachau —también llamada Hag por los residentes de la ciudad— había crecido casi como un ser vivo. Los esclavos enanos eran costosos y relativamente escasos, así que podían pasar muchos años antes de que se presentara la oportunidad de hacer las reparaciones y añadidos necesarios.

Cuando una parte del castillo caía en ruinas, se construían otras secciones encima y alrededor de ella, cosa que había originado un laberinto demente de caóticos corredores, torres abandonadas y patios tapiados. Lo que había comenzado como ciudadela relativamente pequeña con una sola muralla octogonal, entonces cubría más de dos kilómetros cuadrados y tenía cuatro murallas defensivas concéntricas, cada una construida para rodear una nueva etapa de expansión. Se decía que nadie conocía la fortaleza en su totalidad; a menudo se enviaban sirvientes nuevos a hacer recados dentro de la extensa ciudadela, y no volvían a ser encontrados hasta pasados varios días, si se los encontraba.

Nagaira condujo a la encapuchada procesión con rapidez y seguridad a través de una serie de patios y terrenos de ejecución, y pronto dejaron atrás las zonas más pobladas de la fortaleza para adentrarse en un área que presentaba signos de abandono progresivo. Cuanto más avanzaban, más desolado y decrepito parecía el entorno. Pasaron por lugares en que las losas del suelo estaban rajadas y cubiertas de enredaderas, y bajo inclinadas pilas de rocas que habían sido muros o torres. En un momento se vieron obligados a trepar por encima de un montón de piedras partidas que eran cuanto quedaba de un puente que había conectado dos antiguas torres. Entre las sombras que los rodeaban huían pequeñas criaturas. En un punto determinado, cuando atravesaban un patio cubierto de maleza, una cosa grande les siseó una advertencia desde un montón de escombros cubierto de enredaderas. Los druchii apuntaron con las ballestas hacia el lugar, pero Nagaira les hizo un impaciente gesto para que continuaran. Pasado un rato, los incursos llegaron a una zona de la fortaleza que claramente había sido abandonada hacía muchas décadas. Al atravesar una entrada manchada de moho, Malus se encontró en un amplio espacio rectangular dominado por lo que parecía ser un hogar enorme. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que estaba en una antigua forja, cuyos fuelles y otras herramientas de madera se habían podrido hasta desaparecer hacía ya mucho.

De repente, se produjo un destello de luz verde azulado; uno de los guardias de Nagaira le dio a su señora una linterna ciega en la que ardía pálido fuego brujo. Ella la sujetó en alto y giró en un rápido círculo para orientarse.

—Allí —dijo al mismo tiempo que señalaba un rincón de la estancia—. Apartad los escombros. Encontraréis una trampa.

Durante un momento, nadie se movió. Nagaira y sus bribones contemplaban a Malus y su grupo.

—¿Ya estáis cansados? —se burló Malus, impaciente ante aquella despreciable lucha de voluntades—. Muy bien. Virhan, Eirus..., abrid la trampa.

Los hombres avanzaron de inmediato mientras lanzaban téticas miradas a sus antiguos aliados. Alumbrados por la linterna de Nagaira, los dos guardias localizaron con rapidez un par de anillas de hierro que había en el suelo. Tras varios minutos de esfuerzo lograron levantar una de las hojas, cuyos goznes oxidados rechinaron. Debajo había un túnel casi perfectamente circular que se adentraba como un pozo en las profundidades de la tierra.

Según la leyenda, las madrigueras habían sido hechas varios siglos antes, cuando se había comenzado a construir el Hag. Un invierno, la tierra tembló bajo el castillo desde el ocaso al amanecer. Las losas del suelo subían y bajaban, y las torres se mecían bajo la luna. Los nobles y esclavos lo bastante valientes para aventurarse por las bodegas del castillo afirmaron haber oído un lento y profundo gemido que reverberaba a través de la tierra y la piedra, y dijeron que a veces se veían nubes de gases nocivos que emanaban a través de las grietas del suelo y envenenaban a los incautos.

El extraño episodio acabó de modo tan brusco como había comenzado, el primer día de primavera; ya avanzado el verano, una cuadrilla de obreros que reconstruía una torre derrumbada descubrió el primero de los túneles. Casi perfectamente redondos y abiertos en la roca sólida, los pasadizos recorrían kilómetros, volviendo sobre sí mismos una y otra vez, como si los hubiese hecho un gusano monstruoso. Nadie encontró nunca a la criatura —o criaturas— que había abierto los túneles, aunque a lo largo de los siglos una multitud de alimañas habían convertido el laberinto en su hogar.

En un lado de la pared del túnel había peldaños de hierro en forma de luna creciente.

—Recordad: permaneced cerca los unos de los otros —dijo Nagaira, que luego, sujetando la linterna, avanzó hasta el borde del agujero y comenzó a descender por los peldaños.

Dalvar avanzó rápidamente tras ella, pero Malus lo inmovilizó con una mirada terrible y entró en su lugar, con la ballesta preparada.

Unos seis metros más adelante el pasadizo comenzó a curvarse hacia la línea horizontal, hasta que los peldaños acabaron y Malus pudo ponerse de pie. Permaneció junto a Nagaira, y ambos aguardaron a que bajara el resto de la partida. Los únicos sonidos que se oían en el resonante espacio eran el raspar de los tacones de las botas sobre el hierro y un eco distante de agua que goteaba. En un momento dado, Malus le echó una furtiva mirada a su hermana, pero no pudo ver la expresión de ésta en las umbrías profundidades de la capucha con que se cubría; apenas distinguió la punta de la barbilla y un fugaz atisbo de la pálida garganta. Por el cuello de Nagaira ascendían

los bordes del tatuaje en espiral, que parecía latir y moverse con vida propia.

Cuando la partida de incursión se ordenó en los dos grupos correspondientes, Malus organizó a sus guardias mediante suaves asentimientos de cabeza y gestos para que se mezclaran con los hombres de Nagaira. Si los dos bandos no podían separarse con mucha facilidad, difícilmente podrían sacrificarse el uno al otro ante la primera señal de problemas.

A Malus le resultaba claro que las madrigueras no habían sido hechas por un ser pensante, o al menos no por uno que estuviese cuerdo. Raramente eran del todo horizontales; ascendían y descendían, describían curvas, se cruzaban y volvían a cruzarse una y otra vez sin ningún propósito evidente. El avance era lento, aunque Nagaira parecía saber exactamente hacia dónde iba. Si había algún indicio o señal que indicara el camino, Malus no era capaz de identificarlos. Una lenta marea de inquietud comenzó a corroer los bordes de su acerada resolución, pero la hizo retroceder con una ola de negro odio. «Triunfaré —pensó con enojo—. Mientras tenga la espada y los sentidos alerta, no fracasaré.»

La partida de incursión avanzaba por los túneles en silencio, con los nervios tensos y los sentidos aguzados. El aire era húmedo y viciado, y un fango gélido cubría muchas de las curvas paredes. Las botas crujían a menudo sobre pilas de viejos huesos. Malus enseñaba los dientes a cada sonido, pues se preguntaba qué criaturas podrían sentirse tentadas de investigar el ruido.

Había numerosos lugares en que las madrigueras ascendían hacia la superficie y se encontraban con los cimientos de la fortaleza situada en lo alto. En ocasiones, el túnel atravesaba bodegas y mazmorras abandonadas, y en esos casos, Malus veía los restos de barrdes, mesas y herrajes aplastados por el peso de quien lo había cavado. Atravesaron varias estancias de ese tipo, cada una tan desierta como la anterior, y el noble comenzó a relajarse un poco. Fue entonces cuando casi cayeron en una trampa mortal.

La partida de incursión había llegado a otra espaciosa cámara, tan grande que al principio Malus pensó que la madriguera atravesaba una caverna natural, hasta que reparó en las losas del suelo. El resplandor de la luz bruja de Nagaira no llegaba hasta las paredes ni el techo del enorme espacio. Las zonas del suelo que Malus podía ver estaban cubiertas de desperdicios que le llegaban casi hasta la rodilla. Vio trozos de hueso y ropa vieja, herramientas oxidadas, objetos de cuero y restos de lo que podría haber sido carne reseca, además de muchos otros objetos irreconocibles.

Con Nagaira en cabeza, el grupo se adentró más en la estancia, pisando con cuidado entre las pilas de desperdicios. Ella se detuvo para orientarse, y en ese momento, Malus oyó el rumor. Era muy leve, casi como las pisadas de muchos pies pequeños, pero en el sonido había algo muy extraño, que el noble no pudo identificar. Alzó una mano a modo de advertencia.

—Que nadie se mueva —susurró—. Aquí hay algo.

Los druchii se detuvieron y volvieron la cabeza a un lado y otro, esforzándose por detectar el más leve movimiento en la oscuridad que los rodeaba. El rumor se oyó de nuevo: el rápido caminar de pies pequeños en algún lugar situado ante ellos. Algo golpeó una pila de desperdicios y desparramó por la estancia lo que por el sonido parecían trozos de loza y rocas sueltas. «Pies pequeños, pero cuerpo grande —pensó Malus—, y está intentando dar un rodeo para situarse detrás de nosotros.» Luego, volvió a oírse el sonido de pies, pero desde el otro lado del grupo. «Más de uno —comprendió el noble—. Pero ¿cuántos?»

Los druchii se movían entonces con inquietud, y la precavida expresión de los rostros en sombras sugería que el pensamiento de todos discurría más o menos por los mismos derroteros que el de Malus. Lhunara se acercó un poco más al noble, con las espadas gemelas dispuestas.

Malus volvió a oír el rumor, pero esa vez fue más fuerte y rápido; procedía del techo, directamente de encima de ellos.

Nagaira lanzó un grito, y el globo de luz bruja se avivó de repente como una hoguera y desterró a la oscuridad. Malus entrecerró los ojos ante la fuerte luz, y vio que se encontraban dentro de una espaciosa bodega de casi veinte metros de lado donde se amontonaban restos podridos de barrdes, canastas y estantes. Pálidas arañas cavernícolas, peludas, del tamaño de ponis, corretearon entre los desperdicios o se alzaron agresivamente a cuatro patas ante el repentino estallido de luz. Tenían ojos del color de la sangre fresca, y de los largos quelíceros goteaba veneno al volverlas locas de hambre el aroma a carne fresca.

Entre los druchii se alzaron gritos de alarma, y Malus intentó mirar en todas direcciones a la vez mientras se esforzaba por calcular cuántas arañas había. ¿Cinco? ¿Seis? Se movían con mucha rapidez y había demasiadas zonas en sombra para seguirles la pista a todas. El noble alzó la ballesta y apuntó a la más cercana, pero el disparo se perdió en el aire cuando Lhunara lo empujó hacia adelante para apartarlo del camino de la araña que saltó desde el alto techo de la bodega.

Malus rodó hasta quedar de espaldas mientras el resto de las arañas acometían a los druchii. Lhunara había caído bajo el arácnido, y el noble observó cómo los quelíceros de la criatura golpeaban una y otra vez el acorazado cuerpo de la oficial en busca de un punto débil a través del cual inyectar veneno. Soltó la ballesta y desenvainó la espada justo cuando la punta de una de las que empuñaba Lhunara hendía la parte posterior del tórax de la araña. La segunda espada describió un arco corto y cercenó uno de los quelíceros de la araña, de modo que empezó a manar una fuente de veneno verduoso. La araña pareció encogerse en forma de bola, con las patas en torno a la presa, pero Malus avanzó de un salto y le cortó tres extremidades de un tajo. Las espadas de Lhunara volvieron a destellar en la luz bruja, y el cuerpo de la

araña, al haber perdido todas las patas, cayó hacia un lado.

El noble tendió una mano y cogió a la oficial por un antebrazo para alzarla con rudeza.

—¿Estás herida?

—No —replicó Lhunara al mismo tiempo que sacudía la cabeza. Por el frente del peto le corrieron gotas de veneno—. Pero ha faltado poco.

Malus volvió la cabeza violentamente de un lado a otro en busca de más arañas. Una vez que los druchii se habían recobrado de la sorpresa inicial, habían reaccionado con su salvajismo habitual. Dos arañas habían caído presas de las lanzas cortas de los guerreros de Nagaira, perforadas de lado a lado a causa del impulso de su propia acometida. Otras dos habían sido rodeadas y cortadas en pedazos, pues sus blandos cuerpos no ofrecían mucha resistencia a las hojas de acero. La quinta araña yacía a los pies de Nagaira, donde se disolvía lentamente en una humeante masa informe mientras la media hermana de Malus tapaba el frasco que había vaciado sobre la criatura y volvía a guardarlo en un bolsillo del cinturón.

El enfrentamiento había durado menos de un minuto y ninguno de los druchii había resultado herido, pero de no haber sido por la potente luz de Nagaira, las cosas realmente podrían haber salido de modo muy distinto. Ella le volvió la espalda a la araña que se disolvía y buscó el túnel que salía de la estancia.

—Por allí —anunció al mismo tiempo que señalaba hacia el otro lado de la bodega, y echó a andar como si no hubiese habido el menor contratiempo.

Malus recogió la ballesta y la recargó.

—Manteneos todos cerca —les dijo a los druchii reunidos—. Y no olvidéis mirar hacia arriba.

Continuaron caminando durante casi una hora más, atravesando cautelosamente otras bodegas y almacenes oscuros y abandonados. Al fin, en la entrada de una nueva cámara, Nagaira se detuvo y alzó una mano a modo de advertencia.

—Ya hemos llegado —anunció en voz baja.

Malus se quitó la capucha y se echó la capa hacia atrás por encima de los hombros. El resto de los incursores hicieron lo mismo, renunciando a la cautela a cambio de la visibilidad y la libertad de movimiento. Las espadas sisearon al salir de las vainas.

Nagaira tendió una mano con la palma hacia fuera en dirección a la entrada y la movió en un círculo cada vez más amplio, como si quisiera hacerse una idea de la forma de una estructura invisible. Lentamente, como si caminara contra un fuerte viento, atravesó el umbral y entró en la estancia. Malus se volvió a mirar a los incursores.

—Recordad, no toquéis nada. Matad en silencio y no dejéis testigos. —Luego, atravesó el umbral.

El noble reprimió un grito ante el frío —y la sensación de profunda inquietud— que lo inundó cuando entró en la estancia. Era como atravesar una membrana de carne viviente, una barrera que cedía ante su voluntad y, sin embargo, parecía viva y consciente.

Cuando recobró la lucidez, se encontró de pie en una habitación que en otros tiempos tenía que haber sido una bodega. Al igual que las otras cámaras, había un rastro de objetos aplastados y trozos de piedra que cubrían el camino del demente cavador, pero por lo demás la habitación estaba vacía. Una escalera de caracol recorría el perímetro de la estancia y acababa en un pequeño descansillo y una puerta de hierro oscuro.

En la sala había algo anómalo que al principio Malus no pudo determinar. Luego, cuando el siguiente druchii entró en ella y lanzó un audible grito de sorpresa, se dio cuenta de qué era: no había eco en la estancia de piedra. Simplemente, algo se tragaba el sonido, como si se hallaran al borde de un abismo sin fondo. Cuando estudió las paredes formadas por enormes bloques de piedra no pudo librarse de la sensación de que, de algún modo, eran porosas, como si pudiera atravesarlas con un dedo y llegar a algo que había al otro lado. No podía alejar la sensación, por muy sólida que la piedra pareciera ante sus ojos.

Uno a uno, los incursores entraron en la sala y cada uno quedó igualmente impresionado. Sólo Nagaira parecía imperturbable.

—Hemos atravesado la primera barrera de protecciones de la torre —susurró mientras comenzaba a ascender la escalera—. Espero encontrar una o dos más a medida que nos aproximemos al sanctasanctórum de Urial. A cada nuevo umbral las cosas estarán más... alteradas... que en el anterior.

Nagaira llegó a la puerta de hierro. Los siglos en desuso habían convertido el tirador y los goznes en masas de óxido apenas reconocibles. La druchii sacó un frasco pequeño de un bolsillo del cinturón y vertió algunas gotas de líquido plateado sobre la superficie de la puerta. Allá donde caían, aparecían manchas rojas, que se extendían rápidamente como grandes heridas en el metal carcomido. Se oyó el tintineo de algo que se quebraba, y de repente, la puerta se derrumbó en una pila de óxido que comenzó a oscurecerse.

Cuando ella devolvía el frasco al bolsillo, Malus pasó ágilmente junto a su hermana y tomó la delantera en el ascenso de la escalera que comenzaba al otro lado de la puerta. Nagaira alzó la cabeza y una severa reprimenda afloró a sus labios, pero Malus le hizo un gesto negativo.

—No podemos permitirnos que tú caigas en una emboscada —declaró con gravedad—. Será mejor que te mantengas en el centro del grupo. —«Y dejes que sea yo quien dé las órdenes», pensó Malus con petulancia—. Dalvar, cuida de tu señora.

Antes de que ella o Dalvar pudieran responder, Malus dio media vuelta y

comenzó a subir con cautela. El ascenso duró más de un minuto. El druchii dejó atrás varios descansillos, pues si podía tomarse a Nagaira como ejemplo, esperaba que el sanctasanctórum de Urial estuviera en lo más alto de la torre. Finalmente, la escalera acabó en otra puerta, pero ésta se encontraba en mejores condiciones que la de la bodega.

Justo cuando tendía una mano hacia el aro de hierro, alguien abrió la puerta desde el otro lado.

Un esclavo humano, cuyo enflaquecido rostro estaba cubierto de cicatrices y llagas abiertas, vio a Malus y abrió la boca para gritar. El noble actuó sin pensar; alzó la ballesta y disparó una saeta de lleno a través de los costrosos labios que formaban un «¡oh!» de sorpresa.

Se oyó un crujido cuando la punta de acero de la flecha atravesó la columna vertebral y parte del cráneo del hombre, que se desplomó sin emitir sonido alguno. Detrás del esclavo muerto se oyó una exclamación ahogada, y Malus atisbo a una sirvienta que se llevaba una mano a las salpicaduras de sangre y cerebro que le cubrían la cara. Sin vacilar, el noble accionó la palanca de acero que echaba atrás la potente cuerda de la ballesta y colocaba otra flecha en la ranura. Justo cuando la esclava se recobraba de la conmoción, giraba sobre sí misma para huir y a sus labios afloraba un borboteante grito, Malus apuntó y disparó una saeta de negras plumas, que se clavó entre los omóplatos de la mujer. Al saltar más allá del cadáver de la esclava caída hacia el espacio que se abría al otro lado de la puerta, ya preparaba el disparo siguiente.

Se encontró en una cámara pequeña y tenuemente iluminada, con un suelo de piedra tallado con cráneos e intrincadas runas de nítidos contornos. La iluminación parecía provenir de las propias paredes, un resplandor rojo oscuro, como de brasas cubiertas de cenizas, que le tironeaba de los rabillos de los ojos y subía y bajaba como una marea de sangre dentro de un corazón enorme. Silueteados por la luz sanguinolenta había rostros de suaves facciones hechos con algún metal plateado e incrustados en las paredes. Unos gruñían, otros sonreían lascivamente, incluso algunos exudaban una desalmada calma. Los ojos no eran más que pozos negros, y sin embargo, Malus sentía el peso de su mirada sobre la piel. La sensación hizo que un escalofrío le bajara por la espalda y que los dientes entrechocaran.

Había tres puertas dobles, todas cerradas, y otra escalera que continuaba ascendiendo por la torre. Malus sospechaba que se encontraban en la planta baja, pero se sintió trastornado al descubrir que había perdido el sentido de la dirección. No podía determinar en qué punto de la fortaleza estaba, algo que nunca antes le había sucedido.

Nagaira pasó por encima de los cadáveres de los esclavos y atravesó velozmente la estancia.

—¿Te han visto?

Malus frunció el entrecejo.

—¿Quiénes?

—¡Las caras! ¿Te vieron matar a los esclavos?

—¿Que si me vieron? ¿Cómo voy a saberlo, mujer? —¡Maldita brujería! Ya estaba harto de aquel lugar.

Nagaira contempló con precaución las caras plateadas. Sus ojos iban de una a otra casi como si estuviera siguiendo algo que se movía por detrás de la pared y los espíara a través de las cuencas vacías de los rostros.

—Tenemos que ser muy cuidadosos con el modo en que derramemos sangre en este lugar —susurró Nagaira—. Las protecciones que hay aquí son muy potentes. Si atraemos la atención, los guardianes de la torre podrían ver a través de mis talismanes protectores.

Malus siseó de irritación. Dos de los miembros de la partida de incursión estaban haciendo rodar los cuerpos de los esclavos escalera abajo, pero no había modo de saber cuánto tiempo pasaría antes de que los echaran en falta. La alarma podía darse en cualquier momento. «Me pregunto si Urial puede percibir algo así desde el templo.» Reprimió una maldición. Entonces no había tiempo para preocuparse por eso. Malus volvió a cargar la ballesta y avanzó rápidamente hacia la otra escalera.

La escalera ascendía en espiral hacia la oscuridad. Malus apoyó la espalda contra la pared y avanzó sigilosamente, aguzando el oído para percibir indicios de movimiento. La piedra que tenía contra la espalda era tibia como un cuerpo vivo. Lo notaba a través de la capa y el espaldar de la armadura. El noble continuó el ascenso y pasó ante dos descansillos con oscuras puertas reforzadas con bandas de hierro.

Entre el segundo y el tercer descansillo, oyó que se abría una puerta y el sonido de unos pasos que descendían. Cambió la ballesta a la mano izquierda y se quedó inmóvil al mismo tiempo que alzaba la mano derecha para advertir a la columna. Momentos más tarde, por la siguiente curva de la escalera, apareció un esclavo que iba apresuradamente a hacer un recado. Con la rapidez de una serpiente, Malus aferró la manga derecha del esclavo, tiró de ella y derribó al humano. El cuerpo cayó y pasó dando tumbos ante Malus, rebotando en la piedra. El noble oyó los sonidos del acero contra la carne y luego se hizo el silencio. Pasado un momento, continuó adelante.

La escalera acababa en el tercer descansillo. Malus vio que la entrada era más ornamentada que las anteriores, estaba tallada con numerosos sigilos y había tres caras plateadas incrustadas a lo largo de la arcada. Sintió la vacua mirada sobre sí cuando cogió el aro de hierro de la puerta con una mano y tiró de él para abrirla. El espacio que había al otro lado estaba aún más débilmente iluminado que el propio descansillo. Con la ballesta preparada, se deslizó a través de la puerta y de otra protección mágica.

Esa vez, la membrana mágica era más dura de atravesar. Cuando cedió, la transición fue tan brusca que avanzó varios pasos dando traspiés y sintió que la superficie del suelo se hundía ligeramente bajo su peso. El aire estaba viciado y húmedo, pero la humedad no se le adhería a la piel. El hedor a sangre putrefacta flotaba en la penumbra. Le pareció oír gritos distantes, pero cuando intentó concentrarse en ellos no pudo determinar de dónde procedían. Las paredes de un corredor estrecho se cerraban en torno a él, y sin embargo, se sentía como si estuviese al borde de una enorme planicie. Su mente luchaba con esas sensaciones contradictorias y su cuerpo se mecía sobre los pies.

Nagaira fue la siguiente en entrar. Malus advirtió que los pequeños pasos de ella hacían un ruido espeso y chapoteante, como si caminara por un terreno empapado por la lluvia. Parecía no verse afectada por las fuerzas que obraban en torno a ella. La linterna estaba apagada, pero Malus podía verle la cara muy claramente en la oscuridad, como si estuviese separada de las tinieblas que los rodeaban. Los otros druchii entraron dando traspiés, y el noble descubrió que también a ellos los veía con claridad.

—¡Ahora, daos prisa! —les ordenó Nagaira a los aturdidos guardias—. Ya casi hemos llegado.

Nagaira volvió a encabezar la marcha al avanzar por el pasadizo, y Malus descubrió que no tenía la presencia de ánimo para protestar. Experimentó una punzada de enojo y, sorprendentemente, su mente se aclaró un poco. «Muy bien —pensó—. Que el odio sea mi guía.»

Malus se concentró en la espalda de Nagaira, que los guiaba a través de la oscuridad. Percibía paredes y entradas, recodos y escaleras que ascendían, pero eran sólo sensaciones vagas. Con cada paso que daba se abstraía aún más, inmerso en sus ancestrales odios, en todos los sufrimientos diferentes que había soñado para la familia por los insultos de que había sido objeto.

Con cada paso soñaba en la gloria a la que tenía derecho. Él sería el vaulkhar, no Bruglir ni Isilvar. «¡Los destruiré a todos y arrancaré el azote de los dedos tiosos de mi padre, y entonces, esta ciudad aprenderá a temerme como no ha temido nunca a nadie!»

Vio que Nagaira pasaba flotando a través de una arcada hecha de desteñidos cráneos manchados de sangre. Malus la siguió al interior de una pequeña habitación octogonal formada por enormes bloques de basalto. Al otro lado de la estancia, había otra puerta doble, cuyo arco ojival encerraba un trío de cruentes caras plateadas. Allí los gritos eran más fuertes, salpicados por un coro de tintineos, como el sonido de acero golpeando hueso. El suelo estaba cubierto de sangre que se coagulaba y se pegaba a las suelas de las botas.

Nagaira atravesó la estancia y cogió la anilla de hierro de la puerta. Se volvió para

decirle algo a Malus. De repente, el aire se estremeció con ululantes bramidos, y tres figuras contrahechas emergieron de las negras profundidades de las paredes.

7. Huida de la torre

Los monstruos eran seres costrosos y ensangrentados, con colas segmentadas y largas como látigos, y un número excesivo de patas dislocadas y provistas de garras. Se lanzaron contra los invasores mientras en sus bulbosas cabezas ciegas se abrían enormes bocas que dejaban a la vista hileras de puntiagudos dientes serrados.

Los druchii lanzaron un grito colectivo, y en ese momento, la habitación pareció enfocarse de repente. Las ballestas restallaron y saetas de negras plumas se clavaron en el pecho de dos de las deformes criaturas. Malus alzó la ballesta, que disparó con una sola mano, y clavó una saeta en el contrahecho cráneo del tercer monstruo antes de que las bestias llegaran hasta ellos. El noble dejó caer la ballesta y desenvainó la espada justo cuando la criatura contra la que había disparado saltaba hacia él.

Colmillos en punta y brillantes de baba venenosa se cerraron a pocos centímetros de la cabeza de Malus en el momento en que él se agachaba y apartaba a un lado, para luego clavar la punta de la espada en un flanco del monstruo. Un icor negro manó a borbotones de la herida, y la bestia lanzó un aullido discordante al pasar de largo a toda velocidad. La cola rematada por un aguijón le golpeó la espalda izquierda y lo hizo rotar a medias. Sobre la armadura le cayó un goterón de veneno que comenzó a sisear y le llenó la nariz de un hedor acre.

La criatura aterrizó, se rehízo y dio un brinco, pero Malus saltó hacia ella con la espada dirigida a la cabeza. La bestia se apartó a un lado y la afilada espada le cortó una de las patas delanteras. La cola volvió a salir disparada hacia él, pero la criatura calculó mal; el negro aguijón, largo como una daga, pasó como un borrón ante la cara del noble.

Aullando, el monstruo comenzó a describir un círculo hacia la derecha de Malus, arrastrando el muñón de la pata cortada por el suelo sucio de sangre. Malus se armó de valor y lanzó una estocada a la cabeza de la bestia. La cola salió disparada otra vez, y el noble pivotó para dejarla pasar; luego la cercenó con un golpe de retorno de la espada. De la enorme herida manó icor a borbotones, y la criatura rugió y farfulló de furia.

Aprovechando la ventaja, Malus acometió a la bestia y, en un abrir y cerrar de ojos, la ciega cabeza descendió y cerró las fauces sobre una acorazada pantorrilla de Malus. Las curvas placas metálicas resistieron por el momento. Malus lanzó una terrible maldición y descargó la espada sobre el grueso cuello del monstruo. El tajo cortó hasta la mitad el pescuezo de densos músculos, y el noble sintió que las mandíbulas se aflojaban.

Tras un tajo más, el cuerpo decapitado de la criatura quedó debatiéndose en un charco de negro icor. Otro golpe partió las mandíbulas del monstruo, y él se quitó la cabeza de la pierna con una patada salvaje.

Un poco mareado, Malus observó el entorno. Uno de los incursores había inmovilizado a un monstruo contra el suelo con una de las lanzas cortas que llevaba, y otros dos druchii lo cortaban metódicamente en pedazos. Lhunara estaba de pie junto a la segunda bestia y limpiaba la espada sucia de icor en la piel del monstruo. Uno de los hombres de Nagaira se encontraba apoyado contra una pared y presionaba con la palma de una mano una herida que tenía en un costado.

El noble se volvió a mirar a Nagaira.

—Y ahora, ¿qué?

—El sanctasanctorum de Urial está justo al otro lado —replicó ella sin soltar la anilla de hierro de la puerta.

Con un sobresalto, Malus se dio cuenta de que su hermana no se había movido ni un milímetro durante la lucha y que, de algún modo, las criaturas mágicas no le habían hecho caso.

—Hay una última protección —continuó ella—. Las cosas que haya al otro lado serán... sobrenaturales. Tal vez lo mejor sea que yo entre sola.

—No —dijo él, sorprendido al descubrir que su voz había enronquecido. ¿Había estado gritando?—. Si tú entras, querida hermana, también lo haré yo. Los demás pueden quedarse aquí.

En la cara de Nagaira se vio un momentáneo destello de enojo, pero se compuso rápidamente. Con una floritura burlona, abrió la puerta doble. Al otro lado no había más que oscuridad.

—Después de ti —dijo con frialdad—. A fin de cuentas, no podemos permitirnos que me hagan daño.

La sensación de desorientación regresaba a medida que amainaba el enojo del druchii. La mano de Malus se cerró con más fuerza sobre la empuñadura de la espada.

—No tardes, hermana —dijo con los dientes apretados, y atravesó rápidamente la puerta.

El dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

No hubo sensación de resistencia; atravesó el umbral y sintió como si lo desgarraran desde dentro. Malus cayó de rodillas al mismo tiempo que lanzaba un grito de furia, y la sangre manó del esponjoso suelo y formó un charco en torno a las grebas.

El dolor continuó y continuó. Temblando, apretó los puños, se concentró en ellos... y vio una gota roja que caía sobre los nudillos de la mano derecha. Se llevó la mano a la cara y la retiró mojada y roja. A través de la piel le manaba sangre que le empapaba la ropa que llevaba debajo del kheitan.

La estancia estaba bañada en una luz rojiza. Columnas de cráneos ensangrentados que iban del suelo al techo enmarcaban más de media docena de nichos que había en

torno a la habitación de forma irregular. Justo delante, Malus veía un altar formado por varias cabezas. Al observarlo vio bocas que se abrían y mascullaban en un intento de formar palabras de miedo o exaltación. Sobre el altar descansaba un enorme libro encuadernado en cuero pálido. Las páginas hechas con piel humana se curvaban y susurraban, movidas por un viento inexistente.

No podía ver las paredes de la estancia. Malus sabía, aunque su mente se rebelaba contra la idea, que el espacio no tenía significado alguno en el sitio donde entonces estaba. Se le contrajeron las entrañas y vomitó sangre y bilis.

Una mano se enredó en su cabello, y Nagaira lo puso brutalmente de pie.

—Te lo advertí, hermano —dijo con una voz que reverberó en los oídos del noble como un toque de platillos—. Nos encontramos al borde de un vórtice que tiene hambre de vivos. Sólo los ungidos por el dios de la matanza pueden salir de aquí ilesos. —Mientras hablaba, una sola lágrima roja descendió por su mejilla—. No toques el libro que hay sobre el altar. Ni siquiera lo mires. Debemos pasar más allá, hasta los nichos que hay al otro lado. Lo que buscamos se encuentra allí.

Con un gruñido, Malus sacudió la cabeza para librarse de la mano de ella y pasó a toda velocidad junto al altar. Justo al otro lado había tres nichos muy juntos, y en cada uno había un estante repleto de una colección de objetos mágicos. Por instinto, avanzó dando traspiés hasta el que estaba situado en el centro. Allí, sobre un trípode de hierro, había un contrahecho cráneo antiguo. El hueso amarillento estaba cubierto por centenares de diminutas runas talladas y envuelto en una red de alambre de plata. A pesar de su maltrecho estado, Malus percibía el poder que irradiaba del artefacto: las vacías cuencas oculares parecían contemplarlo con malévola conciencia. Junto al trípode descansaban un libro pequeño, una pluma y un frasco de tinta.

—Cógelo —ordenó Nagaira con voz tensa.

Malus inspiró dolorosamente, sintió el sabor de la sangre en la boca y cogió el cráneo con manos temblorosas. Cuando estaba a punto de girar sobre sí mismo, el noble cogió impulsivamente el libro y se lo metió dentro del cinturón. Nagaira, con la cara transformada en una máscara roja, ya había retrocedido hasta la entrada.

—¡Deprisa! —dijo.

Malus advirtió que su hermana metía algo pequeño dentro de uno de los bolsillos del cinturón. ¿Qué había robado mientras él le volvía la espalda?

Cuando se aproximó a Nagaira, ésta atravesó la puerta de un salto, y Malus la siguió pisándole los talones.

Al salir a la sala octogonal, su aspecto provocó gritos de alarma de Lhunara y sus otros guardias. No obstante, antes de que pudiese decir una sola palabra, el aire se colmó con un coro de finos lamentos ultraterrenos que salieron por la entrada que tenía detrás.

Malus se dio la vuelta, con la espada dispuesta, pero la entrada estaba vacía. En

cambio, justo por encima de la cabeza, vio tres formas neblinosas que salían por los ojos y la boca de cada una de las máscaras plateadas. Mientras observaba, la niebla adoptó la forma de pequeñas figuras de finas extremidades con largos dedos casi esqueléticos. Las caras eran de druchii, pero tenían ojos completamente negros.

—¡Santa Madre Oscura! —susurró Nagaira con voz cargada de miedo—. ¡Los maelithii! ¡Corred!

Al oír su nombre, los maelithii aullaron como las almas de los condenados, con bocas llenas de brillantes colmillos negros. El aire mismo reverberó como un gong. «Una alarma —pensó Malus, enloquecido—. Uno de nosotros la disparó. ¿Fuiste tú, Nagaira? ¡Tú codicia podría ser nuestra perdición!» Atacó con la espada a uno de los espíritus. La hoja lo atravesó inofensivamente, pero una conmoción de frío gélido le recorrió el brazo de la espada como si lo hubiera sumergido en un río helado. El maelithii le siseó con enojo, y Malus dio media vuelta y echó a correr. Nagaira ya huía, veloz como un gamo, y el resto de la partida de incursión salió a escape tras ellos.

Malus apenas lograba concentrarse en la figura de Nagaira, que hendía las tinieblas a toda velocidad. Con una rápida mirada por encima del hombro descubrió que, o bien habían dejado atrás a los maelithii, o bien ellos habían abandonado la persecución. Sin atreverse del todo a confiar en la suerte, el noble continuó corriendo mientras sentía que el brazo dormido comenzaba a recobrar la sensibilidad.

En cuestión de minutos, llegaron a la segunda protección. Nagaira se detuvo ante el umbral y alzó una mano de advertencia cuando Malus se aproximó.

—Envía a otro por delante —dijo ella—. No me importa quién sea.

Malus se volvió hacia el primer guardia que les dio alcance, uno de sus propios druchii, llamado Aricar.

—¡Adelante! —ordenó al mismo tiempo que señalaba la entrada. El guerrero se lanzó hacia ella sin vacilar.

Los maelithii saltaron sobre Aricar justo al otro lado de la puerta. «Son las máscaras», comprendió Malus. Los espíritus podían viajar de una máscara a otra a través de la torre.

Aricar se tambaleó cuando los espíritus le clavaron los dientes de obsidiana en la cara y el cuello. Giró sobre sí mismo, manoteando el aire vacío, pero Malus vio que en torno a los mordiscos de los espíritus la piel se teñía de un gris azulado, como la de un cadáver que ha permanecido en la nieve.

—¡Ahora! —gritó Nagaira—. ¡Mientras están comiendo! ¡Corre!

Sin vacilar, el noble se lanzó a través de la puerta. De inmediato sintió como si un peso demoledor cayera sobre sus hombros. Aricar estaba de rodillas y tenía los ojos desorbitados. La respiración salía en brumosos jadeos ahogados a través de los labios negro azulado. Malus pasó junto al agonizante mientras pensaba en todas las

máscaras plateadas que cubrían las paredes de la base de la torre. Esperaba que sólo hubiera tres maelithii.

Se lanzó precipitadamente por la escalera mientras oía gritos procedentes de abajo. Cuatro guardias con máscara plateada giraron en una curva, con la espada en la mano. El noble los embistió con un grito de furia, a la vez que asestaba tajos a diestra y siniestra con la espada.

Los guardias de Urial eran tan rápidos como halcones nocturnos. Con agilidad sobrenatural detuvieron la carga escalera arriba y retrocedieron ligeramente ante la acometida de Malus, Pero no se retiraban, sólo ampliaban la distancia lo suficiente para descargar las espadas sobre el noble. Malus atacó con saña al guardia que tenía a la izquierda y le lanzó golpes salvajes hacia la cabeza y el cuello, pero el hombre bloqueó el primer tajo con la espada y esquivó el segundo para luego estocar con la rapidez de una víbora hacia una de las vulnerables articulaciones del peto del noble. En el último segundo, Malus rodó sobre sí mismo e hizo que la espada del guardia resbalara sobre el peto en lugar de penetrar y clavársele en el estómago.

Percibió un destello plateado a su derecha, seguido de un hiriente arañazo que sintió como una garra al rojo vivo justo por encima de la sien. El repentino movimiento que acababa de hacer le había salvado la vida, dado que el guardia de la derecha había dirigido el golpe contra su frente.

«Bendita Madre, son rápidos —pensó Malus—. Por muchos otros defectos que pueda tener, Urial sabe escoger a sus hombres.» El noble lanzó una estocada contra el guardia de la izquierda, hacia los ojos..., y entonces Lhunara apareció a su lado. Las espadas de la oficial destellaron como relámpagos al atacar al hombre que Malus tenía a la derecha. Dado que ya no se veía obligado a enfrentarse con ambos, el noble sonrió salvajemente y se empeñó en destruir al hombre que había a su izquierda.

La estrecha escalera resonaba con el ruido de las espadas que entrechocaban. El guerrero de máscara plateada era un maestro con la espada y bloqueaba cada ataque del noble con velocidad y fuerza gráciles. A pesar de la ligera ventaja con que contaba Malus al luchar desde un escalón más alto y descargar una lluvia de golpes contra la cabeza, el cuello y los hombros del guardia, éste tenía un movimiento para contrarrestar cada táctica del noble. «Bueno —pensó—, como solía decir Surhan —su maestro de esgrima en la infancia—, cuando son mejores que tú, cambia las reglas del juego.»

Malus lanzó un rugido y descargó un terrible golpe descendente hacia la cabeza del guardia. El guerrero paró fácilmente el tajo, y Malus le pateó la cara con todas sus fuerzas. La máscara de plata se abolló y el hombre retrocedió con paso tambaleante. Aprovechando la ventaja, Malus arremetió y le abrió un tajo en el brazo con que sostenía la espada, desde la muñeca al codo. Un río de sangre rojo brillante salpicó las piedras de la escalera, pero el guardia no emitió sonido alguno.

Otro cuerpo cayó rodando por la escalera; era el enemigo de Lhunara, que se había desplomado mientras la sangre le manaba por encima de la mano con que se aferraba fútilmente la garganta cortada. Ella avanzó un paso hacia el siguiente guardia del grupo, y al pasar, lanzó un tajo con la espada que llevaba en la mano izquierda. El oponente de Malus vio venir el ataque en el último momento y se apartó de la espada, de modo que sólo recibió un golpe de soslayo en un lado de la cabeza; pero la distracción le resultó fatal. Malus descargó el arma sobre el lado contrario del cuello del hombre, le abrió un tajo profundo y le cercenó la columna vertebral. Se desplomó, y su espada cayó escalera abajo.

El guardia que estaba detrás tuvo que apartarse a un lado para evitar el cadáver que caía, y Malus aprovechó el momento para lanzar una estocada hacia los ojos del hombre. El guerrero esquivó el arma echando atrás la cabeza y lanzó un terrible tajo contra una rodilla de Malus. La hoja se estrelló en la acorazada juntura de la greba y un estremecimiento de miedo recorrió la espalda del noble al pensar que el metal podría terminar cediendo. Pero la juntura resistió, y Malus descargó la espada sobre la muñeca del guardia, cercenándola casi completamente. La sangre regó las piernas y los pies de Malus, pero el guardia no renunció a la lucha.

Para sorpresa del noble, el guardia tendió la otra mano hacia la espada perdida, completamente insensible a la terrible herida que acababa de sufrir. Moviéndose con rapidez, Malus pisó el plano de la espada del guardia y lanzó una estocada contra el cuello del guerrero. El acero raspó contra el hueso, y el guardia se desplomó y resbaló escalera abajo sobre su propia sangre. En ese momento, Lhunara arrancaba del pecho de otro enemigo la espada que blandía con la diestra, y por el momento, el camino quedó despejado ante ellos. Con la espada en alto, Malus descendió corriendo la escalera.

En el descansillo, un grupo de esclavos saltó fuera de su camino, gritando de miedo. El continuó corriendo, pero, en la siguiente curva, aminoró bruscamente. Delante, justo al otro lado de la curvatura, oyó el fino lamento de los maelithii..., y no eran sólo tres, sino que, a juzgar por lo que oía, había una multitud.

La mente de Malus corría a toda velocidad mientras Nagaira y el resto de los guardias le daban alcance. El lamento de los espíritus y los gritos de los esclavos del descansillo superior componían un coro discordante. Malus apretó los dientes con irritación. Casi estaba tentado de enviar a uno de los hombres arriba para que empezara a cortar cuellos de modo que él pudiera oír lo que pensaba...

Malus se irguió y se volvió para buscar la cara con cicatrices de Lhunara entre los incursores reunidos.

—Llévate dos hombres y tráeme a esos esclavos —ordenó.

Ella asintió con brusquedad y se llevó a dos de los guardias escalera arriba. Al cabo de unos momentos, los lamentos de los humanos cambiaron de tono: pasaron

del miedo a un terror casi histérico.

Manos brutales empujaron a los humanos, que pasaron junto al grupo de incursores. El esclavo que iba delante, un humano flaco con grandes ojos estúpidos, intentó retroceder ante Malus cuando el noble tendió una mano hacia él, pero el druchii fue mucho más rápido. Cogió al esclavo por un hombro, le clavó la espada en el pecho y luego arrojó el cuerpo por la escalera. El hombre herido desapareció de la vista, y el agudo coro de abajo se silenció.

—¡Eso es! —exclamó Malus con una sonrisa feroz—. ¡Cortadles el cuello y echadlos escalera abajo! ¡Deprisa!

Momentos después, los cuerpos de los demás esclavos rodaban por los escalones.

—¡Ahora! ¡Corred! —gritó Malus al mismo tiempo que se lanzaba tras ellos.

Los cuerpos formaban un sangriento montón al pie de la escalera; la sangre se congelaba en una negra película de hielo al apiñarse casi una docena de maelithii sobre los cadáveres, que se enfriaban rápidamente. Malus bajó de un salto los últimos escalones y entró en la estancia, para luego salir disparado hacia la primera puerta doble.

—¿Qué haces? —le gritó Nagaira—. Las madrigueras...

—¡Al infierno con las madrigueras! —le gruñó Malus mientras abría las puertas.

Al otro lado había un corto corredor que, para su alivio, desembocaba en la fortaleza del drachau. Rezando para pedir que los maelithii no pudieran moverse fuera de la torre de Urial, echó a correr por el pasillo.

El otro extremo del corredor daba a un patio pequeño. Caía una nevada ligera y el viento arrastraba la nieve en forma de finas nubes por el empedrado. Malus se detuvo un instante para inspirar el aire gélido. Un par de nobles druchii que estaban conversando al otro lado del patio se llevaron la mano a la espada cuando la partida se detuvo fuera de la torre de Urial, pero una mirada a las manchadas armaduras y las frenéticas expresiones de los incursores los convenció de que aquello era algo en lo que no querían tener nada que ver. Se desvanecieron rápidamente entre las sombras en el momento en que aparecían Nagaira y Dalvar, que iban en retaguardia.

Malus le dirigió una mirada funesta a su media hermana.

—¡Estúpida bruja! —gruñó—. ¿Qué cogiste del sanctasanctórum?

—Cogí lo que me apeteció, hermano —contestó ella—. ¿Acaso no es el derecho del saqueador? ¡Si algo disparó la trampa de Urial, probablemente fue el robo del cráneo!

—¿Importa eso ahora? —gritó Lhunara—. Urial llegará aquí en cualquier momento, acompañado por un destacamento de la guardia del drachau. Tenemos que llegar a los establos y salir de aquí antes de que alguien ordene cerrar las puertas.

—Tiene razón —dijo Nagaira—. Si te das prisa, podrías escapar...

—¿Yo? —dijo Malus—. Y tú, ¿qué?

—Yo tengo que regresar a mi torre —replicó Nagaira—. Urial no tardará nada en descubrir quién atacó su sanctasanctorum y se marchó con el premio. Recurrirá a todas las fuerzas que tiene a sus órdenes con el fin de recuperar el cráneo. Si me quedo aquí, podré invocar a fuerzas propias para ocultar tu rastro y, al menos, retrasar la persecución. —Miró a sus guardias—. Dalvar, tú te llevarás al resto de los hombres con Malus. Ocúpate de que llegue al templo. ¿Entiendes?

—Por supuesto, señora —replicó Dalvar, claramente descontento con la orden.

La mente de Malus era un torbellino. Las cosas se le habían escapado completamente de las manos. ¿Acaso Nagaira lo abandonaba a la cólera de Urial? Su hermano encontraría el cuerpo de Aricar, y eso lo conduciría hasta Malus. Hasta ese momento, nada delataba la implicación de Nagaira en la incursión. Malus consideró las opciones. ¿Importaba?

«Que se marche —pensó el noble—. Aún tengo el cráneo.»

—Márchate, entonces —le espetó—. Llegaré al templo y regresaré cuando pueda. Entonces, volveremos a encontrarnos. —«Para entonces, ya habré pensado en un centenar de maneras de hacerte pagar por esto», se prometió.

Si Nagaira percibió el odio que había en la voz del noble, no dio muestras de ello.

—Hasta entonces, Malus. Estaré esperando. —Luego, dio media vuelta, echó a correr hacia su torre y desapareció rápidamente de la vista.

Malus se irguió con cansancio; tenía las ensangrentadas mejillas entumecidas de frío. A lo lejos oyó gritos y el toque de los cuernos de la puerta de la ciudad. Alguien entraba a toda velocidad. Envainó la espada y volvió a echarse la capa por encima de los hombros.

—A los establos —ordenó al mismo tiempo que se cubría la cabeza con la capucha—. Quiero estar a una legua de Hag Graef antes de que Urial descubra quién ha entrado en su torre.

8. Incursores en camino

El aire olía a hierro recalentado y a chamuscada carne de esclavos. La cáustica niebla nocturna de Hag Graef giraba y se arremolinaba en calles y callejones; era como un espeso sudario amarillo verdoso que descendía al interior del valle desde las chimeneas de las forjas que había en las laderas de las montañas. El acero plateado, el precioso metal semimágico apreciado por los druchii, era difícil y costoso de fabricar, y millares de esclavos morían cada año alrededor de los enormes crisoles con la garganta y los pulmones destrozados por las emanaciones venenosas.

Malus llevaba una máscara nocturna de hierro negro en forma de nauglir gruñente, con la capa bien cerrada alrededor de la cabeza para evitar que la niebla le tocara el cuello y el cuero cabelludo. Su gélido, *Rencor*, saltaba por el Camino de la Lanza a un paso constante y rápido. De vez en cuando, alzaba la cabeza y les lanzaba dentelladas a las cáusticas nubes de niebla que le atacaban las fosas nasales y los ojos.

Se habían escabullido sin incidentes de la fortaleza del drachau; en cuanto habían llegado a los establos, habían saltado sobre la silla de montar y habían partido. Malus sabía que el drachau no se tomaría ningún interés personal en una enemistad de familia, ya que a los nobles se los alentaba a luchar entre sí para asegurar que el más fuerte e inteligente sobreviviera para luchar por el Rey Brujo. No obstante, cabía la posibilidad de que Urial tuviese la suficiente influencia dentro de la corte para ordenar que cerraran las puertas de la ciudad con el fin de no permitirle escapar. Si lo dejaba atrapado dentro de Hag Graef, le sería mucho más fácil localizarlo y contraatacar. Resultaba concebible que Urial lo entregara al templo de Khaine, donde su medio hermano tendría asegurada una muerte muy dolorosa y, por añadidura, él se ganaría aún más el favor de las sacerdotisas.

La velocidad era de una importancia vital. En ese preciso momento, Malus imaginaba a Urial restableciendo el orden y haciendo registrar toda la torre mientras corría hacia el sanctasanctórum para asegurarse de que sus más preciosas reliquias estaban a salvo. Cuando se diera cuenta de que faltaba la calavera, Urial no ahorraría esfuerzo alguno para impedir que los ladrones escaparan.

«¿Cuánto tiempo pasará?», se preguntó Malus. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que su hermano se diera cuenta de lo que había sucedido? ¿Con qué rapidez reaccionaría?

La puerta norte de la ciudad, también conocida como Puerta de la Lanza, estaba justo delante. Normalmente se reservaba para el tráfico militar que se encaminaba al norte, hacia las atalayas cercanas a los Desiertos del Caos, pero era la vía de salida de la ciudad que tenían más cerca. Malus se volvió para mirar a lo largo de la pequeña columna de jinetes. El druchii que había sido picado por una de las bestias guardianas

de Urial, un hombre llamado Atalvyr, empeoraba de modo progresivo a medida que el veneno de la criatura invadía su cuerpo. Habían metido un paño dentro de la herida y habían atado a Atalvyr a la silla de montar. Esperaba que el capitán de la guardia de la puerta no inspeccionara con demasiada atención a los guerreros y se preguntara por qué se dirigían a la frontera con un herido en la columna.

Del cielo plomizo aún caía nieve, que se convertía en bruma al descender a través de las cálidas corrientes de la niebla nocturna. La muralla de la ciudad se hacía más nítida a medida que se aproximaban a ella; había pasado de ser una franja gris oscuro a definirse como una lisa barrera negra, de unos nueve metros de alto, atestada de puntiagudas almenas a todo lo largo. El cuerpo de guardia estaba bien iluminado con globos de fuego brujo, que relumbraban como los ojos de un enorme depredador paciente. La abertura de la gran puerta, parecida a unas fauces, se hallaba cerrada como protección ante la oscuridad exterior.

Malus ya estaba casi bajo el enorme saledizo del cuerpo de guardia cuando una voz apagada, procedente de lo alto, le gritó:

—¡Alto! ¿Quién va?

El noble tiró de las riendas de *Rencor* y alzó una mano para detener a la columna.

—¡Soy Malus, hijo de Lurhan, el vaulkhar! —gritó hacia arriba para que lo oyera el invisible centinela.

Por un momento, no hubo respuesta.

—La puerta permanece cerrada por esta noche, temido señor —replicó luego la voz—. ¿Qué asunto os trae?

Malus apretó los dientes con irritación.

—Mi padre me ha ordenado que conduzca una partida de hombres al norte, hasta la Torre de Ghron, y que lo haga a toda prisa.

Esa vez, el silencio se hizo incómodamente largo. «Están intentando decidir la situación a cara o cruz», pensó Malus. Por un lado, eso significaba que no tenían ninguna orden específica que le concerniera a él. Por otro, cuanto más dudaran, más oportunidades habría de que tales órdenes llegaran. Se irguió en la silla de montar.

—¿Me haréis esperar aquí hasta el amanecer? —gritó—. ¡Abrid la puerta, malditos!

Los ecos de sus gritos aún reverberaban en las murallas cuando se oyó un raspar metálico en una de las puertas del cuerpo de guardia, y apareció a la vista un capitán ataviado con armadura completa. *Rencor* siseó amenazadoramente y dio medio paso hacia el hombre antes de que Malus apartara a un lado la cabeza del nauglir con un tirón de las riendas.

—¡Quieto! —ordenó Malus, y el gélido descansó el cuerpo sobre las ancas.

El noble se deslizó grácilmente de la silla al mismo tiempo que le lanzaba una mirada por encima del hombro a Lhunara, que iba segunda en la columna. La

expresión de ella quedaba oculta tras la máscara nocturna, pero sus manos estaban suspendidas cerca del gancho de la silla del que colgaba la ballesta.

Malus avanzó hasta el capitán de la guardia mientras se apartaba la máscara de hierro a un lado para que su impaciencia quedara claramente visible.

—He hecho desollar vivos a otros hombres por hacerme esperar tanto rato —dijo con aire de malevolente indiferencia.

No obstante, el capitán de la guardia no era ningún joven recluta inexperto; el pálido semblante que lucía cicatrices contempló a Malus con expresión impasible.

—No abrimos la puerta después de la caída de la noche, temido señor —dijo con calma—. Órdenes de vuestro padre el vaulkhar. Se ha hecho así desde el comienzo de las hostilidades con Naggor.

Los ojos del noble se entrecerraron con expresión calculadora. «Eso podrías habérmelo dicho desde detrás de la tronera —pensó—. ¿Qué buscas realmente, capitán?»

—Estoy seguro de que Lurhan es plenamente consciente de las órdenes en vigor, capitán. También diría que si alguien puede hacer excepciones con esas órdenes es él. —Bajó la voz—. ¿Puedo ofrecerte algo como prueba de que así es?

El capitán inclinó pensativamente la cabeza para estudiar el colgadizo del cuerpo de guardia. Ambos estaban fuera de la vista de los centinelas.

—Bueno —dijo mientras se pasaba la lengua por los dientes delanteros cuidadosamente limados—, si pudieras mostrarme alguna orden escrita, temido señor..., o alguna otra prueba de autoridad...

Malus sonrió sin alegría.

—Por supuesto.

«Debería clavarte la daga en un ojo —pensó brutalmente—, pero eso no me abriría la puerta.»

Justo en ese momento, un agudo silbido quejumbroso flotó por el aire, en lo alto. Malus alzó la mirada a tiempo de ver una larga silueta parecida a una serpiente que plegaba anchas alas correosas y entraba como una flecha a través de una de las estrechas ventanas del cuerpo de guardia. Captó un atisbo de largas pihuelas color añil que pendían de una de las zarpas del reptil. El capitán de la guardia frunció el entrecejo.

—Eso es un mensaje del Hag —dijo—. Tal vez sea de tu padre, temido señor.

«¿De mi padre? No», pensó el noble. Malus metió los dedos en la bolsa que llevaba al cinturón.

—Aquí tienes una prueba de mi autoridad, capitán.

Puso en la palma de la mano del hombre un rubí del tamaño de un huevo de pájaro. Era uno de los últimos tesoros que le quedaban de la incursión del verano.

El guardia se acercó la gema a un ojo y su rostro quedó pasmado de asombro.

—Con eso bastará —jadeó al mismo tiempo que lo guardaba en la bolsa del dinero—. Por supuesto, cuando regreséis también necesitaréis probar vuestra autoridad para entrar en la ciudad.

El noble rió ante la descarada audacia del hombre. Por un lado, tenía que admirar una avaricia tan implacable como aquélla; por el otro, el hecho de sacarle por la fuerza dinero a alguien de condición superior exigía una represalia brutal.

—No te preocupes, capitán —dijo—. Tengo una memoria excelente. Cuando regrese al Hag, me aseguraré de que se te atienda con generosidad. Tienes mi juramento.

El capitán de la guardia asintió.

—Excelente. Siempre a tu servicio, temido señor. Si tienes la amabilidad de montar, haré abrir la puerta en un momento.

El druchii giró elegantemente sobre los talones, volvió al interior del cuerpo de guardia y cerró a su espalda la puerta reforzada con bandas de hierro.

Malus reprimió el impulso de correr hacia *Rencor*. «Un hombre está ordenando que abran la puerta —pensó—. Otro está leyendo la carta de Urial y decidiendo qué hacer. ¿Cuál de los dos se impondrá?»

—¡Preparaos! —le susurró Malus a la columna cuando subía a la silla de montar.

De dentro del cuerpo de guardia les llegó el estruendo de unas enormes cadenas en movimiento. Lenta, muy lentamente, las grandiosas puertas de hierro empezaron a retroceder y dejar a la vista el túnel que conducía al portal exterior. De inmediato, Malus taconeó a *Rencor* para que se pusiera en marcha al mismo tiempo que le hacía un gesto a la columna para que lo siguiera. «Podríamos quedarnos atrapados dentro —pensó con los dientes apretados—. Si quisieran, podrían cerrar la puerta interior para dejarnos atrapados entre los dos portales y lanzar sobre nosotros una lluvia de disparos.»

Tomó una decisión repentina: si no veía que las puertas exteriores comenzaban a moverse, haría que la columna diera media vuelta y correría hacia el interior de la ciudad. «Ya escalaremos la muralla en algún otro sitio, en caso necesario —se dijo con furia—. ¡No me dejaré encerrar aquí como un conejo!»

Las patas de *Rencor* pisaban con fuerza el empedrado; tal vez estaba ansioso por salir a campo abierto y librarse del escozor de la niebla. La puerta giraba pesadamente sobre los goznes antiguos; la abertura era justo lo bastante ancha como para permitir el paso de un nauglir. Malus espoleó a la montura y forzó la vista para penetrar la oscuridad del otro lado. ¿Era eso una franja de luz gris? ¡Sí!

—¡Ah! —gritó Malus, y clavó con fuerza las espuelas.

Rencor se lanzó a la carrera. El sonido de pesados pasos reverberaba dentro del estrecho túnel situado bajo el cuerpo de guardia, un sonido resonante como el de un trueno malhumorado. Malus vio una franja de pálida luz lunar justo delante, y enseñó

los dientes con aire triunfal.

«Demasiado tarde, hermano», pensó el noble. *Rencor* saltó a través de las puertas abiertas con un rugido atronador y sus garras resbalaron sobre el camino cubierto de nieve.

Se oyó un grito procedente de lo alto y el golpe fuerte y sordo de un proyectil tan largo como la cola de *Rencor*, que se clavó en el suelo helado a un palmo, a la izquierda. Sonó un tañido, y otro proyectil pasó como un borron ante el escamoso hocico del gélido, que chasqueó las mandíbulas y se apartó a un lado.

Era evidente que los druchii de la torre habían llegado a un acuerdo: dejarían que los jinetes salieran al campo de matanza situado ante las puertas, y cuando Urial llegara, le ofrecerían una pila de cadáveres; cadáveres a los que limpiarían minuciosamente de todo objeto de valor, por supuesto.

—¡Más deprisa! —gritó Malus al mismo tiempo que espoleaba a la montura.

Otro proyectil erró el blanco, rebotó en la dura superficie del camino y se deslizó por el hielo como una víbora con cabeza de acero. El noble echó una mirada rápida por encima del hombro; la mayor parte de la partida de guerra ya estaba fuera del alcance de los proyectiles. Dos de los jinetes también miraban por encima del hombro, apuntaban con las ballestas sujetas en una sola mano y disparaban hacia las estrechas troneras, sobre todo para proteger a *Rencor*.

Las murallas de la ciudad ya comenzaban a desdibujarse y sus contornos se volvían grises tras las ráfagas de nieve, mientras el noble continuaba corriendo por el Camino de la Lanza. Se oyó otro tañido sordo procedente del cuerpo de guardia, y Malus observó cómo la forma de diamante negro de un pesado proyectil aumentaba de tamaño ante sus ojos. Pero el artillero de la torre había calculado mal la distancia, y el proyectil impactó antes de alcanzar el objetivo e hirió a un jinete que iba a un metro por detrás del noble.

La punta capaz de perforar armaduras atravesó el peto del druchii con un fuerte crujido y continuó hasta clavarse en el grueso cráneo del nauglir que montaba. Jinete y montura cayeron girando hacia adelante y levantando un torrente de nieve manchada de sangre, para acabar deteniéndose como una masa confusa en medio del camino. Malus se preparó para otro disparo, pero cuando miró precavidamente hacia atrás vio que Hag Graef era apenas una mancha fantasmagórica y gris en la noche invernal.

El noble lanzó una malévola y salvaje carcajada con la esperanza de que los guardias de la puerta pudieran oírla. «Era la mejor oportunidad que tenías de atraparme, hermano —pensó—. Ahora, cada legua me alejará más de tus garras. Dentro de poco, no podrás hacer otra cosa que esperar dentro de tu retorcida torre y temer mi regreso.»

—¡Corre, *Rencor*! —le gritó el noble a la montura—. ¡Incansable bestia de la

tierra profunda! ¡Llévame al norte, donde aguardan los instrumentos de la venganza!

Recorrieron una docena de leguas de oscuridad y nieve antes de que Atalvyr cayera de la silla de montar.

El primer indicio de problemas que percibió Malus fue el cambio en el sonido de los saltos de los nauglirs. La carrera constante de una docena de gélidos no era silenciosa; incluso sobre el camino nevado, avanzaban con el grave retumbar de un trueno. De repente, el estruendo cesó. Al principio, cuando miró atrás, Malus no pudo discernir por qué se había detenido la columna.

Hizo girar a *Rencor* y regresó por el camino hasta encontrar a Dalvar y el resto de los hombres de Nagaira reunidos en torno al compañero caído. El gélido de Atalvyr se había alejado del camino y descansaba sobre las ancas en un nevado campo cercano. Lhunara había impedido que desmontara el resto de la partida de guerra, y observaba el camino y los campos circundantes. Malus bajó del nauglir, hirviendo de impaciencia. La nevada había disminuido a medida que avanzaban hacia el norte, y él contaba con que cubriera su rastro todo lo posible.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Dalvar.

El bribón alzó los ojos del cuerpo de Atalvyr, que se retorció.

—¡El maldito veneno! Tuvo un espasmo y rompió las ataduras, y luego cayó de la silla. Pensaba que el veneno ya habría hecho su máximo efecto a estas alturas, pero está empeorando.

El viento cambió, y el noble arrugó la nariz.

—Se está pudriendo —le espetó—. El veneno está carcomiéndolo por dentro. Cortadle el cuello y acabad... Nos quedan muchos kilómetros por recorrer antes de que amanezca.

Los hombres de Nagaira estudiaron a Malus con frialdad. Dalvar negó lentamente con la cabeza.

—Tengo algunas pociones en las alforjas. Déjame ver si puedo retardar el efecto del veneno y subirlo otra vez a la silla de montar...

—Y luego, ¿qué?, ¿cabalgar unas cuantas leguas más antes de que vuelva a caerse? La velocidad es ahora nuestra única aliada... Tenemos que pasar más allá de las atalayas antes de que Urial pueda organizar una persecución.

Dalvar se incorporó y cruzó los brazos.

—¿Dejarás perder a un hombre que puede luchar, por unos pocos minutos de cabalgada? En los Desiertos del Caos necesitaremos todas las espadas con que podamos contar. Estoy seguro de que ya lo sabes.

Malus apretó los dientes y reprimió el impulso de separarle al guardia la cabeza de los hombros. Un movimiento contra Dalvar haría que salieran de las vainas todos los cuchillos. Cuando el polvo se posara, su partida de guerra estaría reducida a la mitad, con independencia del resultado.

—Diez minutos —dijo, y regresó junto a *Rencor*.

Oyó las pisadas de un nauglir que avanzaba detrás de él. Al volverse, vio que Lhunara y Vanhir lo acompañaban por el camino.

—Ése va a ser un problema —murmuró Lhunara mientras el viento agitaba largos mechones de pelo oscuro alrededor de su rostro.

—Todos ellos son un problema —replicó Malus con acritud—. Confiaba en Nagaira para que mantuviera a raya a sus matones una vez que saliéramos del Hag; la codicia que despierta en ella el poder oculto que hay dentro del templo garantiza su cooperación, al menos hasta cierto punto. Dalvar es otra cosa. Si hacemos un movimiento contra él, por sutil que sea, el resto se volverá contra nosotros. Y opino que tiene razón; allí donde vamos, necesitaremos todas las espadas que podamos reunir.

—¿Mi señor nunca ha cazado en los Desiertos del Caos? —El tono de Vanhir era completamente frío; su voz, antes melodiosa, era entonces seca y de tan mal agüero como una endecha.

Malus le lanzó una mirada feroz, por encima del hombro, al noble caballero, pero el guerrero estaba observando el bosque del otro lado del camino. Vanhir había sufrido cada noche de la semana que había durado el viaje desde Ciar Karond hasta Hag Graef; en total, había perdido la suficiente piel para que Malus se hiciera unas botas. Desde entonces, el odio del caballero había cristalizado en una fría dureza que Malus no podía sondear del todo. Era como si Vanhir hubiese tomado una decisión sobre algo, y sólo aguardara el momento oportuno. ¿Estaría el caballero dispuesto a dejar a un lado su famoso honor a cambio del dulce vino de la traición?

—No —respondió Malus con serenidad—. Estuve un tiempo con la guarnición de Ghron, cuando mi mal aconsejado padre intentó que me mataran en alguna incursión fronteriza; pero no, nunca he penetrado en los Desiertos del Caos. ¿Y tú?

Vanhir se volvió a mirar a quien de momento era su señor; tenía los ojos oscuros como el basalto pulido.

—Pues, sí, temido señor. Las mejores piezas de caza pueden encontrarse allí, más o menos a una semana de cabalgada desde la frontera. Mi familia hizo su fortuna tendiendo emboscadas a los bárbaros nómadas en las estepas. —Se irguió sobre la silla de montar y le lanzó a Malus una mirada desafiante—. No es lugar para los temerarios y los tontos, ni para guerreros de escaso temple.

Antes de que Malus se diera cuenta de lo que hacía, tenía la espada desnuda en la mano y había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Vanhir. Lhunara dejó escapar un siseo agudo.

—¡Casco de caballo! ¡Alguien cabalga con rapidez por el camino de Hag Graef!

Malus se contuvo mediante un esfuerzo de voluntad y ladeó la cabeza para oír por encima del viento, pero no percibió nada. No obstante, el noble sabía que era mejor

no dudar de los agudos sentidos de Lhunara. Saltó sobre la silla de montar, con la espada aún en la mano.

—¡Fuera del camino! ¡Deprisa!

Los tres druchii espolearon a las monturas para volver junto al resto de la partida de guerra. Malus evaluó rápidamente el terreno. Se encontraban al noroeste de las estribaciones de las Montañas del Espinazo del Dragón, un lugar de densos bosques y traicioneros pantanos. A la izquierda del camino había agua estancada y hierba alta y espinosa que llegaban hasta un denso bosque lleno de abundante maleza situado al otro lado de un estanque somero.

—¡Hacia allí! —señaló con la espada—. ¡Entrad en la línea de árboles del otro lado del estanque!

Dalvar se encontraba arrodillado junto al guerrero caído, cuyas convulsiones habían disminuido, pero aún parecía incapaz de moverse.

—¿Qué hacemos con él?

—¡Ponle la espada en la mano y déjalo, o quédate con él y muere a su lado!

Por un momento, pareció que Dalvar iba a protestar, pero el sonido lejano de los caballos lo impulsó a la acción. Desenvainó la espada de Atalvyr, se la puso en la mano, y luego se subió a la silla de montar y se unió a la partida de guerra que atravesaba el marjal a la carrera.

Los gélidos no tenían ningún problema sobre aquel terreno; en cambio, un caballo habría tenido grandes dificultades para moverse. Se adentraron en el espeso sotobosque haciendo huir a animales pequeños en estado de pánico y apartando las matas de zarzas sin aminorar el paso. Una vez fuera de la vista, los druchii desmontaron, y Malus los condujo de vuelta a la linde del bosque.

—Ballestas preparadas —ordenó mientras se apostaban detrás de troncos caídos y espesas matas—. Que nadie dispare a menos que yo dé la orden.

Malus se puso a cubierto detrás de un ancho roble, y Dalvar se acuclilló junto a él.

—Un minuto más, y habría estado preparado para moverse —gruñó el guardia.

—En ese caso, es una suerte para nosotros que los perseguidores lleguen pronto y Atalvyr aún pueda servirnos de cebo.

Antes de que Dalvar pudiera responder, apareció a la vista un grupo de jinetes que cabalgaba sobre grandes caballos de guerra negros. Llevaban pesadas capas negras con grandes capuchas, y en la mano sujetaban largas lanzas de asta de ébano. Uno de los jinetes observó el área que rodeaba al druchii caído, y Malus vio brillar la luz lunar sobre una máscara nocturna de acero plateado. «Hombres de Urial, sin duda —observó para sí—. Tienen que haber salido justo después que nosotros para darnos alcance con tanta rapidez.» Con sorpresa, no obstante, contó sólo cinco jinetes. Posiblemente una avanzadilla que habían enviado por delante de una partida de caza

más numerosa. Él y sus hombres acabarían pronto con esos jinetes y ocultarían los cuerpos en el marjal.

Entonces reparó en que había algo fuera de lugar en los hombres y sus monturas. De los musculosos flancos de los caballos ascendía vapor, y los animales corcoveaban y pataleaban como si acabaran de salir de los establos, no como si hubieran hecho una dura carrera de varias leguas. Y también había algo extraño en los jinetes: el modo en que los enmascarados rostros se volvían primero a un lado y luego a otro, como sabuesos en busca de un olor.

De repente, el aire se estremeció con un rugido gutural cuando el gélido de Atalvyr se incorporó y avanzó hasta el camino. La atontada bestia había captado, por fin, el olor de los caballos, y a los nauglirs les encantaba el sabor de la carne equina.

La preocupación de Malus aumentó cuando los caballos no dieron muestras de pánico al oír el rugido de caza del nauglir. Los jinetes, como dirigidos por una mente única, hicieron girar las monturas para encararse con el gélido que se les acercaba. Malus sintió que el frío toque del terror le pasaba una garra por la espalda.

El gélido saltó, y los jinetes espolearon las monturas para que fueran a su encuentro. En el último instante se dividieron para situarse a ambos lados de la bestia, pero uno de los caballos no fue tan rápido como sus compañeros y el nauglir lo derribó al suelo con un poderoso golpe, para luego cerrar las fauces en torno al cuello del animal. El caballo relinchó, pero no fue un relincho de miedo o dolor, sino uno de cólera. El jinete se apartó de la silla de montar rodando con agilidad y se puso en pie de un salto al mismo tiempo que preparaba la lanza.

Los demás jinetes atacaron al gélido por ambos flancos y clavaron profundamente las lanzas en los costados del animal. El nauglir rugió y agitó la cola, que golpeó de lleno en el pecho a uno de los jinetes. Se oyó el sonido de algo que se partía, y el jinete salió volando de espaldas para caer como un amasijo informe a casi cinco metros de distancia.

—¡Uno menos! —gritó Dalvar con tono triunfante.

—No —lo contradijo Malus—. Mira.

La forma fracturada y retorcida aún se movía. Mientras observaban, el hombre se arrodilló, y luego se puso de pie trabajosamente. Uno de los brazos le colgaba con laxitud y era obvio que el hombre tenía la caja torácica aplastada; sin embargo, se levantó, desenvainó la espada y regresó a la lucha.

Incluso el caballo mordido por el gélido había vuelto a levantarse y saltaba fuera del alcance de la criatura, con el cuello sangrando.

El gélido se debatía y giraba en un amplio círculo, intentando atacar a todos sus torturadores a la vez. Tenía los flancos erizados de largas lanzas y un enorme charco rojo fundía la nieve bajo su escamoso cuerpo. El primer jinete que había desmontado se le acercaba poco a poco y apuntaba la lanza al ojo derecho del nauglir, en espera

del momento oportuno para clavarla. Cuando creyó que había llegado la ocasión, saltó hacia adelante..., directamente al interior de la boca abierta de la criatura.

La bestia no había estado tan poco pendiente del acercamiento del hombre como parecía. Se movió a la velocidad de una serpiente y cerró la colmilluda boca en torno a la cintura del hombre, con lanza y todo. Mordió con un crujido demoledor, que hizo saltar un amplio abanico de sangre, y sacudió al jinete que tenía entre los dientes como lo habría hecho un terrier con una rata.

Los demás jinetes se detuvieron, aparentemente para considerar el siguiente movimiento..., y entonces, de modo repentino, el gélido lanzó un grito estrangulado. Sacudió ferozmente la cabeza una vez más y se tambaleó. De pronto, Malus vio que la piel de la criatura comenzaba a hincharse un poco detrás de los ojos y, a continuación, con un crujido sonoro, la punta de acero plateado de la lanza atravesó el cráneo del nauglir de dentro afuera y salió sucia de sangre y sesos. La bestia se estremeció y se desplomó.

—¡Bendita Madre de la Noche! —dijo Dalvar con voz tensa—. ¿Qué son esas cosas?

—Son... el asesinato encarnado —replicó Malus, que se esforzaba por creer lo que acababa de ver con sus propios ojos—. Urial tiene que estar muy, muy enfadado.

«O posiblemente asustado —pensó con sobresalto—. En ese caso, el tesoro que nos aguarda tiene que ser realmente grandioso.»

Mientras observaban, los tres jinetes restantes desmontaron y desenvainaron las espadas. Uno comenzó a cortar un costado del nauglir mientras los otros abrían tajos en el cráneo de la bestia para poner en libertad a su compañero. Al cabo de pocos minutos, el lancero salió tambaleándose; las entrañas le colgaban del destrozado vientre y se habían enredado en los puntiagudos dientes de la bestia.

El tercer espadachín sacó el humeante corazón del nauglir y lo alzó hacia el cielo. Los otros cuatro corrieron hasta él y, uno a uno, apretaron contra su cuerpo el enorme órgano, que les dejó goterones frescos de sangre pegajosa en el pecho. Los dos jinetes heridos parecieron aumentar sus fuerzas con la sangre del enemigo; las heridas no se cerraron, pero ya no se encontraban impedidos por ellas. De repente, la luz lunar adquirió una textura borrosa y metalizada, y una daga se clavó en la garganta de uno de los jinetes. Atalvyr lanzó un febril bramido de desafío y sujetó la espada hacia adelante mientras se incorporaba sobre pies inseguros.

Los jinetes se volvieron para encararse con el guerrero como si lo vieran por primera vez. El que había sido herido se llevó una mano al cuello y se quitó lentamente de la garganta el cuchillo de hoja fina como una aguja.

Como uno solo, avanzaron.

Malus consideró las probabilidades y reprimió una maldición.

—Ya está. He visto lo suficiente. Nos largamos de aquí tan rápidamente como

podamos.

—Pero nuestras ballestas... —comenzó Dalvar.

—No seas estúpido, Dalvar. No servirían para nada. —La mano del noble se posó sobre el pequeño amuleto de metal y piedra que llevaba bajo el peto—. La única razón por la que aún estamos vivos es porque llevamos los talismanes de tu señora, pero apuesto a que si esos sabuesos se nos acercan mucho más podrán percibir la presencia del cráneo con independencia de lo que hagamos, y entonces estaremos acabados.

Se oyó un entrechocar de acero en el camino. Malus le volvió la espalda. Dalvar observó mientras sus ojos se abrían cada vez más.

—¿Adónde vamos a ir?

—Primero retrocederemos a través del bosque, y luego nos adentraremos en las montañas. Estos... asesinos... vienen tras nosotros y van a recorrer el Camino de la Lanza hasta la mismísima Torre de Ghronnd y posiblemente más allá. Tenemos que encontrar otra vía para cruzar la frontera y entrar en los Desiertos del Caos.

Los ojos de Dalvar se abrieron aún más.

—¿Adentrarnos en las montañas? ¡Pero están pobladas de espectros!

—Con eso cuento. Si alguien puede hacernos atravesar las montañas sin que nos vean, son ellos.

El rostro del guardia se contorsionó de miedo.

—¡Estás loco! Las cosas que les hacen a los intrusos...

—¡Prefiero probar suerte con un enemigo que muere cuando le atravieso el corazón! —gruñó Malus—. Si nos quedamos aquí, moriremos.

El noble se adentró más en el bosque y, uno a uno, el resto de los miembros de la partida de guerra lo siguieron. Los alaridos del hombre que habían dejado atrás resonaron entre los árboles nevados mucho tiempo después de haberlo perdido de vista.

9. Espectros crueles

Rencor se agachó sobre las ancas y volvió a saltar al mismo tiempo que arañaba con las patas traseras en busca de un asidero en el congelado suelo cubierto de hojas. Las garras de la pata derecha se apoyaron sobre un arbolillo joven. Por un momento, la madera verde resistió, pero luego se partió bajo el peso de la enorme bestia. El gélido comenzó a resbalar otra vez, y Malus se lanzó contra los cuartos traseros de *Rencor* y empujó con todas sus fuerzas. El cansado nauglir saltó como si lo hubiesen picado y se volvió a toda velocidad para lanzarle al noble una dentellada de irritación.

Dientes como dagas se cerraron con un chasquido a menos de treinta centímetros de la cara de Malus y lo rociaron con finos hilos de saliva venenosa. Malus gruñó y le dio un puñetazo de lleno en el hocico, y la bestia se volvió con un rugido y subió por la ladera. El noble se enjugó el rostro y dio gracias a la Madre Oscura por el hecho de que hubiesen logrado ascender un poco más por la montaña.

Habían pasado dos días desde el terrible encuentro en el Camino de la Lanza, y Malus dudaba de que hubiesen cubierto más de quince kilómetros en el escarpado terreno de densos bosques de las estribaciones de las Montañas del Espinazo del Dragón. Cada noche, la partida de guerra acampaba allí donde se encontraba cuando la luz solar desaparecía del nuboso cielo. Encendían un pequeño fuego, asaban una parte de las preciosas reservas de carne y ponían una generosa porción en un plato, que colocaban en un lugar de honor, con la esperanza de que uno de los druchii montañeses aceptara la invitación y entrara en el campamento. Hasta ese momento, los espectros se habían mostrado reservados.

Malus estaba seguro de que andaban por los alrededores. La leyenda decía que cuando los druchii llegaron a Naggarth, unos dos mil hombres, mujeres y niños les volvieron la espalda a las grandes Arcas Negras y las magníficas ciudades nacientes, y se encaminaron hacia los territorios vírgenes de las montañas para vivir de acuerdo con sus propias leyes.

Aunque se ignoraba cuántos habían sobrevivido a aquellos primeros años en la despiadada Tierra Fría, era bien sabido que los autarii —los espectros— reclamaban como suya una gran parte del montañoso territorio situado al norte de Hag Graef, y no soportaban fácilmente a los intrusos. En varias ocasiones había notado que se le erizaba el cuero cabelludo con la innegable sensación de que los estaban observando, pero ni siquiera los nauglirs olfateaban una amenaza tan cercana. Por la razón que fuera, el pueblo de las montañas mantenía las distancias.

Malus abrigaba la secreta esperanza de que los autarii aceptaran pronto la invitación. Después de pasar dos días en las montañas había comenzado a considerar seriamente la posibilidad de regresar al camino y probar suerte con los jinetes de Urial. Horas y más horas de empinadas cuestas, terreno congelado y traicionero

sotobosque habían agotado las fuerzas de la partida de guerra.

Los nauglirs estaban hambrientos e irritables porque Malus se había visto obligado a racionarles la carne. Cada bestia podía consumir fácilmente un ciervo adulto o un cuerpo humano al día, y el noble era muy reacio a enviar partidas de caza por los alrededores cuando era tan grande el peligro de emboscadas. La partida de guerra soportaba estoicamente la situación, aunque en más de una ocasión Malus había visto a Dalvar susurrando en secreto con los otros guardias de Nagaira.

Tal vez no tenía importancia, pero no podía permitirse correr el riesgo. La pregunta era qué iba a hacer al respecto.

Rencor se detuvo y, de pronto, Malus se dio cuenta de que habían llegado al final de la ladera. Tendió una mano y tiró de la cola de espesa musculatura de la bestia.

—¡Quieto! —ordenó con la respiración algo agitada, y el gélido obedeció de inmediato; de su escamosa piel cayó una cascada de copos de nieve.

Malus trepó hasta situarse junto al gélido y vio que los árboles estaban considerablemente más espaciados en la ladera descendente y permitían ver la siguiente elevación, situada al otro lado de un pequeño valle que mediaba entre ambas. Muy a lo lejos distinguió los oscuros y partidos dientes de la Muralla Escudo, la enorme cadena montañosa del nordeste que señalaba el comienzo de la frontera. «A leguas y más leguas de distancia —pensó Malus, con cansancio—. A este paso, tardaremos mil años en llegar allí.»

Un crujido en la maleza que tenía a su espalda hizo que volviera la cabeza. Dalvar trepó hasta situarse a su lado, apoyándose en una vara de cedro tallada de manera tosca. La cara normalmente pretenciosa del druchii estaba muy enrojecida y demacrada.

—Pronto caerá la noche —dijo el guardia, que se inclinaba ligeramente sobre el improvisado báculo—. Los hombres están exhaustos, temido señor, y también los nauglirs. Si acampamos ahora, podríamos tener un poco de luz para cazar algo de carne fresca.

Malus negó con la cabeza.

—Nada de cazar, Dalvar. No quiero perder hombres a causa de las ballestas de los autarii. —Señaló el valle que quedaba abajo—. Allí tenemos un poco de terreno despejado, y aquello parece ser un arroyo. Acamparemos en ese lugar.

Dalvar recorrió cansadamente el valle con los ojos.

—A este paso, cada día estaremos más débiles. Dentro de poco, los autarii no tendrán necesidad de matarnos uno a uno desde lejos; simplemente enviarán a sus jovenzuelos para que nos acorralen con varas de sauce.

—La vida en la ciudad te ha ablandado —dijo Malus con un bufido—. En este momento, los espectros están poniéndonos a prueba, midiendo nuestra fuerza. Cada día nos lleva unos pocos kilómetros más al interior de sus dominios. Mientras

mantengamos nuestro grupo unido y no les demos la oportunidad de tendernos una emboscada fácil, los espectros tendrán que escoger una táctica diferente..., y aceptar nuestra invitación es la opción más sencilla y fácil que tienen a su disposición. Saben que estamos interesados en hablar con ellos —dijo Malus, confiado—. Antes o después sentirán curiosidad.

Era bien sabido que, como cualquier druchii, los autarii tenían una vena mercenaria. Los espectros servían a los ricos señores de la guerra como exploradores y guerrilleros a sueldo, y cuando el Rey Brujo cabalgaba a la guerra, tribus enteras de ellos marchaban en la vanguardia y se llevaban su parte del botín.

—O simplemente podrían esperar a que, a causa del hambre, estemos demasiado débiles para defendernos, y llevarnos a todos cautivos. Tu hombre, Vanhir, dice que los autarii sólo negocian cuando no tienen ninguna otra alternativa.

«Has estado hablando con Vanhir, ¿eh? ¡Qué inquietante! —meditó el noble—. Tendré que hablar con Lhunara al respecto.»

—Si un grupo nos tiende una emboscada, podremos defendernos, posiblemente incluso matar a uno o dos de ellos. Son excelentes moviéndose por el bosque, pero carecen de buenas armaduras, y nosotros tenemos a los nauglirs de nuestro lado. Los gélidos nos advertirán si captan el olor de un grupo numeroso. No, creo que aún tenemos una ligera ventaja si conservamos la disciplina.

Dalvar le dedicó a Malus una larga mirada, que si no era abiertamente desafiante, sin duda ponía en cuestión lo que acababa de decir.

—En ese caso, supongo que ya veremos lo que trae la noche —dijo, para luego volverse y descender con cuidado por la ladera.

Malus lo observó mientras se marchaba.

—Pisa con cuidado, Dalvar —dijo—. Aquí, el terreno es más peligroso de lo que parece.

—Gracias por la advertencia, temido señor —replicó el bribón por encima del hombro—. Harás bien en recordarlo tú también.

«Vas a tener que morir, Dalvar —pensó Malus—, y es algo que tendrá que suceder pronto, a menos que pueda hallar un modo de desacreditarte a los ojos de tus hombres. Pero ¿cómo?»

—Arriba —ordenó Malus al mismo tiempo que daba una palmada en un flanco de *Rencor*—. A partir de aquí vamos ladera abajo, y luego podrás descansar.

El nauglir avanzó de un salto y los músculos de las paletillas y las ancas se le tensaron al iniciar el descenso por la pendiente. Malus tuvo que ir a paso ligero para seguirlo, hasta que, de repente, el gélido lanzó un rugido y comenzó a correr.

—¡*Rencor*! ¡Quieto! —gritó, pero el nauglir continuó a toda velocidad, con la cabeza baja y la cola tan tiesa como una lanza.

«Está cazando —comprendió Malus—. ¿Qué habrá olfateado? ¿Un ciervo?»

Luego oyó que los otros nauglirs, que iban detrás, imitaban el rugido, y de repente se dio cuenta de que estaba en el camino de una estampida de muchas toneladas de peso. Pensando con rapidez, el noble se lanzó ladera arriba, hacia la izquierda, sabedor de que no habría ningún árbol ni roca lo bastante grande como para protegerlo de un gélido desbocado. Sólo podía apartarse del camino tanto como le fuera posible y desearse lo mejor.

La pendiente se estremeció, golpeada por docenas de patas. Los nauglirs, al ser, en el fondo, animales de manada, galopaban ladera abajo como una sola masa que avanzaba pesadamente, y a su paso levantaban una enorme nube de nieve en polvo. Tras ellos, corrían sus dueños, que bajaban por la ladera gritándoles órdenes ineficaces. En otras circunstancias, incluso podría haber resultado gracioso, pero de pronto Malus se sintió realmente muy vulnerable.

Un ciervo vivo no los habría puesto en ese estado. No a toda la manada. Sólo reaccionaban de ese modo cuando tenían hambre y olían sangre en el aire. «Alguien les ha puesto un cebo —pensó—. Probablemente haya un ciervo recién muerto y destripado dentro del grupo de árboles.»

Malus sintió que se le helaban las entrañas. Vio que los nauglirs ya estaban en la mitad del pequeño prado que había al pie de la colina y galopaban hacia un pequeño soto que había al otro lado. Los druchii estaban absortos en la persecución y corrían con ligereza por el campo nevado.

De repente, el guerrero que iba en cabeza dio un traspié y cayó. Un segundo más tarde se desplomó el druchii que iba tras él. Luego, el tercer guerrero giró en semicírculo, y esa vez Malus captó el fugaz vuelo de una embotada saeta de ballesta que impactaba en el centro de la frente del hombre y lo derribaba sobre la nieve. Los emboscados les disparaban desde la densa línea de árboles que había al otro lado de un serpenteante arroyo, y los hombres de Malus no tenían donde esconderse.

Oyó un leve rumor detrás y se volvió a la vez que desenvainaba la espada, momento en que recibió de lleno entre los ojos el impacto del nudoso extremo del garrote de un autarii.

Alguien estaba obligándolo a tragar un líquido amargo y aguado. Malus gargarizó y escupió al mismo tiempo que apartaba violentamente la cabeza del tubo de madera que le metían entre los labios. El movimiento le provocó un estallido de dolor detrás de los ojos, y se le revolvió el estómago. Una mano callosa lo aferró por la mandíbula y, a pesar del espantoso mareo, volvió a apartar la cabeza y le lanzó un mordisco a la molesta mano, clavando profundamente los dientes en la carne que mediaba entre el dedo índice y el pulgar. Al saborear la sangre, el estómago, finalmente, lo traicionó. Vomitó un fino hilo de bilis y la mano se retiró, y entonces estalló fuego blanco en la negrura que tenía detrás de los ojos cuando un puño se estrelló contra su pómulo.

Lo siguiente que sintió fue una hoja de metal contra la mejilla. Era fría, áspera y

afilada, y gritó de furia cuando fue arrastrada lentamente contra su piel y cortó con facilidad la carne de debajo. El lacerante dolor aguzó sus sentidos y lo despertó del todo. Parpadeó mientras la sangre tibia le resbalaba por el rostro, y cuando pudo enfocar la vista vio la silueta de un druchii bajo, de extremidades delgadas, que se hallaba de pie ante él.

Las afiladas y angulosas facciones del espectro estaban cubiertas de espirales tatuadas en color añil y rojo, cosa que le confería una gruñente expresión demoníaca, incluso cuando la cara estaba en reposo. Cuando le sonrió burlonamente a Malus, la cara fue la imagen misma del odio sobrenatural. El hombre llevaba puestas varias capas de ropones holgados y suaves botas de cuero, además de una colección de dagas que sobresalían de un grueso cinturón que le rodeaba el talle. Lo iluminaba a contraluz una rugiente hoguera que alumbraba un pequeño claro rodeado por un círculo de árboles. Más espectros se acuclillaban o paseaban en torno a las llamas, la mayoría ataviados con capas jaspeadas de verde y marrón que se camuflaban artísticamente en las sombras del bosque. Cada druchii de la partida de guerra de Malus estaba atado a uno de los árboles circundantes, al igual que él.

Era difícil concentrarse a pesar del dolor. Ya era noche cerrada, y ambas lunas brillaban en un cielo insólitamente despejado. Malus intentó pensar. «¿Cuánto tiempo he estado sin sentido? ¿Horas? ¿Días?» Se empeñó en concentrarse, en reunir los fuegos de la cólera.

—Enano bastardo —gruñó—. ¿Es así como tratáis a una embajada del gran vaulkhar de Hag Graef?

El espectro ladeó la cabeza ante el estallido de enojo del noble, y luego, con una sonrisa, se llevó el cuchillo a los labios y lamió la sangre del filo. Alzó las cejas y se volvió hacia sus compatriotas para hablarles en un druhir de acento tan cerrado que Malus no entendió una sola palabra. Los hombres que rodeaban el fuego rieron, y al noble no le gustó el sonido de aquella risa.

—Ten cuidado, mi señor. Al pequeño le gusta el sabor de tu sangre.

Con un esfuerzo, Malus se obligó a volver la cabeza hacia el lugar del que procedía la voz. Vanhir estaba atado al árbol contiguo, con la cara convertida en una masa de cardenales purpúreos. Hablaba con dificultad a causa de la hinchazón de los labios.

—La sangre y la carne de los guerreros nobles es una exquisitez para los clanes de las colinas, así que yo no mencionaría con tanta insistencia a tu padre, si fuese tú.

—¡Estás loco! —exclamó Malus—. No se comerán a sus propios parientes...

Vanhir logró reír aunque con dolor.

—No somos sus parientes —dijo—. Somos gente de ciudad, además de prisioneros. Para ellos sólo somos carne, gorda y blanda, como lo eran para nosotros aquellos bretonianos.

Se oyó un rechinamiento y un tintineo metálico cerca del fuego. Malus miró y vio que uno de los espectros desenvolvía un rollo de cuero blando al que había cosidos varios bolsillos de diferentes tamaños. De cada bolsillo sobresalía un mango de madera o hueso. Mientras Malus observaba, el autarii bajo sacó un par de cuchillos para desollar y un serrucho de hueso bien pulimentado.

—Si tienes suerte y han comido recientemente, podrían conformarse con una mano o un antebrazo —dijo Vanhir—. Son muy hábiles cogiendo sólo lo que necesitan y dejando a la víctima viva para más tarde.

El autarii bajo habló, y varios de sus compañeros se pusieron a trabajar. Uno sacó un rollo de cuerda que pasó por encima de una robusta rama de árbol cercana al fuego. Otro espectro avanzó hacia Malus sosteniendo un extremo de la cuerda, y se la ató a los tobillos con unos pocos movimientos rápidos y expertos. Otros dos desataron las ligaduras que sujetaban a Malus al árbol, aunque le dejaron las manos fuertemente atadas a la espalda.

—¡No os atreveréis! —rugió Malus—. ¡Tocadme otra vez con vuestros asquerosos cuchillos, y por la Madre de la Noche Eterna que haré caer sobre vosotros una maldición que plagará estas montañas durante un millar de años!

El autarii bajo hizo un sonido de asco y ladró una breve orden. Dos de los espectros tiraron de la cuerda para izar a Malus cabeza abajo, y su cuerpo quedó balanceándose peligrosamente cerca del fuego. Unas manos ásperas detuvieron el movimiento pendular, y otro espectro le colocó un gran cuenco de latón debajo de la cabeza.

Malus vio que el autarii bajo sacaba un cuchillo en forma de hoz del envoltorio de cuero. El cuerpo le temblaba como una cuerda tañida porque hervía de ardiente furia.

—Mátame, y el vaulkhar de Hag Graef os perseguirá a ti y a tu raza hasta la extinción.

El espectro se le acercó y le dedicó una sonrisa de dientes aguzados.

—No eres nada más que humo, hombre alto —susurró—. Dentro de un momento..., ¡paf!, habrás desaparecido como si no hubieses existido nunca. Tu vaulkhar nunca sabrá qué ha sido de ti.

El contacto del cuchillo contra la garganta de Malus era frío como el hielo.

10. Pruebas y tormentos

De pronto, se oyó un grito al otro lado del rugiente fuego, y el espectro se detuvo. Una voz ronca ladró órdenes en druhir rústico, y el autarii emitió una rápida andanada de respuestas que Malus no entendió.

Sin previo aviso, dejaron caer al noble al suelo, donde aterrizó dolorosamente sobre un hombro y el cuello. Malus rodó hasta quedar de espaldas y alzó la cabeza para mirar alrededor e intentar ver qué sucedía.

Al borde del círculo de luz que proporcionaba el fuego había un grupo de espectros liderados por un autarii de anchos hombros que tenía tatuajes tanto en la cara como en las manos. Los otros espectros que habían estado dando vueltas en torno al fuego retrocedieron ante esos nuevos autarii, a los que trataron con una mezcla de deferencia y miedo.

El espectro profusamente tatuado recorrió con la mirada a los druchii atados y le formuló una larga pregunta a su primo más bajo, el cual le espetó una breve réplica. El recién llegado hizo otra pregunta, y esa vez obtuvo una respuesta más extensa. El espectro se frotó el mentón con una mano tatuada.

«Están regateando por nosotros —comprendió Malus—. Y el posible comprador no está muy de acuerdo con el precio.»

El espectro más alto se volvió como para decirles algo a sus compañeros, y de repente atacó al autarii más bajo. Los dos comenzaron a rodar de aquí para allá sobre la tierra húmeda mientras la luz del fuego destellaba en los cuchillos que habían aparecido en sus manos. «Veo que algunas cosas continúan siendo iguales entre nosotros y el pueblo de la montaña», observó Malus para sí.

Se oyó el sonido del acero contra la carne, y el espectro más alto gruñó de dolor; pero luego Malus vio que una mano tatuada salía disparada hacia arriba y descendía para clavar el cuchillo con un carnosos chasquido. El autarii más alto apuñaló una y otra vez, y el más bajo lanzó un solo grito gorgoteante antes de que cesara definitivamente el forcejeo.

El vencedor se puso de pie tambaleándose; tenía un sangrante corte en un antebrazo. Una mirada a los espectros restantes hizo que éstos se pusieran a cortar las ligaduras que ataban a los guardias de Malus a los árboles.

Un par de rudas manos pusieron de pie al noble, y un cuchillo le cortó las ligaduras de los tobillos. El autarii de anchos hombros le dedicó una sola mirada calculadora, para luego asentir con satisfacción y disponerse a saquear el cuerpo del enemigo muerto. Antes de que Malus pudiera hablar, lo hicieron girar y lo empujaron con fuerza hacia las sombras profundas que se extendían más allá de la hoguera.

Primero, Malus avanzó con pasos tambaleantes, pero luego recobró el equilibrio. De repente se volvió y, en unas pocas y rápidas zancadas, llegó hasta donde yacía su

primer captor. El noble se inclinó para acercarse todo lo posible a la cara tatuada del espectro; le complació ver el menguante destello de vida que aún había en ella.

—Saborea tu festín de sangre y frío acero, enano —siseó—. Te advertí lo que sucedería si jugabas conmigo.

Detrás de Malus se oyeron gritos de enojo, y el espectro fornido alzó una mano y empujó al noble hacia atrás con sorprendente facilidad. Malus se estrechó contra dos cuerpos fuertes. Unas manos lo cogieron por los brazos, le cubrieron la cabeza con un oscuro saco que olía a sudor y vómito, y se lo ataron holgadamente en torno al cuello.

Marchó durante horas en medio de una oscuridad absoluta. Cada brazo estaba rodeado por una áspera mano, lo que lo mantenía en pie por muchas raíces con las que tropezara.

Con el paso del tiempo se le aclaró la cabeza, y entonces se esforzaba por percibir los sonidos que surgían a su alrededor. Oía los pasos y las maldiciones de los integrantes de su partida de guerra, que marchaban atados en fila detrás de él. Por las quedas conversaciones que captaba, supuso que lo había apresado un numeroso grupo de autarii; fácilmente podían ser el doble que su partida de guerra. Por la manera relajada en que hablaban, se encontraban dentro de su territorio y, por tanto, no temían que pudieran ser atacados. Se sintió más conmocionado aún al oír el soñoliento gemido de un nauglir procedente del final de la columna; cómo habían logrado los espectros manejar a los volubles gélidos era un misterio para él.

El tiempo dejó de tener sentido. Los espectros parecían incansables, ya que no interrumpían para nada su rápida marcha. Malus se concentró en hacer que se le movieran las piernas, poniendo un pie delante del otro, hasta que, finalmente, todo su mundo se redujo a un ciclo de simple movimiento rítmico. Así pues, se sorprendió cuando sus sentidos percibieron olor a humo de leña, y unas voces nuevas penetraron en la oscuridad del saco que le cubría la cabeza.

Sin previo aviso, los captores se detuvieron y mantuvieron una breve conversación con el jefe de anchos hombros. De modo igualmente repentino, los hombres volvieron a ponerse en movimiento, aunque esa vez lo desviaron hacia un lado y lo alejaron del resto del grupo. Recorrieron varios metros, y luego una mano se le apoyó en la nuca y lo hizo inclinarse en una torpe reverencia, tras lo cual lo empujaron hacia adelante sin ceremonia alguna. Uno de sus pies tropezó con algo blando y lo hizo caer cuan largo era sobre lo que parecía un montón de pieles o mantas.

Se produjo otro breve intercambio de palabras detrás de él, y luego oyó sonidos de movimiento. Unas manos fuertes lo cogieron e hicieron girar, y unos dedos ligeros tironearon de las ataduras que le sujetaban la improvisada capucha. El vil saco fue retirado, y Malus inspiró vorazmente el aire, que olía a humo.

Con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, captó con rapidez el entorno.

Estaba tendido de espaldas en medio de una pila de pieles, dentro de lo que parecía ser una tienda de techo curvo. Cerca de él había un fuego que quemaba lentamente y bañaba en suave luz anaranjada los combados puntales de madera con ligaduras de cuero sin curtir. Acuclilladas junto a él había tres figuras, cuyas manos se deslizaban por su cara y su cuerpo. Las puntas de unos dedos le rozaban la cabeza, se detenían brevemente sobre el hinchado chichón de la frente, y luego flotaban sobre su patricia nariz y bajaban cruzando sus labios. El contacto era como el de una pluma, de una suavidad antinatural. Entonces, alguien avivó las brasas, y cuando las llamas volvieron a la vida, vio por qué.

Junto a él había tres mujeres druchii, todas vestidas con una sencilla túnica de ante. Tenían la cabeza afeitada y glifos idénticos tatuados en la frente. Alrededor del cuello llevaban collares de hierro batido. Les faltaban las orejas, donde no les quedaban más que nudosos muñones de tejido cicatricial. Los extremos de unas largas cicatrices prominentes asomaban por encima y por debajo de los collares, y mostraban cómo les habían cortado cruelmente las cuerdas vocales. Las caras de las esclavas flotaban sobre él en la oscilante luz, y sus expresiones parecían embelesadas. Charcos de oscuridad absorbían la luz en los agujeros que había donde en otros tiempos habían tenido los ojos.

—Yaces en la tienda del urhan Calhan Beg —graznó una voz vieja e implacable, cerca del fuego—. Debes ser tratado como un huésped, pero antes has de pronunciar el juramento del huésped.

Las esclavas ciegas se inclinaron como una sola y ayudaron a Malus a incorporarse. Él lo intentó, pero no logró reprimir del todo un temblor de aborrecimiento. Mutilar a una persona —un druchii— de esa manera, arrebatarle la fuerza esencial y luego negarle el alivio de la muerte era una crueldad inverosímil.

Una vez sentado, Malus vio a la vieja que ocupaba un asiento junto al fuego. Era muy anciana; sus facciones de alabastro habían perdido el lustre y se habían vuelto inmóviles como frío mármol. La mujer se movía lenta y cuidadosamente, como si cada gesto amenazara con reducirla a polvo. Tendió una mano de largos dedos y cogió un objeto que había en un estante bajo que tenía a su lado.

La vieja susurró una orden, y una de las esclavas ciega; avanzó en silencio y con seguridad para coger el objeto de la mano de la vieja y sostenerlo ante Malus. Se trataba de una estatuilla esculpida en roca oscura; el material se tragaba la luz y era tan frío como la propia muerte. Representaba a una mujer angulosa y delgada como una espada, con crueles rasgos y ojos profundamente hundidos. La antigüedad rodeaba a la escultura como un manto de escarcha. Podría haber sido tallada en la perdida Nagarythe, miles de años antes.

—Jura por la Madre Oscura que no harás intento alguno de escapar de este campamento, ni de hacerles ningún daño a tus cuidadores mientras permanezcas aquí

como huésped.

Malus pensó durante un momento, y luego asintió con la cabeza.

—Ante la Madre de la Noche, lo juro —dijo, y posó los labios sobre la antigua piedra.

La vieja asintió con solemnidad mientras la esclava devolvía la estatuilla a sus frágiles manos.

—Quitadle las ataduras.

Dos de las esclavas deshicieron los nudos de las cuerdas que le rodeaban las muñecas. Malus estiró los hombros y se masajeó las manos a fin de devolverles la sensibilidad.

—¿Dónde están mis hombres? —preguntó.

La vieja se encogió de hombros.

—¿Fue el urhan quien me trajo aquí?

—No. Fue su segundo hijo, Nuall. Supongo que estás destinado a ser una ofrenda para aplacar la cólera de su padre.

—¿Su cólera? ¿Por qué?

—Basta de preguntas —ordenó la vieja—. Tienes hambre. Come. Mientras él y la vieja hablaban, las esclavas se habían retirado al otro lado de la tienda. En ese momento, regresaban con una bandeja de pan y queso y una copa de vino especiado. El noble comió rápida y metódicamente, bebiendo sólo pequeños sorbos de vino. La vieja lo observó en silencio absoluto.

Cuando Malus hubo acabado, la cara de un hombre apareció en la entrada de la tienda.

—Ven —dijo el autarii al mismo tiempo que lo llamaba con un gesto.

El noble le hizo una respetuosa reverencia a la impassible vieja, y salió cautelosamente al exterior.

Una vez fuera, Malus descubrió que la noche casi había concluido; en lo alto, el cielo palidecía con la luz previa a la aurora. En la penumbra, el noble vio que se encontraba en el extremo de un estrecho cañón boscoso que acababa en una pared de roca vertical. Entre los altos árboles había numerosas tiendas abovedadas que rodeaban una gran estructura permanente de troncos de cedro y piedra, construida al borde del barranco: la casa comunal del urhan. El autarii se encaminó hacia el edificio, y Malus cuadró los hombros y lo siguió.

El aire de la casa comunal estaba cargado de ruido y humo. Dos grandes hogares dominaban las largas paredes del edificio, y un azulado humo de pipa se arremolinaba y ondulaba entre las vigas de cedro del techo. Pilas de pieles y cojines yacían sobre una gruesa moqueta de juncos, y los autarii se reclinaban por el suelo de la gran sala como una manada de perros salvajes.

Desde el otro extremo de la casa comunal, el urhan Calhan Beg presidía su clan,

sentado sobre el único asiento del edificio, situado sobre una plataforma, y atendido por tres esclavas. Las mujeres druchii habían sido cegadas y enmudecidas como las otras de la tienda del urhan. Malus observó mientras una de las esclavas le servía cuidadosamente a Beg una copa de vino; advirtió que a la mutilada criatura le faltaban ambos pulgares.

Calhan Beg era un lobo viejo y canoso. Tenía una constitución flaca y nervuda y una multitud de cicatrices producto de una vida pasada batallando contra hombres y bestias por igual. La mitad de la oreja izquierda le había sido arrancada de una dentellada en algún momento de su existencia, y una espada le había cortado un buen trozo de la parte superior de la prominente nariz. Llevaba el rostro, el cuello, las manos y los antebrazos cubiertos de intrincados tatuajes, cosa que hablaba con elocuencia de sus hazañas como guerrero y jefe. Tenía un largo bigote gris caído y penetrantes ojos azules, tan fríos y duros como zafiros. En ese momento, la mirada implacable estaba clavada en el hombre que se encontraba al pie de la plataforma: su segundo hijo, Nuall.

El guía de Malus avanzó con cuidado por el atestado suelo y el noble lo siguió al mismo tiempo que hacía prudente caso omiso de las miradas desafiantes que le lanzaban. Cuando Nuall los vio, señaló a Malus con un barrido del brazo.

—Y he aquí otro regio regalo para, ti, padre: un prisionero noble, hijo del vaulkhar de Hag Graef. Por él te pagarán un gran rescate sus decadentes familiares.

El urhan le lanzó a Malus una fría mirada de desprecio antes de redirigir su ira contra el hijo.

—¿Te he dicho yo que fueras a buscarme esclavos y rehenes, Nuall? ¿Es hoy mi día de tributo? ¿Por qué intentas colmarme de regalos, entonces?

Varios de los espectros de la estancia rieron con desdén. Nuall apretó las mandíbulas.

—No, padre.

—No, en efecto. Te envié a recuperar el honor de nuestra familia y traerme de vuelta el tesoro de nuestra casa. Pero ¿dónde está? ¿Dónde está el medallón?

—Está... ¡Sé dónde está, padre, pero no pudimos llegar hasta él! El río...

—¡Guarda silencio, cachorro! —rugió el urhan—. ¡Ya he oído bastante tus necios gemidos! ¿Pensabas excusar tu fracaso con regalos como si yo fuera una esposa? No eres un hijo digno, no como tu hermano —gruñó Beg—. Tal vez te haga confeccionar un vestido y vea si puedo casarte con alguna vieja ciega autarii que necesite alguien que le caliente la cama.

La multitud reunida aulló de risa, y a Nuall se le puso la cara blanca como la tiza, de cólera. Una de sus temblorosas manos se desplazó hacia el cuchillo que llevaba colgando junto a la cadera, pero el padre no hizo el más mínimo intento de protegerse y desafió abiertamente a Nuall con una mirada fija.

Tras un momento de vacilación, el joven gruñó, giró sobre los talones, se marchó caminando con torpeza entre la burlona multitud de guerreros del clan y dio un sonoro portazo al salir.

Beg observó con evidente desdén la retirada del hijo.

—Todo músculo y sin agallas —refunfuñó, y bebió un largo trago—. Ahora tendré que vigilar por si me encuentro víboras dentro de las botas, si se desvían flechas en una cacería o cualquier otra cosa típica de jóvenes inexpertos. —Le dirigió a Malus una mirada funesta—. Es seguro que esto te ha resultado entretenido.

Antes de responder, Malus se detuvo a considerar cuidadosamente la situación.

—Todos los padres quieren hijos fuertes —dijo al fin—. En eso no somos tan diferentes, gran urhan.

—¿Tienes hijos?

El noble negó con la cabeza.

—No, soy un hijo que tiene algo que demostrarle a su padre.

Beg ladeó la cabeza y estudió atentamente a Malus por primera vez.

—Así que eres uno de los hijos de Lurhan, ¿eh? No eres el mayor, ni esa cosa deforme que le entregó al templo. ¿El hijo de en medio, tal vez?

Malus sonrió con frialdad.

—No, gran urhan. La difunta esposa de Lurhan no tuvo nada que ver con mi existencia.

Al oír eso, los ojos de Beg se entrecerraron.

—Entonces, eres el cachorro de aquella bruja, el que llaman Darkblade.

—Mi nombre es Malus, gran urhan —replicó el noble—. Las espadas oscuras son cosas defectuosas, objetos de desprecio^[1]. Ese otro nombre sólo lo emplean mis enemigos.

—Y bien, Malus, ¿qué rescate pagará tu padre por ti?

El noble se puso a reír.

—Más o menos la mitad de lo que tú pagarías si él tuviera a Nuall prisionero.

Los autarii rieron, e incluso Beg sonrió con acritud.

—En ese caso, los presagios son malos para ti, amigo mío. Para mí, un huésped que no puede enriquecerme de algún modo no tiene utilidad alguna.

—¡Ah! —Malus alzó un dedo con gesto de advertencia—, ése es un asunto por completo distinto, gran urhan. Creo que mi estancia aquí realmente puede beneficiarte mucho. —Cruzó los brazos—. Has mencionado que perdiste cierta preciosa herencia, ¿me equivoco? ¿Un medallón?

El urhan se irguió en la silla.

—Así es. ¿Y qué?

Malus se encogió de hombros.

—Entré en las montañas en busca de un guía que pudiera mostrarme una senda

hasta la frontera. Tú estás ansioso por recuperar el honor de tu familia. Da la impresión de que ambos tenemos algo que ofrecernos.

Beg gruñó con impaciencia.

—Ve directamente al grano, urbanita. ¿Qué propones?

—Yo te recuperaré ese medallón, gran urhan, y tú nos pondrás en libertad a mí y a mis hombres, y nos guiarás por los senderos de montaña hasta la frontera.

El urhan rió fríamente.

—Supón que empiezo a cortarte a trozos hasta que estés dispuesto a traerme las lunas del cielo, si así lo deseo.

Malus sonrió.

—En primer lugar, he prestado el juramento del huésped ante la vieja que hay en tu propia tienda. Si ahora levantas una mano contra mí, te arriesgarás a provocar la ira de la Madre Oscura. En segundo lugar, ya he visto cómo practicas tu arte, gran urhan, y no es el tipo de cosa del que uno se recupere del todo. Supongo que tendré que estar en la mejor forma física posible si tengo que recuperar el honor de tu familia. O... — el noble abarcó con un gesto a los espectros reunidos— tal vez deberías pedirles ayuda a los miembros de tu clan.

Beg se removió con incomodidad en la silla.

«Eso pensaba —reflexionó el noble—. No quieres que nadie más le ponga las manos encima al medallón perdido, por temor a que se corone urhan en tu lugar.»

Malus extendió las manos, fingiendo ser conciliador.

—Lo único que pido es un servicio sencillo, algo por lo que tú y tu clan gozáis de justa fama. A cambio, yo recupero el precioso honor de tu familia. El arreglo redunda claramente en tu beneficio.

El urhan se frotó el mentón con aire pensativo, pero en la expresión de sus ojos Malus vio que el jefe autarii ya había tomado una decisión.

—Que así sea —declaró Beg—. Pero con una condición.

—Muy bien, pero yo pondré otra condición, a cambio.

—Tienes hasta el amanecer de mañana para recuperar el medallón y traérmelo. Si no has regresado para entonces, te daré caza por las colinas como a un venado.

Malus asintió.

—Hecho. A cambio, quiero que se saque a mi partida de guerra de los corrales de esclavos. Puesto que ahora somos aliados, son tus huéspedes tanto como yo y están obligados por el mismo juramento.

Beg sonrió.

—Inteligente. Muy bien; quedan en libertad, pero sin armas.

Malus puso en escena un elaborado encogimiento de hombros.

—No puedo reprocharle al gran urhan que tema por su seguridad si hay diez nobles armados en el campamento.

El silencio descendió sobre la espaciosa casa comunal. Los ojos del urhan se entrecerraron con irritación, pero luego echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¡Por la Madre Oscura que eres temerario! —gritó—. Puedo entender por qué tu padre no quiere tener nada que ver contigo.

Malus sonrió sin alegría.

—La pérdida de mi padre es tu ganancia, gran urhan. Ahora, háblame del medallón y de dónde podría encontrarlo.

Sin embargo, no era tan sencillo. El urhan insistió en partir el pan y compartir vino con su nuevo aliado, y organizó un espectáculo en el que hizo llevar a los guerreros del noble a la casa comunal donde les asignó sitios de honor. Entretanto, otros autarii entraron en el salón, y se hizo evidente que la noticia del trato de Malus con el urhan estaba corriendo por el campamento como las llamas de un incendio. No pasó mucho rato antes de que Malus viera a Nuall rodeado por media docena de hombres con los que murmuraba sombríamente al otro lado del gran salón. «El viejo lobo le está lanzando un desafío implícito a Nuall», calculó Malus mientras luchaba para ocultar la irritación.

La comida continuó durante más de una hora. Finalmente, pareció que Nuall llegaba a algún tipo de decisión y se escabulló fuera del salón con sus hombres. No mucho después, el urhan dio una palmada y un autarii salió de detrás de la plataforma y le devolvió a Malus sus armas y el cinturón de las espadas. El noble se apresuró a ponerse el cinturón y cerrar la hebilla mientras el urhan se reclinaba en la silla y hablaba.

—Comprende, amigo Malus, que no es un simple chuchería lo que te pido que rescates. Se trata del Ancri Dam, un potente talismán que, según mis ancestros afirmaban, les fue entregado por la Madre Oscura cuando emigraron a estas montañas. Es un símbolo de nuestro derecho divino a gobernar este clan, y ha pasado de padres a hijos a lo largo de generaciones. Cuando el hijo mayor llega a la edad adulta, el medallón pasa a ser suyo en señal de que será el siguiente urhan. Así pasó el medallón de mis manos a las de mi hijo mayor, Ruhir.

El rostro del urhan se ensombreció.

—Luego, una semana después, Ruhir fue de cacería como tenía por costumbre y se perdió en una tormenta. Salimos a buscarlo y, finalmente, encontramos una de sus botas al lado de un río cercano. Junto a ese río crecen muchos sauces negros, y hay uno en concreto que tiene mala reputación. Lo llamamos la Bruja Sauce, y se ha cobrado muchas vidas.

—Incluida la de Ruhir —dijo Malus.

—Exacto.

La mente del noble pensaba a toda velocidad. «¿Tu atontado segundo hijo no puede sacar el medallón de entre las raíces del árbol? ¿Qué otra cosa me estás

ocultando, Beg?» Malus esperó a que el urhan continuara, pero pasados unos segundos quedó claro que la narración había concluido.

—Bien, dado que hace ya rato que el sol va camino de la media mañana, tal vez debería emprender la tarea asignada. Y puesto que veinte kilos de acero plateado no es el atuendo más prudente que se puede llevar a las orillas de un río traicionero... —golpeó con los nudillos la armadura esmaltada—, dejaré mis pertrechos al cuidado de mi partida de guerra. Y ahora, ¿cómo puedo encontrar la Bruja Sauce?

Beg lo estudió cuidadosamente, con expresión inescrutable.

—Sal de mi salón y gira al oeste. Cruza las colinas hasta llegar a un río de corriente rápida, y luego remonta el curso hasta encontrar un gran meandro. La Bruja Sauce te espera allí.

Malus asintió.

—Parece bastante simple. Regresaré con el Ancri Dam antes de la salida del sol, urhan Beg. Entonces, hablaremos de mi viaje al norte.

Dicho eso, el noble bajó de la plataforma y avanzó con rapidez hacia sus guerreros. Lhunara, Dalvar e incluso Vanhir se levantaron cuando él se aproximó.

—Quitadme esta armadura —dijo en voz baja mientras se desabrochaba la hebilla del cinturón que acababan de devolverle.

Los ágiles dedos de Lhunara desprendieron las hebillas de la armadura, mientras Dalvar se inclinaba hacia él.

—Tiene intención de traicionarte, temido señor.

—Eso ya lo veo, Dalvar —susurró Malus—. Está utilizándome para empujar a Nuall a emprender acciones más decididas. Supongo que su estúpido hijo esperará hasta que yo haya recuperado el amuleto, y luego intentará matarme para quedarse con él.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Lhunara mientras le quitaba el peto.

—Por ahora, nada. Aún necesitamos a los autarii para que nos lleven hasta la frontera. Pero...

En el momento en que le quitaban la armadura y aún tenía la espalda vuelta hacia la plataforma, Malus pasó un dedo pulgar por la vaina de una de las espadas. Una fina hoja de oscuro hierro saltó fuera de un compartimento oculto. Con un movimiento diestro, depositó la pequeña arma en una mano de Dalvar.

Si yo no regreso al amanecer, huid como podáis. Id a buscar a los nauglirs e intentad volver al camino. No obstante, en caso de que os sea posible, dejad ese trozo de hierro dentro del cráneo del urhan antes de marcharos.

Dalvar se guardó el arma en un bolsillo.

—Tienes mi palabra —dijo con tono tétrico.

Lhunara observó la conversación con los ojos entrecerrados, y luego le lanzó una mirada significativa a Malus.

—Espero que sepas lo que haces.

El noble le dedicó una sonrisa lobuna.

—Tanto si acierto como si me equivoco, Lhunara, siempre sé lo que hago.

La oficial observó a su señor mientras salía del salón con paso confiado y lanzaba duras miradas a cualquier hombre lo bastante temerario como para mirarlo a los ojos.

—De algún modo, eso no me tranquiliza en lo más mínimo —murmuró Lhunara.

11. Enigmas de hueso

Malus se recostó contra el áspero tronco de un roble espinoso y, una vez más, calibró la luz que se filtraba a través de las nubes del cielo encapotado. Corrían las últimas horas de la tarde. Según sus cálculos, apenas había recorrido unos cinco kilómetros desde el campamento de los autarii, y todavía no había visto el río, y mucho menos la Bruja Sauce.

Los pájaros trinaban con estridencia sobre las cumbres, y al mirar hacia atrás por donde había venido, vio un venado de pelaje negro que caminaba furtivamente entre los árboles. Al no contar con una numerosa manada de nauglirs y una ruidosa columna de caballeros que asustaran a su paso la vida salvaje, el noble descubrió que el sotobosque hervía de criaturas grandes y pequeñas. Los gatos, que andaban de caza, aullaban en las sombras con la esperanza de asustar a las presas para que salieran al descubierto, y los halcones pasaban en vuelo rasante sobre la maleza. Serpientes aladas tomaban el sol en ramas altas, con las correosas alas abiertas como abanicos para absorber el escaso calor.

Malus había aprendido muy pronto a permanecer cerca de los árboles y avanzar cortos trechos entre un tronco y otro. Casi dos horas después de salir del campamento, había empezado a oír los sonidos de algo pesado que avanzaba furtivamente tras él entre la maleza, a su derecha. Cuando él se detenía, también cesaba el ruido. Mientras continuaba adelante y oía cómo los sonidos del perseguidor se le acercaban lenta pero constantemente, el noble deseó haber llevado consigo la ballesta.

Al fin, Malus llegó al pie de una de las colinas y descubrió un pequeño claro justo ante él. El primer impulso fue cruzar a la carrera aquella favorable zona de maleza, pero entonces tenía más cerca al perseguidor y el instinto lo impulsó a poner en práctica una estrategia diferente. Tras desenvainar la espada, el noble saltó ágilmente entre las ramas bajas de un árbol. Con tanto sigilo como pudo, trepó hasta más de tres metros y medio de altura, y se instaló cuidadosamente sobre una rama grande, que aún estaba cubierta por un manto de hojas rojas.

Permaneció allí durante varios largos minutos, controlando la respiración. Luego, sin previo aviso, el sotobosque se separó y apareció a la vista una enorme figura de lomo curvo. Era un jabalí, un gigantesco animal de negro pelaje erizado, con cicatrices y dos crueles colmillos parecidos a dagas. Se detuvo debajo del árbol unos cuantos segundos, y allí olfateó el aire y aparentemente escuchó para determinar la posición de Malus.

Luego, tras mirar a izquierda y derecha, el gran jabalí salió cautelosamente al claro.

Malus reclinó la cabeza contra el tronco mientras maldecía sus irritados nervios.

«¡Un jabalí! —pensó mientras reprimía las ganas de reír—. ¡Un cerdo te ha hecho subir a un árbol!»

De repente, un vendaval estremeció el aire, y el árbol se meció como un renuevo. Malus se precipitó desde la rama y apenas logró detener la caída aferrándose a otra que tenía cerca en el momento en que una sombra oscura pasaba ante el sol. En el claro se oyó un pesado golpe sordo seguido de chillidos agudos y gruñidos. Con los ojos desorbitados, Malus trepó de vuelta a la rama y observó la escena que se desarrollaba abajo.

El jabalí se debatía en las zarpas de una enorme serpiente alada, cuya larga cabeza de reptil se aferraba con fuerza al grueso cuello del animal. La sangre salpicó la hierba y se oyó un crujido de hueso al partirse el cuello del jabalí. Las patas de la presa tocaron un breve redoble y luego quedaron inmóviles.

Mientras Malus observaba, la serpiente alada alzó la cabeza y recorrió el claro con los ojos; su mirada se animó brevemente al posarse sobre el noble. «Estaba desde el principio en las ramas situadas por encima de mí —pensó Malus—, esperando a que su próxima comida entrara en el claro.» Sonrió débilmente al enorme depredador.

—Soy demasiado flaco y lleno de cartílagos —le dijo a la bestia—. Conténtate con el enorme jamón que tienes entre las zarpas y no malgastes tu tiempo en un bocado como yo.

La serpiente alada estudió a Malus durante un momento más con expresión indiferente y despiadada. Luego, alzó los hombros y saltó al aire con el jabalí aferrado sin esfuerzo. El noble escuchó el batir de las alas que se alejaban en la distancia, pero pasó un rato antes de que las manos dejaran de temblarle lo bastante como para arriesgarse a bajar del árbol y reanudar la búsqueda del río.

Una vez más, había subestimado la dificultad de recorrer las empinadas pendientes y los ásperos terrenos de las estribaciones de las montañas, incluso sin el gran peso de la armadura. Malus comenzaba a pensar que los espectros no se molestaban en caminar por el suelo, sino que simplemente trepaban a los árboles y se lanzaban de uno a otro colgados de lianas como los gibones de Lustria. La idea empezaba a parecerle bastante atractiva.

«A este paso, necesitaré la mayor parte de la noche sólo para regresar al campamento —pensó Malus, enfadado—. Siempre y cuando, claro está, no me pierda en la oscuridad. O me maten Nuall y sus hombres.»

Se apartó del tronco del árbol y reanudó la ascensión de la empinada ladera de la montaña. «De uno u otro modo, Nuall va a morir —se juró a sí mismo—. ¡Si el estúpido recado acaba conmigo, maldita sea mi alma si ese idiota va a sacarle provecho a esto!»

El ascenso hasta la cumbre pareció durar una eternidad mientras luchaba por hallar apoyo para los pies en la resbaladiza tierra helada y daba rodeos en torno a

marañas de zarzas y espesos matorrales. Cuando por fin llegó a la cima, sin embargo, se vio recompensado con la vista de un valle bastante ancho, que se alejaba describiendo una suave curva hacia el nordeste; por el fondo, corría una cinta negra de rápidas aguas. El meandro descrito por Beg no se veía por ninguna parte. El río estaba a un kilómetro y medio de distancia, más o menos, calculó Malus. «Otro par de horas como mínimo, y la luz disminuye con rapidez.» La perspectiva de cavar en torno a las raíces de un sauce dentro de las heladas aguas y durante la noche no le hacía la más mínima gracia. «El sol, de todas formas, no va a permanecer en el cielo a mi conveniencia.»

Apretó los dientes y comenzó a descender.

Según fueron las cosas, Malus avanzó con más rapidez de la que había previsto y llegó al río en menos de una hora por el sistema de perder el equilibrio y rodar, de cabeza, por la pendiente cubierta de zarzas. Tenía la cara y las manos en carne viva y sangrando, y en las mejillas y el mentón aún llevaba clavadas las espinas partidas de las matas. La luz que quedaba la necesitaba para cubrir terreno, no para ocuparse de heridas triviales.

Por desgracia, la maleza se espesaba a medida que se acercaba al río, y se enredaba en marañas tan densas que durante un rato Malus pensó que no lograría llegar a la orilla. Cuando al fin halló una brecha, no tardó en descubrir que no existía una orilla desnuda por la que pudiese avanzar entre el río y la vegetación. El noble se detuvo un momento a contemplar la corriente de agua, y llegó a una repentina decisión. Desenvainó una de las espadas y sondeó con ella el agua en la orilla. Satisfecho al ver que no era demasiado profunda, Malus entró en la rápida corriente hasta que el agua le llegó a las rodillas, y comenzó a remontar el río con cautela.

Las botas de Malus eran de piel de nauglir, costosas y bien hechas, y durante un corto rato la gélida agua no tuvo ningún efecto significativo en él. La fuerte corriente era algo por completo distinto, pero a pesar de eso tenía la seguridad de que avanzaba a mayor velocidad que si tuviera que luchar contra los espesos matorrales del terreno seco.

Pasó una hora; luego, otra. El cielo comenzó a oscurecerse.

Empezaba a sentirse muy cansado de luchar contra la corriente y tenía las pantorrillas y los pies entumecidos. Giró en otro meandro, y allí, a unos ochocientos metros, vio que el río describía bruscamente otra curva cerrada. Sobre la estrecha península que quedaba dentro del meandro, se alzaba una gran mancha negra contra el cielo gris hierro. Era un enorme sauce negro y viejo que se encumbraba por encima de sus primos enanos que crecían a lo largo de la orilla. Incluso desde esa distancia, Malus veía la retorcida masa de raíces como cables que se extendía como una red enmarañada al interior de las heladas aguas. «Cebado con la carne de los muertos — pensó el noble, ceñudo—. Alguien tendría que haber talado esa cosa hace años.»

Con el objetivo a la vista, Malus se obligó a detenerse y estudiar el terreno, aunque tras un momento de examen se hizo evidente que había poco que ver. La espesa maleza que crecía a lo largo de la orilla ocultaba la tierra del otro lado; Malus veía copas de árboles, pero nada de lo que había debajo de ellas. La buena noticia, sin embargo, era que a menos que Nuall tuviera un otero en lo alto de uno de esos árboles, tampoco podría ver a Malus. «Casi valdría la pena que me marchara por donde he llegado —pensó—; lástima que ya esté medio muerto por congelación.» De todos modos, el noble se hundió un poco más en la corriente y reprimió una siseante exclamación cuando el agua fría le mordió los muslos. Avanzando con lentitud para no añadir más ruido al del propio río, Malus se encaminó hacia el gran árbol.

La noche cayó con rapidez mientras se acercaba al árbol. La Bruja Sauce parecía destacarse contra la oscuridad de la noche, amortajada en su propia aura negra retinta de maldad. En el viento había hedor a carne putrefacta que emanaba del árbol. Entonces, el viento ganó intensidad, y Malus se dio cuenta de que no agitaba las ramas del sauce, que parecía acuclillarse como un depredador inmóvil en el meandro del río, en espera de su siguiente comida.

El sonido del agua que corría aumentaba a medida que Malus se acercaba al sauce, y a la débil luz lunar vio finas estelas de espuma que formaban remolinos de agua batida en el lado del árbol que miraba río abajo.

Las veloces aguas pasaban con dificultad entre las enredadas raíces, de tal forma que creaba extrañas contracorrientes. Malus calculó que también habría una fuerte corriente de fondo en el lado del árbol que miraba río arriba. «No es de extrañar que este árbol coma hombres», pensó. Tras considerarlo un momento, decidió que primero intentaría penetrar en la maraña de raíces desde el lado que miraba corriente abajo. Era mejor luchar contra algo que lo empujaba fuera del árbol que dejarse arrastrar dentro de él.

Al cabo de poco rato, Malus descubrió que el río se hacía más profundo cuanto más se acercaba al árbol, hasta que se encontró caminando por aguas que le llegaban a la cintura. La corriente lo acometía primero desde un lado y luego desde otro, intentando hacer que girara en redondo. Trabajosamente, avanzó poco a poco, hasta que al final pudo lanzarse hacia adelante y aferrarse a una de las gruesas raíces del sauce. Era tan gruesa como un cabo de barco y la elástica pulpa estaba recubierta por una corteza lisa, casi viscosa. El noble reprimió un estremecimiento de repulsión. «Tiene el tacto de la carne putrefacta —pensó—. Carne putrefacta helada.»

Usando las resbaladizas raíces para impulsarse, Malus comenzó a adentrarse más profundamente entre las raíces. Casi de inmediato, las vainas de las espadas se le enredaron en la enmarañada masa. «Esto es una invitación al desastre», pensó Malus. A regañadientes, se quitó el cinturón de las espadas, lo sujetó firmemente en torno a una gruesa raíz cercana a la periferia de la masa y continuó adelante.

Poco después, estaba sumergido hasta el cuello en agua helada, acuclillado debajo de raíces que colgaban en lo alto y que lo empujaban cada vez más abajo. Había penetrado tal vez hasta la octava parte de la extensión del complejo de raíces y se encontraba completamente deglutido por el maligno laberinto. Al avanzar más, le sorprendió ver una luminiscencia verde pálido que emanaba de las raíces más grandes; brillaba como moho de sepulcro y proporcionaba una débil iluminación. Hasta el momento no había ni rastro de huesos, pero Malus calculaba que aún le quedaba un buen trecho por recorrer.

Unos pocos minutos e igual número de pasos más tarde, llegó a un sitio en que el camino estaba cerrado por una raíz más gruesa que una de sus piernas. La única manera de avanzar era nadando por debajo de ella, y esa idea hizo que se detuviera a pensar por primera vez. El húmedo aire de debajo del árbol olía como una cripta, y la palpable aura de pavor flotaba sobre la cabeza de Malus como un sudario. «No he llegado tan lejos para ahogarme debajo de un maldito árbol viejo», pensó con enojo. Al mismo tiempo, no estaba dispuesto a abandonar a su partida de guerra para que fuese mutilada por Beg y sus salvajes.

«Nadie me roba mis propiedades», pensó, ceñudo. Tras inspirar profundamente, se sumergió y nadó por debajo de la gran raíz, confiando en que al otro lado habría una bolsa de aire.

La había, pero el espacio era mucho más estrecho de lo que había previsto, apenas lo bastante grande como para alojar su cabeza. Lanzó una exclamación ahogada a causa del terrible frío, sin apenas darse cuenta de que el estrecho espacio estaba brillantemente iluminado por el moho verdoso. Malus se llenó los pulmones de aire y volvió a sumergirse para continuar adelante.

Al ascender se golpeó la cabeza contra una flexible red de raíces. «Adelante», pensó, y con un esfuerzo, se sumergió más aún y siguió avanzando al mismo tiempo que palpaba con una mano la enredada masa que tenía por encima.

Medio metro, un metro. Nada aún. Comenzaba a sentir molestias en los pulmones. «¿Vuelvo atrás?» Reprimió los primeros signos de pánico.

Poco más de un metro. Un metro y medio. No había final a la vista. Las molestias de los pulmones se estaban transformando en dolor. Resultaba difícil resistir el impulso de apretar la cara contra el techo de raíces con la esperanza de tomar una bocanada de aire.

Dos metros, y el cielo de raíces comenzó a curvarse bruscamente hacia abajo. Apenas pudo evitar abrir la boca e inspirar a bocanadas un aire que no existía. «¡Madre de la Noche —pensó Malus—, ayúdame!»

Malus dio media vuelta mientras se esforzaba por no perder la orientación en la oscuridad, y entonces, de repente, sus oídos se colmaron de lentos, tortuosos gemidos. Toda la masa de raíces que lo rodeaba se movió, y la corriente cambió con

ella. La poderosa fuerza contra la que había estado luchando lo empujó repentinamente hacia abajo y a mayor profundidad, en dirección al centro del árbol.

Giró en el vórtice y se golpeó con raíces duras como el hierro. Se le atascaban las manos y los pies en bucles y curvas cerradas, y con la misma brusquedad, de un tirón, los liberaba.

Le zumbaban los oídos, y el último aire que había inspirado salió como una explosión por su boca y ascendió en fina sarta de burbujas. Al sucumbir al pánico, sus ojos se abrieron en el tumulto —el dolor fue agudo y paralizante, y lo obligó a parpadear con desesperación—, y captó un atisbo de luminiscencia verdosa delante. Golpeó contra otra raíz, y esa vez se sujetó a ella con la férrea presa de un hombre que se ahoga. Avanzó con todas sus manguantes fuerzas, una mano delante de la otra, hacia el sepulcral resplandor, con los ojos cerrados a causa del esfuerzo.

La cabeza de Malus atravesó la superficie de las agitadas aguas, y con un sibilante jadeo inspiró el aire, que tenía el hedor repulsivamente dulce de la podredumbre, pero lo respiró de todos modos. Por un momento, tuvo la sensación de que no podría inhalar la cantidad suficiente.

Y luego, un par de frías manos en proceso de putrefacción se cerraron alrededor de su cuello.

Los ojos del noble se abrieron repentinamente a causa de la conmoción. El resplandor no procedía de moho de sepultura, sino de los dedos de una mujer. La piel putrefacta pendía como cera fundida de los huesos teñidos de color oscuro a causa del paso del tiempo, igual que la corteza del sauce.

Le faltaba la mayor parte del pelo, y bajo los marchitos pómulos, los labios habían desaparecido para dejar sólo una sonrisa de calavera. Los ojos eran cuencas vacías, pero Malus vio cicatrices de quemaduras en torno a los bordes y los restos de un oxidado collar de hierro alrededor del marchito cuello.

Silenciosa y cargada de odio, la Bruja Sauce lo empujó hacia abajo, hasta que las torrentosas aguas le rugieron en los oídos. No era fuerte, pero se encontraba en una posición ventajosa y resultaba incansable como la muerte. Malus golpeó los putrefactos brazos y sintió que los huesos se flexionaban como raíces de sauce. Le fallaban las fuerzas con rapidez, y los huesudos dedos de ella le apretaban cada vez más el cuello de forma inexorable.

Desesperado, Malus tiró de las manos, hasta que pudo inspirar un fino hilo de aire.

—¡Rencorosa dama no muerta, suéltame! —jadeó—. ¡Soy un druchii de Hag Graef, no un espectro como los que te cegaron! ¡Déjame vivir y te entregaré otro hijo de jefe para que descargues tu odio sobre él!

Durante un aterrador segundo, nada sucedió. Luego, se oyó otro gemido, y Malus sintió que el entorno volvía a moverse. Las agitadas aguas se quietaron. Con

espeluznante lentitud, los dedos aflojaron la presión sobre el cuello. En cuanto estuvo libre, Malus se apartó y dejó tanto espacio como pudo entre él y la dama no muerta.

Se encontraba en una especie de hueco, posiblemente situado justo debajo del árbol. Las paredes, el techo y el suelo estaban formados por una impermeable red de fuertes raíces que se extendían en varias capas. Allí había enredados esqueletos por docenas a los que mantenían unidos jirones de ropa.

El hedor a podredumbre flotaba como una niebla en el aire, y se le adhería al interior de las fosas nasales y a la garganta. En el preciso momento en que se daba cuenta de todo eso, la mano que Malus tendía hacia atrás se hundió en un fango pulposo y suave. Gélidos fluidos corporales manaron en torno a los dedos extendidos. Al volverse, el noble se encontró con la mano sumergida en la masa putrefacta del estómago de un autarii muerto. «Bien hallado, Ruhir», pensó Malus al mismo tiempo que retiraba la mano y fruncía el ceño de asco. El hijo de Beg estaba tendido sobre un potro de tormento formado por raíces de árbol, igual que las otras víctimas de la Bruja Sauce; por debajo de la destrozada garganta colgaba un medallón de plata que tenía grabada la imagen de un venado rampante.

Malus se volvió a mirar a la Bruja Sauce mientras su mente pensaba a toda velocidad. Estaba claro que la dama no muerta era el espíritu lleno de odio de una esclava autarii que había huido de sus captores, había caído al río debido a la ceguera y había muerto bajo el árbol. Al estudiar la putrefacta forma vio, por el harapiento kheitan que llevaba, que en otros tiempos había sido un miembro de la nobleza. En la luz incierta, parecía que las raíces del árbol le perforaban el cuerpo en una docena de sitios; en efecto, resultaba difícil saber dónde acababa el árbol y dónde comenzaba la Bruja Sauce.

—Escucha me, espíritu funesto —dijo Malus con voz ronca—. En este preciso momento, otro hijo de jefe espera en las proximidades para asesinarme cuando salga de tu abrazo. Tiene intención de esclavizar a mis guerreros del mismo modo que te esclavizó a ti. Yo quiero verlo muerto, y me complacerá ponerlo en tus manos. Si me permites salir de aquí con el medallón que rodea el cuello de este cadáver, te los entregaré, a él y a sus hombres. Son siete vidas por el precio de una, y unas presas más dulces, por añadidura. Te lo juro como noble que soy.

La dama no muerta lo contempló en silencio durante largos momentos. El agua oscura chapoteaba suavemente contra las raíces del árbol, y los insectos caminaban y hacían ruiditos por el cadáver putrefacto de Ruhir. Luego, de modo repentino, el hueco volvió a moverse; alargándose y contrayéndose, empujó a Malus de modo inexorable hacia la Bruja Sauce.

Cuando el movimiento cesó por fin, ella estaba a menos de treinta centímetros de distancia del noble. Un aire frío entraba desde lo alto. Al alzar la mirada, Malus vio que se había abierto un canal ligeramente inclinado a través de las raíces, de unos tres

metros y medio de largo, y en el otro extremo estaba el oscuro cielo. Con un crujido de viejos cartílagos y cuero, la dama no muerta señaló silenciosamente hacia arriba.

Malus inclinó la cabeza hacia la Bruja Sauce.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo con una sonrisa cruel.

Temblando a causa del frío viento, Malus colgó el cinturón de las espadas en una rama horizontal que se extendía sobre el río en el lado que miraba corriente arriba. Con un gruñido de esfuerzo, tiró hacia sí de la rama hasta tener el extremo a su alcance, colgó el Ancri Dam de la punta y devolvió cuidadosamente la rama a su posición original.

Las colgantes ramas del sauce negro y los largos zarcillos formaban una cortina de follaje que limitaba un espacio más grande que el de una tienda de campaña. «Espacio de sobra para maniobrar», pensó. Luego, ocultó las espadas en medio de un enredo de raíces cercano a la orilla del agua. Cuando todo estuvo en su sitio, dio media vuelta y corrió tierra adentro, atravesando la cortina de follaje para salir al descubierto.

—¡Nuall! —gritó, sin que le resultara difícil que su voz pareciera la de alguien cansado y herido—. ¡Muéstrate! ¡Sé que estás ahí fuera! ¡Tengo un trato que ofrecerte!

Malus se alejó unos pocos metros del árbol y se dejó caer de rodillas.

El viento susurraba a través de la maleza y agitaba las ramas de los árboles. Malus observaba la oscuridad con prevención. Entonces, sin previo aviso, siete autarii se solidificaron entre las sombras y lo rodearon con las espadas desnudas. Nuall sonrió al ver la expresión conmocionada del rostro del noble.

—Yo te ofreceré un trato a ti —replicó el hijo del jefe—. Dame el medallón y te mataré rápidamente.

—Yo no tengo el medallón, estúpido —respondió Malus con tono despectivo—. Tu padre olvidó decir que el sauce está encantado. Tengo suerte de haber salido con vida.

Nuall avanzó un paso al mismo tiempo que alargaba la espada, hasta que la punta quedó a escasos centímetros de un ojo de Malus.

—Bueno, pues acabas de quedarte sin suerte.

—¡Espera! —gritó Malus a la vez que alzaba una mano—. He visto el medallón. Sé dónde está. Déjame vivir y te llevaré hasta él. Puedes quedártelo, y además te regalaré mis guerreros. Ya he tenido bastante de vuestras malditas montañas.

El hijo del jefe lo pensó; era obvio que luchaba con impulsos opuestos: complacer a su padre y saciar la sed de sangre. Al final, asintió con la cabeza.

—Muy bien.

—¡Quiero tu juramento, Nuall!

—¡De acuerdo, te lo juro! ¡Ahora, muéstrame dónde está el medallón!

Malus se puso dolorosamente de pie. Rodeado por los espectros, giró sobre sí mismo y caminó de vuelta hacia el árbol. Los autarii vacilaron al llegar a la cortina de negros zarcillos, pero cuando el noble la atravesó sin sufrir daño alguno, ellos se apresuraron a seguirlo.

Los condujo hasta la base del viejo árbol, y Nuall miró alrededor.

—Muy bien, y ahora ¿qué?

—El medallón está colgado de una rama del otro lado. Tendremos que ir hasta allí por encima de las raíces...

—¡Estás loco, noble! —exclamó Nuall.

—O tú eres un cobarde —respondió Malus. Antes de que Nuall pudiera reaccionar, el noble se puso a caminar por encima de la enredada masa de raíces—. Es resbaladizo, pero no imposible de cruzar. Bueno, ¿vienes?

Nuall le lanzó una mirada asesina; luego, apretó con resolución las mandíbulas y siguió a Malus. Al hacerlo, se volvió y señaló a tres de sus hombres.

—Vosotros, dad un rodeo y esperadnos al otro lado.

Reacios, los autarii obedecieron. Malus dio media vuelta y avanzó con cuidado por las raíces, en torno al ancho tronco del árbol. Nuall lo seguía de cerca y se volvía más osado a cada paso. Por último, Malus señaló el medallón que, colgado de la cadena, se mecía suavemente sobre el río.

—Allí está —dijo—. Si dos hombres fornidos pueden subir a la rama y avanzar por ella lo suficiente para hacerla bajar hacia la base, un tercero podría coger el medallón.

Nuall asintió con la cabeza.

—Un buen plan. —Justo en ese momento, aparecieron a la vista los guardias que habían rodeado el árbol hasta el otro lado. Nuall los señaló—. Dos de vosotros, subid sobre esa rama y comenzad a curvarla hacia nosotros. Tú —señaló a Malus— coge el medallón y entrégamelo.

Malus asintió con la cabeza al mismo tiempo que intentaba parecer asustado.

—Si insistes.

Los dos autarii treparon ágilmente por el tronco del sauce y comenzaron a deslizarse por la rama. Lenta pero inexorablemente, la rama descendió y se acercó cada vez más al tronco.

Malus se acuclilló como para estabilizarse. Metió la mano derecha entre las raíces que tenía situadas a un lado, y la cerró sobre la empuñadura de una de las espadas.

El medallón se aproximaba poco a poco a él. Malus tendió la mano izquierda mientras con la otra soltaba la sujeción que retenía la espada dentro de la vaina. «Sólo un poquito más...»

—¡Ja! —gritó Nuall al mismo tiempo que se lanzaba hacia adelante sin previo aviso y cerraba una mano en torno al medallón—. ¡Matad al noble!

«Exactamente como yo esperaba, bastardo perjuro», pensó Malus con desprecio, y saltó un segundo después que Nuall. Aferró la muñeca del autarii y tiró de ella hacia abajo, a la vez que desfundaba la espada. El hijo del jefe lanzó un chillido, y la rama se quebró con un estampido y arrojó a uno de los espectros al río. Nuall también perdió el equilibrio y cayó al agua, arrastrando a Malus consigo.

En torno a ellos, la Bruja Sauce gimió, hambrienta, y la corriente de fondo se convirtió de inmediato en un voraz remolino. Malus se apretó de espaldas contra las raíces, inmovilizado momentáneamente por la fuerza de la corriente de fondo que pasaba a través de la abertura que tenía justo debajo de los talones.

El espectro desapareció bajo la superficie con un ahogado grito de sobresalto. Nuall manoteó en un intento de aferrarse a las raíces en movimiento. Sujetaba el Ancri Dam con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¡Suéltame! —rugió, amenazando con apartar a Malus de las raíces y arrastrarlo a la corriente de fondo.

—Como quieras, estúpido —gruñó Malus.

La espada destelló a la luz de la luna y cercenó el antebrazo de Nuall justo por debajo de la mano con que lo aferraba el noble.

El hijo del jefe chilló mientras la sangre manaba a borbotones del brazo cortado. La luz de la luna hizo brillar los extremos blanco pálido de los huesos partidos. Malus volvió a situarse con cuidado y hundió las botas en la red de raíces para afianzarse.

—¡Tu hermano te espera abajo, Nuall —dijo fríamente—, junto con una muchacha de servicio que está ansiosa por tomarte entre sus brazos!

Nuall chilló cuando Malus le cortó de un tajo la otra muñeca. La sangre manó bajo el agua, y el hijo del jefe desapareció.

De repente, Malus recibió un fuerte golpe en la parte superior de la cabeza, lo que pareció dejarle una línea de fuego en el cuero cabelludo. El noble gritó de dolor mientras la sangre caliente le caía por un lado de la cara. El segundo autarii aún se aferraba a la rama que justo estaba encima de Malus, y lo atacaba con una espada corta y ancha. La mayor parte del cuerpo del hombre se hallaba protegido por la oscura madera, ventaja que intentaba utilizar al máximo. De los otros autarii no se veía ni rastro, aunque las raíces del sauce estaban retorciéndose como un lecho de serpientes hambrientas.

Malus se impulsó contra las raíces que tenía debajo y lanzó un tajo hacia arriba, con lo que obtuvo una lluvia de trozos de madera como recompensa. Volvió a golpear, y esa vez el autarii aprovechó para lanzarle un tajo al antebrazo levantado y abrirle un profundo corte justo por detrás de la muñeca. Malus lanzó una estocada hacia la burlona cara del autarii, pero la distancia era excesiva y la punta no alcanzó el objetivo. El autarii volvió a atacar con un golpe que dejó un corte superficial en el dorso de la mano con que el noble sujetaba la espada.

Malus rugió y trazó un arco con la larga espada cuya hoja hundió en la rama..., que se quebró aún más. Con un estruendo tremendo, la rama se partió y arrojó al aterrizado espectro al río. Él y la rama chocaron contra el agua con un golpe sordo, pero sólo la rama volvió a la superficie, girando perezosamente en el agua.

Con un esfuerzo supremo, Malus se impulsó hacia arriba hasta situarse sobre la masa de retorcidas raíces. En la mano izquierda aún sostenía el antebrazo cercenado de Nuall, cuya mano sujetaba el medallón en una presa de muerte.

Reacio a soltar la espada para quitarle el medallón mientras aún se hallaba en la móvil masa de raíces, Malus clavó los dientes en los tiosos dedos de Nuall y los fue abriendo uno a uno. Cuando recuperó el Ancri Dam, el noble se apresuró a arrojar la mano dentro del remolino de la base del árbol. De inmediato, los palpitantes zarcillos se aquietaron. Malus rodó sobre la espalda y logró reír aunque sin aliento.

—¡Qué apetito! —le dijo al árbol que se extendía por encima de él—. Ése es el tipo de odio épico que puedo admirar de verdad.

Permaneció un rato tendido allí, en el frío, para recobrar el aliento, y contempló la posibilidad de echar un sueñecito. «Sólo uno corto —pensó—. Las raíces no están tan mal. Sólo una cabezadita para recobrar las fuerzas.» Pero, al final, una vocecilla diminuta y estridente que había en el fondo de su cabeza se abrió paso hasta el frente para advertirle que si se detenía a descansar durante demasiado tiempo no volvería a levantarse.

Gimiendo, Malus se incorporó, y luego se puso cuidadosamente de pie. Se ciñó el cinturón de las espadas y se pasó la cadena del medallón por encima de la cabeza cubierta de sangre. El tajo que tenía en el cuero cabelludo le dolía y escocía, y se concentró en el dolor para sacar fuerzas de él. «La sabiduría de la Madre Oscura —pensó mientras su mente evocaba los catecismos de la infancia—. En el dolor hay vida. En la oscuridad, fortaleza infinita. Fíjate en la noche y aprende bien estas lecciones.»

Malus rodeó el árbol con cuidado. Un viento frío soplaba valle adentro, y las ramas de la Bruja Sauce susurraban y suspiraban por encima de él.

«Espera —pensó Malus—. Este árbol no se mueve con el viento...»

El noble se volvió en el preciso instante en que el espectro saltaba sobre él desde una de las gruesas ramas del sauce, y la cuchillada destinada al corazón le abrió un corte irregular en la espalda. Los dos hombres cayeron, pidiendo a gritos la sangre del otro.

Malus gruñó como un lobo, estrelló el pomo de la espada contra la cara del autarii y le partió el pómulo izquierdo como su fuese madera seca. Se apartó del espectro al mismo tiempo que descargaba un tajo con la espada, pero el hombre alzó la mano izquierda para protegerse la garganta desnuda.

La espada sonó como una campanilla al impactar en la carne blanda que mediaba

entre los dedos medios del hombre y cortarle la mano hasta la muñeca. Regueros de sangre brillante corrieron por el antebrazo del espectro, pero, cosa increíble, el enloquecido autarii cerró el puño y rotó la mano, trabando la espada. El hombre rodó sobre la espalda y lanzó cuchilladas enloquecidas, con lo que dejó otra línea sangrienta atravesada en una mejilla de Malus. Otra veloz puñalada clavó seis centímetros de la punta del cuchillo en un hombro del noble. Rugiendo, Malus aferró la muñeca de la mano que sujetaba el cuchillo y saltó encima del espectro a fin de liberar la espada y asestarle el golpe mortal.

Se oyó un retronar debajo del autarii, y el suelo comenzó a hundirse en torno a los combatientes. Al percibir lo que sucedía, Malus soltó la espada y cogió al autarii por el cuello para empujarlo hacia el abrazo de la tierra. Entonces, el suelo se abrió, y ambos hombres se precipitaron a través de un conducto de palpitantes raíces.

La caída cesó tan rápidamente como había comenzado. El conducto se había estrechado y el espectro estaba en el fondo, encajado de cabeza dentro del agujero. Sin previo aviso, el conducto se estrechó aún más, y el autarii se puso a chillar y debatirse al mismo tiempo que pateaba con desesperación las brillantes raíces. Las paredes del conducto se cerraban también en torno a Malus y separaban a los dos hombres. Los alaridos iban in crescendo entre los crujidos de la flexible madera. Se oyó un sonido como el que haría un melón al caer sobre un empedrado, y el espectro quedó inmóvil tras un espasmo.

Otros crujidos y gemidos colmaron el conducto, y las paredes continuaron estrechándose. Malus sintió que en su interior se encendía una llama de enojo, pero se apagó como una vela en un vendaval. Estaba prácticamente agotado. Con las últimas fuerzas que le quedaban, aferró la empuñadura de la espada y tiró de ella con firmeza.

Tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba siendo impulsado hacia arriba. Miró hacia abajo y vio que las suelas de las botas del espectro desaparecían entre las enmarañadas raíces. Poco después volvía a tener la cabeza al aire libre, y logró trepar el resto del camino y salir del agujero a pesar de la debilidad.

Su destrozado cuerpo pedía descanso a gritos, pero entonces estaba prevenido contra ese canto de sirena. El noble se obligó a ponerse de pie, encarado con el viejo árbol negro. Con gesto cansado, alzó la espada para saludarlo.

—Mantienes tus juramentos mejor que los vivos, odiosa dama no muerta —dijo—. Si está en mi poder, me encargaré de que estés bien alimentada durante muchos años por venir.

Malus envainó cuidadosamente la espada manchada y se adentró en la noche con paso tambaleante. Las ramas de la Bruja Sauce susurraron con suavidad pese a no haber brisa, y luego se dispusieron a saborear el festín de carne.

En el dolor hay vida. En la oscuridad, fortaleza infinita. O como le gustaba decir al maestro de esgrima que Malus tuvo de niño: «Mientras te duela, estarás vivo».

Malus había dejado de sentir dolor hacía un rato, no sabía exactamente cuándo. Gateaba como un animal ladera arriba, por encima de las zarzas y en torno a los muchos árboles. A veces tardaba más de lo normal en ascender; en ocasiones creía que estaba trepando, y luego se daba cuenta de que no se había movido del sitio, sólo había estado contemplándose las manos manchadas de sangre.

Cuando por fin llegó a terreno plano, el cambio fue tan radical que lo dejó aturdido durante un buen rato. Fue sólo cuando cayó en la cuenta de que podía ver el tono azulado que le coloreaba las manos que comprendió que la luz previa a la aurora teñía el cielo. Malus alzó los ojos y a poca distancia vio las redondeadas formas de las tiendas y la casa comunal situada al otro lado. Inspiró profunda y temblorosamente, y se obligó a ponerse de pie. En la periferia de su visión percibía sombras de hombres; su mente exhausta suponía que eran centinelas que avanzaban tras él, pero que no estaban dispuestos a prestarle ayuda, o no lo hacían porque le tenían miedo.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta era de que empujaba las puertas de la casa comunal para abrirlas. Dentro, los autarii estaban tumbados sobre los cojines, y el urhan había bebido hasta perder el conocimiento en la silla. Los miembros del séquito de Malus se apiñaban cerca del hogar y tenían los ojos desorbitados al contemplar el regreso de su señor. El calor de la estancia tocó la piel helada del noble, y entonces se le despertó el cuerpo con una demoledora acometida de dolor.

Malus lanzó un rugido nacido del triunfo y el sufrimiento mezclados, y los autarii se pusieron en pie de un salto, con acero en las manos, al creerse atacados. El noble rió con malicia ante el sobresalto, y luego clavó los ojos en el atónito rostro del urhan Beg.

Lentamente, dolorido, Malus se quitó el Ancri Dam que llevaba alrededor del cuello y lo arrojó a los pies del urhan.

—Un regalo de la Bruja Sauce —dijo Malus—, recogido entre el oro y las joyas que hay derramados sobre su frío pecho. Guarda el rescate de un rey entre las raíces, pero es lo único con lo que pude escapar. Que te sea de gran provecho.

En el gran salón estalló un pandemónium, pero Malus ya caía en los expectantes brazos de la inconsciencia.

12. El Santuario de los Caballeros Muertos

El viejo cráneo desgastado por los elementos tenía el frío de la sepultura a su alrededor, incluso en la cálida tienda autarii iluminada por el fuego. El delicado alambre parecía una hebra de hielo puro bajo el delgado dedo con que Malus reseguía la intrincada trama. Cuando, presa del sufrimiento, vio por primera vez la reliquia, había creído que el alambre era para mantener unida la mandíbula inferior a la superior, pero entonces veía que no era así. Se trataba de una sola hebra continua que giraba y volvía sobre sí misma una y otra vez, encerrando el hueso en un tejido que seguía un modelo concreto y cuyo propósito resultaba enloquecedor por su complejidad.

El cráneo tenía el tacto de la fría piedra maciza; absorbía el calor de su mano y se la dejaba entumecida y dolorida, aunque el resto de su cuerpo sudaba en el humeante aire caliente de la tienda. Lo peor de todo eran las cuencas vacías del cráneo. Los negros pozos se tragaban la luz del fuego sin dejar ver sus profundidades, y a pesar de todo, Malus sentía el frío peso de la penetrante mirada del cráneo. Era como si algún resto de la maligna inteligencia del dueño aún habitara en la caja craneal vacía y lo estudiara con frío interés de serpiente.

«Maldito objeto de brujería —pensó Malus—. Estoy tentado de hacerlo pedazos con un mazo.» No sabía casi nada de brujería y no confiaba en aquello que no conocía. No por primera vez, deseó haber obligado a Nagaira a acompañarlo y hacerse cargo de la reliquia, cuyos enigmas habría desentrañado en un momento, cosa que a él le habría permitido concentrarse en llegar al templo y cosechar los tesoros ocultos.

Malus estaba sentado en el suelo y recostado en un montón de cojines, cerca del hogar, con una buena cantidad de pieles y mantas de lana sobre la parte inferior del cuerpo. Los cortes de la mano, el antebrazo y el cuero cabelludo le habían sido pulcramente cosidos, y la piel en proceso de cicatrización le picaba ferozmente, a pesar del ungüento calmante que le cubría las heridas. A un lado había una bandeja de madera cubierta de migajas y con una botella de agua vacía, junto a las espadas y la silla de montar del noble. Sobre el regazo de Malus yacía el diario de Urial el Rechazado, cuyas páginas de pergamino estaban abiertas por la última anotación.

Se oyó un susurro de cuero, y al alzar la mirada vio que Lhunara se inclinaba para atravesar la entrada de la tienda. Gruñó con sorpresa al verlo.

—¡Por fin despierto! —dijo, claramente aliviada—. Comenzábamos a temer que dormirías durante todo el invierno, mi señor.

Malus frunció el entrecejo. Por los dolores que tenía en músculos y articulaciones, sabía que había estado durmiendo durante bastante tiempo.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi cuatro días, mi señor. —Atravesó la tienda y se puso a echar leña al fuego—. El primero fue el peor; estabas como el hielo y nada de lo que hacíamos lograba hacerte entrar en calor. Los autarii que estaban de guardia en el campamento dijeron que parecías un espíritu vengativo cuando bajaste las montañas dando traspiés. Incluso los espectros de la casa comunal pensaron que eras un fantasma que regresaba para perseguirlos. Así te llaman ahora: *An Raksha*.

El noble rió entre dientes.

—El Caballero No Muerto, ¿eh? Si supieran... —Sin darse cuenta, se llevó la mano libre al cuello donde aún podía sentir los largos cardenales dejados por la implacable presa de la Bruja Sauce—. ¿Es de día o de noche?

—Es de noche, y tarde. Ahora vuelvo de pasar revista a los hombres que hacen guardia junto a los nauglirs. Dalvar y Vanhir están bebiendo con el urhan Beg en la casa comunal.

«Nada bueno puede salir de eso», pensó Malus.

—¿De quién es esta tienda?

Lhunara se encogió de hombros.

—Tuya, ahora, mi señor. Era la de Nuall, pero Beg ordenó que sus cosas fuesen trasladadas a la tienda que perteneció a Ruhir, puesto que ahora es el hijo mayor superviviente. Aunque nadie ha visto a Nuall en los últimos cuatro días, más o menos. —Lhunara le dirigió a Malus una mirada significativa—. El urhan quiere hablar contigo en cuanto hayas despertado.

—Sí, imagino que sí —dijo Malus sin hacer caso de las insinuaciones contenidas en el tono de voz de Lhunara—. Supongo que quiere cumplir con su parte del acuerdo y librarse de nosotros tan pronto como le sea posible.

Lhunara removió las brasas con una rama corta, y luego señaló el cráneo con el extremo humeante.

—¿Ha revelado algún secreto, ya?

—No —replicó el noble de mala gana, y tendió una mano hacia la silla de montar—. Y en el diario de Urial hay muy poca cosa que tenga sentido. —Malus cogió una gruesa bufanda que había en la silla de montar, envolvió bien la reliquia con ella y la devolvió cuidadosamente a la alforja—. A menos que esté muy equivocado, pienso que Urial no sabía mucho más que nosotros acerca del cráneo.

—¿Por qué dices eso, mi señor?

Malus volvió a reclinarsse en los cojines y disimuló un suspiro de alivio. Le asombraba profundamente lo débil que se sentía tras la dura prueba pasada en las montañas. Una pequeña parte de su mente sentía vértigo al pensar en lo cerca que había estado de morir. «No —se dijo con ferocidad—. Esto demuestra que si mi voluntad es fuerte nada puede detenerme.»

Recogió el diario y pasó hacia atrás las delicadas páginas de piel humana.

—Las notas de Urial hacen referencia a una serie de fuentes, como La saga del rojo, Los diez tomos de Khresh, y otras, pero hay muy pocas observaciones directas sobre el cráneo en sí. No hay información alguna sobre las runas o el alambre de plata. O bien ya estaba familiarizado con las runas y lo que decían, y conocía la función del alambre, o...

—O no eran relevantes para el misterio del templo y su contenido, lo cual no nos deja nada con lo que orientarnos.

Malus reprimió una sonrisa. «A veces eres casi demasiado inteligente, Lhunara —pensó—. Es bueno para mí que no tengas adonde ir.»

—Es cierto, pero —dijo al mismo tiempo que alzaba un largo dedo— en el diario aparecen algunos posibles indicios. —El noble buscó con cuidado las anotaciones—. Aquí lo tenemos. Hay una nota que dice: «Kul Hadar, en el norte.» Y describe: «Un valle boscoso, poblado de bestias, a la sombra de una grieta de montaña abierta por el hacha de un dios». Luego —pasó algunas páginas más—, aquí hay una referencia a «la llave de la Puerta del Infinito y del templo del otro lado».

Lhunara frunció el entrecejo.

—¿Y eso de Kul Hadar es el nombre del valle?

—O del templo, tal vez —replicó Malus—. No lo sé.

La guardia atizó un poco más el fuego mientras consideraba cuidadosamente las siguientes palabras que pronunciaría.

—Pensaba que Nagaira había dicho que el cráneo nos conduciría hasta el templo.

—Lo dijo.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo, no está haciendo nada parecido —replicó Malus—. Es posible que Nagaira no supiera tanto como daba a entender.

Lhunara asintió lentamente con expresión neutral.

—Quizá sea así, mi señor. En ese caso, ¿es prudente continuar a estas alturas? Con lo débil que estás...

—¿Débil? ¡¿Débil?!

Malus lanzó a un lado pieles y mantas. El enojo ardió a lo largo de los músculos y tendones de su frío cuerpo y lo impulsó a ponerse de pie. Saltó hacia Lhunara, cogiendo del fuego una rama medio quemada con una mano mientras cerraba la otra en torno a la garganta de la oficial.

—¡Debería ponerte un carbón encendido bajo la lengua por una insolencia semejante! ¿Tienes el atrevimiento de juzgar mis fuerzas, Lhunara? Encontraré ese templo y recogeré cualquier tesoro que contenga, y nada va a interponerse en mi camino, y tú menos que nada.

Lhunara se había puesto rígida al tocarla Malus. Clavó los ojos en los de su señor con una tétrica y fría mirada.

—Nadie cuestiona tu terrible voluntad, mi señor —dijo con extraordinaria calma. Miró la brasa al rojo que estaba suspendida a pocos centímetros de su cara—. ¿Queréis que apague el carbón encendido con la lengua?

Con esfuerzo, Malus dominó el enojo y dejó caer la rama en el fuego.

—¿Y cómo les darías órdenes a los hombres después de hacerlo? —El noble le dio un rudo empujón que la lanzó hacia atrás—. Ve a ver al urhan y de que ahora mismo voy —añadió—. Y no vuelvas a cuestionar mis fuerzas nunca más.

—Sí, mi señor —replicó Lhunara con expresión cuidadosamente neutral. Se puso de pie con habilidad y se deslizó fuera de la tienda.

Malus esperó hasta haber inspirado profundamente dos veces, y luego se desplomó sobre las mantas. Le temblaban los brazos y las piernas tras el repentino estallido de energía. En su mente se agitaba un tumulto de pensamientos. Ya era bastante malo que hubiese corrido un riesgo tan grande con Lhunara, ya que podría haberlo manejado como a un gatito si la hubiese ganado la ira como le había sucedido a él. Peor aún: enemistarse con su propia teniente en una expedición tan arriesgada como ésa constituía una estupidez.

Pero lo que más le disgustaba era la sospecha que entonces se enconaba en el fondo de su mente. Si Nagaira sabía menos de lo que había dado a entender sobre el cráneo, tal vez había tenido otras razones para quedarse en el Hag. ¿Acaso había utilizado a Malus?

Aunque tal idea más bien empeoraba el humor del noble, el enojo no tardó en calmar sus rebeldes músculos y devolver un poco de fuego a sus venas. Lenta y cuidadosamente, el noble se puso de pie y comenzó a vestirse.

A pesar de lo exhausto que estaba, Malus continuaba sintiéndose más cómodo con la armadura puesta y las espadas sujetas alrededor de la cintura. En efecto, ya era pasada la medianoche y una de las lunas llenas brillaba con fuerza en un cielo por el que corrían abundantes nubes altas hechas jirones. La pálida luz rielaba sobre una alfombra de nieve recién caída. Agradecido, se llenó los pulmones de aire frío, algo sorprendido por la agradable sensación que le causó. «No es tan frío como el abrazo de la Bruja Sauce», pensó con tristeza mientras se encaminaba hacia la casa comunal.

El gran salón estaba prácticamente vacío; una fina capa de ceniza de los hogares cubría las alfombras y los cojines del suelo. Dalvar, Vanhir y media docena de espectros ancianos se encontraban sentados cerca de la plataforma del urhan, donde se pasaban un pellejo de vino de uno a otro y fumaban en pipas de pálida arcilla. Ninguno de los hombres de Malus parecía borracho, aunque resultaba evidente que varios autarii habían bebido bastante más de la cuenta. También era obvio que el urhan Beg había declinado el vino y se recostaba en el respaldo de su gran silla tallada, donde meditaba mientras fumaba en pipa. No se veía a Lhunara por ninguna parte.

Cuando el noble se acercó a la plataforma, Vanhir se puso silenciosamente de pie con expresión calculadora. Dalvar acabó de tragar un largo sorbo del pellejo de vino y se levantó para saludarlo.

—Mi señor *An Raksha* vuelve a caminar por el mundo de los vivos —comentó con una sonrisa pícaro.

Los autarii rieron respetuosamente entre dientes. El urhan no hizo ningún comentario.

—Te doy las gracias, gran urhan, por tu hospitalidad —dijo Malus—, y por tu generosidad para con mis hombres. Espero que no hayan sido apartados de sus deberes por las seducciones de tu buen vino y tu cálido hogar.

El urhan se encogió de hombros.

—De ser así, no es asunto mío.

—Parece que ya casi ha llegado mi turno de vigilar a los nauglirs —comentó Vanhir con tranquilidad, y luego le dedicó a Malus una breve reverencia—. Con tu permiso, mi señor, me retiro.

Malus asintió con severidad, pero el caballero no reaccionó en modo alguno; se limitó a hacerle una reverencia al urhan y salir en silencio del salón.

—¿Y tú, Dalvar? —preguntó Malus.

El hombre de Nagaira se encogió de hombros de forma reveladora.

—El turno de la mañana es el mío, temido señor, pero aún queda mucha noche para dormir. Entretanto, estoy aprendiendo lo que puedo a los pies de estos viejos espectros.

«¿Y qué estarán aprendiendo ellos de ti?, me pregunto», pensó Malus. Desde la última reflexión acerca de Nagaira, su mente había comenzado a hervir de suspicacia. Cuanto antes llegaran a los Desiertos del Caos, mejor. Cuando uno tiene que luchar para conservar la vida, le queda poco tiempo para la traición.

—¿Qué te trae caminando por la nieve a tan altas horas de la noche, urbanita? —preguntó Beg, al mismo tiempo que le dedicaba una mirada dura y calculadora.

El noble le hizo una reverencia al urhan Beg.

—Mi teniente me informó de que deseabas hablar conmigo en cuanto despertara, gran urhan. No quería hacerte esperar.

—Tu «teniente» —se burló Beg—. ¿Una mujer que lleva espadas y armadura en tiempos de paz? Es indecoroso.

Malus se encogió de hombros.

—Las novias de Khaine llevan armas durante todo el año, y nadie las censura. Lhunara Ithil fue a la guerra y descubrió que le gustaba el sabor. Más aún, es muy, muy buena en lo que hace. Sería un estúpido si pasara por alto una destreza semejante por el solo hecho de que ahora Naggaroth no está en guerra. Además, como tú has señalado muy claramente, mis guardias no son asunto tuyo. Y bien, ¿de qué deseabas

hablar conmigo?

Beg se inclinó hacia delante en la silla y su mano se desplazó hasta el medallón que le rodeaba el cuello.

—El Ancri Dam es una reliquia poderosa —dijo el jefe mientras frotaba pensativamente el pulimentado ithilmar—. Con él, sé cuándo un hombre me miente. Hace casi cuatro días que no veo a mi hijo Nuall, desde que tú te marchaste a visitar a la Bruja Sauce. ¿Lo viste esa noche?

Malus estudió cuidadosamente a Beg. «Podría estar echándose un farol —pensó Malus—. ¿Corro el riesgo?»

—Sí, lo vi —respondió el noble tras pensarlo un momento—. Esperé hasta que salí del árbol e intentó robarme el medallón.

Varios de los autarii negaron con la cabeza al oír la noticia. No parecían muy sorprendidos. El urhan le dedicó a Malus una mirada funesta.

—¿Lo mataste?

—No, no lo maté.

—¿Lo heriste?

Malus sonrió al mismo tiempo que alzaba el brazo cosido.

—Di tanto como recibí, gran urhan. Pero ellos eran siete.

—Entonces, ¿qué sucedió con Nuall y sus hombres?

—No puedo decíroslo con seguridad —replicó Malus—. Yo tenía el medallón, ellos intentaron quitármelo, y yo escapé. No sé nada más.

Durante un largo rato, el urhan no dijo ni una palabra y permaneció con la vista clavada en los oscuros ojos del noble como si pudiera leer en ellos como en un libro abierto. Finalmente, gruñó con aversión y se recostó en el respaldo de la silla.

—Estúpido muchacho —masculló a medias para sí—. ¿Qué sentido tiene poseer el medallón si no hay nadie a quien pasárselo?

«Eso deberías haberlo pensado antes de lanzarlo contra mí», respondió mentalmente Malus a la vez que reprimía una sonrisa.

Uno de los espectros habló en el momento en que tendía una mano hacia el pellejo de vino.

—¿Qué hay de la historia que ha contado Janghir sobre esos oscuros jinetes de caballos que estaban cerca de la Montaña de los Siete Árboles?

—Jinetes! —le espetó Beg—. ¿Quién trae caballos a estas montañas?

Malus vio que Dalvar se ponía tenso. El bribón le lanzó una mirada subrepticia a Malus, pero éste mantuvo la expresión impasible. «Jinetes oscuros, Beg, llenos de la cólera de Khaine —pensó el noble—. Caballos y hombres que no sufren a causa de las heridas, la fatiga o el miedo. Inmortales, pacientes e implacables...»

—Comprendo la preocupación que sientes por tu hijo, gran urhan —dijo Malus—, y no quiero distraerte de la búsqueda de Nuall y sus hombres, así que nos

pondremos en camino y no supondremos más distracción para ti y tu clan. —El noble se irguió en toda su estatura y cruzó los brazos con gesto imperioso—. Necesito un guía que nos lleve hasta la frontera, alguien que pueda conducirme más allá de las torres druchii sin que nos vean, y hasta el límite de los Desiertos del Caos.

—¿Por qué no tomáis el Camino de la Lanza?

—No recuerdo que las preguntas personales formasen parte de nuestro trato, urhan Beg. Basta con que sepas que necesito llegar a la frontera con rapidez y discreción.

—¿A qué parte de los Desiertos del Caos intentas llegar?

Malus apretó las mandíbulas.

—En los Desiertos del Caos hay una montaña que da la impresión de haber sido partida por el hacha de un dios. En algún punto cerca de las estribaciones está Kul Hadar.

Los espectros reunidos se removieron con inquietud e intercambiaron miradas de espanto. Beg le dedicó a Malus una mirada de desconcierto y sus cejas se fruncieron con preocupación.

—¿Vas en busca de Kul Hadar? ¿Por qué?

—¡Preguntas, urhan Beg! ¿Puedes llevarme hasta esa parte de la frontera o no?

El urhan lo meditó durante unos momentos mientras los autarii se pasaban el pellejo de vino unos a otros y susurraban entre sí.

—Sí, puede hacerse —respondió con cautela—. De hecho, puede hacerse con mucha rapidez si vuestro valor está a la altura de la tarea.

—Ahora te pido que hables con claridad, urhan Beg. ¿Qué quieres decir?

Beg se dio unos golpecitos con la caña de la pipa en los manchados dientes inferiores.

—Hay una senda que atraviesa las montañas —dijo—. Una..., una senda que no es enteramente de este mundo. En ciertos momentos es posible recorrerla de una punta a la otra y cubrir un centenar de leguas en una sola noche. Yo mismo lo hice una vez, hace muchos años. Pero no es para los débiles de espíritu.

Malus sonrió.

—Créeme, nuestra experiencia con sitios así no es escasa. Estoy seguro de que estamos a la altura del viaje.

El urhan miró a Malus a los ojos y sonrió por primera vez.

—Sobre tu cabeza caiga la responsabilidad, entonces. Resulta que las lunas y la estación se encuentran en una alineación muy favorable, así que la senda debería ser fácil de seguir. Reúne a tus hombres, Darkblade; partiremos una hora antes del anochecer.

—¿Y mientras tanto?

Beg se reclinó en la silla y sus ojos destellaron a la luz del fuego.

—Mientras tanto, disfruta cuanto puedas del mundo iluminado por el sol.

A última hora de la tarde, Malus ya había despertado a los miembros de la partida de guerra y los había puesto a trabajar en los preparativos del viaje. A pesar de las ominosas advertencias del urhan Beg, estaba ansioso por ponerse en camino una vez más.

Malus le quitó el corcho al frasco de cerámica vidriada y vertió otro chorro del viscoso fluido sobre el paño de seda que tenía en la mano. Por un instante, la piel acusó el tremendo frío de la sustancia venenosa, pero al cabo de unos instantes la zona afectada se había entumecido por efecto de las toxinas. A lo largo del tiempo, la mayoría de los jinetes de gélidos perdían toda sensibilidad en la piel debido a los años de exposición al veneno de nauglir. Pero ésas eran preocupaciones para el futuro. Ese día, Malus necesitaba contar con *Rencor*, y por tanto, pagaba el precio necesario.

Lhunara aguardaba pacientemente en los oscuros confines de la tienda y sujetaba el espaldar de la armadura del noble mientras éste se ponía los ropones y el kheitan.

—¿Alguna señal de Beg? —preguntó Malus.

—Ninguna, mi señor. La vieja que hay en su tienda dice que no lo ha visto desde anoche. No creo que esté en ninguna parte del campamento.

Malus ató las cintas del kheitan, y luego cogió el peto y se lo puso. Con la soltura que da la práctica, Lhunara le puso el ajustado espaldar en torno a los hombros y la cintura, y luego comenzó a unir ambas mitades mediante las correas con hebillas que tenían. Malus gruñó pensativamente mientras Lhunara ajustaba bien las correas.

—Es posible que haya salido a buscar a su hijo, o a planear algún otro tipo de jugarreta. Des a los hombres que mantengan las ballestas preparadas cuando nos pongamos en marcha.

—Sí, mi señor.

El noble hizo una pausa.

—¿Cuánto falta para que expire el juramento de Vanhir?

—Tres semanas más —replicó la teniente—. ¿Sospechas algo?

—Yo siempre sospecho algo, Lhunara. Ha estado hablando mucho con Dalvar, y Dalvar ha comenzado a hablar con el urhan. El juramento no le permite actuar directamente contra mí, pero no le impide compartir lo que sabe de mí con cualquiera que quiera escucharlo.

Lhunara recogió el avambrazo izquierdo del noble y se lo puso para luego deslizarlo hasta el hombro como una articulada manga de acero.

—Nunca debiste aceptar su juramento —dijo ella con tono tétrico—. Habría sido mucho mejor quitarle la vida y acabar con el asunto.

Malus se encogió de hombros, aunque el gesto quedó casi completamente perdido bajo el peso de la armadura.

—Procede de una casa poderosa. Pensé que podría ser útil tener algo con lo que

controlar a esa familia. Y en su momento, el hecho de someterlo pareció el castigo más humillante que podía imaginar. Fue una apuesta justa, y su luchador de pozo perdió.

—Fue su nauglir el que perdió —lo corrigió Lhunara—. Estabais apostando por una lucha de gélidos después de los juegos de gladiadores.

Malus frunció el entrecejo.

—¿Ah, sí? No importa; él apostó contra mí y perdió. Y desde entonces, ha observado con escrupulosidad despiadada y *Rencorosa* los detalles del juramento que prestó. A decir verdad, lo admiro enormemente por eso.

—¿Aún tienes intención de matarlo?

—Sí, claro. Tal vez incluso lo mate hoy. No apartes los ojos de él ni de Dalvar. Si Beg intenta traicionarme y cualquiera de ellos trata de ayudar al urhan, asegúrate de matarlos a ambos.

El cielo de la tarde se había vuelto plomizo y en el frío aire se arremolinaban jirones de nubes. Los gélidos estaban ensillados y en formación, bajo los atentos ojos de sus jinetes; cinco días de corral los habían vuelto respondones y malhumorados, a pesar de las comidas regulares de venado y jabalí. Ya estaba oscureciendo bajo las ramas del bosque cubiertas de nieve, y Malus se impacientaba cada vez más. Al percibir el humor de su amo, *Rencor* arañaba con inquietud la tierra helada y gruñía desde las profundidades de la garganta.

Malus se paseaba a lo largo de la columna y fingía inspeccionar a la partida de guerra para ocultar la inquietud. Lhunara permanecía sobre la silla de montar, al final de la fila; la ballesta descansaba sobre su regazo mientras ella sondeaba las sombras que se extendían a ambos lados de la columna.

Dalvar y su montura estaban en el centro de la columna. Malus llegó a la altura del hombre de Nagaira cuando éste comprobaba las correas de la silla de montar.

—Creo que todavía tienes algo mío —comentó el noble al mismo tiempo que le tendía una mano.

El pícaro alzó la mirada para sonreír a Malus, y el pequeño cuchillo de hierro apareció como por arte de magia en su mano.

—¿Estás seguro de que no quieres que lo conserve? —preguntó Dalvar—. Aún tenemos que habérnoslas con el urhan Beg.

—¿Piensas que intentará volverse contra nosotros?

Dalvar se encogió de hombros.

—Por supuesto. ¿Tú, no?

Malus cogió el arma de la mano de Dalvar.

—Has pasado bastante rato en su salón. ¿Qué opinas?

—Opino que cree que mataste a su hijo. Aunque no lo hicieras, lo has avergonzado al recuperar ese medallón cuando Nuall no pudo hacerlo. —El druchii

ajustó una última correa y se volvió para mirar a Malus—. Francamente, está obligado a traicionarte. Son rústicos, pero no tan diferentes de nosotros. Si no te vence en este momento, su clan lo creará débil. Eso no sería un buen augurio de futuro para él.

Malus estudió al guardia con atención.

—¿Y cómo supones que va a hacerlo?

Dalvar negó con la cabeza.

—No lo sé. He intentado sonsacarle algo en los últimos días, pero es un hombre astuto. Si quieres mi consejo, mi señor, mantenlo cerca de ti cuando hayamos emprendido el viaje por esa senda de la que tan ominosamente ha hablado. —El druchii se irguió y miró por encima del hombro de Malus—. Ahí está el viejo lobo.

Al volverse, Malus vio que Beg y dos de sus hombres estaban de pie a la sombra de un cedro cubierto de nieve y hablaban quedamente entre ellos. El noble volvió la mirada hacia sus hombres.

—¡Sa'an'ishar! —exclamó Malus—. ¡Montad!

Mientras los druchii montaban, el noble se acercó al urhan Beg. El jefe autarii lo miró con malevolencia no disimulada.

—Mis hombres están preparados, gran urhan —dijo Malus.

Al tenerlo más cerca, Malus vio que el viejo espectro tenía las botas y los calzones mojados. «Has estado buscando junto al río», pensó Malus.

—¿Preparados? Eso está por verse —se burló Beg—. Pero lo descubriremos bastante pronto. Permaneced cerca; tenemos mucho terreno que recorrer antes de que anochezca.

Dicho eso, los tres autarii partieron a un paso silencioso y ligero, y atravesaron el campamento en dirección norte. Malus tuvo que correr hacia *Rencory* montar con rapidez antes de que los exploradores se perdieran de vista.

—¡Adelante! —ordenó el noble al mismo tiempo que cogía las riendas. Atisbo a los exploradores que se alejaban y clavó las espuelas en los flancos del nauglir.

«¡Que comience el juego!», pensó.

No pasó mucho tiempo antes de que Malus y su partida de guerra se vieran obligados a desmontar y azuzar a las recalcitrantes monturas para que ascendieran por empinadas laderas cubiertas de maleza, como había sucedido días antes. Tras la primera hora, sin embargo, Malus comenzó a reparar en que la vida salvaje de la zona era mucho más escasa, si no inexistente.

Con cada kilómetro que avanzaban hacia el norte, los sonidos del bosque eran más quedos, y menos pájaros volaban entre los árboles de negro tronco. La creciente calma transmitía una sensación de amenaza que al noble le puso los nervios de punta. Se daba cuenta de que el resto de la partida de guerra lo percibía también, por el modo en que observaban cada sombra oscura ante la que pasaban. Algunos de los

hombres habían decidido llevar la ballesta preparada, como si esperaran una emboscada en cualquier momento.

Menos de dos horas después, la luz comenzó a apagarse en el cielo occidental. Extrañamente, el avance se hizo algo más fácil; los árboles y el sotobosque se habían vuelto menos espesos y habían adquirido una tonalidad gris sedoso. Malus comenzó a percibir un helor en el aire; no era el frío seco del viento invernal, sino una especie de quietud húmeda que corría por el suelo, bajo los árboles, y calaba los huesos.

Poco después, el mundo quedó pintado en tonalidades de inconstante luz sobrenatural cuando las auroras de los Desiertos del Caos iluminaron el horizonte meridional. Contra ese inquietante espectáculo, Malus veía que las colinas que tenían delante cedían ante montañas más grandes y anchas: los viejos huesos de granito de la tierra, descarnados por milenios de viento y nieve. El noble fijó la mirada en las figuras de negro ropón que iban varios metros por delante de ellos y azuzó a *Rencor* pata, que continuara avanzando mientras se preguntaba cuánta distancia les quedaba por recorrer.

Resultó que, cuando condujo a *Rencor* hasta la cima de la colina siguiente, se encontró con que los autarii lo aguardaban en mitad de una ladera que descendía bastante suavemente hasta un ancho valle. La ladera estaba salpicada por docenas de rocas cubiertas de musgo y pequeñas matas de hierba baja. Todo estaba silueteado por una cambiante luz verde pálido que hacía que los jirones de niebla del valle pareciesen relumbrar con vida propia.

Beg y sus hombres esperaban cerca de una de las rocas. Malus montó y azuzó a *Rencor* en dirección a los autarii. Se relajó un poco, pues se sentía más cómodo en ese terreno abierto que en las colinas cubiertas de vegetación que había dejado atrás.

Cuando se aproximó, los ojos del urhan estaban ocultos en sombras, pero el noble sintió, de todos modos, el peso de la mirada del espectro.

—Hemos llegado al comienzo de la senda —dijo el jefe—. Os acompañaremos durante un rato, pero el resto del viaje tendréis que hacerlo en solitario.

—¿Dónde estamos? —preguntó Malus, acomodándose mejor en la silla de montar.

—En el Santuario de los Caballeros Muertos, según lo llaman —respondió Beg—. Es un lugar donde los muertos no descansan en paz. ¿Te asusta eso, urbanita?

Malus miró al hombre.

—Ya me he encarado con un muerto inquieto, urhan. Puedo encararme con otro.

Beg rió entre dientes.

—Ya veremos.

Los espectros dieron media vuelta y descendieron por la ladera. Malus esperó para asegurarse de que el resto de la columna había coronado la colina y había acortado la distancia que la separaba de él, y luego hizo que *Rencor* descendiera

tranquilamente tras los autarii.

A medida que la columna avanzaba, Malus reparó en que las rocas y las matas de hierba dispersas se hacían más numerosas hacia el pie de la ladera. Las rocas tenían formas extrañas; presentaban una mezcla de aristas redondeadas y afiladas que resultaban enloquecedoramente familiares.

De repente, se oyó un extraño crujido metálico, y pareció que *Rencor* tropezaba ligeramente. Malus miró hacia abajo y vio que el gélido había pisado una de las matas. El brillo del metal desnudo destelló a la luz fantasmal. Con un sobresalto, Malus se dio cuenta de que estaba mirando un peto abollado y cubierto por una fina capa de tierra y hierba.

Habían llegado a la periferia de un gran campo de batalla.

Más adelante, los autarii casi habían desaparecido en la ligera niebla. Malus reprimió una creciente sensación de inquietud y continuó adelante.

La niebla se tragaba vorazmente jinete y bestia, de modo que restringía la visión y ahogaba el sonido. *Rencor* se rebeló contra el cambio atmosférico, pero Malus lo taconeó para que continuara. Surgían y desaparecían sombras en medio de la niebla. A ambos lados de Malus aparecieron dos grandes obeliscos con sinuosos sigilos de la antigua Ulthuan. El noble oía el ligero golpeteo de las zarpas de *Rencor* sobre piedra desnuda, ¿listaban en un camino?

Aparecieron más siluetas apiñadas a ambos lados de la senda. Al principio, Malus las tomó por rocas, pero al mirarlas otra vez se dio cuenta de que eran carros de guerra élficos, a los que se les habían podrido las ruedas hasta desaparecer, y que tenían los acorazados flancos abollados y rajados. Atisbo cascos, oxidadas espadas y lanzas cuyas astas hacía tiempo que se habían transformado en polvo.

El noble miró alrededor, buscando algún signo de los autarii. Tenía una vaga sensación de desolación. «Es la niebla», pensó. ¿O no?

Apenas podía distinguir la silueta de los exploradores que iban delante. Malus taconeó a *Rencor* para lanzarlo al trote con la esperanza de darles alcance en cuestión de unos instantes, pero al parecer la niebla había distorsionado su sentido de la distancia. Tuvo la impresión de que transcurrían varios minutos antes de que diera alcance a Beg y sus hombres.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó, y su voz sonó extraña y poco clara, incluso a sus propios oídos.

—Uno de los generales de la antigua Aenarion construyó aquí un camino durante la Primera Guerra contra el Caos —replicó Beg con una voz que parecía llegar desde una gran distancia—. Serpentea a través de estos valles a lo largo de muchas, muchas leguas; a la luz del día pueden verse las losas negras del camino que asoman de la tierra. La leyenda dice que fue construido para el asedio contra una ciudad de demonios situada muy al norte, pero nadie lo sabe con certeza. Si alguna vez existió

un lugar semejante, desapareció hace ya mucho tiempo.

»El general llevó su poderoso ejército al norte y se encontró con la tragedia. Algunas historias dicen que fue traicionado; hay quienes llegan hasta el punto de acusar a vuestro gran Rey Brujo de ese hecho, mientras que otros afirman que el general era simplemente estúpido. En cualquier caso, la grandiosa marcha se convirtió en una sangrienta y amarga retirada, plagada de brujería y matanzas. Cada kilómetro de este camino está empapado en sangre, según dicen las historias. La argamasa que une las losas del camino son los huesos.

Malus sintió que un helor le acariciaba la piel. El viento gimió suavemente en la oscuridad... ¿O fue el toque de un cuerno lejano?

—Se dice que era tal el poder de la hueste de demonios que detuvieron el curso de las lunas y lucharon bajo un manto de noche perpetua. Los ecos de ese poder y los inquietos espíritus de los muertos permanecen aquí incluso ahora. Cuando llega la estación adecuada y las lunas se encuentran en la fase correcta, esa larga noche se reanuda.

La niebla parecía entonces más ligera; permanecía como un sudario en la periferia del campo visual, pero al mismo tiempo Malus podía ver mejor el entorno. Armaduras apiladas, escudos rajados, espadas melladas y destrozados carros de guerra cuyos caballos, apenas restos, yacían cubiertos por las armaduras que los habían protegido. Se veía el asta de un estandarte inclinada en medio de un enredo de petos, cascos y cotas de malla. El estandarte estaba manchado de sangre seca y pendía, laxo, en la niebla. Malus sentía el sabor del pánico que flotaba en el aire. Sabía a cobre, como la sangre derramada.

Continuaron adelante. Malus comenzó a reparar en más detalles a medida que avanzaban: las elaboradas tallas de carros y armaduras destacaban en nítido relieve. El bruñido ithilmar resplandecía con pálida luz azulada. Empezó a ver huesos en medio de los montones de armaduras. En una ocasión pasó junto a un casco volcado que aún tenía dentro el cráneo del hombre que lo había llevado. Las mandíbulas estaban muy abiertas, como en un silencioso alarido de angustia o furia.

Había luz más adelante. Una radiación azulada teñía la niebla y aumentaba de intensidad a medida que se aproximaban. Los lados del camino estaban atestados de carros de guerra y carretas, restos de un ejército en retirada, con los flancos arañados y rajados, hendidos y cortados por dientes, garras y espadas. Los cuerpos de los muertos estaban por todas partes y aún aferraban las armas con manos esqueléticas.

El aire temblaba, y Malus sentía la vibración en la piel. Se estremecía con el estruendo de la batalla, pero ni un solo sonido llegaba a sus oídos. El noble se llevó la mano a la espada y la conocida solidez de la empuñadura le proporcionó algo de consuelo. Percibía la presencia de otros en torno a él: caballos y hombres que pasaban de largo, huyendo de las pesadillas que habían encontrado en el norte lejano.

El aire se estremecía con gritos silenciosos.

De repente se veían figuras ataviadas con ropones a ambos lados de la senda. Los espectros se habían detenido, y él no se había dado cuenta. Tenían la mirada fija en el camino. Cuando Malus frenó a la montura, vio el horror que estaban contemplando.

Un ejército de muertos formaba justo sobre la senda y relumbraba con el sobrenatural resplandor de la sepultura. Las esmaltadas armaduras brillaban en la pálida luz azul, colgadas de los esqueléticos armazones de infantes y jinetes. Algunos llevaban lanzas y espadas, mientras que otros alzaban manos como garras. Puntos de fría luz azul brillaban en las fosas oculares vacías, y las mandíbulas estaban abiertas en silenciosos gritos de desesperación.

En cabeza había un gran príncipe con armadura esmaltada en oro y plata. En la mano derecha, llevaba una espada de aspecto temible; en la hoja había grabadas runas de poder. Con la mano izquierda sujetaba un estandarte desgarrado de cuyo borde goteaba sangre fresca.

—¿Quién perturba nuestro descanso? —gritó el príncipe muerto con una voz que era un agudo susurro penetrante, como el sonido del viento cuando silba entre las piedras.

13. Campos de desesperación

La cabeza del fantasmal príncipe, cubierta por el casco, giró para contemplar a Malus, y los abrasadores ojos cayeron sobre el noble como el golpe de una espada. Sintió vértigo ante la funesta mirada del caballero muerto, que pareció congelarle el corazón. A su alrededor apenas podía percibir a los miembros de la partida de guerra, que se detenían con un fuerte tirón de riendas debido a la conmoción y el miedo. Uno de los hombres lanzó un gemido de terror, y las filas de fantasmas avanzaron medio paso al oírlo, como si ansiaran lanzarse contra un enemigo que sangraría y moriría bajo el filo de sus armas.

Antes de que Malus lograra mover la lengua para replicar a las aterradoras apariciones, Beg inspiró mesuradamente y habló con voz potente y tensa.

—¡No somos más que viajeros del camino, poderoso príncipe! Perdónanos por la intrusión y te honraremos con reverencia... y sacrificios.

«¡Sacrificio!» La mente de Malus funcionaba a toda velocidad. Las intenciones del urhan resultaban entonces demasiado claras.

El príncipe avanzó un paso más hacia la horrorizada partida de guerra, y se oyó un rechinar y crujir de correas y acero antiguo.

—¡Sacrificio! —susurró con voracidad el muerto—. ¿Quién subirá sobre mi frío féretro de piedra y entibiará mis huesos con una libación de sangre caliente?

Con un grito de desesperada furia, Malus apartó los ojos de la paralizante mirada del príncipe y desenvainó la espada. Antes de que Beg pudiera responder, el noble se puso de pie en la silla de montar y alzó el arma en alto.

—¡Cabalgad! —les gritó a sus hombres—. ¡Cabalgad a tumba abierta, guerreros de Hag Graef! ¡Cabalgad!

El noble golpeó con las espuelas los flancos de *Rencor*, y el nauglir cargó hacia la fantasmal horda con un rugido atronador. Un segundo después, el aire sobrenatural resonó con los bramidos de guerra de Hag Graef, cuando los jinetes de gélidos desnudaron su acero y cargaron hacia la aterradora hueste de acuerdo con la orden del señor.

El aire se estremeció con los alaridos de los condenados al cargar la hueste fantasmal para enfrentarse con el enemigo. Cuando las dos fuerzas chocaron se produjo un brutal estruendo ensordecedor, y Malus perdió de vista al príncipe que llevaba el estandarte en medio de una multitud de muertos que aullaban. Los gélidos, que acometieron al ejército élfico en formación de cuña, hicieron pedazos los cuerpos antiguos y regaron a los compañeros que iban detrás con una macabra lluvia de esquirlas de armadura y hueso.

Las espadas destellaban al abrir surcos en las frenéticas filas de los muertos, atravesando extremidades, torsos y cráneos. La piel y los cartílagos marchitos se

separaban en blancas nubes de podredumbre; los descoloridos huesos eran reducidos a polvo bajo las patas de los gélidos. Una hueste de mortales se habría sentido conmocionada por la absoluta ferocidad de la partida de guerra que cargaba contra ella, pero los aullantes muertos rodeaban a los druchii como una marea. Cada condenado hecho pedazos era inmediatamente reemplazado por otro, y todos ellos atacaban a los acorazados guerreros con espadas, lanzas, hachas y garras.

—¡Avanzad! —rugió Malus en medio del estruendo, mientras le asestaba tajos a diestro y siniestro a la frenética horda.

Rencor sacudía la cabeza y lanzaba dentelladas a los atacantes, y los restos de los putrefactos cadáveres que partía en dos con los dientes salían volando por el aire en amplios arcos. El noble espoleó a la bestia para que avanzara; el gélido cargó contra otro grupo de vociferantes muertos y, al caer sobre ellos, se oyó un sonido de madera que se partía.

El nauglir lanzó un furioso bramido cuando una o más armas enemigas se le clavaron profundamente en la escamosa piel. La corroída punta de una lanza golpeó de soslayo la espaldera izquierda de Malus y le dejó una línea sanguinolenta en la nuca. Había manos que toqueteaban la lisa armadura que le protegía brazos y piernas e intentaban derribarlo de la montura. Con un rugido, descargó la espada y atravesó muñecas y antebrazos; la malla oxidada estalló en brillantes nubes de eslabones partidos.

Y luego, el príncipe cayó sobre Malus. La relumbrante espada destelló al salir disparada hacia el noble como la lengua de una víbora.

El druchii giró en la silla de montar y trazó un arco con la espada en un intento desesperado de bloquear la estocada del príncipe, que le resbaló sobre el acorazado muslo. Malus descargó un tajo sobre el brazo con que el príncipe sujetaba la espada, pero el caballero muerto interceptó el golpe a una velocidad sobrenatural. La hoja encantada de ithilmar salió disparada otra vez, y Malus lanzó un grito cuando la punta le trazó una línea de gélido dolor en una mejilla. La sangre le bajó por la cara desde los helados bordes de la herida.

El ímpetu de la carga de la partida de guerra ya se había agotado y los guerreros estaban rodeados por una marea de muertos hambrientos; entonces, Malus oía otros gritos a su alrededor. Se inclinó hacia adelante y lanzó un tajo hacia los ojos del príncipe, pero el muerto ya no temía a la idea de quedarse ciego. En lugar de echarse atrás, el esquelético guerrero se agachó lo bastante como para recibir el golpe sobre el casco y lanzar un tajo a la pantorrilla del noble. La espada encantada abrió una pulcra línea a través del acero, y Malus lanzó una exclamación ahogada cuando la parte inferior de la pierna se le entumeció.

«¡Piensa! —se enfurecía mentalmente el noble—. ¡No puedes vencerlo espada contra espada! ¡Piensa algo con rapidez o estás muerto!»

El noble gritó un desafío y lanzó otro tajo contra la cara del príncipe. El caballero muerto se inclinó apenas hacia atrás, justo fuera del alcance de la espada, y luego saltó hacia adelante al mismo tiempo que trazaba con el arma un brutal arco dirigido hacia la articulación de la rodillera del noble.

Pero el ataque de Malus no era más que una finta; anticipándose a la respuesta del príncipe, sacó la bota del estribo y le asestó un taconazo a la muñeca del caballero muerto. Con un bramido que helaba la sangre, Malus descargó la espada sobre la coronilla del príncipe y partió en dos el casco de ithilmar.

El príncipe retrocedió con paso tambaleante; tenía la cabeza envuelta en agitadas llamas azules y la esquelética boca abierta de furia.

Malus le gruñó a modo de respuesta y tiró de las riendas para que *Rencor* se desplazara a la izquierda. La musculosa cola del nauglir barrió bruscamente el aire con la fuerza de un ariete y se estrelló contra el pecho del príncipe. El cuerpo del caballero muerto explotó en una nube de polvo y armadura hecha esquirlas, y la espada rúnica salió girando por el aire.

El noble dispuso de apenas un segundo para saborear su triunfo antes de que un muerto clavara la lanza profundamente en una paletilla de *Rencor*, y el gélido respingara y retrocediera a causa de la herida. El repentino cambio de movimiento pilló a Malus por sorpresa. Durante un vertiginoso segundo la entumecida pierna buscó desesperadamente el estribo, y luego unas manos como garras lo aferraron por los hombros y lo arrastraron fuera de la silla de montar. Cayó de espaldas sobre las losas de piedra del camino, con una frenética turba de muertos alrededor.

Los golpes llovieron sobre su armadura como el tamborileo de una granizada. La punta de una lanza halló una brecha en el avambrazo izquierdo y penetró profundamente haciendo que Malus siseara de dolor. El golpe de un hacha impactó contra la rodillera izquierda; la armadura resistió, pero la articulación de debajo sufrió la conmoción del impacto. La punta de una espada mellada le pasó por su frente e hizo manar una cortina de sangre que le bajó por las sienes.

Malus rugía como un poseso y estrellaba la espada contra las piernas de los enemigos. Caballeros muertos acorazados caían sobre él y le arañaban la cara y el cuello con las frías manos. *Rencor* rugió, y la multitud que lo rodeaba fue lanzada momentáneamente hacia atrás cuando el gélido la apartó con un barrido de la acorazada cabeza.

El noble se alzó convulsivamente para quitarse de encima a los enemigos e hizo pedazos el cráneo de uno de los caballeros muertos con un corto tajo de la espada. Se puso en pie de un salto, impulsado por el frenesí de la batalla mientras su mente luchaba contra una creciente ola de pánico. Sin previo aviso, la rodilla maltrecha cedió, y él cayó hacia adelante contra el ensangrentado flanco de *Rencor*. Se aferró con la mano libre a una de las alforjas, pero el gastado cuero se rajó a causa del peso.

Fue a parar al suelo, y un cráneo relumbrante cayó sobre él.

Una mano de Malus se cerró por reflejo sobre la reliquia envuelta en alambre, a pesar de las ardientes líneas de fuego azul que trazaban arcos y crepitaban a lo largo del hilo de plata. En las vacías cuencas oculares del cráneo, antes negros pozos de sombra, hervían entonces esferas de luz ardiente. Cuando la reliquia se posó sobre la mano del noble, lo recorrió una sacudida que bajó por el brazo e hizo que el corazón se le encogiera de dolor. Todo su cuerpo se estremeció..., y las palabras salieron a borbotones por su garganta y atravesaron sus labios.

No entendía qué estaba diciendo, ni siquiera podía oír las palabras, sino sólo un salvaje zumbido que hendía el aire. No obstante, sentía cómo las frases le salían de la boca y adoptaban formas dentadas y duras. Saboreó sangre y sintió que se le rajaba la piel de los labios a causa de la presión. Con un gemido terrible, los muertos huyeron de él y cayeron unos sobre otros al mismo tiempo que se llevaban las marchitas manos a la cabeza. Cuando los muertos retrocedieron, la ardiente energía del cráneo comenzó a disminuir, pero Malus se puso en pie de un salto y volvió a avivar ese fuego mediante su propia voluntad, concentrando su cólera en la incandescente reliquia. Las terribles palabras se le arremolinaban y retorcían dentro de la mente como un ser vivo que se resistiera a sus órdenes. «Arde intensamente, vil objeto —se enfureció Malus—. ¡Arde, o te haré pedazos!»

En ese momento, las palabras volvieron a fluir por él como un torrente que le lastimaba la garganta con afiladas aristas y calor abrasador. Los muertos retrocedieron aún más para huir del sonido de aquella voz. El estruendo de la batalla cesó, y quedó reducido a un silencio pasmado ante el colérico idioma que hablaba el noble.

Malus volvió a subir a la silla de montar. Le dolía el pecho. Era como si le hubieran reemplazado el corazón por un carbón encendido cuyo calor le reseca los pulmones. El noble alzó la reliquia en alto y pasó una mirada despiadada por la horda de condenados. Luego, se puso de pie sobre la silla de montar.

—¡Nuestra sangre no es para los que son como vosotros! —les rugió a los muertos—. ¡Si alzáis una mano contra nosotros, os arrancaré el espíritu de los indignos huesos y lo arrojaré a la Oscuridad Exterior! ¡Huid ante mi cólera, desdichados hijos de Aenarion! ¡La Madre Oscura espera, y si me hostigáis, le ofreceré a ella vuestras almas!

Los muertos bramaron de miedo y dolor, y alzaron las manos con gesto de súplica. Malus miró el camino y vio que los espectros se habían atrevido a quedarse para contemplar la muerte de los urbanitas. El noble miró al urhan Beg a los ojos y saboreó la expresión de terror del semblante del jefe.

Malus señaló con la espada a los tres autarii.

—Saciad vuestra sed con ellos, inmundos muertos, con esos que querían privaros

de lo que merecáis.

Beg gritó, y las cabezas de los malevolentes muertos se volvieron al oír el sonido. Entonces el aire se estremeció con aullidos espantosos mientras los autarii se volvían para echar a correr y los esqueléticos guerreros emprendían la persecución.

El fuego volvía a disminuir. Malus intentó reavivarlo una vez más, pero descubrió que su furia era insuficiente. Se sentía como si lo hubiesen retorcido y desgarrado por dentro. Lo chorreaba sangre por una comisura de la boca y le caía sobre el muslo. La espada que tenía sujeta se le cayó.

A su alrededor, los druchii de la partida de guerra se dejaron caer cansadamente sobre la silla de montar o se recostaron contra los flancos de las monturas, que subían y bajaban con fuerza a causa de los jadeos. La sangre que les manchaba la cara y las armaduras era la suya propia. Dos de los caballeros yacían cerca de los cadáveres de sus gélidos: uno, atravesado por lanzas y con tajos de espada, y el otro, tendido en ensangrentados trozos retorcidos, con las entrañas arrugadas y ennegrecidas por la escarcha.

Rencor se estremecía debajo de él. El nauglir tenía una veintena de heridas desde la cabeza hasta la cola. Ninguno de los supervivientes había salido deso del enfrentamiento.

Los druchii miraron a su líder con semblantes demacrados y pálidos. En torno a ellos se extendía un panorama de huesos partidos y armaduras abolladas, lanzas rotas y escudos hechos pedazos. Todos ellos, incluso Lhunara, contemplaron a su señor con expresión de profundo miedo.

Un alarido hendió la oscuridad, y luego otro. Las voces de los condenados aullaron una respuesta.

Malus envainó la espada y cogió las riendas de *Rencor*.

—Continuamos adelante—gruñó, y cada palabra le causó una intensa punzada de dolor—. Dejad a los muertos con su banquete.

Dicho eso, hizo girar al gélido y comenzó a avanzar por el camino, donde los huesos crujían bajo las patas de *Rencor*.

Malus despertó con el hueco gemido del viento. Lentamente, dolorido, abrió los ojos. Yacía de espaldas bajo un cielo gris hierro, con los brazos abiertos. El viento agitaba las altas hierbas sobre las que estaba tendido.

Algo grande se removió detrás de él. El noble se alzó y se apoyó en un codo, y sintió el cuerpo pesado y palpitante de dolor. A pocos pasos de distancia, *Rencor* cambió de postura sobre las ancas y contempló a su amo con un ojo rojo sangre.

Los flancos del gélido estaban sucios de polvo sepulcral y salpicados de icor.

Se hallaba tendido sobre una colina herbosa, de cara a unas erosionadas montañas situadas a un kilómetro y medio de distancia, más o menos. Malus veía la entrada de un valle que serpenteaba entre dos escabrosos picos. ¿Sería el final del Santuario de

los Caballeros Muertos? El noble frunció el entrecejo mientras intentaba pensar. «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?» Los recuerdos lo eludían, se deslizaban como sombras hacia los confines de su mente. Tenía la impresión de haber cabalgado durante una eternidad, siempre en la oscuridad, perseguido por las voces de los muertos. Recordaba que, cuando al fin había llegado el alba, había caído de la silla de montar y una oscuridad aún más densa había corrido a su encuentro.

Malus intentó ponerse de pie y reprimió un siseo de dolor al descargar peso sobre la rodilla lesionada. Su armadura, al igual que *Rencor*, estaba casi blanca de polvo de sepultura que se veía oscurecido en algunas zonas por salpicones de sangre. Tenía cortes en la cara, el cuello y la frente, y las mejillas acartonadas con sangre seca. La herida del brazo le palpitaba dolorosamente, una sensación que se veía agravada por un trozo de metal de la lanza del muerto, doblado por la punta, que se le había clavado en la piel. También le dolía el corte de la pantorrilla, pero agradecía sentir dolor.

Aún sujetaba el cráneo con la mano izquierda; tenía los dedos agarrotados como los de un muerto en torno a la caja craneana. Parecía que las vacías y oscuras cuencas oculares estaban evaluándolo.

Pasado un momento, el noble reparó en otros furtivos sonidos de movimiento en medio de las onduladas pasturas; eran gemidos y susurros transportados por el viento. Un gélido lanzó un grito de dolor cuando alguien le arrancó la punta de una arma enemiga y la arrojó lejos haciendo silbar el fino acero por el aire.

Lhunara apareció cojeando; el viento le retorció mechones sueltos del pelo trenzado. Su cara era una máscara de polvo y sangre, y en las mejillas y el mentón había oscuras líneas de cortes recientes. Tenía los ojos hundidos y con expresión obsesiva, rodeados por oscuros círculos de fatiga. Llevaba un pellejo de agua en una mano y una espada desnuda en la otra, y miraba a su alrededor para inspeccionar el terreno con la experta soltura del veterano. Avanzó hasta Malus y se acuclilló;

hizo una mueca de dolor cuando las rodillas le crujieron sonoramente.

—¿Estás herido, mi señor? —preguntó la oficial, algo jadeante.

—La maldita rodilla...

Las palabras salieron como un horrendo graznido y se disolvieron en un ataque de tos convulsa. Tenía la garganta sucia y seca, y los labios, resecos y agarrotados. Lhunara le pasó el pellejo de agua, y él bebió ansiosamente, a pesar del dolor que le causaba tragar.

—La maldita rodilla —dijo con un susurro ronco—. Es lo peor, creo.

La oficial recobró el pellejo de agua y lo tapó. En los movimientos de Lhunara había un cansancio que Malus jamás había visto antes. Miró la reliquia.

—¿Aún sujetas eso?

Malus bajó la mirada hacia el cráneo y, con un esfuerzo, abrió la mano. El metal

rechinó y la reliquia cayó sobre la hierba. Al instante, los nudillos empezaron a palparle y dolerle.

Lhunara pareció relajarse un poco.

—¿Qué te ocurrió allá, en el valle? ¿Qué palabras eran ésas que pronunciaste?

El noble negó con la cabeza.

—No lo sé. Fue..., fue el cráneo. De algún modo, me puso esas palabras dentro de la cabeza. —Inesperadamente, lo dicho por su hermana le resonó en la mente: «No es, de hecho, una fuente de poder..., no al menos en ningún sentido que tú puedas entender»—. No sé por qué.

—Bueno, nos salvó. Supongo que es lo único que importa —dijo Lhunara—. Pero hemos perdido a Hularc y Savann a manos de los caballeros muertos. Ahora sólo quedamos Vanhir y yo, de los seis que trajiste de tu casa. El resto son hombres de tu hermana. —Bajó la voz—. Y se habla de volver atrás.

Malus se sentó sin reparar en los dolores.

—¿Volver atrás? Apenas hemos empezado.

Lhunara negó con la cabeza.

—Yo tendría reparos en decir cosas semejantes, mi señor. La cabalgada de anoche conmocionó a los hombres hasta el tuétano. Si los presionas demasiado se quebrantarán, y no podemos permitirnos perder ninguno más. —Con gesto cansado, volvió la vista hacia el sur, en dirección a las montañas de las que acababan de salir—. Como has dicho, acabamos de empezar.

El noble reprimió el enojo que sentía. Una parte de él quería conocer los nombres de los que cuestionaban su autoridad, pero Lhunara tenía razón. ¿Qué podía hacer? Necesitaba todas las espadas con las que pudiese contar. Sólo podía limitarse a conducirlos y encargarse del motín cuando por fin surgiera.

—¿Dalvar y Vanhir cargaron junto con los demás cuando estábamos en el valle?

Lhunara asintió.

—Lo hicieron.

Malus gruñó. La noticia lo desconcertaba.

—No va a tener una oportunidad mejor que ésa para traicionarme —murmuró—. Es extraño.

Lhunara se encogió de hombros.

—Estás suponiendo que Dalvar conspira contra ti. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo diría que lo más probable es que espere hasta que hayas descubierto el templo, y entonces, te clave un cuchillo entre las costillas.

—A menos que sepa que no vamos a llegar al templo y que simplemente tenga orden de asegurarse de mi muerte.

La oficial le dirigió una mirada penetrante.

—¿Por qué dices eso?

«Porque estoy empezando a pensar que mi hermana me engañó», iba a decir Malus, pero luego lo pensó mejor.

—No importa. Estoy demasiado suspicaz —replicó, en cambio.

Con esfuerzo, se puso lentamente de pie. Cada parte del cuerpo le dolía de un modo u otro, como al día siguiente a una gran batalla. Avanzó cojeando hasta *Rencor* y metió el cráneo dentro de la alforja que le quedaba, momento en que miró por encima del lomo del gélido y vio kilómetros de onduladas planicies cubiertas por un mar de pasturas pardas.

Más allá se extendía una franja de bosque verde oscuro y, al otro lado, encumbrándose a gran altura en el horizonte occidental, la oscura mole triangular de una montaña enorme, cuya cumbre estaba envuelta en nieve y nubes. Una grieta bien definida, como el tajo de una hacha descomunal, hendía la montaña en un ángulo obtuso, hasta una profundidad equivalente a dos tercios del largo, ancha en la base. El noble se reclinó contra la silla de montar mientras intentaba calcular la distancia. «Parece estar tan cerca... —pensó—. ¿Unos pocos días, tal vez? Entonces, veremos con exactitud cuánto sabía Nagaira realmente.»

Malus apoyó la frente contra la silla de cuero durante un momento para reunir fuerzas. Luego, con una profunda inspiración, subió, dolorido, a la cabalgadura. *Rencor* gruñó con disgusto, pero, obediente, se sentó.

—Des a los hombres que monten —ordenó el noble mientras estudiaba el cielo—. Ya casi ha pasado el mediodía. Quiero recorrer unos cuantos kilómetros más antes de que oscurezca.

Lhunara lo miró fijamente.

—Pero, mi señor, los hombres están cansados y heridos...

—No vamos a acampar aquí —la interrumpió Malus—. Será mejor llegar a la linde de esos bosques, donde podremos recoger un poco de leña para el fuego.

«Y darles a los hombres algo en lo que pensar, aparte de conspirar para amotinarse», pensó. La moral baja era como una infección. No podía permitirse que siguiera su curso y se enconara.

La teniente se disponía a protestar, pero no tardó en recobrar la autodisciplina.

—Sí, mi señor —replicó, y se puso a gritarles órdenes al resto de los guerreros.

Mientras los guardias comprobaban el estado de los gélidos y montaban, Malus presionó a *Rencor* con las rodillas para que girara hasta quedar de cara a la montaña. Observó con cuidado las planicies y el bosque del otro lado. «Así que éstos son los Desiertos del Caos —pensó—. No es tan radicalmente diferente de nuestro territorio. Había esperado algo mucho peor.»

Al cambiar el viento y agitar el mar de pasturas muertas, se oyó un gemido sobre las llanuras. No vio qué podía provocar un sonido tan hueco y fúnebre.

Cuando cayó la noche, no se encontraban más cerca de la distante línea de

árboles. El cielo continuaba nublado, pero las auroras procedentes del horizonte norte ofrecían un espectáculo sobrenatural de luz azul, verde y amarilla sobre las espesas nubes en movimiento que proyectaban un tumulto de sombras danzantes en las pasturas agitadas por el viento y engañaban los ojos de los miembros de la partida de guerra, que permanecían alerta a posibles depredadores nocturnos. Mientras hubo luz suficiente para avanzar, Malus hizo que la columna continuara adelante. De vez en cuando, se daba cuenta de que se le inclinaba la cabeza y la barbilla le tocaba el pecho. La fatiga y el hambre comenzaban a debilitarlo.

Se oyó un sonido procedente de más adelante. Malus se tensó y se esforzó para oír por encima del incesante viento. Justo cuando ya pensaba que lo había imaginado, volvió a oír el sonido; era como un débil alarido de cólera o de dolor. El noble extendió un brazo hacia atrás y cogió la ballesta que colgaba de la silla de montar.

Momentos después, volvió a oírlo. Era, con total claridad, un alarido de cólera, como un grito de guerra druchii. Se les acercaba, pero lo único que podía ver eran las danzantes sombras y las agitadas ondas de la hierba silueteadas contra el horizonte oscuro. Alzó una mano, enfundada en el guantelete, y le hizo un gesto de avance a la partida de guerra.

Los guerreros se desplegaron a su lado; los cansados semblantes se veían tensos.

—Armaos —dijo Malus—. Algo viene hacia aquí.

Lhunara si situó junto a él.

—¿Qué...?

Entonces, volvió a oírse el alarido, y esa vez se le unieron dos más. El sonido hizo que los nauglirs alzaran la cabeza.

Malus manipuló el mecanismo de la ballesta para armarla. Estaba en mitad del proceso cuando los monstruos salieron de entre las pasturas en medio de la partida de guerra.

Parecían enormes leones de Lustria, pero tenían los suaves flancos empapados de rojo y las anchas caras eran casi humanas. Los gélidos rugieron, desafiantes, y los grandes gatos respondieron con un chillido horripilante, como el de un hombre al que le pusieran un hierro candente contra la piel. Las ballestas restallaron y las flechas de negras plumas se clavaron en los flancos de los leones, pero esto sólo los puso más furiosos. Una de las bestias se agazapó para saltar hacia *Rencor*, y se estrelló contra la paletilla del nauglir, al que derribó de costado. Malus intentó saltar de la silla cuando las anchas fauces del león se cerraron en torno al cuello del gélido, pero se le atascó el pie izquierdo en el estribo, y el nauglir le atrapó la pierna al rodar de lado.

Tenía la cara del león a menos de treinta centímetros de distancia, y los extraños ojos verdes ya estudiaban a Malus mientras las mandíbulas se cerraban sobre el escamoso cuello de *Rencor*. El noble, frenético, intentaba impulsarse con la pierna libre para sacar la otra de debajo del nauglir, sin lograrlo. Sólo la armadura había

impedido que el peso de la montura le aplastara la pierna; sin embargo, si el nauglir volvía a rodar sobre sí mismo, nada lo salvaría.

Malus se puso a recargar frenéticamente la ballesta mientras *Rencor* se debatía y le lanzaba mordiscos al león. Las mandíbulas del gélido se cerraron sobre las costillas del animal, y éste lo atacó con las zarpas, que abrieron profundos surcos en la paletilla del nauglir a escasos centímetros de la pierna libre del noble. Malus sentía que el gélido se contorsionaba para intentar rodar sobre el lomo. De repente, la cuerda de la ballesta encajó en su sitio con un chasquido autoritario, y una saeta salió y se colocó en la ranura. Malus se afianzó con el pie libre y disparó la flecha directamente a un ojo del león.

El monstruo saltó de encima del nauglir con un grito estrangulado mientras volvía la cabeza de un lado a otro a causa del dolor. La descomunal criatura giró sobre sí misma, aullando de dolor, y luego se le doblaron las patas y se desplomó entre contracciones.

Rencor rodó hasta ponerse de pie mientras le siseaba de cólera al cadáver de la criatura, y Malus sacó del estribo el pie atrapado. Miró frenéticamente a su alrededor mientras volvía a cargar la ballesta, pero los otros leones habían desaparecido.

—¿Adónde han ido? —preguntó a nadie en particular, gritando.

Le respondió la voz de Dalvar.

—¡Pasaron de largo!

Malus se puso en pie de un salto, con la ballesta preparada.

—Pero ¿por qué...?

Miró hacia el norte, y de repente lo comprendió.

La oscuridad que él había creído que era el horizonte se les echó encima como una manta, y de pronto el aullido del viento ascendió hasta ser un rugido terrible. Una lluvia caliente le azotó el rostro y le corrió cuello abajo. Apenas podía ver a medio metro de distancia.

—¡Formad un círculo! —gritó por encima del viento—. ¡Los gélidos por fuera, los hombres dentro! ¡Deprisa!

Cuando cogió las riendas de *Rencor*, vio las oscuras siluetas de otros gélidos que lo rodeaban. Se trataba de una maniobra que se les enseñaba a todos los caballeros antes de que salieran de campaña, como modo de protegerse de una ventisca. Al cabo de pocos minutos, las grandes bestias estaban dispuestas en círculo y los druchii se dejaron caer contra sus flancos, bastante protegidos del viento.

Hasta que no se hubo acurrucado contra el flanco de *Rencor*, que subía y bajaba agitadamente, no se dio cuenta de que el gélido estaba cubierto de rojo. Regueros de sangre le bajaban por los costados y se encharcaban en la hierba.

El noble extendió una mano y escuchó el sonido de la lluvia al caer sobre la palma. Luego, se la llevó a los labios.

Estaba lloviendo sangre.

Malus intentó ver a través de la oscura lluvia y distinguió apenas a los hombres, envueltos en las capas, acurrucados contra los flancos de las monturas. Parecían exhaustos más allá de lo imaginable. Si se habían percatado de la extraña naturaleza de la tormenta, no daban señales de ello.

El noble se ajustó la capa en torno a los hombros y se echó la capucha sobre la cabeza. Las gotas de sangre tamboreaban sobre la tela.

«Sin duda, estamos en los Desiertos del Caos», pensó, ceñudo, y cayó en un sueño inquieto.

14. Cazadores y cazado

Parecía que las planicies malditas no tenían fin. Cabalgaron desde el alba hasta bien entrada la noche, bajo el lunático resplandor de las luces del norte, y se detuvieron sólo cuando estaban demasiado cansados para continuar. Sin embargo, al despertar a la mañana siguiente no parecía que estuvieran más cerca de la oscura montaña y los bosques que la rodeaban.

La partida de guerra cabalgaba bajo un cielo de arremolinadas nubes que velaban eternamente la luz del sol. La noche y el día eran meros grados diferentes de gris y negro que pasaban de uno a otro de un modo sutil y sigiloso, lo que despojaba a la mente de cualquier sentido del paso del tiempo. Las tormentas iban y venían; a menudo se levantaban sin previo aviso y amainaban de manera igualmente súbita. Ellos ya no se detenían a esperar que pasaran, sino que se arropaban con las capas y espoleaban a las monturas hacia el esquivo bosque y la esperanza de hallar cobijo.

Las provisiones también comenzaban a ser una fuente de preocupación. Entonces se veían reducidos a raciones de mantenimiento: galletas duras como la roca y finas lonchas de carne desecada, lo suficiente para una comida diaria cada uno.

Durante el día veían muy pocos animales, principalmente formas oscuras como buitres que volaban por encima de las cumbres de las montañas, a lo lejos. En una ocasión, una de las aves se desvió y se acercó demasiado a la columna, y Lhunara la derribó con una flecha de ballesta. Pero cuando los hambrientos druchii abrieron al animal, se encontraron con que las entrañas estaban llenas de gusanos que se retorcían.

Durante la noche se oían aullidos y gritos de cacería. Algunos parecían ser de leones como los que ya se habían encontrado, mientras que otros no se parecían a nada que los druchii hubiesen oído antes. Cuando acampaban, los nauglirs, echados, se levantaban y bramaban un desafío cuando una de las criaturas se acercaba demasiado, cosa que los arrancaba precipitadamente a todos del inquieto intento de dormir para lanzarlos a gatas en busca de las armas. Al final, Malus había ordenado que cada noche les quitaran a los gélidos las sillas de montar y los dejaran libres para cazar.

Las enormes bestias tenían que comer con regularidad o su legendario vigor comenzaría a fallar, y el noble no podía imaginar que en las planicies hubiese algo que pudiera defenderse de toda una manada de nauglirs que salía de caza. Por lo que podía ver, no obstante, no daba la impresión de que los gélidos tuvieran mucha más suerte que los druchii. Cada vez estaban de peor humor, y a veces les lanzaban mordiscos a los jinetes cuando se les acercaban con la silla de montar y las riendas. A menos que algo cambiara pronto, ese comportamiento agresivo se convertiría en un problema mucho más grave.

Los druchii empezaron a dormir mientras cabalgaban durante el día, y se mecían como borrachos a causa del ondulante paso de las monturas. Malus los presionaba hasta donde consideraba prudente, tanto para llegar al bosque lo antes posible como para mantener a la partida de guerra lo suficientemente cansada como para no intentar la rebelión.

Hasta donde podía calcular, llevaban ya cinco días en las planicies cuando se tropezaron con los bárbaros. Hacía casi una hora que *Rencor* se mostraba tenso, olfateaba el aire y gruñía desde las profundidades del pecho, pero el noble estaba demasiado cansado y hambriento para ponerse a pensar en la causa de ese comportamiento. Luego, empezó a oír un débil entrechocar metálico cada vez que el cambiante viento llegaba del norte. Al fin, su fatigada mente reconoció el sonido por lo que era: el choque de acero contra acero. Una batalla.

Unos quinientos metros más allá, el terreno comenzó a ascender suavemente hasta una cadena de colinas bajas situadas a un kilómetro de distancia. Cuanto más se acercaban a la cadena de colinas más fuerte era el ruido, punteado por alaridos y gritos sedientos de sangre. A esas alturas, los demás integrantes de la partida de guerra también lo habían oído y varios de ellos tenían las ballestas cargadas y preparadas.

Al ascender por la cuesta, Malus alzó una mano y les hizo a los guerreros una señal para que formaran en línea. Justo cuando llegaban a la cima, una pequeña parte de su mente observó que tal vez habría obrado mejor enviando un par de exploradores por delante para ver qué sucedía antes de comprometer a toda la partida. El noble maldijo silenciosamente para sí mismo; el agotamiento y el hambre alteraban su criterio.

La batalla había acabado por completo cuando los druchii llegaron con cautela a la cima; a más de medio kilómetro de distancia, los vencedores estaban rodeando a los enemigos restantes y los asesinaban de modo sistemático. Partidas de jinetes galopaban de un lado a otro por la llanura situada más abajo y cercaban a grupos más pequeños, a los que derribaban con lanzas arrojadas y hachas.

Sobre la tierra batida había docenas de cuerpos, tanto de caballos como de hombres. Los guerreros eran humanos, por lo que Malus podía ver, ataviados con pieles y dispares piezas de armadura. Montaban robustos ponis peludos, que parecían compensar con fuerza y ligereza lo que les faltaba en tamaño.

Cerca del centro de la masa de guerreros en movimiento, Malus distinguió lo que parecían ser los restos de un campamento.

El noble hizo que *Rencor* se detuviera en seco. El nauglir arenaba la tierra, impaciente ante la presencia de tanta carne de caballo a su alcance.

—¡Vanhir! —llamó Malus mientras forcejeaba con las riendas.

Obediente, el caballero se separó de la formación y obligó al gélido a avanzar

hacia Malus.

—¿Mi señor?

Malus señaló la batalla de la llanura con el mentón.

—¿Qué conclusión sacas de ese lío?

—Humanos salvajes —dijo el caballero, de inmediato—. Bárbaros nórdicos, por el aspecto de los ponis. Estamos cerca de los territorios de su tribu, y deduzco que es una partida de incursión que regresa a los cuarteles de invierno.

Malus frunció el entrecejo.

—¿Contra quién luchan?

—Unos contra otros —replicó Vanhir, con desdén—. Una disputa por el botín, supongo. Están tan cerca de sus territorios natales que algunos deben de haber pensado que podían privar a otros de la parte que les correspondía sin correr riesgos.

«Entonces, no son tan diferentes de nosotros», pensó Malus. Intentó calcular el número de bárbaros que había en el campo de batalla: al menos treinta, entre vencedores y vencidos.

—Son más numerosos, pero van mal acorazados —reflexionó el noble—. ¿Crees que nos han visto ya?

Justo en ese momento, a uno de los gélidos se le agotó la paciencia, se alzó de manos y lanzó un rugido de caza que recogieron los otros nauglirs. Para cuando los druchii recobraron el control de las monturas, la llanura estaba cubierta de ponis que se alzaban de manos, y de nómadas que gritaban y gesticulaban.

—¿Qué decías, mi señor?

—Nada —dijo Malus—. ¿Qué harán ahora?

Vanhir pareció conmocionado por el hecho de que el noble formulase una pregunta semejante.

—Pues atacarán, mi señor —respondió—. Los nómadas adoran al Señor de los Cráneos. Veréis... ¡Ya vienen!

En efecto, los bárbaros se habían recobrado de la sorpresa inicial, y los jinetes — todos juntos, al parecer de nuevo unidos contra un enemigo común— ya habían formado en un desordenado grupo que trotaba hacia ellos. Agitaban hachas ensangrentadas por encima de la cabeza y bramaban ululantes gritos de guerra mientras cabalgaban.

—Muy bien. Regresa a la formación, Vanhir —ordenó Malus, y después se puso de pie sobre los estribos—. ¡Sa'an'ishar! ¡Ballestas preparadas! —gritó—. ¡Dos andanadas a mi orden, y luego preparaos para cargar!

Malus extendió un brazo hacia atrás para coger la ballesta en el momento en que los nómadas taconeaban a los ponis para que aceleraran hasta un trote ligero. Ya casi estaban al pie de la cadena de colinas. A esa distancia, vio que llevaban la cara piulada con una pasta blanca que les confería el aspecto de cráneos, y espesas

melenas de pelo trenzado se agitaban violentamente al viento. Cada jinete, según vio el noble, llevaba un manojo de cabezas cortadas atadas por el pelo a la silla de montar.

—¡Preparados! —gritó al mismo tiempo que alzaba la ballesta hasta el hombro.

Recorrió con los ojos las primeras filas de la turba que se aproximaba, en busca del jefe. Se decidió por un nómada enorme que montaba un peludo poni negro y llevaba una descomunal hacha de guerra en una ancha mano. La cabeza del hombre había sido afeitada y tatuada con toscos sigilos rojos, y la cara tenía más rasgos en común con un lobo que con un hombre. Mientras Malus observaba, el nómada enseñó dientes puntiagudos al lanzar un bramido, y la horda aceleró hasta el galope.

—¡Disparad! —gritó Malus, y la ballesta restalló en su mano.

El nómada con cabeza lobuna se tambaleó sobre el poni cuando una saeta de negras plumas se le clavó en el pecho. Se aferró a la silla de montar por espacio de dos segundos; luego, los insensibles dedos soltaron el hacha, y el bárbaro cayó de espaldas al suelo.

El noble ya accionaba el mecanismo de carga con movimientos rápidos y seguros, perfeccionados por los años de práctica. Media docena de bárbaros habían caído heridos por Hechas o derribados por ponis agonizantes y pisoteados por sus compañeros. Los incursores, de cuyas hachas caían regueros de sangre, ya habían llegado a la mitad de la cuesta. La ballesta de Malus se cargó con un chasquido, y él escogió otro objetivo.

—¡Preparados! —bramó, y oyó los gritos de respuesta de sus hombres. Al azar, Malus escogió a un jinete que llevaba en alto una lanza arrojadiza—. ¡Disparad!

La ballesta restalló, y la saeta se clavó en la garganta del hombre, la atravesó y le seccionó la columna vertebral; una mancha roja apareció en torno al cráneo del nómada, que, como una muñeca de trapo, cayó al suelo.

Malus colgó la ballesta de la silla de montar y desenvainó la espada. Los humanos ya estaban casi sobre ellos. Otras espadas susurraron al salir de las vainas de la formación druchii.

—¡Cargad!

Los nauglirs saltaron hacia adelante con un frenético rugido. Por un momento, Malus apenas logró mantenerse sobre la silla de montar cuando *Rencor*, hambriento, dio un brinco hacia el poni más cercano. El animal chilló de terror e intentó apartarse, pero el gélido lo cogió por el cuello y cerró las fauces en medio de una fuente de sangre caliente. El jinete salió despedido hacia adelante a causa del impacto y cayó cuan largo era sobre el cuello de *Rencor*, donde Malus le atravesó el cráneo con la espada. Otro incursor pasó por la derecha y le asestó un resonante golpe de través sobre el peto que lo lanzó contra la parte posterior de la silla de montar e hizo que su espada saliera girando por el aire. Aferrándose a la silla de montar, espoleó

salvajemente al gélido para apartarlo del improvisado banquete mientras sacaba de forma apresurada la segunda espada de la vaina y se erguía, dolorido.

Otro jinete galopó hacia Malus desde la izquierda. El noble tiró de las riendas para situar la cabeza de *Rencor* en el camino del nómada, y el gélido arrancó al hombre de encima de la montura. El incursor bramó de furia y halló fuerzas para asestarle débiles tajos en el hocico antes de que *Rencor* le seccionara el torso e hiciera caer al suelo las extremidades y la cabeza.

A esas alturas, los incursores habían pasado más allá de los druchii y estaban girando en lo alto de la cadena de colinas. Sobre la ladera yacían una docena de cuerpos de nómadas y un druchii cuyo hambriento nauglir lo había aplastado al saltar sobre el primer poni a su alcance y rodar ladera abajo con la presa. Quedaban menos de la mitad de los incursores, pero los bárbaros de mirada salvaje no daban muestras de que quisieran abandonar la lucha. Malus hizo girar a *Rencor* y lo espoleó para que volviera a subir la pendiente; en ese momento, los nómadas se lanzaron hacia él.

Una vez más, *Rencor* se lanzó hacia el poni más cercano, pero esa vez el nómada era un jinete experto, al que, además, enloquecía la sed de batalla. En el último momento hizo saltar al poni por encima de la cabeza del gélido, y Malus se encontró mirando con ojos desorbitados las encogidas patas y el ancho pecho del animal, que volaba hacia él como una piedra que caía desde lo alto. Antes de que pudiera reaccionar, *Rencor* atrapó los cuartos traseros del poni con las fauces, y de repente, jinetes y monturas daban volteretas ladera abajo.

El poni del nómada le dio a Malus un golpe de soslayo que lo hizo salir volando de la silla. Aterrizó con un fuerte impacto a casi doce metros de distancia, en medio de una lluvia de tierra y hierba, pero, muy probablemente, el golpe le había salvado la vida. *Rencor* y el poni agonizante pasaron de largo rodando por la ladera; el animal chillaba desesperadamente de dolor y terror. El incursor se detuvo a poca distancia, sin sentido a causa de la caída, y Malus saltó sobre él mientras estaba indefenso y le cortó la cabeza de un tajo.

Para cuando Malus se levantó con paso tambaleante, la batalla había acabado. Los ponis sin jinete relinchaban y galopaban en todas direcciones; algunos eran perseguidos por nauglirs fuera de control, cuyos jinetes maldecían y forcejeaban con las riendas. Un nómada sin montura se lanzó ladera abajo hacia uno de los druchii; el inutilizado brazo izquierdo le colgaba al lado. Malus observó cómo Dalvar sacaba un cuchillo del cinturón y lo lanzaba; la destellante trayectoria que recorrió el arma acabó en la parte posterior del cráneo del incursor.

Lhunara vio a Malus y fue hacia él al trote, con Vanhir detrás. El terrible cansancio de ella se había desvanecido en la emoción de la carga, y la lobuna sonrisa que había en los labios de la oficial era la primera que Malus veía en muchos días.

—¡Agradable diversión para una tarde, mi señor! —le gritó.

—¿Algún prisionero? —preguntó Malus.

Vanhir negó con la cabeza.

—Los bárbaros no son de los que pueden capturarse —respondió—. Luchan con los dientes y los astillados muñones de los brazos si es lo único que tienen.

—¿Órdenes, mi señor? —preguntó Lhunara.

Malus arrancó un puñado de hierba parda y se puso a limpiar la sangre de la espada mientras recorría el campo de batalla con los ojos.

—Que la partida de guerra desmonte y deje que los nauglirs coman hasta hartarse. Los hombres pueden saquear el campo de batalla mientras los gélidos se atracan de carne. Sin duda, habrá objetos de valor entre las tiendas, y se han ganado una recompensa. Luego, recogeremos toda la comida que podamos encontrar y nos marcharemos de aquí antes del anochecer.

Vanhir frunció el ceño.

—Si dejamos que los gélidos se empachen, se volverán lentos...

—Cuando los nauglirs tienen demasiada hambre, se vuelven contra los miembros más débiles de la manada..., y en este caso, somos nosotros —respondió Malus—. Esto ha sido un regalo —observó al mismo tiempo que abarcaba el campo de batalla con un barrido de la espada—. Quiero aprovechar la ocasión todo lo posible porque quién sabe cuándo volveremos a tener tanta carne a mano.

El caballero reflexionó sobre lo que acababa de oír y se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo, e hizo que su montura girara para volver a subir por la ladera.

Lhunara lo observó mientras se alejaba.

—Parece decepcionado.

Malus se encogió de hombros.

—Ya puede estarlo. Con el estómago lleno y las alforjas cargadas de oro, los hombres tendrán menos razones para cortarme el cuello esta noche.

—Muy cierto —asintió ella, y luego bajó la mirada hacia el noble, con una sonrisa torcida—. Por supuesto, siempre queda mañana.

A continuación, la oficial hizo girar a la montura y se alejó para transmitir las órdenes de Malus.

La ciudad pareció surgir de la nada. En un momento dado no había más que áridas planicies y un horizonte gris acero, y luego atravesaron una loma baja y vieron las ruinas que se alzaban hacia el cielo desde el llano situado a menos de un kilómetro al norte. Los druchii permanecieron sobre las monturas en la ladera descendente e intentaron darle un sentido a aquello. «No pudimos verla antes a causa del polvo —pensó Malus—. Ninguna otra cosa tiene sentido. Pero, por otro lado, estamos en los Desiertos del Caos.»

Cuando otra racha de viento les lanzó una nube de polvo y arena a la cara, Malus

se ajustó la bufanda que le cubría la boca y la nariz. Hacía días que habían dejado atrás el campamento de los nómadas, y el terreno había pasado de pasturas a tierra resquebrajada y nubes de polvo. Las ráfagas de viento eran calientes y olían a azufre, como si escaparan por la boca abierta de un horno a pesar de que las espesas nubes grises de lo alto amenazaban con nieve. Entonces, la montaña parecía hallarse más cerca, al menos. Así lo creía Malus, en todo caso. Ya no estaba seguro.

—Bien, Vanhir, ¿qué conclusión sacas de eso?

Vanhir se encontraba a la derecha de Malus y se sujetaba la bufanda contra la cara.

—No sé qué es, mi señor —respondió al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Con mi familia, nunca llegamos tan al norte cuando perseguíamos a los humanos. —Hizo una pausa para estudiar las derribadas murallas y las torres partidas que había a lo lejos—. Parece desierta..., al menos, yo no veo ningún signo de actividad. Tal vez sea la ciudad de demonios de la que habló el urhan Beg antes de entrar en el Santuario de los Caballeros Muertos.

—Si está desierta, no me importa quién la construyó —intervino Lhunara con irritación al detener la montura a la izquierda de Malus. Llevaba la capucha sobre la cabeza y la máscara nocturna puesta para protegerse la cara—. Lucharía contra un demonio si eso significara salir de esta maldita tormenta de polvo durante una hora o dos.

Malus consideró las opciones que tenía. Era cierto que la ciudad en ruinas parecía desierta, pero esa impresión podía fácilmente ser engañosa. A primera vista era tan grande como Hag Graef, y un centenar de incursores podían ocultarse en ella sin que nadie se diera cuenta. Sin embargo...

—Si alguien construyó una ciudad aquí, tiene que haber un pozo de agua en alguna parte —dijo—. Y estamos quedándonos sin agua.

El noble reprimió una maldición mientras intentaba hacer funcionar su exhaustamente. Deseaba tener hombres suficientes para arriesgarse a enviar una patrulla, pero entonces eran tan pocos que arriesgar a uno o dos druchii equivalía a poner en peligro a todo el grupo.

—¡Vamos! —dijo mientras volvía a coger las riendas de *Rencor*—. Como ha dicho Lhunara, al menos saldremos del polvo durante un rato.

Tardaron casi media hora en atravesar la polvorienta llanura y llegar a las derrumbadas murallas de la ciudad: como siempre, en los Desiertos del Caos la distancia y el tiempo eran engañosos. Al aproximarse, Malus y los druchii vieron que las pilas de piedra —un mármol oscuro y vetado que parecía fuera de lugar en la árida naturaleza del llano— estaban profundamente desgastadas por los elementos.

Estatuas que podrían llevar allí miles de años habían sido erosionadas hasta transformarse en vagas formas humanas, y de las tallas que había sobre la alta puerta

abovedada quedaban sólo débiles sombras. Montones de arena depositada por el viento formaban pequeñas dunas en las calles desiertas, y muchos de los edificios que veían eran poco más que pilas de escombros.

A Malus se le erizó el vello de la nuca cuando atravesaron el corto pasadizo que mediaba entre las puertas exteriores e interiores, pero las estrechas troneras de lo alto hacía tiempo que habían quedado completamente cegadas por la arena y el polvo. Salieron a un patio sembrado de desechos. La débil luz brillaba sobre el empedrado de adoquines verde oscuro; éstos habían sido pulidos hasta adquirir una especie de translucimiento que les confería el aspecto del vidrio ornamental.

El noble señaló un grupo de torres situadas cerca del centro de la ciudad.

—Eso debe de ser la ciudadela —dijo—. Es el lugar donde probablemente encontraremos un pozo o una cisterna.

Rencor gruñó y se le dilataron las anchas fosas nasales al olfatear el aire. Malus observó las puertas abiertas y las sombrías callejuelas que mediaban entre los edificios, pero no percibió ninguna amenaza inminente. «Llevamos demasiado tiempo en esas malditas llanuras abiertas —pensó—. La estrechas calles de la ciudad me hacen sentir como si pasara por el ojo de una aguja.»

La pequeña columna comenzó a avanzar entre las ruinas. Los miembros de la partida de guerra estaban tensos; habían visto suficientes peligros inesperados y desconfiaban de todo aquello con lo que se encontraban. Pero el único compañero que parecían tener en la ciudad era el implacable viento, que levantaba nubes de polvo dondequiera que iban.

Moverse por la ciudad resultó sorprendentemente difícil. Apenas habían avanzado cien metros por una calle estrecha cuando se encontraron con el camino cerrado por un canal de casi nueve metros de profundidad por quince de ancho, que corría de izquierda a derecha hasta donde podía verse en ambas direcciones.

Los lados del canal eran lisos y verticales, y la travesía por la que habían llegado desembocaba en una calle que corría paralela al borde del canal. «¿Algún tipo de construcción defensiva, tal vez? —pensó Malus—. ¿Un foso para retardar el avance de los invasores?» Frunció el entrecejo, incapaz de encontrarle el sentido. Hizo que la columna girara a la derecha y se puso a buscar un medio para cruzar al otro lado. Tras otros cien metros, los druchii hallaron un estrecho puente que atravesaba el canal, aunque, por lo que Malus podía ver, el puente sería difícil de defender en medio de un ataque.

Condujo a la columna al otro lado de la ruinosa estructura, y sus vigilantes ojos repararon en las tallas que adornaban ambos laterales del puente. En el mármol, había labradas sinuosas imágenes de dragones marinos, cuyos cuerpos formaban gráciles arcos que les conferían la apariencia de estar saltando de un lado a otro de la zanja.

«No, no es una zanja», comprendió Malus, de pronto. Era un canal artificial,

destinado a la navegación.

La columna encontró otros dos canales similares cuando se adentró en la ciudad. En el último canal seco hallaron los restos de una embarcación que se inclinaba a babor como un borracho; los mástiles, partidos, colgaban sobre el otro lado del canal. «¿Cuánto tiempo ha pasado desde la época en que esta ciudad estaba situada junto a un gran mar?» Malus movió la cabeza con asombro.

Al adentrarse más hacia el centro de la urbe vieron que los edificios estaban en mejores condiciones. Las calles eran estrechas y sinuosas —a Malus le recordaron un poco a las de la lejana Ciar Karond—, y el gran tamaño de las estructuras parecía ofrecerles más protección contra el constante viento. Había estatuas de dragones marinos que saltaban, y mosaicos de piedras coloreadas que representaban escenas submarinas, o al menos eso supuso el noble, dadas las numerosas representaciones de peces y anguilas. Un mosaico en particular le llamó la atención: mostraba una ciudad que estaba bajo el agua, con las anchas calles recorridas por peces, serpientes y otras criaturas que el noble no pudo identificar con facilidad. La imagen lo inquietaba, pero no sabía por qué.

Los edificios estaban expertamente contruidos con el mismo oscuro mármol vetado que habían visto alrededor de las puertas de la ciudad. El descomunal coste de construcción era pasmoso, por no mencionar el esfuerzo que tuvo que requerir la extracción de tanta piedra de alta calidad y su transporte hasta el sitio indicado. Las estructuras estaban hechas casi exclusivamente de piedra; Malus veía muy poca madera, cosa que indicaba un grado de destreza artesana que rivalizaba con la de los enanos. Sin embargo, ningún enano había colaborado en la construcción de aquel lugar, ya que los edificios carecían de la solidez ancha y baja de las estructuras levantadas por ellos. Por supuesto, Hag Graef había sido erigida por esclavos enanos de acuerdo con las especificaciones de los druchii, recordó el noble.

¿No podría haber sucedido lo mismo allí? Lógicamente, era posible, pero el instinto le decía a Malus que no era ése el caso. Otros habían levantado aquella ciudad junto al mar. Tal vez habían sido los artesanos de la antigua Aenarion, pero, de ser así, los secretos del oficio habían muerto con ellos hacía ya muchos milenios.

Transcurrieron casi tres horas antes de que la columna hallara el camino hasta una gran plaza situada a la sombra de la fortaleza central de la ciudad. Al igual que las puertas exteriores, la entrada de la ciudadela estaba abierta y sus defensores habían desaparecido hacía mucho tiempo. A Malus, el castillo de las altas y estrechas torres le recordó un poco a Hag Cirae. «O a un bosque de coral del fondo del mar», advirtió el noble, algo incómodo.

En conjunto, la ciudadela estaba en mejores condiciones que el resto de la ciudad. Los jinetes salieron a otro patio lleno de arena, pero las altas murallas mitigaban un poco el viento, y Malus reconoció unas barracas y una forja intactas que se alzaban

contra una de las murallas exteriores.

—¡Alto! —ordenó Malus, y se deslizó grácilmente de la silla de montar al suelo. *Rencor* continuaba tenso, con los poderosos hombros encorvados, y las fosas nasales se le dilataban con cada inspiración—. Vanhir —dijo Malus cuando el resto de la partida de guerra se detuvo—, escoge un hombre y quedaos a vigilar las monturas. El resto vamos a ver si podemos encontrar agua.

Con los pellejos de agua echados al hombro, peinaron el palio durante más de una hora y registraron las barracas y la forja; descubrieron cocinas, establos y almacenes, pero no hallaron ni rastro de un pozo.

A Malus comenzaba a pesarle el silencio del lugar. De vez en cuando se sorprendía mirando hacia las altas y estrechas ventanas de la torre de homenaje, situada en el centro de la ciudadela. Tenía erizado el vello de la nuca y sabía que lo estaban observando. Los pasos resonaban en los edificios vacíos; ni siquiera una rata se movió cuando ellos se aproximaron.

Al final, ya no quedó nada que registrar, salvo la torre de homenaje. Regresaron junto a los gélidos para recoger tres faroles, y a continuación, los cinco druchii entraron.

Al otro lado de la puerta abierta, los montones de arena cedieron rápidamente terreno a un suelo de pizarra que hacía resonar cada paso. Malus encabezaba la marcha, con la luz en alto. Atravesaron una sucesión de grandes salones, donde se amontonaban polvo y estatuas partidas. En algunos rincones había pilas de huesos, cosa que daba a entender que la ciudadela había dado cobijo a algún depredador en el pasado. La pálida luz bruja de los faroles iluminaba mosaicos con más escenas submarinas que cubrían varias de las paredes de las espaciosas estancias. Una vez más, Malus vio representaciones de ciudades sumergidas; en esta ocasión, estaban pobladas por figuras vagas, con cabeza y brazos de hombres pero cuerpo de pez o serpiente. Varios mosaicos mostraban veloces embarcaciones de vela que batallaban contra lo que parecían enormes krakens. Brillantes figuras con armadura verde pálido arrojaban lanzas de fuego hacia los ojos de los monstruos, mientras los krakens envolvían el casco y los mástiles con sus tentáculos provistos de púas.

De vez en cuando, el noble creía oír sonidos furtivos mezclados con las resonantes pisadas del grupo: un arrastrar de pies o pasos cautelosos en las profundas sombras de un pasillo lateral o una sala adyacente. Más allá de la esfera de luz de los faroles, el grupo transitaba por un abismo resonante, cuyos límites sólo atisbaban vagamente y con poca frecuencia. Lhunara también parecía percibirlo: caminaba en la retaguardia del grupo, con una espada desnuda en la mano y la cara transformada en una máscara de concentración.

Finalmente, atravesaron otro grandioso salón que podría haber sido una sala de audiencias, aunque sobre la plataforma no había ningún trono, si es que alguna vez lo

había habido. Al otro lado hallaron una serie de habitaciones vacías y una escalera de piedra que descendía hacia una oscuridad aún mayor.

Malus se detuvo en lo alto de la escalera e inspiró profundamente al mismo tiempo que alzaba más la luz. En medio del denso manto de polvo y moho, el aire tenía una calidad fresca y húmeda. Se volvió para comunicarle la noticia al resto del grupo, pero las palabras murieron en su garganta. Se encontraban en las profundidades de la ciudadela, rodeados de piedra y resonante oscuridad, y una parte de él temía hablar. No sabía quién más podría oírlo y acudir en busca de la fuente del sonido.

El noble encabezó el descenso, espada en mano. La escalera bajaba hasta una bodega grande como una caverna, con columnas de vetado mármol que daban soporte a arcos curvos de piedra. Tallas de dragones marinos ascendían en espiral por las columnas, y las bien encajadas losas del suelo eran, de nuevo, trozos de oscuro vidrio pulido. En la oscilante luz bruja, el suelo relumbraba como un paisaje marino al resplandor de la luna. Por mucho que se esforzaba, Malus no lograba ver pared alguna —la cámara se extendía en todas direcciones—, pero percibía la presencia de agua. La humedad flotaba en el aire de la cámara.

—Separaos —dijo el noble en voz baja—. Y mirad dónde ponéis los pies.

Al cabo de unos minutos, se oyó el ruido de una piedra que se movía, y luego la susurrante voz de Lhunara.

—¡Aquí! ¡La he encontrado!

Malus y los demás druchii se reunieron con la oficial, que estaba de pie junto a una ancha abertura circular que había en el suelo de roca. Había apartado una tapa de piedra que tenía tallada una concha marina: a la vista quedaba la inmóvil superficie del agua, situada a pocos centímetros por debajo del borde. Cuando Malus se acercó, otro de los guardias estaba bebiendo un sorbo de prueba bajo la insistente mirada de Lhunara. El druchii asintió sin mucha convicción, y ella se volvió para hablarle a su señor.

—Parece que puede beberse sin peligro.

—Bien —replicó Malus con sequedad, al mismo tiempo que se quitaba el odre del hombro—. Llenemos los pellejos y salgamos. No me gusta la atmósfera de este lugar.

El grupo se puso a la tarea. Malus reprimió el impulso de girar en lentos círculos para observar precavidamente la oscuridad. No lograría nada más que poner nerviosos a los otros, así que se obligó a permanecer quieto y esperar.

A pesar de lo tenso que estaba, el noble no oyó cómo Dalvar se deslizaba silenciosamente hasta su lado.

—¿Mi señor? —murmuró Dalvar—. He encontrado algo que creo que debes ver.

—¿Qué? —preguntó Malus, pero cuando se volvió, el guardia ya se escabullía en

la oscuridad, hacia las profundidades de la cámara. El noble frunció el entrecejo y fue tras él con la luz en alto.

Siguió a Dalvar durante varios segundos, alejándose cada vez más de la cisterna. Luego, de modo repentino, el guardia se detuvo.

—Cuidado con dónde pones los pies, mi señor —dijo Dalvar en voz baja—. El suelo es peligroso aquí.

Malus avanzó hasta el borde de lo que parecía ser un gran desagüe. En algún momento, posiblemente hacía centenares de años, una extensa zona del suelo se había hundido dentro de una caverna. Al mirar hacia abajo, el noble vio pilas de escombros vidriosos y altas estalagmitas que ascendían del suelo de la caverna, situado a una profundidad de casi cinco metros.

Malus estudió la zona con ojos desconfiados.

—No veo qué es tan importante —dijo.

—Eso no es lo que quería mostrarte, mi señor —respondió Dalvar, casi susurrándole al oído—. Es esto.

La punta de la daga se deslizó sin esfuerzo dentro de la piel de debajo de la oreja derecha del noble. Era el arma de un asesino, afilada como una navaja; Malus apenas sintió el diminuto pinchazo, pero el mensaje que le transmitió fue claro: «No te muevas. No te haría ningún bien».

—Se dice que en la ciudad de Har Ganeth el asesinato puede ser considerado una señal de respeto..., incluso de admiración —susurró Dalvar—. Es también una expresión de arte. El acto en sí no es tan importante como la manera en que se ejecuta. Por supuesto, un arte así sólo puede ser apreciado por un único espectador, y si la ejecución tiene éxito es la última experiencia de la vida de ese espectador. Es sublime, ¿te das cuenta?

Malus no dijo nada. Sujetaba la espada con la mano, pero Dalvar se encontraba muy cerca y le tenía el arma completamente atrapada.

—Considera el cuadro vivo que se despliega ante ti, mi señor. Un solo gesto de mi brazo, y la daga te penetrará en el cerebro. La muerte será instantánea y casi indolora, si eso te importa. Y lo mejor de todo es que el corazón se detendrá y de la herida manará poca o nada de sangre; si le aplicara tierra encima con el dedo pulgar, resultaría invisible. Luego, te desplomarás sobre las rocas de ahí abajo, y yo les diré a los otros que estabas cansado, te descuidaste y caíste por el borde.

—Lhunara te matará —dijo Malus.

—Tal vez, sí, o tal vez no. Es leal, pero pragmática. Cada guerrero que muere es una espada menos con la que contar en el camino de regreso. En cualquier caso, es un riesgo que correré yo; no tú. Tú estarás a salvo de preocupaciones. —La daga penetró apenas un poco más en el cuello del noble—. Bueno, ¿te das cuenta de lo precaria que es tu vida en este momento?

—Ya lo creo —replicó Malus, que se sorprendió ante la calma que sentía.

—Excelente —dijo Dalvar, y la daga desapareció de repente—. Ahora, espero que apreciarás el hecho de que yo no tenga ningún interés en aprovecharme de esta oportunidad.

Malus se volvió con lentitud para encararse con Dalvar. La espada le temblaba en la mano.

—Tienes una manera interesante... y posiblemente fatal... de demostrar las cosas —dijo.

El guardia se encogió de hombros.

—No se me ocurrió ningún modo mejor de mitigar tu suspicacia, mi señor. Si tuviera algún interés en matarte, podría haberlo hecho hace apenas un instante y con un mínimo riesgo.

Malus apretó los dientes. Era una idea que lo enfurecía, aunque también realista.

—Bien, ¿cuál es tu interés, entonces?

—Sobrevivir —fue la sencilla respuesta de Dalvar—. No quiero hacer demasiado hincapié en el asunto, mi señor, pero creo que te han engañado, y que Nagaira nos ha sacrificado a mí y a mis hombres para conferirle mayor peso a ese engaño.

Los ojos del noble se entrecerraron con desconfianza.

—¿Cómo sabes eso?

Dalvar se encogió de hombros.

—No lo sé con certeza, pero algunas de las cosas que mi señora te aseguró, y también a mí, incidentalmente, han resultado no ser ciertas, ¿verdad? El cráneo no está conduciéndonos a ninguna parte, y Urial lanzó a esos jinetes tras nosotros casi inmediatamente después de que saliéramos de Hag Graef.

—¿Y qué consigue ella con todo esto?

—Os perjudica tanto a ti como a Urial con un solo golpe. Has cogido una de las más preciadas posesiones de Urial y te la has llevado muy lejos de su alcance, al interior de los Desiertos del Caos. Aunque sobrevivas, tu medio hermano dedicará todas sus energías a destruirte, y no tienes aliado ninguno dentro ni fuera de Hag Graef que pueda auxiliarte. Esto, por otra parte, también mantiene a Urial demasiado ocupado para que continúe acosando a Nagaira. Se enfadó mucho contigo cuando te escabulliste para llevar a cabo la incursión pirata de este verano y la abandonaste a las atenciones de él.

—Urial tiene que saber que ella me ayudó a entrar en su torre.

Dalvar se encogió de hombros.

—Tal vez, pero tú tienes el cráneo, y ella no. Además, está loco de deseo por Nagaira.

—¿Y sacrificaría a su teniente de mayor confianza y a cinco guardias sólo por un engaño?

—Como ya he dicho, estaba muy enfadada.

Malus inspiró profundamente y recobró la compostura.

—Muy bien, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? No quiero nada. Te estoy ofreciendo mis servicios.

El noble parpadeó.

—¿Qué podría querer yo de un bribón como tú?

La sonrisa burlona de Dalvar hizo acto de presencia de nuevo.

—¡Vamos, mi señor! Tu teniente es una mujer, tienes a tu servicio un caballero que ganaste en una apuesta, y si los rumores son ciertos, das cobijo a un antiguo asesino que huyó del templo de Khaine. Recurras tanto a los bribones como cualquier otro noble, y no eres tan descuidado con sus vidas.

Malus meditó lo que acababa de oír.

—De acuerdo. ¿Qué puedes decirme de Vanhir, entonces? ¿Qué traición está planeando?

—¿Traición? Ninguna, mi señor.

—¿Esperas que me crea eso, Dalvar? —le espetó Malus.

—Por supuesto —replicó el guardia—. Creo que lo has juzgado mal, mi señor.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

—No está a punto de traicionarte, mi señor. Vanhir es un hombre orgulloso y honorable..., precipitado e impetuoso tal vez, pero orgulloso y honorable de todas formas. No es de los que te clavan un cuchillo por la espalda o te degüellan mientras duermes. No; cumplirá su juramento y regresará a Hag Graef, y luego consagrará el resto de su vida a destruirte, un tajito por vez. Y durante todo ese tiempo, se asegurará de que sepas que es él quien lo está haciendo. En eso, sospecho que los dos os parecéis mucho.

Malus lo pensó cuidadosamente, y le dolió admitir que el bribón estaba en lo cierto.

—¿Y qué me dices de tus hombres?

Dalvar extendió las manos hacia adelante.

—Ahora me pertenecen a mí, no a ella. Harán lo que yo diga.

El noble asintió con la cabeza.

—Muy bien. Pero recuerda que, como tan sabiamente has señalado, soy yo quien posee el cráneo, y tengo intención de reclamar el poder que encierra, con independencia de cuántos de vosotros muráis en el proceso. Saldré de los Desiertos del Caos yo solo si es necesario. ¿Me entiendes?

Dalvar hizo una profunda reverencia.

—Viviré y moriré a tus órdenes, mi señor.

—¿Mi señor? —La voz de Lhunara resonó por la caverna con un ligero toque de preocupación—. Hemos llenado los pellejos de agua. ¿Va todo bien?

—Todo va bien —respondió Malus, mirando a Dalvar a los ojos—. Tenemos todo lo que necesitamos. Salgamos de aquí.

Malus encabezó la marcha escalera arriba; alternativamente, tanto hervía por dentro como consideraba con calma el movimiento siguiente. Las sospechas que abrigaba respecto a su hermana parecían haberse confirmado, y ese pensamiento lo amargaba hasta el fondo de su alma. Pero ella se había excedido. Entonces, los guardias de Nagaira le pertenecían a él y, dentro de poco, lo mismo sucedería con el poder del templo.

Sus pasos se aceleraron a través de los oscuros salones vacíos, y sonrió salvajemente en las tinieblas. En todo caso, su posición era aún más fuerte que antes.

El grupo estaba a poca distancia de la puerta de la ciudadela cuando se produjo la emboscada.

15. Kul Hadar

El gran salón para banquetes estaba separado del vestíbulo de entrada de la ciudadela por un largo pasillo, que, en esencia, dividía una estancia enorme para aislar un tercio de su largo, que quedaba como habitación independiente, situada frente a las altas puertas dobles de la fortaleza. Cuando Malus y el grupo atravesaban el pasillo, el noble vio que grises rayos solares entraban oblicuamente por la puerta abierta y formaban un débil cuadrado de luz sobre el suelo cubierto de arena. La luz mortecina de los Desiertos del Caos jamás había parecido tan acogedora antes.

El y Dalvar acababan de penetrar en el vestíbulo de entrada cuando la oscuridad que los rodeaba estalló en aullidos y rugidos bestiales, y unos pies anchos y descalzos tamborilearon sobre las losas de pizarra. Malus captó un atisbo de una enorme forma cornuda y musculosa que se alzaba sobre dos patas a la luz del farol, y luego un pesado garrote le golpeó el avambrazo izquierdo y le hizo caer la luz de las manos. El noble retrocedió y alzó la espada mientras el farol se estrellaba sobre las losas y derramaba aceite ardiendo por el suelo.

El atacante de Malus lanzó otro rugido inhumano y corrió hacia el noble con el garrote en alto. La débil luz del aceite ardiendo brilló sobre un ancho pecho musculoso ribeteado de negro pelo grueso, y sobre unas poderosas piernas rematadas por grandes pezuñas. El monstruo medía cerca de dos metros y parecía mucho más fuerte que cualquier druchii, además de moverse con la rapidez de un león de las llanuras.

Sin embargo, por rápido que fuera el monstruo, el noble lo era aún más. Cuando el hombre bestia cargó, Malus también dio un salto hacia adelante, se agachó por debajo de los gruesos brazos del monstruo y le clavó la espada profundamente en el vientre. La hoja atravesó la gruesa pared de músculos abdominales del monstruo y la fuerza de la carga la empujó a través del cuerpo, de modo que raspó contra el espinazo cuando salió por la espalda de la criatura.

El hombre bestia bramó de sorpresa y cólera, y se dobló sobre la espada druchii, pero tendió la mano izquierda, aferró a Malus por el pelo y lo lanzó hacia atrás, contra la pared que tenía cerca; la cabeza del noble golpeó contra el muro de piedra y ante su visión estallaron chispas. Luego, el garrote de la criatura se estrelló contra el peto de Malus, que creyó haber sido pateado por un dios.

El noble rebotó contra la pared de piedra y cayó al suelo con la respiración cortada. La armadura fue lo único que lo salvó, y a pesar de eso, sintió que el resistente acero flexible estaba profundamente abollado justo a la izquierda del corazón. El garrote volvió a caer, y esa vez impactó contra el muro y parte de un hombro de Malus; el golpe le causó una aguda punzada en la articulación, y lo hizo gritar de dolor e ira mientras sacaba a tuestas la daga de la vaina que tenía la bota.

Cuando el hombre bestia volvió a alzar el garrote, Malus se levantó de un salto y se aferró a la enorme criatura, a la que apuñaló una y otra vez en el pecho y el cuello.

El monstruo rugió. Tenía la boca situada justo sobre el oído izquierdo del noble. Malus olía el fétido aliento del hombre bestia, que al sacudir la cabeza de dolor, lo golpeaba con las puntas de gruesos colmillos o cuernos. Sangre caliente y amarga corría por el pecho del monstruo, cuyos bramidos se transformaron en un estertor estrangulado.

Una vez más, la ancha y callosa mano del hombre bestia aferró a Malus por el pelo y el cuello e intentó quitárselo de encima, pero el noble gruñó de dolor y continuó cogido mientras clavaba el cuchillo una y otra vez en el cuerpo del enemigo. El pesado garrote cayó al suelo, pero el triunfo del noble fue de corta duración porque la bestia se puso a darle repetidos puñetazos en un lado de la cabeza, y uno de los golpes hizo que cayera al suelo.

Aturdido y desorientado, Malus se puso trabajosamente de pie. Se oían gritos y alaridos que resonaban por la estancia vacía, y las bestias parecían estar en todas partes. Una figura cubierta de pelo se estrelló contra él y lo derribó, y el noble le clavó los dientes en la garganta destrozada y sangrante antes de darse cuenta de que el ser sufría estertores agónicos. El hombre bestia murió un momento después, y cuando Malus hizo rodar a la criatura para quitársela de encima vio que el cadáver aún tenía su espada clavada en el abdomen hasta la empuñadura.

La emboscada fue tan breve como brutal. Al recobrar del todo el sentido, Malus vio que otro monstruo se desplomaba sobre el aceite que aún ardía, pero la daga que la criatura tenía clavada en un ojo le ahorró el sufrimiento de quemarse viva. Otros dos hombres bestia pasaron corriendo ante la oscilante luz, de modo que brazos y piernas pasaron como un rayo en la precipitada carrera hacia la puerta abierta.

—¡Alto! —rugió Malus al ver que se lanzaban de cabeza al patio, y luego se levantó con paso vacilante para seguirlos.

Un nauglir rugió de forma desafiante cuando Malus llegaba a la entrada. Los hombres bestia —pues no había mejor término para describirlos— se habían quedado inmóviles a poca distancia de las puertas al encontrarse con que siete gélidos avanzaban hacia ellos. Los nauglirs estaban desplegándose en semicírculo para rodear y acorralar a las presas contra la pared de la torre.

—¡Quietos! —ordenó Malus con voz cargada de autoridad.

Las siete bestias de guerra se detuvieron cuando el entrenamiento se impuso brevemente al instinto.

Al oírlo, los hombres bestia se volvieron, cayeron de rodillas y se pusieron a balar en un idioma que Malus nunca había oído antes. A la gris luz del día, el noble vio que las criaturas eran de constitución poderosa y estaban cubiertas de negro pelaje, salvo en los bíceps y el pecho. Las piernas estaban rematadas por lustrosas pezuñas negras,

y los dedos, por gruesas uñas como garras. Tenían cabeza de carnero enorme, con ojos negros y pesados cuernos curvos, que les nacían de la frente y bajaban hasta el pecho. Uno llevaba un brazalete de oro toscamente batido en torno a la muñeca derecha, mientras que el otro lucía collares de hueso y plumas variadas alrededor del grueso cuello. Por lo que Malus podía ver, las deformes criaturas estaban suplicando por su vida.

Vanhir y uno de los hombres de Dalvar llegaron corriendo a toda velocidad desde el cuerpo de guardia, con la ballesta en la mano. A Malus le latía el costado de la cabeza, y sobre el cuello le caían gotas de sangre que manaban de profundos cortes que tenía en la mejilla y la oreja. El resto del grupo salió a la luz dando traspiés, muchos también cubiertos de sangre.

—¿Cuántos atacantes? —preguntó Malus.

Dalvar negó con la cabeza mientras se presionaba con una mano un tajo que tenía en una mejilla. Lhunara se apartó el pelo de los ojos.

—Cinco en total. Esos dos huyeron cuando se dieron cuenta de que eran los únicos que quedaban.

Malus se volvió a mirar a Vanhir.

—¿Qué son? —preguntó al mismo tiempo que señalaba a las dos criaturas.

El guardia se encogió de hombros.

—Hombres bestia. —Cuando el semblante del noble palideció de ira, Vanhir se apresuró a añadir—: Los autarii dicen que viven en tribus en los confines de los Desiertos del Caos, donde la energía mística muta sus cuerpos hasta darles formas blasfemas. A veces atacan nuestras atalayas a lo largo de la frontera, pero los espectros matan a cualquiera que invada las montañas.

—¿Hablas su idioma?

—Desde luego que no, mi señor —replicó Vanhir, ofendido por la mera idea—. No creo que ni siquiera un autarii pueda entenderlos.

—En ese caso, no me sirven de mucho más que diversión —gruñó Malus—. ¿Por qué supones que están aquí?

—Soy un caballero de Hag Graef, mi señor, no un maldito oráculo —replicó Vanhir con aire de superioridad—. Si tuviera que conjeturar, supondría que son algún tipo de fugitivos. Estas bestias suelen viajar en partidas de centenares de miembros... Por una u otra razón, éstos se encuentran lejos de sus compañeros de carnada.

Malus se frotó el mentón con aire pensativo e hizo una mueca cuando el movimiento de la piel reavivó el dolor de la oreja desgarrada.

—¿Dices que proceden del lejano norte?

Vanhir asintió con la cabeza.

—De algún lugar situado al norte de aquí, al menos.

El noble, pensativo, contempló a los hombres bestia, y luego avanzó rápidamente

hasta *Rencor*. Rebuscó en la alforja y sacó el cráneo envuelto en alambre. Después, se volvió hacia las dos criaturas y les enseñó la reliquia.

—¿Kul Hadar? —preguntó Malus—. ¿Kul Hadar?

Uno de los hombres bestia lanzó un grito de sorpresa.

—¡Hadar! ¡Hadar! —gruñó mientras señalaba el cráneo, y a continuación, le soltó un largo galimatías.

Malus sonrió.

—Eso está mejor. —Se volvió a mirar a sus hombres—. Parece que tenemos un guía —dijo al mismo tiempo que señalaba a la criatura que no paraba de balbucear—. Ése vivirá. El otro nos servirá de diversión esta noche.

Los druchii sonrieron y sus ojos destellaron ante la perspectiva de una velada de flirteo con la oscuridad. Una noche de juerga sería buena para la moral; «mañana —pensó Malus— se encontrarán en la linde del bosque que rodea la montaña».

«Y luego, Kul Hadar», se dijo, sonriendo con expectación.

—¿Estás seguro? —preguntó Malus, que sentía que un puño le apretaba el corazón.

El druchii miró a Dalvar y luego a Malus, nervioso por ser objeto de la total atención del noble.

—S... sí, mi señor. Los nómadas llevaban pieles, pero estos jinetes se cubrían con capas negras y montaban caballos.

Malus avanzó hasta la ventana más cercana del cuerpo de guardia. El sol acababa de salir por el horizonte, y ya soplaban contra su rostro calientes ráfagas de viento cargado de polvo. Desde esa altura podía ver a gran distancia, más allá de las derrumbadas murallas y la desolada planicie.

—¿A qué distancia dirías que están?

El guardia se encogió de hombros con impotencia.

—¿Medio día, mi señor? Creo que a menos de ocho kilómetros. Sólo capté un atisbo cuando la luz del sol los silueteó sobre una de las lomas. Con las distancias tan deformadas de este lugar, ¿quién puede saberlo con certeza?

—Los jinetes de Urial tienen que habernos seguido a través del Santuario de los Caballeros Muertos —dijo Dalvar, cuyo rostro palideció—. ¿Supones que se abrieron paso luchando con los inquietos muertos?

—Quizá —gruñó Malus—. O tal vez ellos estén tan cerca de ser cadáveres que los caballeros muertos no notaron la diferencia. No tiene importancia. Nosotros estamos vivos; al menos, en este momento.

El noble se encaminó apresuradamente hacia la escalera.

En el patio, la partida de guerra estaba ensillando a los gélidos en preparación de la jornada de viaje. Por primera vez en varios días, los guerreros hablaban tranquilamente entre sí; el humor había mejorado debido a la diversión de la noche

anterior.

El hombre bestia pendía de un potro improvisado que habían construido con barras de acero sacadas de la vieja forja. La prodigiosa resistencia de la criatura había prolongado la celebración hasta bien entradas las primeras horas de la mañana, momento en que, ebrios de tortura y con el tiempo agotado, los miembros de la partida de guerra habían adoptado tácticas más toscas para poner fin a la fiesta. Entonces, el hombre bestia no se parecía tanto a nada como a un filete mal cortado, cuya sangre manchaba la arena que rodeaba el potro. El hombre bestia superviviente no daba la impresión de sentirse muy afectado por la muerte de su compañero; había observado la celebración con cierta curiosidad, una vez convencido de que no sería la siguiente víctima.

En ese momento, se encontraba de pie entre los druchii que cargaban los animales, y se pasaba las manos por los brazos y el pecho con expresión turbada en el rostro. Se había necesitado una gran cantidad de baba de nauglir para enmascarar su olor y lograr que los gélidos lo aceptaran. Malus esperaba que no hubiesen envenenado accidentalmente al guía. Tanto Lhunara como Dalvar habían intentado atarle las manos al hombre bestia, pero Malus lo había impedido a pesar de las acaloradas objeciones de ambos. Quería que la criatura pensara que eran aliados potenciales, no sus captores.

Si el hombre bestia pensaba que tenía una posibilidad de recobrar la libertad cuando llegaran a Kul Hadar, se sentiría más inclinado a cooperar y acabar con el asunto. Además, el noble esperaba que eso le transmitiera un claro mensaje a la criatura: «No nos importa que trates de huir. No puedes escapar de nosotros por mucho que lo intentes».

Ya estaban casi listos. Malus observó al hombre bestia muerto. Sería bastante fácil bajar el cadáver y ocultarlo en uno de los edificios. Tras pensarlo un momento, se encogió de hombros con resignación. Que los jinetes encontraran el cuerpo y los rastros que indicaban que habían estado allí. Con un poco de suerte, registrarían el resto de la ciudad en busca de ellos y malgastarían un tiempo precioso mientras los druchii escapaban.

—¡Sa'an'ishar! —gritó—. ¡Montad! ¡Nos marchamos en cinco minutos!

Los miembros de la partida de guerra se pusieron de inmediato a concluir las tareas de última hora. Malus recogió la silla de montar de *Rencor* y se encaminó hacia el gélido. Lhunara lo estaba esperando con expresión preocupada.

—¿Qué ha sucedido, mi señor?

—Los jinetes de Urial —respondió él con un gruñido mientras echaba la pesada silla sobre el lomo de *Rencor*—. El centinela piensa que los vio en la planicie, más o menos a medio día de aquí. Quiero poner tanta distancia como pueda entre ellos y nosotros.

La oficial masculló una maldición y contempló al hombre bestia con desconfianza.

—¿Crees que puedes fiarte de él?

—Creo que después de lo que vio anoche, sabe que él será el siguiente a menos que me dé exactamente lo que quiero.

—Fue una decisión sabia la de anoche, mi señor. Los hombres han mejorado mucho. —Lhunara lo miró de soslayo mientras Malus ajustaba la cincha de la silla—. ¿O tiene algo que ver con la conversación que mantuviste con Dalvar en el interior de la fortaleza?

Malus le dedicó una ancha sonrisa.

—Chica lista. Un poco de ambas cosas, creo. Dalvar y yo hemos llegado a una especie de entendimiento. Él y sus hombres me han jurado lealtad.

—¿A ti? ¿Y qué hay de Nagaira?

—Han visto lo suficiente para creer que mi querida hermana se ha lavado las manos con respecto a ellos. Por lo tanto, ya no se consideran a su servicio.

—Tu hermana no se sentirá complacida.

—A estas alturas, he dejado de preocuparme por lo que piense mi querida hermana. —Malus se incorporó y se inclinó hacia ella—. Cabe la posibilidad de que todo esto sea un elaborado plan destinado a castigarnos tanto a Urial como a mí. Me envió aquí con la preciosa reliquia de mi hermano, con la esperanza de que me perdiera para siempre.

Lhunara se puso ceñuda.

—Hasta ahora, yo diría que lo ha logrado. ¿Y por qué continuar con este estúpido encargo, entonces? ¿Por qué no regresamos a Hag Graef?

—Porque Urial está allí, y también mis antiguos aliados, además de sus contactos del templo —dijo Malus—. Nagaira ha pensado esto con cuidado. Si me quedo aquí, en los Desiertos del Caos, muero. Si regreso con las manos vacías, muero. La única salida que me queda pasa por el templo. Debo lograr el éxito, o estaré acabado.

—¡Estás suponiendo que existe un templo! ¡Todo lo que tienes para guiarte es lo que te dijo tu hermana!

—No —respondió Malus, y señaló al hombre bestia—. Ese ser sabe dónde está Kul Hadar. Y es allí adonde iremos.

Lhunara abrió la boca para protestar, pero conocía demasiado bien la implacable expresión que había en los ojos de Malus.

—Como desees, mi señor —dijo con un suspiro—. Sólo espero que el resto de nosotros pueda sobrevivir para celebrar tu triunfo.

La desolada expresión del rostro de Lhunara provocó una sonora carcajada de Malus.

—No temas —dijo, no sin amabilidad—. Si quisiera que murieses, te mataría yo

mismo. Ahora, monta y marchémonos.

Al cabo de una hora llegaron a la periferia de la ciudad, tras pasar lentamente por encima de montones de piedras derrumbadas y móviles montones de arena. Resultó que no había puerta norte, y la partida de guerra se vio obligada a buscar una sección de muralla derrumbada que fuera lo bastante grande y trepar por encima de los escombros. La oscura montaña se encumbraba a lo lejos, amortajada con nubes de polvo arrastrado por el viento.

Malus se volvió a mirar al hombre bestia, que iba sobre el nauglir de Lhunara, detrás de la silla de montar de la oficial. El noble no sabía muy bien quién parecía más incómodo con la situación, si el gélido, Lhunara o el nuevo guía.

—¿Kul Hadar? —inquirió Malus.

El guía señaló hacia el noroeste con un dedo provisto de garra; aparentemente, indicaba un punto situado lejos del pico hendido.

—Hadar —gruñó la criatura, y añadió algo más en su gutural idioma.

Malus miró desde la montaña hacia la dirección indicada por el hombre bestia. No tenía sentido. «Pero estamos en los Desiertos del Caos —pensó—. Además, ¿de qué sirve tener un guía si no sigues sus instrucciones?»

—De acuerdo —le dijo el noble a la criatura—. Pero no olvides a tu compañero de manada, el que se quedó en la fortaleza. Eso es lo que les sucede a quienes dejan de serme útiles.

Puede que el hombre bestia no hubiese entendido las palabras pero, por la expresión de sus ojos, había captado el mensaje con total claridad.

—¡Hadar! —repitió la criatura, esa vez con mayor fuerza, señalando al noroeste.

Malus tiró de las riendas para desviar a *Rencor* de la dirección de la montaña.

—Supongo que esto tiene tanto sentido como cualquier otra cosa —murmuró, y espoleó al nauglir para que comenzara a trotar.

Llegaron al bosque cuando caía la noche.

Durante todo el día, la montaña se había alzado a la izquierda, sin alejarse ni acercarse más. La partida de guerra cabalgaba por desolados llanos de cambiante polvo y cascajo, y de vez en cuando pasaban ante algún árbol marchito o un lago seco.

Cuando el sol se hundió en el oeste, el terreno comenzó a ascender suavemente, y la vegetación se hizo más abundante. El caliente viento sulfuroso amainó, y antes de darse cuenta, los druchii cabalgaban por onduladas colinas cubiertas de sotobosque y débiles árboles de hojas negras. Animales invisibles siseaban y parloteaban a su paso, y en una ocasión, una criatura de anchas alas correosas salió volando de entre los matojos y se elevó hacia el norte, chillando de agitación ante la presencia de intrusos.

Malus comenzaba a buscar posibles lugares para acampar cuando *Rencor* coronó una alta loma y se encontró mirando la linde del esquivo bosque. Al otro lado, se

alzaba la gran montaña, con la profunda herida destacada como una línea de negrura abisal contra el gris acero de las faldas. Por un momento, Malus no creyó lo que veían sus ojos. ¿Cuándo habían comenzado a desviar el rumbo para volver hacia el pico? Por mucho que lo intentaba, no podía recordarlo. «No importa —pensó—. Estamos aquí.»

Lhunara situó a su gélido junto a *Rencor*.

—¿Acampamos aquí, mi señor?

La luz diurna casi había desaparecido del todo, pero las auroras del norte ya hervían en el cielo, en el más vivido despliegue que Malus hubiese visto jamás. Rayas y grandes bucles de azul, rojo y violeta trazaban arcos sobre las nubes y proyectaban sombras temblorosas entre los altos árboles.

—Avanzaremos un poco más —decidió el noble, al fin—. Sospecho que los jinetes de Urial no necesitan dormir. Quiero cubrir tanto terreno como sea posible mientras haya luz suficiente para ver.

En algún punto de las profundidades del bosque, una criatura lanzó un largo aullido malhumorado. Los gélidos se agitaron con intranquilidad, y Malus sintió que *Rencor* inspiraba para lanzar una respuesta, así que le clavó las espuelas para contenerlo. Miró al hombre bestia.

—¿Kul Hadar?

El hombre bestia permanecía sentado y con los hombros caídos, al parecer indiferente al extraño aullido. A regañadientes, señaló en línea recta, hacia el sombrío bosque.

—Muy bien, pues —dijo Malus al mismo tiempo que alzaba una mano para que la partida de guerra avanzara. Después, cogió la ballesta que llevaba colgada en la parte trasera de la silla.

Había varios senderos muy transitados que se adentraban en el bosque; eran lo bastante anchos para que incluso los jinetes de gélidos los transitaran cómodamente en fila india. Los altos robles y cedros bloqueaban buena parte de la luz de las auroras con sus largas ramas, pero colonias de hongos verdes y azules ascendían por los troncos de muchos de ellos y radiaban una débil luminiscencia que permitía ver el sendero lo suficiente para recorrerlo. La pequeña columna avanzaba lentamente por la quietud sobrenatural. Ningún animal nocturno alteraba el silencio con gritos, observación que a Malus le puso los nervios de punta.

Habían estado cabalgando durante una hora bajo los árboles cuando volvieron a oír el aullido. Una vez más, procedía del oeste, pero parecía algo más cercano que antes. «Lo que sea que lance el largo grito hambriento tiene que ser enorme —pensó el noble—, a juzgar por la fuerza y duración del sonido. Algo tan grande como un gélido, o posiblemente más.»

Luego se oyó otro aullido; también procedía del oeste, pero esa vez había sido

emitido por un ser diferente. Parecía estar un poco más lejos que su predecesor, pero aún demasiado cerca como para que se sintieran cómodos. Cuando sonó otro grito — un ladrido desde el este—, Malus se preocupó. «Una manada —pensó—. Y por los aullidos parece que están cazando.» *Rencor* se removió con intranquilidad debajo de él, y uno de los otros gélidos lanzó un gemido bajo. Malus espoleó a la montura para que trotara, mientras forzaba la vista para ver el sendero que se extendía ante él. «Tal vez si podemos escapar de su camino...»

Durante unos pocos minutos, nada rompió el silencio del bosque, salvo los pesados pasos de *Rencor*, pero luego otro aullido estalló en la quietud, y a menos de un kilómetro y medio al oeste se oyó un crujido tremendo, como un árbol partido por el paso de algo veloz y poderoso. Un nuevo aullido le respondió desde el este, y luego otro. «Son cuatro —pensó Malus—. ¡Y nos han olido!»

No podían avanzar más rápidamente en la oscuridad. Las ramas de los árboles eran muy bajas y había poca luz. Malus oyó que unos seres enormes atravesaban el bosque destrozándolo todo a ambos lados del sendero que quedaba detrás de ellos... Eran pesados pasos de dos, cuatro e incluso tres patas. Y luego..., silencio.

Malus hizo detener a la columna y forzó los sentidos para penetrar las densas sombras que los rodeaban por todas partes. No se oía nada más que la pesada respiración de los gélidos. El noble se volvió para mirar a Lhunara. La cara de la oficial estaba tensa, pero el hombre bestia que iba detrás de ella parecía casi enloquecido de miedo.

«No podemos dejarlos atrás —pensó Malus—. Tal vez podamos hacerles frente y rechazarlos.» Hizo dar media vuelta a *Rencor* y comenzó a retroceder a lo largo de la columna.

—Ballestas preparadas —le dijo a cada druchii al pasar.

El guerrero que iba en la retaguardia de la columna era el mismo que había hecho guardia en el castillo la noche anterior. Malus se detuvo junto a él.

—¿Ves algo?

El druchii, con el semblante pálido, observó el sendero que habían dejado atrás.

—No —susurró—, pero los oigo. Se mueven de un lado a otro en la oscuridad, detrás de los árboles.

Entonces, Malus también los oyó: enormes moles se desplazaban lenta y cautelosamente entre las sombras, a unos cincuenta metros detrás de ellos. Forzó los ojos para penetrar la oscuridad, pero no lo logró. El resplandor que generaban los hongos sólo ahondaba las sombras situadas más allá de los árboles, y las criaturas, fueran lo que fueran, eran cautas y astutas.

—Están estudiándonos —dijo Malus a medias para sí mismo—. Intentan decidir si somos una presa.

Malus se irguió en la silla de montar y, tras pensar durante un momento, guardó la

ballesta y desenvainó la espada.

—Es hora de que les gruñamos una respuesta —le dijo el noble al druchii que tenía junto a él—. Mantén la ballesta preparada. Voy a intentar darles un susto.

El druchii asintió, aunque tenía los ojos desorbitados. Malus inspiró profundamente y espoleó a la montura para que avanzara. *Rencor*, que percibía la presencia de las invisibles criaturas, gruñó con fuerza.

Se partieron ramas y en la oscuridad que tenían delante resonaron pesados pasos. Malus hacía avanzar a *Rencor* y sentía que el nauglir estaba cada vez más tenso. La cola de la criatura comenzó a agitarse coléricamente, y el noble atisbo algo grande que asomaba el hocico a través de los espesos matorrales situados ante él. Malus hizo que *Rencor* se acercara lentamente al ser. Como era previsible, el nauglir lanzó un largo y furioso bramido que fue rápidamente recogido por el resto de gélidos de la columna. «¿Lo veis? —pensó Malus—. No somos ningún tímido venado que podáis matar. Será mejor que busquéis presas menos mortíferas.»

Justo en ese momento, Malus percibió un ligero movimiento a la derecha. Se volvió al instante, pero lo único que vio fue un atisbo de algo grande que se deslizaba velozmente a través de los matorrales y pasaba de largo en dirección al resto del grupo. «Son más sigilosos de lo que me indujeron a creer —pensó Malus con asombro—. ¡Eso significa que éste de aquí delante es sólo una distracción!»

En ese momento, la criatura que Malus tenía enfrente lanzó un alarido salvaje y cargó hacia él como un jabalí enloquecido. Atronadores gritos le respondieron desde un punto situado más adelante en el sendero.

Matorrales y arbolillos jóvenes se partían al pasar la bestia que cargaba hacia el noble, y Malus sintió cómo el aire se espesaba a medida que se aproximaba. Monstruosa como era, de la criatura se desprendía una aura de palpable disformidad que captaron incluso los sentidos de *Rencor*, el cual retrocedió con un aullido de sobresalto. Luego, el monstruo saltó al sendero, e incluso el noble gritó de miedo y asco ante la abominación que se alzó de manos ante él.

Se trataba de algo enorme, tanto como *Rencor*, con un cuerpo que era poco más que un montón de carne y músculos cancerosos soportados por cuatro patas gruesas como troncos. Largos brazos estrechos rematados por hoces de hueso desnudo que lanzaron tajos hacia Malus cercenaron tres ramas y abrieron grandes estrías en los troncos de los árboles que hallaron en el camino. No tenía ojos, ni siquiera un rostro que Malus pudiese reconocer como tal, sólo una redonda boca de lamprea situada en el extremo de un grueso tronco musculoso. Hileras de dientes aguzados palpitaron hasta la garganta del monstruo cuando el esófago, que era como un esfínter, se dilató y les lanzó un rugido enloquecido al noble y su montura.

—¡ Que la Madre Oscura nos proteja! —exclamó Malus, horrorizado, al mismo tiempo que tiraba de las riendas de *Rencor*.

La deforme monstruosidad se lanzó hacia el noble en el momento en que el nauglir giraba sobre sí mismo y la golpeaba con la poderosa cola. El impacto hizo tambalear al monstruo y lo lanzó contra un roble enorme, que se partió bajo su peso. Las hoces de hueso atacaron al gélido, pero Malus clavó las espuelas en los flancos de *Rencor* y lo lanzó por el sendero a gran velocidad, aunque en el límite de lo prudente.

Más criaturas deformes habían salido al sendero desde el bosque. Malus oyó gritos histéricos del druchii con el que había hablado apenas momentos antes. Uno de los monstruos había saltado sobre el gélido del hombre, al que había inmovilizado contra el suelo con las cuatro zarpas y había reducido a un despojo sangrante con las hoces de los brazos. Malus vio las piernas del druchii, que aún pataleaban mientras el monstruo lo hacía bajar, con armadura y todo, por la garganta llena de colmillos.

Con un alarido furioso, Malus espoleó con más fuerza a la montura y se lanzó directamente contra el espantoso monstruo. «Yo también puedo jugar a esto», pensó, enloquecido. En el último instante, tiró de una de las riendas.

—¡Arriba! —gritó.

Rencor saltó sobre el monstruo, y las patas provistas de garras cortaron y arañaron mientras intentaban sujetarse. El monstruo pareció distenderse bajo el peso del gélido; se aplastó como si no tuviera esqueleto. El icor manó como una fuente por grotescas heridas, allí donde las zarpas del nauglir arrancaban trozos de carne pútrida; pero era como desgarrar un montón de estiércol.

Malus le asestaba tajos con la espada y sentía náuseas a causa del hedor a podrido que flotaba en el aire. La criatura aullaba y gorgoteaba de furia, y lanzaba salvajes tajos con los brazos. Finalmente, las garras de *Rencor* lograron aferrarse, y el gélido saltó por encima del monstruo en el preciso momento en que uno de sus compañeros de manada avanzaba pesadamente por detrás. Malus continuó corriendo sendero adelante y se arriesgó a echar una sola mirada atrás, momento en el que vio que el monstruo mortalmente herido era apartado a un lado por el compañero de manada con el fin de continuar la persecución.

La partida de guerra estaba en plena lucha, intentando escapar de la trampa. Malus veía agitarse las colas de los nauglirs que corrían más adelante y pasaban ante galopantes cuerpos gelatinosos, erizados de hoces de hueso y zarpas. El noble se agachó sobre el lomo de la montura, espada en alto, y dejó que *Rencor* apartara a los monstruos a golpes de hombro. El gélido chocaba contra los glutinosos cuerpos de los monstruos y a veces los atravesaba, de modo que rociaba a Malus con fluidos malolientes. Pero al cabo de pocos momentos dejaron atrás la manada y comenzaron a alejarse. Aullidos de cólera y hambre hicieron temblar los oscuros árboles y parecieron resonar por todas partes.

A pesar de lo sorprendentemente rápidos que eran los monstruos, estaban lejos de

ser ágiles, mientras que los gélidos recorrían con facilidad los serpenteantes senderos. Escasos minutos después, el grupo se había alejado de los perseguidores, pero los monstruos parecían incansables y no aminoraban el paso. Malus avanzó con rapidez hasta la vanguardia de la columna, donde Lhunara cabalgaba con una espada manchada en cada mano; los ojos, desorbitados, evidenciaban una mezcla de terror y furor guerrero. El noble vio que el hombre bestia había desaparecido.

—¿Qué le ha sucedido al guía? —chilló Malus.

—Saltó hacia los árboles al principio de la emboscada. ¡No pude detenerlo!

Malus lanzó una maldición terrible.

—¡Mantén los ojos abiertos por si hay desvíos en el sendero! —gritó—. Esas cosas no pueden seguir nuestra velocidad; si podemos desviarnos, lo haremos, y si no, veremos si se cansan y abandonan.

Pero pasaban los minutos, y los monstruos se negaban a renunciar a la persecución. Los nauglirs corrían incansablemente, pero Malus sabía que los vigorosos gélidos tenían sus límites. «¿Por qué continúan persiguiéndonos? —se preguntó el noble—. No pueden darnos alcance; eso debería resultarles obvio a estas alturas.»

Justo entonces, Malus se vio sorprendido por una inundación de luz caótica procedente de lo alto. El sendero descendía bruscamente hacia un valle de montaña, y los árboles se separaban a ambos lados de un estrecho y oscuro arroyo. «Más espacio para maniobrar, al fin —pensó Malus—. Si puedo dirigir a la partida de guerra como una sola unidad, podríamos tener alguna posibilidad contra esas cosas.»

La mente de Malus trabajaba a toda velocidad para trazar tácticas mientras le hacía un gesto a la columna para que formara una línea y continuara corriendo por el valle. Habían cubierto casi cien metros cuando entre los árboles de ambos lados estallaron aullidos y gritos de guerra, y una horda de hombres bestia cargó desde las sombras de los árboles, agitando hachas y garrotes en el aire.

«Sabuesos de cazadores —se dijo Malus, mientras se le helaba el corazón—. Esas criaturas estaban conduciéndonos por el sendero hacia sus amos.»

En la oscuridad y confusión no había modo de determinar cuántos hombres bestia había, pero estaba claro que los druchii se encontraban ampliamente superados en número y rodeados por todas partes. Con la batalla encima, Malus tomó la única decisión posible. Alzó la espada.

—¡Adelante! —gritó.

Los gélidos bajaron la cabeza y cargaron para adentrarse más en el valle. Una parte de los hombres bestia cerraron filas detrás de ellos y comenzaron la persecución, y la muralla de enemigos que tenían delante se lanzó contra los druchii en desordenada formación. Los caballeros que cargaban chocaron con los hombres bestia, y empezaron a oírse los crujidos de los huesos al partirse y el sonido

característico del acero contra la carne.

Un hombre bestia desapareció bajo las zarpas de *Rencor* con un alarido ronco. Malus le lanzó un tajo a otro que tenía cabeza de cabra y era casi tan alto como él; la cornuda testa aullante quedó separada del grueso cuello musculoso. La sangre le salpicó la armadura, pero Malus agradeció el acre olor de ésta tras el horrendo icor de los monstruosos engendros del Caos que habían encontrado en el bosque. Un pesado golpe resonó contra el lado izquierdo de su peto, y Malus lanzó un tajo contra la cabeza de otro hombre bestia y cercenó parte de un cuerno curvado. Otro enemigo saltó hacia él por la derecha; blandía una hacha que erró en el muslo y abrió un tajo en el borrén de la silla de montar. El noble respondió con un golpe de revés en un ojo del atacante. El enemigo dejó caer la hacha y retrocedió con paso tambaleante al mismo tiempo que se llevaba las manos a la cara herida.

Malus espoleó a *Rencor* para que avanzara y derribara a los hombres bestia que tenía delante, en tanto los golpes de cola del nauglir partían huesos. Una mano con garras intentó coger las riendas, y Malus la cercenó por la muñeca. Una hoja de hacha se desvió sobre el acorazado muslo, y un garrote se estrelló contra el espaldar y lo lanzó contra la silla. Luego, *Rencor* salió de un salto del apretado grupo y continuó cargando valle adentro, con lo que dejó momentáneamente atrás a los hombres bestia.

Con una rápida mirada, Malus comprobó que el resto de la partida de guerra también se había abierto paso fuera de la masa enemiga y avanzaba torpemente en una desordenada fila, junto a él. La destreza, la experiencia y las pesadas armaduras habían ganado la partida, pero el enemigo se hallaba lejos de estar vencido. Malus señaló un grupo de rocas dispersas que había más adelante.

—¡Formad una línea allí y preparad las ballestas! —ordenó.

Los druchii alzaron la espada a modo de respuesta y espolearon a los gélidos hacia las rocas.

Habían ganado tal vez unos treinta metros de ventaja respecto a los hombres bestia. Malus miró por encima del hombro y vio que quedaban cerca de cien que avanzaban a brincos en desordenada turba y le aullaban al cielo. Peor aún, vio cómo la manada de monstruos armados con hoces ascendía lentamente por el valle, tras ellos. Era probable que pudiese derrotar a los hombres bestia con unas cuantas andanadas de saetas y otra carga, pero incluso los gélidos les tenían miedo a las deformes criaturas. «Sin embargo, si hacemos retroceder a los hombres bestia hacia sus sabuesos, podríamos conseguir un poco de espacio para maniobrar —pensó—. Aunque, incluso en ese caso, nuestras perspectivas son muy malas.»

Malus llegó hasta las rocas junto con los otros guerreros.

—Preparaos para disparar —dijo—. Tres andanadas, y luego cargaremos. Intentaremos derrotar a los animales y escabullimos más allá de sus monstruos aprovechando la confusión.

Justo en ese momento, un cuerno gimió en el fondo del valle. Un aullido como el grito de una doncella espectral resonó entre los árboles. Malus se puso de pie en los estribos y vio cómo otro oscuro grupo de hombres bestia salía de entre los árboles situados al oeste agitando antorchas por encima de la cabeza. «Otros cincuenta, tal vez —pensó, ceñudo—. Esto vamos a pagarlo caro.»

Entonces, para sorpresa de Malus, los recién llegados lanzaron sacos o vejigas contra el lomo de los enormes monstruos. Tras las vejigas arrojaron las antorchas, y de repente, la manada se vio envuelta en azules llamas que ascendían hacia el cielo.

Un grito de cólera se alzó entre los hombres bestia situados más adentro del valle, y la confusión hizo acto de presencia cuando los que blandían antorchas cargaron valle arriba contra ellos.

Varios druchii lanzaron vítores de alivio. Lhunara se volvió a mirar a Malus.

—En el nombre de la Oscuridad Exterior, ¿qué está sucediendo?

Malus negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero le daré gracias a la Madre Oscura por este regalo. —Más abajo, las dos turbas de hombres bestia habían chocado una con otra, y los sonidos de la batalla estremecían el aire. El noble se volvió a mirar a los guerreros—. ¡Comprobad vuestras ballestas y aseguraos de que están cargadas al máximo! ¡Avanzaremos al paso y dispararemos contra la refriega!

Lhunara frunció el ceño.

—¿A quién apuntamos?

—¿Qué importa? Todos podrían ser enemigos. Mataremos tantos como podamos y ya nos preocuparemos por el resto cuando llegue el momento. —Malus envainó la espada y cogió la ballesta—. ¡Preparados...! ¡Avanzad!

Los gélidos regresaron lentamente por el valle. Los druchii alzaron las ballestas y escogieron un blanco.

—¡Disparad a discreción! —ordenó Malus, y la carnicería comenzó.

Las ballestas restallaron y las saetas silbaron por el aire. Dada la oscuridad y la arremolinada refriega, resultaba difícil ver los efectos causados por los disparos. Los druchii volvieron a cargar las ballestas y dispararon otra vez. A la tercera salva, las filas de hombres bestia parecieron oscilar. Luego, de modo repentino, una onda fría espesó el aire alrededor de las criaturas, y Malus sintió que se le erizaba el vello de la nuca. «¡Brujería!», pensó el noble. Los gritos de batalla se transformaron en lamentos de desesperación, y un numeroso grupo de hombres bestia arrojaron las armas y echaron a correr directamente hacia Malus y su partida de guerra.

—¡Disparad a discreción! —ordenó el noble.

Malus apuntó a un hombre bestia que corría y le clavó una saeta en el centro del pecho. Los druchii accionaban las ballestas con rápida y brutal eficacia, cargando, disparando y volviendo a cargar. Habían matado casi una veintena de hombres bestia

cuando éstos se dieron cuenta del peligro que tenían delante y se dispersaron para huir hacia la seguridad de los árboles situados al este y al oeste.

Malus apuntó a otro hombre bestia y disparó, y la saeta se clavó en la espalda de la criatura.

—¡Dejad de disparar! —ordenó cuando el hombre bestia se desplomó.

En el valle, más abajo, los hombres bestia armados con antorchas habían acabado con los últimos oponentes, y entonces avanzaban cuesta arriba. Malus vio que a la cabeza de la horda iba un hombre bestia enorme que llevaba un báculo descomunal y se cubría los encorvados hombros con un ropón.

El noble estudió atentamente a la turba que avanzaba hacia ellos. Parecían cautelosos, pero no abiertamente hostiles. Por impulso, guardó la ballesta.

—Creo que vienen a parlamentar —le dijo a Lhunara—. Retén a los hombres aquí. Si algo sale mal, venid a buscarme.

—Sí, mi señor —replicó Lhunara, pero la expresión sofocada de su rostro revelaba de modo elocuente la verdadera opinión que tenía sobre el plan de Malus.

El noble espoleó a la montura y trotó por el terreno sembrado de cadáveres al encuentro de los recién llegados.

El hombre bestia brujo les gruñó una orden a sus compañeros cuando vio que Malus se acercaba, y luego él y otro continuaron avanzando entre los hombres bestia caídos hasta situarse a aproximadamente diez metros por delante de la turba armada con antorchas.

Malus se detuvo a una distancia desde la que parlamentar cómodamente, y mostró las manos vacías.

—Bien hallado, desconocido —gritó al mismo tiempo que se daba cuenta, demasiado tarde, de que el hombre bestia probablemente no entendía ni una sola palabra de lo que estaba diciendo—. Parece que mi enemigo es tu enemigo. ¿Tienes nombre?

Al oír esto, el segundo hombre bestia salió de detrás del brujo, y Malus se sorprendió al ver que era su antiguo prisionero. El hombre bestia se irguió en toda su estatura y señaló con gesto espectacular al enorme brujo.

Los ojos de Malus se abrieron de par en par. Había estado equivocado desde el principio. Kul Hadar no era en absoluto el nombre de un lugar.

El brujo agitó la cornuda cabeza y sonrió.

—Salve, druchii —tronó la voz del brujo en un druhir gutural—. Soy Kul Hadar.

16. Lazos de sangre

La mente de Malus era un torbellino mientras la partida de guerra seguía a la manada de hombres bestia a través del bosque. Kul Hadar, el gran brujo, les había dado muy poca información en el campo de batalla del valle y había aducido que el momento para hablar llegaría cuando regresaran a su campamento, situado en las proximidades. La idea en sí no le gustaba al noble, pero no se encontraba en posición de rehusar. La partida de guerra del brujo había sufrido pocas bajas en la batalla y parecía más que preparada para otra lucha, y Malus no tenía modo alguno de contrarrestar la destreza mágica de Kul Hadar. Malus no contemplaba con placer la perspectiva de una batalla abierta en caso de que el señor de los hombres bestia perdiera la paciencia con los druchii.

Los hombres bestia de Kul Hadar se pusieron rápidamente a saquear los cuerpos de los muertos, y luego, con veloz eficiencia, comenzaron a descuartizar los cadáveres más sanos y gordos. Al cabo de una hora, la manada estaba preparada para ponerse en marcha, y partió rápidamente hacia el oeste. Camino de la salida del valle, Kul Hadar insistió en conducir a la partida de guerra a través del sitio donde él y su manada habían luchado contra los hombres bestia enemigos. En el centro de los cadáveres apilados, Malus vio un círculo de pálidos cuerpos marchitos, cuya anterior musculatura había sido desecada por el paso de un poder invisible que había reducido la carne y los huesos a frágiles cenizas. Los cuerpos se deshicieron en polvo por la vibración de los pesados pasos de los gélidos. El noble tomó nota de lo que veía y recordó la ola de frío que había espesado el aire y desbaratado las filas enemigas. Kul Hadar estaba transmitiéndole un mensaje.

La manada desdeñaba los senderos despejados y avanzaba campo a través, y los nauglirs se veían obligados a caminar con lentitud por el terreno salvaje. El antiguo guía de los druchii iba entonces junto a ellos, señalándoles el camino con enfurecedora arrogancia. Una y otra vez, Malus se sorprendía deseando que la criatura se acercara demasiado a *Rencor* y perdiera un brazo por su torpeza, pero la oportunidad no surgió en ningún momento.

Tras casi una hora, la manada giró al norte, y la partida de guerra se encontró ascendiendo la empinada ladera de la montaña. El aire era frío, pero ni una leve brisa agitaba los oscuros árboles. Se oía un sonido, casi un tarareo, tan grave que apenas era perceptible. *Rencor* lo captaba, y de vez en cuando, sacudía la cabeza en un intento de librarse del sonido. Si el hombre bestia guía había reparado en ello, no lo demostró.

Tras otras dos horas de duro avance, habían recorrido tal vez una cuarta parte de la ladera boscosa. Un cuerno sonó de forma lastimosa más adelante, y fue acompañado por débiles gritos. Malus sospechó que habían llegado hasta los

centinelas que guardaban el campamento de los hombres bestia. Diez minutos más tarde, la partida de guerra avistó un extenso conjunto de toscos cobertizos contruidos con ramas de pino, que rodeaban la entrada de una gran cueva abierta en la ladera de la montaña. Malus apenas logró ver la espalda de Kul Hadar cuando éste desapareció dentro de la cueva. El guía gruñó y ladró al tiempo que les indicaba que se desviarán a la derecha.

El guía los llevó hasta una área razonablemente despejada, cerca de la periferia del campamento, y mediante gestos y gruñidos les dio a entender que debían permanecer allí. Cerca del centro del campamento, alguien había encendido un fuego, y un coro de voces se alzó en una horripilante salmodia de ladridos.

—¡Alto! —ordenó Malus, y bajó cansadamente de la silla de montar.

Le dolía todo, desde el cuello hasta los pies, y estaba cubierto de sangre seca y fluidos menos agradables. El resto de la partida de guerra lo imitó, silenciosa y estoica como siempre.

—Dalvar —llamó el noble—, si estas bestias han acampado aquí, tiene que haber una fuente en las proximidades. Ve a ver si la encuentras. Huelo como un estercolero.

—¿De verdad, mi señor? No me había dado cuenta —respondió el bribón con una sonrisa burlona, y desapareció rápidamente de la vista.

Malus lanzó una feroz mirada a la espalda del hombre, y se puso a desprender torpemente las hebillas de la armadura.

—¿Estás seguro de que es prudente? —preguntó Lhunara, que a pocos metros de distancia examinaba a su montura para ver si tenía heridas.

—Hace tres días que no me quito de encima estos malditos trastos —gruñó Malus—. Si los hombres bestia quisieran matarnos, lo habrían hecho tres horas antes. A este paso, el hedor podría acabar con nosotros, de todos modos.

Las espaldas de Malus chocaron contra el suelo; luego, los avambrazos, y un poco más tarde, el peto y el espaldar. El noble se despezó con un suspiro y disfrutó del aire frío sobre las mangas de la camisa empapadas de sudor. Se pasó una mano entre el pelo enredado y acartonado, y se frotó sangre seca de las mejillas. «No es un mal aspecto para reuniones sociales o alguna negociación —meditó—, pero no se lo recomendaría a nadie para varios días seguidos.»

—¿Cuál es nuestra situación, Lhunara?

—Un muerto. Todos los demás con heridas menores. Los nauglirs están en buena forma, pero empiezan a adelgazar otra vez. Es una lástima que no haya sido posible alimentarlos en el valle.

—Es probable que a Kul Hadar no le hubiese importado, pero no pensé en preguntárselo.

—La munición para las ballestas empieza a escasear, y lo mismo sucede con la comida y el agua. Además, parece que estamos acampados en medio de una horda de

hombres bestia.

—De eso último ya me había dado cuenta —respondió Malus, sombrío.

—Y entonces, ¿qué estamos haciendo aquí, mi señor?

—Estamos aquí para ver a Kul Hadar —replicó el noble—. Parece que cuando Urial escribió eso de llevar el cráneo a «Kul Hadar, en el norte», se refería al hombre bestia brujo. Cómo tenía noticia de Kul Hadar, es un misterio. Tal vez el propio Hadar pueda aclarármelo, o tal vez no.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer ahora?

—Voy a hablar con Hadar, por supuesto —le espetó Malus—. Obviamente, está interesado en alguna clase de negociación, o no nos habría traído hasta el campamento. Sospecho que va tras el cráneo, pero ya lo veremos. Mientras tanto, que los hombres y las monturas descansen. Supongo que sabremos algo antes de que pase mucho tiempo.

Resultó que Kul Hadar los tuvo esperando durante otras tres horas, mientras las llamas del centro del campamento se transformaban en hoguera y el olor a carne asada colmaba el aire. Dalvar encontró la fuente con bastante rapidez, y Malus aprovechó la oportunidad para que él y su partida de guerra se asearan y comieran. Para cuando el hombre bestia guía regresó y le hizo señas a Malus para que lo siguiera, Vanhir y Dalvar hacían guardia mientras la partida de guerra —druchii y nauglirs por igual— dormía sobre el rocoso suelo. Con la armadura puesta una vez más, Malus ascendió por la cuesta hasta la cueva.

Una pálida luz verdosa fluctuaba convulsivamente en la entrada. El noble esperaba encontrar más colonias de hongos resplandecientes, pero se sorprendió al ver que las paredes de piedra estaban desprovistas de toda vida. Justo al otro lado de la boca de la cueva había una pequeña estancia, cuyo suelo estaba cubierto de basura y hedionda carne podrida. Un humo acre flotaba cerca del techo, y corpulentas formas de hombres bestia se inclinaban cerca de las paredes; comían ruidosamente o sorbían vino de enormes pellejos de cuero. Miraron a Malus con hostilidad mal disimulada cuando el guía lo condujo a través de la estancia y por un tosco pasillo serpenteante.

La luz verde procedía de algún punto más profundo del complejo de cuevas. La iluminación se hacía más fuerte cuanto más se adentraba uno en ellas. Por último, el pasillo desembocó en una cueva más grande. Cuando Malus atravesó el umbral, sintió que una ola de frío le atravesaba el cuerpo como si él hubiese pasado a través de un fantasmal muro de hielo. Bajó la mirada y vio que el suelo estaba cubierto por toscos símbolos trazados con tiza de color pálido. «Las protecciones del brujo», pensó.

El chamán estaba sentado sobre un ancho saliente situado al otro lado de la cueva, y tenía cerca el gran báculo. Los oscuros ojos del brujo lo estudiaban con intensa

curiosidad. «Algo lo ha sorprendido —comprendió Malus—. ¿Podría ser el talismán de Nagaira? Tal vez su magia no funciona demasiado bien contra el talismán.»

A diferencia de la cueva anterior, ésta estaba sorprendentemente limpia. Había símbolos trazados sobre las paredes y el techo, y en torno a la cámara se veían varias colecciones de frascos, botes, huesos y plumas ordenados encima de estantes de piedra. La estancia estaba iluminada por una fuerte luz verde que emanaba de lo que parecía un enorme cristal facetado y relumbrante que había en el suelo.

Kul Hadar despidió al guía con un gesto de la ancha mano provista de garras. Visto de cerca, el hombre bestia brujo ofrecía un espectáculo atemorizador. Era grande y de constitución fuerte, incluso para ser un hombre bestia; de haberse puesto de pie, su cornuda cabeza habría raspado contra el techo de la cueva, situado a más de dos metros de altura. De su grueso cuello pendían collares de huesos y plumas, así como varios medallones de latón que tenían grabados toscos sigilos. Malus se sintió conmocionado al darse cuenta de que se parecían asombrosamente a las runas que cubrían la reliquia de Urial.

Los negros ojos del brujo lo estudiaban desapasionadamente; el largo hocico y los enormes cuernos lustrosos de macho cabrío le conferían un aura de amenaza sobrenatural. La energía reverberaba en el aire y vibraba en los huesos de Malus.

—Hu'ghul dice que has acudido a los Desiertos del Caos buscándome por mi nombre y con un cráneo en la mano —dijo Kul Hadar.

Malus meditó durante un momento las palabras del hombre bestia. Resultaba desconcertante oír un druhir inteligible tronando en aquel hocico bestial. «¿Más brujería? —se preguntó Malus—. Tal vez.» Al fin, asintió con la cabeza.

—Así es.

El noble percibió un ligero temblor en el poderoso cuerpo del hombre bestia, y el febril brillo de sus ojos negros resultó inconfundible. «¡Ah! —pensó Malus—. Interesante.»

—¿Y cómo ha averiguado un señor como tú el nombre de Hadar? —inquirió el chamán al mismo tiempo que entrecerraba los ojos con suspicacia.

Malus se encogió falsamente de hombros.

—Le quité el cráneo y algunos documentos a un brujo druchii —replicó—. Los documentos hablaban de muchas cosas que no entendí, pero también mencionaban tu nombre.

Hadar meditó sobre lo que acababa de oír.

—¿Y qué quieres de mí, druchii?

—Quiero el poder que está encerrado en el templo..., lo mismo que tú.

El chamán lo estudió durante varios segundos, y luego rió para sí desde lo más profundo del pecho.

—He sido el kul, el señor chamán, de muchas manadas durante muchos años,

druchii. Me apoderé de esta montaña y estudié el templo cuando otros señores llevaban a sus manadas a saquear los débiles reinos de los hombres. Conozco el camino que va más allá de la Puerta del Infinito, y el Cráneo de Ehrenlish es la llave. Durante largo tiempo lo he buscado en los Desiertos del Caos y he hecho pactos con los Poderes Oscuros a cambio de indicios sobre su paradero. Al fin, me enteré de que descansaba en una antigua ciudad situada junto al mar, pero cuando llegué a las ruinas, una banda de bribones druchii había llegado antes y se había llevado la reliquia. —La mirada del chamán destelló de ambición frustrada—. Pero ahora los Poderes Malignos te han traído a ti y a la reliquia de vuelta a mis manos. —Hadar volvió a reír entre dientes al saborear alguna broma privada—. Los dioses son seres volubles, señor Malus. Te ayudaré a atravesar la puerta, druchii, pero mi auxilio no deja de tener un precio.

«Y ahora vamos al meollo del asunto —pensó Malus—. Si el cráneo fuera lo único que necesitas, no estaríamos hablando en este momento; estarías asándome en el fuego de ahí fuera.»

—¿Qué deseas?

Hadar se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las peludas rodillas.

—Al principio, mi manada acataba mi voluntad y me servía fielmente mientras yo luchaba contra las defensas mágicas del templo. Aparte del grandioso poder que contiene, el santuario interior del templo está lleno de tesoros, o eso dice la leyenda. Durante un tiempo, la promesa de riquezas fue suficiente. Pero a medida que pasaban los años sin incursiones gloriosas ni el dulce sabor de la carne de los enemigos humanos, mi manada empezó a inquietarse. Comenzaron a pensar que yo era débil y estúpido.

Malus asintió con la cabeza y se permitió una ligera sonrisa.

—Sé demasiado bien de qué hablas, Kul Hadar.

—Cuando al fin tuve noticia del lugar de descanso del cráneo, reuní a mis campeones y viajé hasta la ciudad perdida, pero mientras estaba fuera, mi teniente, Machuk, se rebeló y reclamó la manada para sí. Cuando yo regresé con las manos vacías, me persiguió por el bosque como a un animal. La partida de cazadores contra la que luchasteis vosotros en el bosque era una de las varias que registran la montaña en mi busca. —El chamán señaló los sigilos tallados en las paredes de la cueva—. Mi magia y el poder de la piedra de disformidad que tengo aquí han bastado para ocultarnos a mí y a mi horda, pero es sólo cuestión de tiempo que nos encuentren.

El noble asintió, pensativo, y cruzó los brazos.

—Quieres que te ayude a recuperar el control de la manada.

El chamán gruñó a modo de asentimiento.

—Sí. Tu grupo es pequeño, pero contáis con gruesas protecciones y armas que matan desde lejos, además de las bestias terroríficas que os llevan a la batalla.

Machuk tiene modos de derrotar mi magia, pero no tiene defensa contra vosotros. Si atacamos con rapidez, podremos matarlos a él y sus campeones, y yo recuperaré el control de la manada. Y más importante aún —señaló Hadar al mismo tiempo que alzaba un dedo con garra para recalcar la frase—, recobraré el acceso al soto sagrado que hay en el centro del campamento de la manada. Necesitaré el poder que hay contenido allí para descifrar los secretos del Cráneo de Ehrenlish y averiguar cómo abrir la Puerta del Infinito.

«Y en ese momento, me arrojarás a las manos de tu manada y reclamarás el poder del templo para ti —razonó Malus—. Por supuesto, yo mismo no soy ajeno a la traición.»

—Muy bien, Kul Hadar. Tenemos un acuerdo. Yo y mis guerreros recuperaremos para ti el acceso al soto, y tú me revelarás los secretos del cráneo. ¿Y luego?

El chamán sonrió, y se convirtió en una lenta aparición de dientes crueles.

—Pues, luego, el poder del templo será nuestro.

—Esto es una locura —dijo Lhunara, recostada contra un flanco de su nauglir, con los brazos cruzados y una expresión desafiante en los ojos.

El resto de la partida de guerra había rodeado al nauglir, y entonces se agrupaban para enterarse de las noticias que traía su señor.

Un coro de gritos guturales se alzó en torno a la hoguera del centro del campamento. Era evidente que Hadar había hecho correr entre sus campeones la noticia sobre la nueva alianza. Con tanto ruido, Malus podía confiar en que no estuvieran escuchándolos a hurtadillas.

—El plan no está exento de riesgos —concedió—, pero necesitamos a Hadar para abrir la puerta, y no se volverá contra nosotros hasta que haya pacificado a su rebelde manada. No van a limitarse a bajar la cabeza en el instante en que hayamos matado a ese Machuk, y a seguir como si la rebelión nunca hubiese tenido lugar. Mientras no haya consolidado su autoridad, Hadar nos necesitará, y tenemos modos de hacer que la manada continúe inquieta hasta que hayamos averiguado lo que necesitamos acerca del cráneo.

Vanhir negó con la cabeza.

—No estamos tratando con otros druchii, mi señor. No es lo mismo que poner a un señor contra otro mediante promesas de sucesión, o avivar enemistades enterradas para hacer que los miembros de esa manada continúen lanzándose los unos al cuello de los otros.

—No, pero podemos hacer que sigan lo bastante enfadados con Hadar para que él no logre sentirse seguro de su autoridad —replicó Malus—. Por lo que me ha dicho, la manada está resentida con él desde hace años. No se sentirán contentos de que vuelva a gobernarlos, por muchos guerreros que tenga consigo.

—Pero esta vez puede prometerles los tesoros que hay en el templo —señaló

Dalvar.

—Ya les prometió eso en el pasado. No se convencerán hasta que les muestre los tesoros...y a esas alturas nosotros habremos averiguado lo que necesitamos saber y nos habremos adelantado.

—¿Y cómo, exactamente, vamos a hacer eso? —inquirió Lhunara—. Ninguno de nosotros es brujo.

—El cráneo continuará en mi poder —replicó Malus—. Estaré presente cada vez que Hadar lo examine. Lo que él averigüe, también lo averiguaré yo. Ya he descubierto que las potentes protecciones de Hadar no funcionan conmigo gracias al talismán de Nagaira —Malus se dio unos golpecitos en el peto, sobre el sitio en que descansaba la esfera mágica—, así que es posible que pueda matarlo en el instante en que descubra lo que necesito saber. Luego, podremos escapar.

—Con una horda de vengativos hombres bestia que pedirán nuestra piel a aullidos —murmuró Vanhir.

—Cuando yo tenga el poder del interior del templo, tendrán numerosas razones para aullar, créeme.

—Mi señor, ¿sabes realmente en qué consiste ese gran poder? —preguntó Lhunara—. ¿Lo sabe alguien?

Malus reprimió una ola de ira.

—Es un poder en el que dos grandes brujos han invertido años de esfuerzo y sustancial riqueza para adquirirlo —replicó con frialdad—. ¿Qué más necesitamos saber? El gran poder halla un modo de hacerse sentir, Lhunara. Me obedecerá a mí tanto como obedecería a Urial o Hadar, y no vacilaré en usarlo contra mis enemigos. Y además de eso... —el noble abrió los brazos para abarcar a toda la partida de guerra—, pensad en las riquezas que guarda el templo. Son riquezas que superan todos vuestros sueños; las suficientes para hacer de cada uno de vosotros un señor por derecho propio. Pensad en eso. Cuando lleguemos al interior podréis coger tanto como pueda transportar vuestro nauglir. Os lo juro.

El resplandor de la avaricia pura derritió las máscaras de incertidumbre de las caras de muchos de los druchii, en particular de Vanhir y Dalvar. Lhunara soltó un sonoro bufido.

—El oro no le sirve de mucho a un cadáver —gruñó—, pero este tema no está abierto a votación, precisamente. Tú has tomado una decisión, y ya está, y que la Madre Oscura esté con todos nosotros. ¿Cuándo partimos?

—Saldremos mañana por la noche y atacaremos al amanecer —dijo Malus—. Hasta entonces, afilad vuestras espadas y reparad las armaduras. Tenemos por delante una dura lucha.

17. Espadas al amanecer

El centinela hacía un recorrido predecible; casi invisible, arrastraba los pies entre la maleza de este a oeste y regresaba de nuevo. «Chapucero —pensó Malus—. Debería estar sentado en algún sitio que le proporcionara una buena perspectiva, y usar esas largas orejas que tiene en lugar de moverse.» Estaba claro que la manada pensaba que tenía poco que temer de Kul Hadar o de cualquier otro que estuviera en la ladera de la montaña.

Los druchii se agacharon todo lo posible al aproximarse el centinela. El alba estaba cerca y los atacantes habían estado abriéndose paso a través del bosque durante horas para rodear el campamento permanente de la manada. Ya habían interceptado y habían matado a un puñado de los antiguos seguidores de Kul Hadar, cazadores que regresaban con la comida para la noche siguiente, y pequeños grupos de exploradores que buscaban a Hadar y los demás exiliados. Entonces, le tocaba el turno al centinela y, después de eso, comenzaría la lucha de verdad.

La fuerza atacante estaba dividida en tres grupos mixtos más pequeños, que incluían druchii y hombres bestia. Esto permitía que la totalidad del destacamento se moviera más sigilosamente y cubriera mejor el perímetro del campamento, además de dotar a cada columna con dos o tres ballesteros druchii para silenciar amenazas inesperadas. Malus, Vanhir y uno de los hombres de Dalvar marchaban con quince de los campeones de Hadar, comandados por un hombre bestia corpulento llamado Yaghan. A diferencia de los otros que había visto Malus, Yaghan y sus guerreros iban todos acorazados, con grebas y pesados quijotes de bronce, largos hasta la rodilla, y blandían una enorme hacha de doble filo. De modo sorprendente, a pesar de su tamaño y corpulencia, los campeones se movían silenciosos y ágilmente por el bosque.

Poco antes de abandonar el campamento de exiliados, Hadar se había llevado a Yaghan aparte y le había gruñido una serie de órdenes. El campeón obedecía las señales que Malus hacía con la mano y transmitía las órdenes a los demás campeones sin vacilar, pero nunca sin un ardiente resplandor de resentimiento en los pequeños ojos.

Los movimientos del centinela provocaban poco más que un débil susurro entre los helechos y la maleza que había bajo los altos árboles; alguien que no estuviese tan alerta como ellos podría haber confundido el sonido con el que harían los movimientos furtivos de un zorro. Malus permanecía inmóvil y observaba con atención los espacios que mediaban entre los árboles. Al cabo de un momento, atisbo la silueta del hombre bestia que cruzaba entre la sombra de un árbol y la del siguiente. Estaba exactamente donde el noble pensaba que estaría. Malus se llevó la ballesta al hombro y esperó.

Escuchó el arrastrar de las pezuñas por el suelo del bosque y siguió con los ojos la

invisible presencia del centinela. El hombre bestia atravesó el campo visual de Malus y casi llegó hasta una gran mata de zarzas situada a cinco metros de distancia. Avanzó unos pocos pasos más y se detuvo. Por un momento, reinó el silencio. Luego, Malus oyó que el hombre bestia olfateaba el aire con suspicacia.

De repente, la mata de zarzas crujió y se estremeció, y *Rencor* se lanzó hacia el hombre bestia. En menos tiempo del que se tarda en inspirar, el nauglir alzó al centinela del suelo con las fauces y le partió el torso de un mordisco; se oyó un crujido sordo de huesos. Un brazo y una cabeza golpearon el suelo, y el gélido se sentó.

Malus sonrió.

—Muy bien. Ese es el último —les susurró a sus hombres—. A vuestras monturas. Nos ponemos en marcha.

Los dos druchii asintieron con la cabeza y se escabulleron en silencio hasta donde aguardaban los nauglirs. Malus se volvió a mirar a Yaghan e hizo un gesto con la cabeza. El hombre bestia le lanzó una mirada feroz y asintió con la cornuda cabeza para indicarles a los campeones que avanzaran. «Sólo podemos esperar que llegues a un glorioso y sangriento final aquí, en los próximos minutos —pensó Malus, fríamente—. En caso contrario, podrías convertirte en un problema más adelante.»

Los atacantes avanzaron con cautela a través del bosque, guiados por la luz de las hogueras que entonces ardían con poca llama en el centro del campamento. La costumbre de la manada era comer y beber en abundancia hacia la madrugada, y dormir la mona durante el día. Malus ya oía gemidos y gruñidos graves de cansados hombres bestia borrachos que se alejaban dando traspiés hacia las tiendas o una de las cuevas que abundaban en esa zona de la falda de la montaña.

Según Hadar, la tienda de Machuk estaba rodeada por las de sus campeones, en un punto situado más arriba de la ladera, cerca de la entrada de la gran grieta que para Hadar era el soto sagrado. Allí lo encontrarían los atacantes justo al amanecer, y la misión de los druchii era allanar el camino para que Yaghan y sus campeones llegaran a las tiendas y le cortaran la cabeza al usurpador en nombre de Hadar.

Malus llegó junto a *Rencor* y pasó una mano por el acorazado flanco del gélido. En primer lugar, se aseguró de que el nauglir hubiese acabado de comer; obligar a un gélido a renunciar a una comida equivalía a provocar un desastre.

—Arriba, *Rencor* —susurró Malus al mismo tiempo que tocaba al gélido por detrás de la pata delantera con el pomo de la daga.

El nauglir se levantó y avanzó en silencio.

La linde del bosque se encontraba a tan sólo quince metros de distancia. Malus ya veía la pálida luz de la aurora, que iluminaba el oscuro cielo por encima de la montaña. Débilmente, oía las pisadas de los otros gélicos, a la derecha; formaban un frente de aproximadamente cinco metros, pero el plan era cerrar filas de modo

considerable cuando salieran al descubierto. El aspecto de los gélidos, por sí mismo, bastaría para mantener a distancia a la mayoría de los hombres bestia, al menos al principio, pero cualquier resistencia organizada debía ser desbaratada rápidamente y con la máxima fuerza antes de que el enemigo pudiese reagruparse.

Malus subió a la silla de montar y miró la grieta de la ladera de la montaña. Hadar había dicho que la primera luz del día proyectaría un haz por dentro de la grieta, cosa que serviría como señal para atacar. El noble se envolvió las riendas en la mano izquierda y, lenta, silenciosamente, desenvainó la espada. Mucho dependía del resultado de los escasos minutos siguientes. Si el plan salía bien, le sacaría ventaja a Hadar. Si no...

La oscuridad se desvaneció en claros matices de gris, y un fino haz de luz entró en el campamento. Malus alzó la espada y lanzó un largo grito ululante que fue repetido a lo largo de la línea de árboles. El noble golpeó con las espuelas los flancos de *Rencor*, y el ataque dio comienzo.

Los gélidos salieron de los matorrales del bosque provocando una explosión de hojas y ramas, y estiraron el cuerpo al subir corriendo por la empinada falda de la montaña. Por instinto, los caballeros determinaron la posición de los demás e hicieron que las monturas se aproximaran unas a otras hasta hallarse a menos de la distancia de una espada. Las afiladas hojas de las armas destellaban a la débil luz, y del campamento se elevó un aullido de consternación y espanto. Malus sonrió como un lobo ante la perspectiva de derramamiento de sangre y carnicería.

Fieles a las predicciones de Hadar, muchos hombres bestia solitarios se apartaron a toda prisa del camino de los caballeros, mirándolos con ojos desorbitados de sorpresa. En mitad del ascenso, sin embargo, Malus vio que un numeroso grupo de guerreros corría hasta situarse alrededor de una tienda grande, con las armas a punto. A pesar de que muchos parecían muy bebidos, estaban preparados para luchar. El noble señaló con la espada al grupo de hombres bestia, y los caballeros espolearon las monturas y se lanzaron a galope tendido hacia los enemigos.

Los hombres bestia conservaron la resolución casi hasta el último momento, cuando la atronadora amenaza de la carga hizo que varios de los guerreros de primera fila vacilaran. Se volvieron hacia sus compañeros e intentaron pasar entre ellos, lo que causó más confusión y miedo. El grupo se movía primero a un lado y luego al otro en un intento de reagruparse entre gritos y coléricos ladridos, pero ya era demasiado tarde. Los siete jinetes cayeron sobre la desordenada masa como un martillo sobre cristal.

Lhunara espoleó a *Desgarrador* para que saltara directamente en medio del grupo, mientras levantaba las dos espadas curvas con la cara transformada en una máscara de muerte. Las hojas de las armas destellaban y zumbaban al atravesar músculo y hueso, y los hombres bestia retrocedían tambaleándose ante la guerrera,

muertos o agonizando a causa de sangrantes heridas en la cabeza, la garganta y el pecho. Junto a ella, Vanhir mataba a los aterrorizados hombres bestia con veloces y mesurados tajos, apartaba armas a los lados y hendía cráneos con rítmica precisión. Los caballeros se mecían sobre las sillas de montar al luchar contra los enemigos como si se hallaran sobre la cubierta de un barco sacudido por una tormenta, mientras que los gélidos que montaban se debatían y atacaban a la tentadora carne que los rodeaba. Los huesos se hacían añicos bajo las enormes patas de los nauglirs, y los cuerpos volaban por el aire a cada sacudida de sus cabezas acorazadas.

Malus trazó un mortífero arco con la espada y abrió la cabeza de un hombre bestia, cuyos sesos y sangre regaron a los compañeros que lo rodeaban. Otros dos guerreros salieron volando por el aire debido al impacto de la acometida de *Rencor*, y un tercero perdió un brazo y buena parte del hombro entre las poderosas fauces del nauglir. Un hombre bestia le asestó al gélido un tremendo golpe en la paletilla izquierda con un pesado garrote nudoso.

Cuando el guerrero echaba atrás el arma para golpear de nuevo, Malus se lanzó adelante y clavó la punta de la espada en un ojo del hombre bestia. El enorme guerrero cayó de espaldas y casi le arrancó el arma de la mano al noble, pero Malus tiró de ella con una brusca torsión que hizo que la punta de acero raspara sonoramente el hueso.

—¡Adelante! —les gritó Malus a los caballeros—. ¡Adelante! ¡Avanzad!

El noble clavó las espuelas en los flancos de *Rencor*, y el gélido saltó hacia adelante dispersando a derecha e izquierda hombres bestia heridos y en retirada.

Hadar quería usar la caballería druchii como la fuerza de choque que acabara con cualquier resistencia inicial y despejara el camino para que Yaghan y sus campeones pudieran llegar hasta Machuk. Malus no tenía ninguna intención de darles a Yaghan o cualquier otro hombre bestia la oportunidad de matar al usurpador. Eso no sólo significaba apartar del camino al enemigo con toda la rapidez posible, sino que también requería que los druchii derrotaran a los hombres bestia que cargaran contra ellos hasta llegar a la tienda de Machuk y vencieran a los mejores soldados de la manada en cuestión de pocos minutos.

Los hombres bestia se dispersaron, aullando de desesperación. *Rencor* le lanzó un mordisco a uno de los guerreros que huían y le cortó limpiamente la cornuda cabeza; el cuerpo continuó corriendo una docena de pasos más antes de desplomarse. Los caballeros se zafaron de la refriega y siguieron ladera arriba, con las ensangrentadas espadas dispuestas.

Otro pequeño grupo de hombres bestia que intentó cerrarles el paso a los druchii se lanzó contra ellos por un flanco desde la sombra de otra tienda voluminosa. Pero cargaron a destiempo y aparecieron demasiado pronto, de modo que Malus se limitó a desviar a *Rencor* hacia el grupo y dirigirlo contra el bruto más corpulento de todos.

El nauglir estrelló la roma cabeza contra el pecho del hombre bestia y lo lanzó a través de un lateral de la tienda más cercana, mientras Malus se inclinaba desde la silla de montar y degollaba a otro guerrero con la espada. Tiró de las riendas para que *Rencor* girara a la izquierda y aplastara a otros dos guerreros con las patas antes de regresar a la formación con los demás caballeros.

Las tiendas del usurpador estaban justo ante ellos: una gran tienda circular rodeada por una constelación de otras más pequeñas, todas hechas de gruesas pieles de animales y armazones de madera. Machuk y sus campeones aguardaban allí. La acometida de la caballería druchii dejaba pocas dudas respecto al objetivo final, y el usurpador había dedicado el tiempo a reunir a los mejores guerreros y organizados en algo parecido a una formación.

Malus reparó en que los guerreros de vanguardia llevaban grandes espadas y hachas de guerra, al igual que Yaghan y los suyos, y los hombres bestia tenían aspecto de saber utilizarlas. «Esto va a ponerse feo —pensó—. Si al menos tuviese tiempo para disparar primero unas cuantas andanadas de ballesta..., pero eso le daría a Yaghan el tiempo que necesita para subir la cuesta y unirse a la lucha, cosa que no puedo permitir.»

Malus alzó la espada y buscó al usurpador Machuk entre las filas de hombres bestia. El antiguo teniente de Hadar era, si acaso, aún más grande que el chamán y, a diferencia de éste, llevaba una pesada armadura como la de Yaghan y blandía una espada enorme. «Me cortará como si fuera un asado —pensó Malus—. Será mejor que sea rápido y preciso si quiero vencerlo.»

Señaló al hombre bestia con la espada y bramó un desafío que el usurpador, furioso, aceptó. El noble sacó del cinturón una daga de punta fina como una aguja, y soltó las riendas en el preciso momento en que la carga de caballería chocaba con los enemigos.

La enorme espada de Machuk era temible pero lenta, una fuerza casi irresistible que requería tiempo para ponerse en movimiento. Era cuestión de segundos como mucho, pero las luchas se decidían en fracciones de tiempo así de pequeñas. Con la presión de las rodillas, Malus desvió a *Rencor* hacia la izquierda en el último instante, justo cuando el usurpador echaba atrás el arma, y saltó al suelo, con ambas armas desnudas, directamente hacia el pecho de Machuk.

El estruendo del impacto fue increíble. Los campeones se mantuvieron firmes, y se produjo un estrépito atronador de carne y acero cuando los gélidos chocaron contra la formación. La sangre de amigos y enemigos saltaba en pulverizados chorros. Malus chocó contra Machuk, le rodeó el cuello con el brazo de la espada y le acuchilló la garganta con la afilada daga. La punta fina como una aguja danzaba por las gruesas placas de bronce que cubrían el cuello y los hombros de Machuk, y el enorme hombre bestia bramaba de cólera con la colmilluda boca a pocos centímetros

del cuello del druchii.

«Que la Madre Oscura me guarde —pensó Malus—. Eso no ha salido según lo planeado.»

El noble aferró a Machuk en un abrazo mortal mientras los pies le colgaban a casi treinta centímetros del suelo, y retuvo el brazo izquierdo del hombre bestia inmovilizado contra su propio pecho. Machuk se debatía y forcejeaba con el brazo atrapado, y el cuerpo del noble se sacudía violentamente en el aire con los pies paralelos al suelo. Malus se aferraba con desesperación al cuello del hombre bestia mientras continuaba intentando hallar un punto débil con la daga. La punta impactó sobre un collar de cuero y bronce que protegía el cuello del usurpador, y se partió contra un remache metálico.

Machuk soltó el espadón que sujetaba con la mano derecha, cogió a Malus por el cuello y estrelló la gruesa cabeza cornuda contra la frente del noble.

Lo siguiente que supo Malus era que impactaba con fuerza contra el suelo. Cayó de espaldas en la apisonada tierra y resbaló más de un metro, medio ciego de dolor. Se sentía como si la cabeza se le hubiese partido como un huevo duro. Confusamente, oyó un rugido y supo que Machuk estaba casi encima de él, con la espada en alto. «Muévete. ¡Muévete!», le gritó la mente.

Por instinto, rodó hacia la derecha, y la enorme espada del hombre bestia le asestó un golpe de soslayo en una espaldera; la guarda del hombro se abolló bajo el impacto y una punzada de dolor terrible recorrió el pecho de Malus. Rugió de dolor y cólera, y recobró la vista cuando la roja ira de la sed de batalla lo consumió.

Malus volvió a rodar, esa vez hacia adelante, en dirección a la gigantesca figura del hombre bestia. Una vez más se situó por dentro del poderoso arco de la enorme espada del usurpador, y se encontró contemplando las acorazadas pantorrillas de Machuk y un espacio de muslo desnudo entre las grebas y los quijotes. Lanzó una estocada con la espada y la punta penetró profundamente a través de la piel y el músculo del muslo derecho, y derramó un río de oscura sangre espesa.

Un guerrero menos experimentado habría retrocedido ante un ataque semejante, pero Machuk era un veterano endurecido. Le rugió con furia al noble y descargó el pie izquierdo sobre el pecho de Malus para inmovilizarlo contra el suelo. Luego, el espadón se alzó hacia el cielo y descendió como un rayo.

Lo único que salvó a Malus fue el hecho de ser mucho más pequeño que el hombre bestia y constituir un blanco difícil en la posición en que estaba. Machuk apuntó a la cintura de Malus, pero en el último momento, el noble rodó hasta donde le fue posible sobre la cadera. Un tercio de la hoja del arma se enterró en el suelo, aunque impactó contra las placas articuladas que le cubrían la cadera y las atravesaron. El filo de la espada pareció de hielo al penetrar en la piel del noble; luego, la sensación de frío desapareció con el impacto del golpe, la hemorragia de

sangre caliente y el dolor.

Malus gruñó como una bestia enloquecida, soltó la espada y buscó a tientas el mango del cuchillo que llevaba en la bota derecha. Con un impulso convulsivo, logró doblarse lo suficiente para coger el pequeño cuchillo y desenvainarlo. Cuando Machuk alzaba la espada para descargar otro tajo devastador, Malus clavó la daga en la corva izquierda del hombre bestia y movió la hoja a izquierda y derecha como si fuera una sierra para cercenar el tendón grueso como un cable.

Machuk bramó de furia y se desplomó encima de Malus, sobre cuya cara descargó la rodilla izquierda. Manó sangre de la nariz y los labios del druchii, y por un momento, no fue consciente de nada más que del estruendo que tenía dentro de la cabeza y de un mundo de tinieblas inyectadas de rojo. La rodilla del hombre bestia continuaba sobre su rostro, y al acuchillar a ciegas hacia arriba, clavó la hoja una y otra vez en la entepierna de Machuk. El hombre bestia emitió un torturado lamento de dolor, y al caer hacia adelante, libró a Malus de su peso. El noble se alejó rodando mientras parpadeaba para recobrar la visión.

Cuando se le aclaró la vista un momento más tarde, junto a él había dos de los campeones de Machuk que intentaban llegar a su señor herido. Uno se inclinó y aferró a Malus por el pelo, y le echó la cabeza atrás para dejarle el cuello al descubierto mientras alzaba con una mano la pesada hacha de guerra. De repente, se vio un destello de luz y una daga se clavó en un ojo del hombre bestia. El campeón quedó petrificado, con expresión de ligera sorpresa, y luego se desplomó de lado.

El segundo campeón había pasado de largo e intentaba ayudar a Machuk a levantarse. Malus gruñó de ira y se puso en pie de un salto. Un dolor lacerante le estalló en la cadera izquierda y se le dobló la pierna, de modo que cayó pesadamente contra el hombre bestia. Antes de que el campeón pudiera reaccionar, Malus clavó el cuchillo en el cuello desnudo del hombre bestia y cortó la gruesa vena; salió un torrente de caliente sangre brillante. El campeón lanzó un estrangulado grito y cayó de costado, y Malus se lanzó sobre la espalda de Machuk.

Las heridas del usurpador eran mortales. La sangre arterial manaba con latidos regulares por la herida del muslo, y de las cuchilladas de la entepierna salían sangre y fluidos que formaban un charco cada vez más grande bajo él. A pesar de todo, Machuk se esforzaba por levantarse y sus gruesos brazos temblaban a causa del esfuerzo. No parecía notar en absoluto el peso del noble.

Malus vio la espada de Machuk tirada a un lado, y con la punta de los dedos, rozó la empuñadura para atraerla hacia sí. Cuando la tuvo al alcance, levantó el tremendo peso del arma por encima de la cabeza.

—Has luchado bien, Machuk —graznó a través de los hinchados labios, y descargó la espada con todas las fuerzas que le quedaban.

La pesada hoja hendió el cuello por un lado y penetró en el espinazo. El

usurpador, con los pulmones comprimidos por el peso, lanzó un grito ahogado y se desplomó de cara sobre el suelo empapado de sangre. Con un grito salvaje, Malus arrancó la espada del cadáver y asestó otro tajo que hizo rodar la cabeza de Machuk por la hierba.

Se oyó un rugido de furia, ladera abajo. Yaghan y sus guerreros acababan de llegar, y el campeón miraba a Malus con franca cólera. El noble le dedicó una ensangrentada sonrisa bestial. «Demasiado tarde, Yaghan —pensó—. Demasiado tarde.» Enredó los dedos en la mata de pelaje de la cabeza de Machuk y alzó muy arriba el goteante trofeo.

—¡Gloria a la Madre Oscura y Hag Graef! —gritó Malus, y oyó que los caballeros recogían el grito desde la refriega circundante.

Entre los campeones supervivientes se alzó un alarido de desesperación cuando se dieron cuenta de que su jefe estaba muerto. Malus sintió más que vio que los guerreros vacilaban en torno a él, y entonces una voz tronante resonó por el campo de batalla. Había aparecido Kul Hadar, que ascendía a grandes zancadas por la colina, con el báculo en alto. El noble no entendía ni una palabra de lo que decía el brujo, pero la intención era clara: «El rey ha muerto. Larga vida al rey».

Los sonidos de lucha se apagaron bruscamente: sólo se oían los gritos secos de los druchii, que forcejeaban con sus monturas, enloquecidas por la batalla. Malus clavó la espada de Machuk en el suelo y la empleó para ponerse dolorosamente de pie. Sentía que la sangre le bajaba por la pierna izquierda y le encharcaba la bota, y el brazo izquierdo ya se le estaba hinchando y agarrotando. Escupió sangre y avanzó con lentos pasos metódicos hacia Kul Hadar.

El chamán giraba lentamente sobre sí mismo, clavando la feroz mirada en todos los miembros de la manada que podía ver. Continuaba hablándoles a los hombres bestia con palabras graves y sonoras; estaba claro que establecía la nueva ley de la manada tras la muerte de Machuk.

Malus se detuvo junto al chamán y alzó en alto la cabeza del usurpador para que todos la vieran, a pesar de que el brazo le temblaba a causa de la herida. La manada que iba reuniéndose observaba la escena con diversas expresiones, que iban desde el deleite a la consternación, pasando por una resignación cansada. Los ojos se movían desde Hadar a la cabeza de Machuk y al propio Malus. El noble mantuvo la mirada neutral, pero su cara ensangrentada no resultaba menos feroz por eso.

Al final, Hadar se volvió a mirar a Malus. Resultaba difícil discernir la expresión del bestial rostro del chamán, pero el noble supuso que Hadar intentaba mostrarse considerablemente grave ante la manada.

—Éste no era el plan, druchii —dijo el chamán—. ¡A Machuk debía matarlo mi campeón Yaghan! ¡Tú lo sabías!

Malus miró al chamán serenamente a los ojos.

—La resistencia fue más débil de lo esperado, gran Hadar. Yo y mis hombres llegamos primero hasta Machuk, y él no estaba de humor para esperar. —Le ofreció al chamán la cabeza del usurpador—. El resultado final es el mismo, ¿verdad? Él está muerto, y tú gobiernas la manada una vez más.

«Aunque gobiernas gracias a mis hombres y a mí, y la manada lo sabe —pensó—. Y eso me da poder para mantener a raya tus traicioneros cuchillos.»

Hadar apretó los dientes con evidente frustración, pero al cabo de un momento se había dominado y cogió la cabeza cortada de manos de Malus. La alzó en alto ante la manada y aulló, y los hombres bestia reunidos cayeron de rodillas y posaron la frente en el suelo. A continuación, se la entregó a Yaghan y se puso a ladrarles órdenes a los campeones.

Al desvanecerse la sed de batalla, Malus comenzó a ver más claramente el entorno. La mitad de los campeones de Machuk yacían en el suelo empapado de sangre, con tajos y miembros amputados o aplastados por golpes tremendos. Dos nauglirs y sus jinetes también yacían entre los cadáveres enemigos; tanto los acorazados druchii como sus monturas habían sido descuartizados por las pesadas espadas y hachas de los campeones. El sol aún no había acabado de salir; en total, tal vez habían pasado cinco o seis minutos desde el inicio de la carga druchii.

Malus se dio la vuelta para buscar a Lhunara y Vanhir. Ambos se encontraban cerca, sucios de sangre y trozos de carne, pero por lo demás, desos. Al verlos, el noble experimentó una peculiar sensación de alivio.

—Lhunara, reúne a los hombres y llevad a los nauglirs ladera abajo —dijo casi farfullando debido a la hinchazón de los labios—. Sería poco apropiado que se pusieran a devorar a los guerreros caídos en medio del campamento. Llévate también a *Rencor*... No sé si puedo caminar demasiado bien, de momento.

Lhunara frunció el entrecejo con preocupación, pues comenzaba a darse cuenta de que la mayor parte de la sangre que cubría la armadura del noble era, de hecho, suya.

—Debemos atender tus heridas, mi señor...

—Haz lo que te digo, mujer —insistió él, aunque la orden fue dada con escaso ardor.

En ese momento, lo único que quería Malus era buscar un sitio donde sentarse y descansar, pero aún había muchas cosas que hacer. Mientras los guardias reunían a las monturas y se encaminaban ladera abajo, el noble se volvió y vio que Kul Hadar aguardaba cerca de él. En la cara del chamán había una expresión expectante.

Malus le dedicó una sonrisa conciliadora.

—Te felicito por la victoria, gran Hadar —dijo, y una mueca de dolor se le dibujó en el rostro al acercarse cojeando al hombre bestia—. Supongo que necesitarás un poco de tiempo para poner en orden las cosas en la manada antes de que podamos comenzar a sondear los secretos del cráneo.

Pero el noble se sorprendió cuando el chamán enseñó los dientes y lanzó una carcajada gutural.

—Todo lo que había que decir ya ha sido dicho, druchii —replicó Hadar—. La manada me pertenece otra vez, y ha llegado el momento que he esperado durante décadas. No perderemos ni un instante más, señor Malus. No, el momento es ahora. Iremos al soto sagrado y obtendremos la llave de la Puerta del Infinito.

18. Traición

Malus obligó a su mente a concentrarse a pesar de la fatiga y las olas de dolor que lo atormentaban con cada vacilante paso. El ascenso de la empinada ladera de la montaña era una tortura, aunque usara la espada de Machuk como bastón improvisado. El noble había sacado el cráneo de la alforja y lo llevaba bajo el brazo izquierdo. Lhunara y Dalvar habían intentado curarle las heridas lo mejor posible, pero era poco lo que podían hacer mientras no se quitara la armadura.

Entonces, él y Hadar caminaban a solas, con paso decidido, hacia la grieta que hendía la montaña. Yaghan y cuatro de sus campeones, que iban a respetuosa distancia tras ellos, reían y se jactaban de proezas en su idioma gutural.

Malus no había esperado que Hadar se pusiera en marcha tan pronto después de la batalla. ¿Era por una cuestión de codicia o intentaba pillar desprevenido a Malus? «Probablemente, ambas cosas —razonó el druchii—. Trata de hacerse con la iniciativa mientras yo estoy cansado y herido. Una táctica bastante sensata —pensó—, pero no le servirá de mucho.» Cuando Malus había ido a buscar el cráneo, le había pedido a Vanhir que le diera un poco de courva de las manguantes reservas que le quedaban. Había masticado mecánicamente la raíz, cuyo sabor amargo le hacía entrecerrar los ojos. Sin embargo, la mente se le aclaraba a cada momento que pasaba, y se le volvía más aguda a medida que el estimulante hacía efecto. Se obligó a mirar el entorno y estudiar los alrededores, cualquier cosa que despertara su mente entumecida.

Habían ascendido por la ladera lo bastante como para proporcionarle una visión panorámica del bosque que se extendía a derecha e izquierda del pie de la montaña. También veía otra montaña más pequeña, que se alzaba un poco más lejos, a la derecha, y en medio había un valle muy boscoso que aún envolvía la niebla. Señaló el valle con un gesto de la cabeza.

—¿Es eso...?

—Sí. El templo de Tz'arkan se encuentra allí —replicó Hadar—. Un camino de cráneos serpentea por el valle, y al final está la Puerta del Infinito. Al otro lado de la puerta, en un espacio que no es enteramente de nuestro mundo, se alza el gran templo.

Malus reprimió un gemido. «¡Malditos brujos y sus retorcidas creaciones!»

—¿Cuándo se construyó el templo?

—Hace milenios —gruñó Hadar—, durante la época en que vuestro pueblo luchaba contra los hijos de los Poderes Malignos; posiblemente antes, incluso. Cinco grandes brujos, poderosos sirvientes de los Dioses Oscuros, conspiraron para dominar un gran poder y ponerlo a su servicio. Tramaron el plan durante más de cien años, según dice la historia, y al final encerraron al poder tras los muros del gran templo y

lo sometieron a su voluntad. Con esto, se convirtieron en conquistadores y causaron gran destrucción en el mundo desgarrado por la guerra.

Malus sonrió codiciosamente mientras su corazón se aceleraba, expectante. En poco tiempo, ese grandioso poder sería suyo. «Y pensar que yo busqué este lugar sólo para saciar mi sed de venganza —pensó—. ¿Qué más podría lograr con ese poder en mis manos?» Se vio sentado en la Corte de las Espinas, con la armadura del drachau y la Garra de la Noche puestas, mientras de detrás del hirviente resplandor rojo de sus ojos ascendía vapor y todos los nobles de la ciudad hincaban la rodilla y se sometían a sus torturas.

El noble vio un gran ejército en pie de guerra, con él a la cabeza, que surcaba las olas hacia la apestada Ulthuan y convertía en ruinas sus grandes ciudades. Se vio en la oscura Naggarond, fortaleza del Rey Brujo, sentado en un trono de hueso de dragón...

—Con el paso del tiempo, sin embargo, la fortuna abandonó a cada uno de los brujos por turno. Fueron traicionados por los compañeros o sus propios tenientes, o se volvieron demasiado confiados y acabaron derrotados en el campo de batalla. Uno a uno fueron destruidos, pero el poder del templo perduró. Cuando cayó el último brujo, el templo de Tz'arkan cayó en el olvido, y sus secretos quedaron guardados por las más terribles protecciones mágicas. —Hadar miró a Malus y volvió a dedicarle una cruel sonrisa colmilluda—. Hasta ahora.

Habían llegado a la entrada de la gran grieta. Vista de cerca era mucho más amplia de lo que Malus había esperado, y se ensanchaba aún más hacia el interior. La tierra se había acumulado dentro de la grieta a lo largo de los eones, y había dado vida a una hierba verde oscura y altos árboles de lustrosas hojas. En el aire se oía un murmullo grave muy parecido al que Malus había percibido en el campamento de los exiliados, pero más fuerte e intenso. Los árboles susurraron quedamente cuando ellos se acercaron, aunque el noble reparó en que no soplaban ni la más ligera brisa.

Hadar se detuvo en la entrada de la grieta y apoyó el báculo en el suelo.

—Éste es nuestro soto sagrado —declaró con voz reverente—. Aquí reside la fuente de todo nuestro poder. Camina con suavidad, druchii. Hasta este día, ningún ser vivo que no fuera de nuestra raza ha entrado aquí y ha sobrevivido.

El chamán inclinó la cornuda cabeza, dijo con tronante voz algo que parecía una plegaria y luego continuó adelante.

Había una especie de sendero desdibujado que serpenteaba entre los árboles. Hadar lo siguió con la soltura nacida de la familiaridad, y Malus tuvo que cojear, dolorido, tras él. A medida que ascendían por la grieta, Malus reparó en que los grandiosos árboles estaban cubiertos de negras y brillantes enredaderas que tenían centenares de espinas finas como agujas. Al pie de cada árbol, había montoncitos de huesos; algunos erosionados por los elementos y otros tan frescos que sobre ellos aún

relucían fragmentos de grasa y tendones. Malus contempló el bosque con mucho más respeto que antes.

Avanzaron por el sendero durante varios largos minutos más, hasta que Malus vio el primero de los cristales relumbrantes. La roca verdosa afloraba del suelo igual que la que había visto en la cueva de Hadar, y Malus tuvo la sensación de que las formaciones eran el origen de las poderosas vibraciones que sentía en los huesos.

—¿Qué les confiere un poder semejante a estas piedras, Hadar?

—Son regalos de los Dioses Oscuros —replicó el chamán con orgullo—. Las manadas pueden oír la potente canción desde leguas de distancia, y las buscamos por el poder que nos otorgan. Las piedras nos hacen muy fuertes; cuando sentimos su canción en los huesos podemos llevar a cabo increíbles hechizos, mucho más potente que vuestras insignificantes brujerías. ¡Cuando extendemos una mano, la tierra y el cielo se someten a nuestra voluntad!

Barrió el aire con un brazo para abarcar toda la grieta de la montaña.

—Una tribu es considerada verdaderamente poderosa si su soto contiene tres de las grandes piedras. Aquí, en la montaña bendecida por el Dios del Hacha, tenemos casi una docena. Cuando conduje por primera vez a mi manada hasta este lugar, lo celebraron durante quince días cantándole mi nombre al oscuro cielo. Creían que los dioses me favorecían, puesto que había sido capaz de conducirlos hasta un poder semejante. —Hadar rió entre dientes para sí—. Las conquistas, las carnicerías, la terrible destrucción que podría haber obrado. Podría haber doblegado a las otras manadas y haber gobernado como nadie de mi raza lo ha hecho en miles de años. Pero no lo hice. —El chamán volvió la cornuda cabeza y clavó en Malus un ojo oscuro—. No lo hice porque sabía que me encontraba a las puertas de un poder aún más grandioso.

Cuanto más avanzaban, más cristales veía Malus, y la luminiscencia aumentó hasta que pudo sentirla contra la piel desnuda como si fuera la cálida luz del sol. El noble también comenzó a ver toscos obeliscos de piedra que tenían talladas puntiagudas runas y sigilos, y estaban dispuestos en torno a las formaciones de cristal, y postes de los que colgaban los podridos cuerpos de hombres bestia sacrificados. Los huesos viejos entrechocaban en un viento inexistente, y en el aire flotaba olor a cuero y putrefacción.

Unos minutos más tarde, llegaron a un círculo de piedras erectas, todas precariamente inclinadas sobre la empinada ladera. En el exterior del círculo había un gran gong de bronce, con el mazo apoyado junto a él. En el interior, el pavimento era de pizarra; el centro estaba manchado por la sangre derramada durante años. Hileras de runas corrían a lo largo de cada piedra, talladas encima de finas líneas grabadas que eran mucho más antiguas. Malus tuvo la sensación de que la manada de Hadar no era la primera que había reclamado para sí esa grieta y su poder.

Hadar avanzó hasta el gong y recogió el mazo. Golpeó tres veces el disco metálico, lenta y decididamente, y luego inclinó la cabeza para mirar hacia un punto situado por encima de las piedras erectas. Malus siguió la mirada del hombre bestia y vio que el otro extremo de la grieta estaba sorprendentemente cerca, y que se estrechaba hasta acabar en una oscura abertura que parecía ser la entrada de una cueva. Los ecos resonaron en las paredes de la grieta y luego se apagaron. Los oscuros árboles susurraron y después quedaron inmóviles.

A continuación, Malus percibió un atisbo de movimiento dentro de la grieta. Una fila de hombres bestia ataviados con hábitos y cogullas salieron de la oscuridad; llevaban báculos ceremoniales e incensarios de latón batido, frascos de polvos y largas botellas de color que contenían líquidos extraños. Descendieron sin hacer el más ligero ruido, aparentemente deslizándose sin esfuerzo por la empinada ladera hacia las piedras erectas. Hadar inclinó la cabeza con reverencia cuando se acercaron.

Malus se apoyaba con fuerza en la espada de Machuk, repentinamente intranquilo. ¿De qué servían los polvos y las pociones cuando el conocimiento que buscaban se hallaba encerrado dentro de un cráneo antiguo?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Kul Hadar lo miró de soslayo, con un destello de irritación en los oscuros ojos.

—Ahora invocaremos la sombra de Ehrenlish, estúpido.

Las cejas del noble se fruncieron con consternación.

—¿Su sombra?

El chamán se volvió a mirarlo y estiró los labios en una mueca burlona.

—¿Cómo has llegado tan lejos sabiendo tan poco? —El chamán señaló con gravedad el cráneo que Malus tenía en las manos—. Ese es el Cráneo de Ehrenlish, el más grande de los cinco brujos que dominaron el poder del templo. El, el último de los conspiradores, sintió que no tardaría en correr la misma suerte que sus compañeros e intentó burlar a la muerte mediante la magia, uniendo su alma a sus propios huesos.

El chamán rió entre dientes.

—Pero al final resultó que el estúpido se había construido la más horrible de las prisiones. Un rival le cortó la cabeza y molió sus huesos hasta transformarlos en polvo. Entonces, el gran brujo se convirtió en un trofeo que pasaría de mano en mano durante cientos de años, olvidados largo tiempo atrás sus sueños de gloria. —Hadar avanzó un paso—. Pero el secreto para abrir la puerta permanece encerrado dentro de esos viejos huesos, y haremos que Ehrenlish nos lo revele.

La mente del noble trabajaba a toda velocidad, esforzándose en comprender la trascendencia de todo aquello.

—¿Y cómo vas a sacar al fantasma y hacer que hable? —preguntó, confuso.

Kul Hadar sonrió mientras la mano que tendía hacia adelante se cerraba en un

nudoso puño.

—Pues le vamos a dar tu boca para que hable con ella, druchii.

De la mano del chamán saltaron rayos de fuego verde. Instintivamente, Malus se lanzó hacia un lado, y el vello de la nuca se le erizó cuando las energías mágicas sisearon al atravesar el espacio que él había ocupado una fracción de segundo antes.

El terror y la cólera que hirvieron en sus venas desterraron el cansancio y el dolor, y Malus se lanzó ladera abajo, corriendo de una formación de cristal a otra. Una segunda andanada de rayos mágicos impactó en el suelo, tras él, y abrió agujeros oscuros en la herbosa tierra. Un trueno mágico resonó y crepitó por el interior de la grieta.

Malus se agachó cerca de un afloramiento de cristal. Un rayo verde cayó entre una lluvia de chispas, y se oyeron los gritos de Hadar y los sacerdotes. «¡Piensa, Malus, piensa!» El cerebro del noble trabajaba furiosamente para dar con una salida. Sintió un bulto tibio bajo el borde del peto. El talismán de Nagaira. «Tal vez sea lo que ha estado haciendo que Hadar errara el blanco.»

Se detuvo durante un instante para recobrar el aliento mientras oía que los sacerdotes corrían ladera abajo tras él. Malus consideró las opciones que tenía, pero ninguna era buena. «El bastardo ha estado planeando esto desde el principio —pensó con tristeza—. No es de extrañar que aceptara tan fácilmente mi cambio de planes. Sabía que no tendría importancia una vez que me trajera hasta aquí arriba.»

El noble clavó el espadón de Machuk en el suelo. Con una mano desenvainó el cuchillo que llevaba en la bota, mientras con la otra sacaba el talismán de su hermana. Un plan tomó forma. «Me alegro de que Lhunara no esté aquí para ver esto —pensó, enloquecido—. Me diría que es un suicidio..., como si eso no resultara perfectamente obvio.»

Malus salió de un salto de detrás del cristal al mismo tiempo que echaba atrás la mano con que sujetaba el cuchillo. Buscó a Kul Hadar y lanzó la daga justo en el momento en que el chamán disparaba otra tormenta de rayos. Las energías mágicas impactaron contra el cuchillo y lo arrojaron a un lado con una brillante chispa y una detonación atronadora. «Bueno, eso se acabó», pensó el noble.

Los sacerdotes se lanzaron hacia él por la derecha y la izquierda, con las manos tendidas hacia sus brazos. Malus se agachó por debajo de las zarpas del primero y le dio un puñetazo en el vientre. El sacerdote se dobló por la mitad y se desplomó en el camino de otro compañero; ambos cayeron en un enredo de brazos y piernas. «Gracias a la Madre Oscura no todos son como Machuk», pensó Malus. Se volvió para coger el espadón y blandido en un mortífero arco, que mantuvo a distancia a los sacerdotes restantes mientras él bajaba rápidamente por la ladera.

Entonces, el aire se volvió verde brillante, y las crepitantes energías golpearon el pecho de Malus, que se quedó rígido cuando el fuego brujo le recorrió las

extremidades. Los labios del noble se separaron en un silencioso grito de dolor. El talismán que le colgaba del cuello se puso rojo brillante mientras intentaba rechazar el poder de Kul Hadar, hasta que la esfera de cristal se hizo añicos en un brillante destello de luz y con una aguda detonación.

Malus salió despedido y rodó un largo trecho ladera abajo, antes de resbalar por el suelo hasta detenerse. El espadón continuaba aferrado por su ensangrentada mano en el momento en que giró sobre sí mismo, dolorido, y se puso de pie. «Gracias por el impulso», pensó el noble, enloquecido, y corrió a toda velocidad.

Giró en el primer recodo del sendero y casi se estrelló contra Yaghan y sus campeones, que corrían en dirección contraria. Éste vio a Malus y rugió una orden, y los otros campeones se desplazaron de inmediato para rodear al noble. Malus gruñó y saltó hacia Yaghan al mismo tiempo que le lanzaba un tajo dirigido al pecho con la pesada arma; pero el campeón paró fácilmente el golpe con la ancha hoja del hacha. Otro hombre bestia se lanzó al ataque y golpeó a Malus en un lado de la cabeza con el pomo del espadón que llevaba, y el noble se tambaleó y parpadeó para librarse de las estrellas que le nublaron la vista.

Él hombre bestia de la derecha, envalentonado por sus amigos, se lanzó hacia el aturdido druchii, pero Malus no estaba tan desorientado como aparentaba. Cuando el campeón se le acercó, clavó la espada en un pie del hombre bestia. Al vacilar la acometida del campeón en medio de un bramido de dolor, el noble arrancó la espada y la clavó en el mentón del hombre bestia. Sangre y dientes volaron por los aires y el campeón cayó hacia atrás con un alarido, a la vez que lanzaba un tajo enloquecido con el arma.

Malus esquivó el ataque con soltura y respondió con un tajo, que abrió el abdomen del hombre bestia y derramó sus entrañas humeantes por el suelo. El campeón se desplomó sobre la hierba aferrándose vanamente los intestinos, mientras Malus escapaba del círculo y rodeaba con cautela a Yaghan para llegar al sendero que bajaba por la ladera.

Había dado dos pasos cuando algo grande se estrelló contra su espalda y lo lanzó de cabeza. La punta del espadón se clavó en el suelo y se le escapó de la mano cuando impactó de cara sobre el sendero. El dolor irradió desde la nariz y el mentón, y la sangre manó por encima de sus labios, pero Malus ya intentaba apoyar los pies e incorporarse de un salto.

Recibió otro golpe tremendo en un costado y cayó de espaldas. Uno de los campeones de Yaghan se encontraba de pie junto a él y bramaba una gutural carcajada al mismo tiempo que agitaba un enorme garrote como si no pesara más que una vara de sauce. El hombre bestia descargó el nudoso garrote de madera sobre el pecho del noble y la armadura se curvó bajo el impacto. Malus sintió que se le hundían las costillas y que los pulmones se le vaciaban de aire.

Mientras sonreía ferozmente, el campeón plantó una pezuña hendida en el centro mismo del peto del noble y apoyó el nudoso extremo del garrote sobre la frente de Malus. El hombre bestia se inclinó hacia adelante para descargar todo el peso en el garrote, y Malus apretó los dientes al acometerlo un lento estallido de dolor. Dobló la pierna derecha hasta casi tocarse el pecho y la estiró con toda la fuerza de que fue capaz para patear con el tacón la entepierna del hombre bestia dos veces en rápida sucesión. El campeón aulló y se le doblaron las rodillas, y Malus rodó velozmente a un lado mientras el hombre bestia caía al suelo.

El noble se puso de pie y se volvió durante el tiempo suficiente para patear la cara del campeón caído antes de lanzarse una vez más hacia el sendero. Sin embargo, el momento de venganza le costó caro. Una mano ancha se cerró sobre la nuca del noble, y de repente se encontró con que lo empujaban a la carrera hacia los árboles de negro tronco del otro lado del camino. Agitó los brazos con desesperación, buscando vanamente algo que aferrar, hasta que uno de sus pies chocó contra una piedra semienterrada y cayó hacia adelante, estrellándose contra el tronco de un árbol cubierto de enredaderas. Al instante, los oscuros zarcillos se deslizaron como serpientes que bajaran por la lustrosa corteza para enrollarse en el cuello. Las espinas finas como agujas se le clavaron profundamente, y al instante, la piel comenzó a escocerle a causa de alguna toxina nociva. Se le hinchó el interior de la garganta mientras la enredadera continuaba apretándose alrededor de su cuello, y le cortó el paso del aire al mismo tiempo que el flujo sanguíneo.

El noble buscó a tientas un cuchillo para cortar la enredadera, pero su campo visual ya comenzaba a reducirse. Le zumbaban los oídos. Tocó con los dedos el pomo del cuchillo que llevaba en el cinturón y lo aferró espasmódicamente, pero el arma se negó a salir de la vaina.

Unas figuras oscuras avanzaban hacia él con las manos extendidas. Detrás de ellas vio otra muy grande y cornuda, entre cuyas manos danzaba un fuego verde, y oyó la risa áspera como un rebuzno de Yaghan y sus campeones. Malus sintió las manos de los sacerdotes encima, y la enredadera lo apretó aún más posesivamente, reacia a renunciar a la comida. Con un último arranque de fuerza, logró desenvainar la daga, pero ya no podía ver dónde cortar.

Clavó el cuchillo en el vientre de uno de los sacerdotes justo en el instante en que lo abrazaban las tinieblas.

19. La Puerta del Infinito

Cuando despertó, Malus estaba suspendido dentro del círculo de piedras, sujeto en el aire por siseantes bucles de fuego brujo.

Las energías lo mantenían inmóvil y le impregnaban el cuerpo de un dolor sordo. Tenía todos los músculos tensos, como si luchara involuntariamente contra las fuerzas que lo sujetaban. La garganta ya no estaba hinchada. Lo habían colocado de tal modo que el Cráneo de Ehrenlish descansaba sobre las palmas de las manos, que tenía unidas a la altura de la cintura. Su cabeza estaba ligeramente echada hacia atrás, cosa que le permitió atisbar el cielo y determinar que había pasado muy poco tiempo desde que había sucumbido a las terribles enredaderas. Percibía la presencia de los sacerdotes, que formaban un círculo en torno a él y murmuraban una salmodia con grave voz gutural. «Que la Madre Oscura me conceda que ahora haya uno menos que antes», pensó con ferocidad.

Luego, sintió que una sombra caía sobre él, y vio que el enorme Kul Hadar ocupaba su lugar a la cabeza del círculo ritual de sacerdotes. El chamán había dejado a un lado el enorme báculo y alzaba ambas manos hacia el cielo. Un gruñido grave comenzó a sonar en las profundidades de la garganta del hombre bestia, y ascendió hasta un poderoso trueno, que adoptó la forma de palabras guturales. El poder crepitaba en los labios del chamán, y el noble entendió el nombre de Ehrenlish.

El cráneo se estremeció en las manos de Malus. Aunque no podía ver la reliquia, sentía que comenzaba a relumbrar con luz propia mientras el chamán invocaba al fantasma del hechicero.

Sintió que el cráneo se entibiaba entre sus manos. En el aire se oía un zumbido como el que haría un enjambre de abejas furiosas. ¿Era un sonido físico, o una vibración que reverberaba en sus huesos? De repente, una sacudida hizo que le temblara todo el cuerpo; luego, otra. Una ardiente energía hormigueante se agitó contra su vientre e intentó metérsele dentro. El chamán estaba obligando al espíritu de Ehrenlish a entrar en el cuerpo de Malus. Era similar a la sensación que había experimentado en el Santuario de los Caballeros Muertos, pero más lenta y decidida, como una daga que se clavara centímetro a centímetro en su carne. Apretó los dientes de rabia y opuso su voluntad a aquella invasión indeseada, pero era incapaz de impedir la inexorable violación de su cuerpo.

El poder oscuro se filtró con lentitud dentro de su abdomen y le contaminó las entrañas con la impureza de la corrupción física. El estómago se le rebeló ante el gélido contacto, pero no podía expulsarlo por mucho que lo intentara. Malus chilló con rabia impotente, y la sombra de Ehrenlish avanzó como una araña por sus huesos.

El espíritu lo sumergió en una marea de locura y odio. La mente del noble se llenó de visiones, visiones de planos ultraterrenos que atacaban su cordura y le

helaban el alma. En su corazón pululaban gusanos y las venas se le llenaron de corrupción. El brujo se le filtraba de modo inexorable dentro de la cabeza, se retorcía y reptaba como una serpiente, y sondeaba los oscuros confines donde se encontraban todos sus secretos.

Luego, Hadar gritó una orden, y Ehrenlish retrocedió como si le hubieran dado un golpe físico. Las palabras se abrieron paso a través de la boca de Malus, salvajes maldiciones cargadas de odio hacia el animal que se atrevía a dar órdenes al campeón de los Poderes Malignos. El noble se enfureció y gritó en los rincones remotos de su mente al entablarse la batalla entre los dos brujos. Kul Hadar oponía su voluntad a la de Ehrenlish, y cada golpe reverberaba a través del cuerpo del noble en olas de dolor cegador.

La lucha se prolongó durante una eternidad, sin que ninguno cediera ante el otro. Ehrenlish rugía de forma desafiante a través de la boca de Malus, y los cielos tronaban y se agitaban a modo de respuesta. La sombra escupía sartas de maldiciones que cuajaban el aire, pero cada vez que Hadar contraatacaba, Malus sentía el miedo del espíritu de Ehrenlish.

Había sentido antes ese mismo terror, en el Santuario de los Caballeros Muertos, cuando el cráneo había caído en su mano, aunque entonces no supo qué significaba realmente la salvaje sacudida. A pesar de todo el poder que tenía la sombra, también temía a la oscuridad que esperaba fuera de los confines de su prisión mágica. Ehrenlish había sido un poder antiguo y terrible mucho antes de que reuniera al grupo de conspiradores para someter a su voluntad al poder del interior del templo. Había hecho muchos pactos oscuros y espantosos con cosas mucho más antiguas y terribles que él, y que aún aguardaban para cobrar lo que se les debía. Si Hadar lo presionaba demasiado, Ehrenlish daría cualquier cosa para diferir su disolución.

Malus se preguntaba si su cuerpo sucumbiría antes de que el brujo acabara por quebrantarse.

Hadar atacaba a Ehrenlish con blasfemas palabras de poder, y la sombra le respondía de igual modo. Malus sentía que se le desgarraba la garganta a causa de la fuerza de las temibles maldiciones. El calor rielaba en el aire por encima de las piedras erectas, y el noble veía evidenciarse el esfuerzo en la cara del hombre bestia. Pero los años de obsesión dotaban a Hadar de una voluntad febril que se equiparaba golpe a golpe con la voluntad de Ehrenlish, y el noble sentía que el brujo comenzaba a debilitarse.

Empezaban a arderle los dedos de manos y pies. Malus sentía el calor que le fluía por las extremidades mientras su cuerpo intentaba estar a la altura de las pasmosas energías que lo recorrían. Estaba consumiéndose como una vela que ardiera por ambos extremos, y los dos brujos continuaban el enfrentamiento, indiferentes ante lo que pudiera sucederle a él.

Malus oyó gritos. «¿Gritos?» Al principio pensó que lo engañaban sus propios pensamientos enloquecidos, pero, pasado un momento, se dio cuenta de que la voz de Hadar había vacilado y que los gritos de dolor competían con las blasfemias que bramaba Ehrenlish.

Una sombra cayó sobre las piedras erectas... No, no sobre las piedras, sino dentro del círculo, donde penetraba a toda velocidad entre los sacerdotes desde la parte inferior de la ladera. Hadar retrocedió al mismo tiempo que gritaba de rabia, y entonces uno de los jinetes de Urial entró en el círculo ritual y extendió un brazo para coger el cráneo que Malus tenía en las manos.

El mundo se estremeció y el cielo se abrió con un trueno cataclísmico. Ehrenlish chilló cuando las energías concentradas por el ritual estallaron en una tormenta de fuego voraz.

«En el dolor hay vida. En la oscuridad, fuerza infinita.»

El viejo catecismo resonó desde algún lóbrego rincón de la mente de Malus. Yacía en la oscuridad. Sentía el cuerpo como si fuera una vasija que hubiera estallado dentro de un horno y cuyos humeantes fragmentos se hubiesen dispersado fuera de su alcance. Y sin embargo, en la oscuridad, aún perduraba una pizca de la voluntad del noble. Y lentamente, muy poco a poco, cada vez con más fuerza y velocidad, Malus logró recomponerse.

Cuando recobró la vista, se encontró con que estaba tendido de lado, apoyado contra una de las piedras erectas. El cráneo de Ehrenlish había caído cerca de él, ennegrecido y con el alambre de plata parcialmente fundido a causa de una explosión de intenso calor. Muchas de las piedras habían estallado en pedazos y las puntiagudas esquirlas estaban clavadas en los cuerpos de los sacerdotes, que yacían, quemados y destrozados, por todo el círculo. Sorprendentemente, Kul Hadar permanecía de pie, envuelto en humo. Estaba aturdido y mareado a causa de la explosión, pero, de algún modo, su brujería lo había protegido de lo peor.

A Malus no se le ocurría ni una sola razón que explicara por qué él había sobrevivido, pero de momento tenía cosas mucho más urgentes en las que pensar.

Esgrimir el talismán de Nagaira había sido una apuesta desesperada. Había sospechado que, en el momento mismo en que se rompiera, los cazadores de Urial serían capaces de percibir la localización del cráneo y correrían a recuperarlo. La fe que Malus tenía en el resuelto odio de su medio hermano se había visto validada una vez más. Urial había creado buenos esbirros.

Malus había conseguido la violenta distracción que deseaba. Entonces, sólo tenía que escapar de ella entero.

De algún modo, el jinete que tan resueltamente había violado el círculo había logrado sobrevivir; la pálida figura arrastraba el destrozado cuerpo por el suelo de pizarra hacia Malus, apoyándose sobre los calcinados muñones de los antebrazos. La

ropa y buena parte de la piel se le habían consumido en la explosión, pero el ennegrecido cráneo sin ojos estaba concentrado en el noble con infalible intención asesina.

Malus trató de levantarse, pero sus extremidades estaban débiles y descoordinadas a causa del dolor. Movi6 débilmente los pies sobre las humeantes losas de pizarra mientras el jinete se acercaba cada vez más. Malus oía cómo la calcinada carne de los brazos siseaba sobre la pizarra caliente. Con un grito salvaje, el noble se arrastró por el suelo de piedra; quemándose las manos, recogió el ennegrecido cráneo y salió fuera del círculo ritual. Cuanto más se movía, más fuerza recuperaba su cuerpo; tras arrastrarse algo más de un metro por la tierra desnuda, descubrió que podía ponerse de pie, tambaleante y dolorido.

Para su sorpresa, las heridas de la cadera y el brazo no le dolían tanto como antes. Sospechaba que eso era obra de Ehrenlish; el miedo que la sombra tenía a disolverse era tan grande que podría haber reparado por reflejo las heridas más graves con el fin de asegurar la supervivencia del huésped durante la posesión forzosa.

En el soto tenía lugar una batalla. A medida que recobraba los sentidos, Malus se dio cuenta de que la manada de hombres bestia había reaccionado violentamente ante la llegada de los jinetes y la invasión del soto sagrado. Yaghan y sus campeones habían perseguido a los jinetes al interior de la grieta, y entonces sus enormes armas y el temible vigor representaban un desafío real para los intrusos. Los jinetes, aturdidos por la explosión mágica, habían permitido que los hombres bestia los rodearan.

Los oscuros caballos se alzaban de manos y pateaban con cascos ensangrentados, y los desarzonados jinetes tejían una mortífera red de acero con lanzas y espadas; pero por cada hombre bestia que caía un jinete sufría una herida grave. Ya había dos caballos que se debatían con impotencia en el suelo, con las patas cercenadas, y uno de los jinetes había caído definitivamente, con la cabeza cortada.

Malus observó cómo un jinete rodeado de hombres bestia atravesaba con la espada a uno de los corpulentos guerreros, pero el campeón mortalmente herido sólo se balanceó sobre los talones y aferró la cabeza del jinete con las enormes manos. El hombre bestia apretó, y entre sus dedos comenzó a manar lentamente la sangre, a medida que aplastaba poco a poco la cabeza del otro.

El noble oyó un furioso bramido y un salvaje estruendo sonó a la derecha, y cuando desvió la mirada vio que Kul Hadar destrozaba al jinete mutilado dentro del círculo con rayos de ardiente fuego verde. Los arcos de energía abrasadora lo hendieron como cuchillos llameantes, lo descuartizaron en una docena de humeantes trozos y dejaron marcas al rojo vivo en la pizarra del suelo. La frenética furia de los hombres bestia ante la invasión de su soto había eclipsado toda pretensión de sensatez y le ofrecía a Malus una oportunidad que sabía que no duraría mucho. El problema

residía en que el sendero que salía de la grieta estaba atestado de hombres bestia furiosos y jinetes mágicos.

Malus cerró los ojos e inspiró profundamente para reunir las pocas fuerzas que le quedaban. Buscó con una mano la espada que llevaba colgada en la cadera. Tras desenvainarla, echó a correr a toda velocidad ladera abajo. Pasó a la carrera junto a los indiferentes hombres bestia y se metió a toda velocidad entre los árboles sedientos de sangre que flanqueaban un lado del serpenteante sendero.

El hambriento bosque estalló en sinuoso movimiento cuando Malus pasó entre los árboles. Saltaba por encima de cada raíz que se alzaba a su paso. En una ocasión perdió pie y dio una larga voltereta, de la que finalmente salió de un salto para incorporarse otra vez. Mientras continuara en movimiento, razonaba desesperadamente una parte de su mente, las enredaderas no se moverían lo bastante rápido para atraparlo. En un momento dado salió de entre los árboles para atravesar una curva del sendero y pasó entre un grupo de sorprendidos hombres bestia antes de desaparecer entre la vegetación del otro lado.

Las espinas le hacían cortes en las manos y la cara, y el veneno que dejaban le causaba escozor en la piel; pero en alguien que se había untado de veneno durante la mayor parte de la vida adulta, la toxina tenía poco efecto, siempre y cuando no se concentrara en torno a la garganta. Pareció que la loca carrera duraba horas, pero habían pasado sólo unos minutos cuando Malus salió precipitadamente del hambriento bosque, al final de la grieta.

El noble se abrió paso a empujones entre la multitud de hombres bestia que se habían reunido por debajo del sendero, y continuó corriendo ladera abajo, mientras miraba desesperadamente a todas partes en busca de sus guerreros.

—¡Guerreros de Hag Graef! —gritaba con voz aguda y desesperada—. ¡Montad!

Malus oyó el familiar bramido de *Rencor* al final de la pendiente. Al cabo de unos momentos se reunió con la partida de guerra y los encontró a todos acorazados y montados. Las caras de los druchii palidecieron de conmoción al ver al maltrecho señor que corría atropelladamente. Sin pronunciar palabra, el noble se lanzó sobre la silla de montar.

—¡Mi señor! —gritó Lhunara—. ¿Qué ha sucedido? Vimos a los jinetes... Pasaron junto a nosotros como si no existiéramos, y cargaron ladera arriba con toda la manada bramando tras ellos. —Se puso pálida al ver la expresión de Malus—. ¿Qué te hizo Hadar?

Malus se inclinó como un borracho sobre la silla de montar y comenzó a temblar; luego, se estremeció con más fuerza y se dobló por la mitad sobre el cuello de *Rencor*. Los guardias lo observaban con profunda preocupación mientras terribles exhalaciones manaban convulsivamente desde las profundidades de su pecho.

Después, el noble echó atrás la cabeza y se puso a reír con la demente alegría del

maldito.

—¡Hadar me ha dado la llave de la puerta! —gritó el noble—. ¡El grandísimo idiota! ¡Habría sido más inteligente si me hubiese degollado en lugar de proporcionarme una visión del alma de Ehrenlish! —Metió el cráneo en la alforja y cogió las riendas—. ¡Deprisa, ahora! Tenemos que cabalgar hacia el valle mientras podamos. ¡Una vez que acabe con los jinetes de Urial, Kul Hadar vendrá contra nosotros con todo lo que tenga!

Justo en ese momento, un tremendo grito de furia resonó dentro de la grieta de la montaña, y de inmediato, Malus supo que la maniobra de diversión había acabado. Hadar se había dado cuenta de que el noble había huido.

—¡Adelante! —gritó Malus con voracidad, y clavó las espuelas en los flancos de *Rencor*.

Con un grito salvaje, la partida de guerra saltó tras su señor. Todos estaban convencidos de que estaba loco, pero también de que la larga búsqueda casi había concluido.

Malus esperaba encontrar un sendero muy transitado que llevara desde el campamento, a través del bosque, hasta el camino de cráneos que serpenteaba valle adentro. Pero resultó que estaba equivocado, y fue un error que estuvo a punto de costarle la vida.

La partida de guerra rodeó el campamento por la periferia, a lo largo de la línea de árboles, en busca de un sendero. Tras casi ochocientos metros, la ladera de la montaña ascendía bruscamente y formaba una elevación demasiado empinada para que un nauglir subiera por ella. La vegetación forestal de la zona era extremadamente densa, con zarzas y árboles muy juntos.

Con una maldición, Malus hizo que la partida de guerra diera media vuelta y regresara a toda velocidad por donde había venido, hacia una zona de bosque menos densa que pudieran atravesar. Al retroceder vio que los hombres bestia iban hacia ellos a la carrera; estaba toda la manada, unos trescientos, con Yaghan y los campeones supervivientes al mando. Todos aullaban pidiendo sangre, enardecidos por la profanación del soto sagrado. Malus tiró de las riendas y giró a la izquierda para dirigir a *Rencor* hacia la primera zona de bosque relativamente transitable que vio.

A pesar de todo, el avance era lento y difícil. *Rencor* corcoveaba y se lanzaba a través del sotobosque, y Malus se inclinaba al máximo sobre el cuello del gélido, con la cara apoyada contra las escamas del nauglir. El resto de la partida de guerra lo seguía de cerca y corría ciegamente sin tener ni idea de hacia dónde iban. Pasado un rato, Malus comenzó a dirigir al gélido otra vez hacia la izquierda, para retomar el rumbo en dirección al valle.

A esas alturas, sin embargo, el bosque se había llenado de aullidos y gritos de

cacería. La manada se había lanzado de cabeza entre los árboles para cortarles a los druchii el paso hacia la meta que perseguían. Los gritos resonaban por todas partes en torno a la sitiada partida de guerra, y Malus miraba constantemente a ambos lados por temor a que se vieran rodeados en cualquier momento.

Por fortuna, el espeso bosque tenía un efecto similar en los hombres bestia acostumbrados a moverse por él; presas del furor, se habían adentrado en el sotobosque, donde se habían dispersado en seguida, y se veían reducidos a cazar en solitario o en grupos pequeños. En más de una ocasión, Malus y *Rencor* se precipitaron entre el follaje para caer en medio de un grupo de hombres bestia; los que quedaban en el camino del nauglir eran arrojados a un lado por la cabeza y las paletillas de la bestia. Cualquiera que esquivara al gélido era alcanzado por el filo de la espada del noble, y entre ambos dejaban atrás una senda de cuerpos ensangrentados y aturdidos supervivientes.

Sin previo aviso, Malus se encontró con el camino de cráneos. En un momento dado, *Rencor* se abrió paso entre zarzas y arbustos, y al siguiente dejaba atrás un alto obelisco de mármol que había pasado a pocos centímetros de la pierna izquierda del noble. El tránsito de la densa vegetación a una ancha avenida abierta resultó desconcertante incluso para *Rencor*, que detuvo brevemente la vertiginosa carrera para orientarse.

El camino que ascendía por el valle había sido adoquinado con piedras pálidas. Cada lisa superficie tenía tallado un cráneo. Algunos eran de animales, otros de elfos, e incluso había miniaturas de bestias míticas, como dragones, mantícoras y quimeras.

Miles de ellos cubrían una inmaculada senda blanca que atravesaba un túnel de verdes y grises oscuros. Ni un solo ser vivo crecía en los estrechos espacios que mediaban entre las piedras; de hecho, las ramas que colgaban más abajo se hallaban todas a una altura uniforme, que creaba un efecto de túnel a través del bosque. Era como si la brujería que había colocado las piedras hubiese consumido cualquier cosa viva que permaneciera demasiado cerca de la superficie.

Aunque tenían miles de años de antigüedad, parecían haber sido colocadas apenas un día antes. Cada ochocientos metros se alzaba a cada lado del camino un obelisco de mármol negro que tenía talladas caras de demonios y runas que atraían la mirada y atormentaban el alma.

Una vez en terreno abierto, la partida de guerra corrió a toda velocidad por el camino mientras el bosque estallaba en aullidos y gritos, pues los cazadores reaccionaron ante el característico sonido de pesados pasos sobre el adoquinado. Malus hizo que los caballeros continuaran corriendo al límite de lo que eran capaces los nauglirs, y se adentraron cada vez más en el valle de la montaña.

Los sonidos de persecución disminuyeron tras ellos. Los jinetes recorrieron un kilómetro y medio más; luego, tres. Malus comenzaba a creer que habían dejado atrás

lo peor cuando *Rencor* superó una curva, y allí, justo delante, vio una veintena de hombres bestia acorazados y dispuestos en algo parecido a una formación ante un arco de irregular mármol vetado. Más allá del arco de piedra el aire hervía de locura y destrucción; la muerte de mundos encarnada en una forma tangible. Al fin, habían llegado a la Puerta del Infinito.

Menos de cien metros separaban a los druchii del contingente de hombres bestia. Malus no sabía si habían sido despachados horas antes, como precaución por parte de Kul Hadar, o si habían participado en la persecución y simplemente habían acudido al único sitio al que sabían que se dirigiría la partida de guerra. Aguardaban resueltamente, con la espalda vuelta hacia la silenciosa tormenta ultraterrena, y Malus vio de inmediato que la mortífera barrera representaba un peligro para los caballeros que corrían hacia ella. Alzó una mano y ordenó a los guerreros que frenaran y avanzaran al paso.

Si arremetían a toda velocidad contra los hombres bestia y hallaban poca resistencia, existía el riesgo de que los nauglirs, lanzados a la carrera, pasaran de largo y penetraran de cabeza en la tormenta antes de ser capaces de detenerse. Malus no quería ni pensar en lo que le sucedería a alguien lo bastante desafortunado como para atravesar la sobrenatural barrera.

—¡Ballestas! —ordenó.

Mientras avanzaban al paso, los jinetes prepararon las armas.

—¡Disparad a discreción! —dijo Malus, y dejó ir una saeta contra uno de los hombres bestia de primera línea.

Los cuatro guardias dispararon a la vez y otros cuatro hombres bestia cayeron. Para cuando los druchii acabaron de cargar las armas, ambos bandos se hallaban a menos de cincuenta metros de distancia, y el hombre bestia que estaba al mando del contingente había comprendido la difícil situación en que se encontraban él y sus guerreros. En lugar de permanecer quietos y dejarse matar con flechas, el jefe lanzó un aullido, y los hombres bestia cargaron contra los druchii.

—¡Una andanada más! —gritó Malus, y las cinco ballestas dispararon al mismo tiempo.

Cayeron otros tres hombres bestia, y luego los druchii desenvainaron las espadas y espolearon a las monturas para que avanzaran al trote. Cuando estaban a menos de veinte metros de los enemigos, los caballeros lanzaron las monturas al galope y, momentos después, ambos bandos chocaron.

Tal vez aquellos hombres bestia no estuviesen entre los guerreros escogidos de Yaghan, pero a pesar de ello sabían un par de cosas sobre cómo tratar con la caballería. El último de los guardias de Dalvar fue derribado al suelo cuando dos hombres bestia clavaron las hachas en el pecho del nauglir. Antes de que el guerrero pudiera ponerse de pie, otro hombre bestia se le acercó y le aplastó la cabeza con un

martillo de guerra a dos manos.

Los guerreros que Malus tenía delante intentaron apartarse hacia los lados para evitar las fauces de *Rencor* y herir al gélido en la cara. Uno de los hombres bestia calculó mal y acabó con la cabeza reventada entre las mandíbulas del nauglir. El otro le abrió al gélido un largo tajo de bordes desiguales en el cuello con el espadón a dos manos. El icor regó la cara y el pecho del hombre bestia y lo cegó momentáneamente. Malus se inclinó hacia fuera de la silla y atravesó la garganta del guerrero con la espada.

Junto a Malus, Vanhir se veía gravemente presionado por ambos lados por tres hombres bestia. Su gélido ya retrocedía ante los guerreros, sacudiendo el hocico y echando sangre por las fosas nasales a causa de un tajo que tenía por encima de la boca.

Malus le dio rienda suelta a *Rencor* y dejó que el gélido saltara sobre uno de los hombres bestia mientras él dirigía un mortífero tajo contra la parte posterior de la cabeza de otro guerrero. *Rencor* aplastó a la víctima con las zarpas, en tanto Malus hendía la nuca de su objetivo y hacía gritar al hombre bestia de conmoción y pánico. Vanhir cercenó el brazo derecho del tercer guerrero, y al cabo de pocos minutos, los hombres bestia supervivientes se retiraban corriendo por el largo camino a la toda velocidad.

—Preparad las ballestas y formad ante la puerta —ordenó Malus, atento al coro de aullidos y rugidos que resonaban por el largo túnel boscoso por donde habían llegado.

El noble hizo avanzar a *Rencor* por el camino hacia la entrada de piedra. El gélido llegó hasta diez metros de la puerta tras la cual se hallaban las violentas energías, y se negó a dar un paso más.

—La verdad es que no te lo reprocho —murmuró Malus, y bajó de la silla de montar.

Lhunara, Vanhir y Dalvar, los únicos que quedaban de los once caballeros que habían salido con él de Hag Graef, detuvieron las monturas junto a *Rencor* y apuntaron con las ballestas hacia el final del camino. Por el salvaje estruendo que resonaba a lo largo del boscoso pasaje, daba la impresión de que todos los demonios de la oscuridad exterior les pisaban los talones a los druchii.

Malus metió una mano dentro de la alforja y sacó el Cráneo de Ehrenlish. Pareció que la ennegrecida reliquia lo miraba ferozmente con tangible aborrecimiento. Antes, la sensación podría haberlo trastornado; entonces, sin embargo, conocía al espíritu que estaba atrapado allí dentro.

El noble se volvió a contemplar las violentas energías del otro lado del portal. El aire mismo parecía alternativamente gélido y cargado de voraces energías; rayos de colores violeta y verde atravesaban hinchadas nubes de rojo y púrpura. De un

segundo a otro, el espectáculo que tenía lugar más allá del portal mutaba y rielaba. En un momento dado, Malus contemplaba vastas llanuras desiertas y rojas como la sangre, y al siguiente, tenía la impresión de mirar hacia un extenso cielo estrellado, iluminado por centenares de soles antiguos. Otro destello, y veía una planicie interminable sometida a un despiadado sol rojo. Numerosísimos ejércitos luchaban sobre la llanura empapada en sangre, librando una guerra sin fin. Otro destello, y contemplaba un territorio con un cielo sin luna. Bajo las frías estrellas, una ruinoso ciudad de ciclópeas torres aguardaba a que despertaran dioses dormidos y ahogaran el universo en sangre.

Malus observaba la demente mezcla de imágenes y sabía, en lo más hondo de sí mismo, que estaba contemplando unos territorios que no eran de este mundo. Veía llanuras que incluso los dioses temían hollar, y sabía que si entraba en aquella violenta tormenta se perdería para toda la eternidad como un puñado de arena arrojado a un mar tormentoso.

El noble aferró con fuerza el Cráneo de Ehrenlish. Sintió las energías de la reliquia reverberando a través de sus manos cuando la sombra se encaró con la terrible protección que había contribuido a crear en el pasado.

«Lo que puedes hacer, espíritu demoníaco, también puedes deshacerlo», pensó Malus, salvajemente. Reunió todo su valor y comenzó a atravesar lenta y decididamente el terrible portal.

20. El templo de Tz'arkan

«Ya hablaste antes a través de mi cuerpo, cuando temías perderte en el territorio de los muertos —pensó Malus mientras avanzaba para situarse debajo del tosco arco del portal—. Ese peligro no era nada comparado con el que ahora tienes ante ti. ¡Actúa, Ehrenlish! ¡Abre la puerta o perece en la tormenta!»

El noble sintió un hormigueo de poder naciente que le recorría el cuerpo al llegar a la puerta. A pesar de su aspecto de talla tosca, percibió que dentro de la piedra había incorporados mecanismos arcanos que aguardaban a que la mano adecuada los hiciera funcionar otra vez. Malus sostenía el cráneo ennegrecido hacia adelante mientras avanzaba muy poco a poco hacia el furioso remolino que giraba al otro lado del arco.

«¿Acaso me crees débil, Ehrenlish? ¿Piensas que no entraré en el fuego? En ese caso, eres un estúpido. ¡Arderé, y tú conmigo! Los druchii buscamos la muerte cuando nos enfrentamos con la derrota. ¡Abre la puerta o muere conmigo!» En el aire sonó un zumbido, y Malus sintió que el cráneo comenzaba a temblar entre sus manos. A tan poca distancia de la tormenta, Malus sentía en la piel el influjo de disformidad como si intentara apoderarse de él. Había rostros que iban y venían por las cambiantes nubes, crueles semblantes contorsionados que sonreían vorazmente a través de la arcada. Malus no sabía qué ansiaban más: si su propia alma, o la sombra encerrada dentro del cráneo envuelto en alambre.

Un fuego azul comenzó a lamer la superficie de la reliquia y pasar ardientemente por las curvas del cráneo como si estuvieran metiéndolo dentro del fuego de una forja. Malus sentía que el alambre de plata se calentaba en sus manos. «¡Se acerca el fin, sombra antigua! ¿Estás preparado para enfrentarte con los que esperan al otro lado?»

Las violentas energías que cerraban la puerta tocaron la parte posterior del cráneo, y las negras cuencas oculares vacías ardieron con furiosa vida.

Ehrenlish clavó púas de fuego en el cerebro de Malus y se metió a la fuerza dentro del noble como la punta de una lanza, donde se debatió coléricamente en los torturados senderos de su mente. El cuerpo del noble se puso rígido y echó atrás la cabeza como lo había hecho dentro del círculo de piedra de Kul Hadar. La boca se abrió en un grito petrificado, pero por ella salieron ásperas maldiciones cáusticas.

Malus sintió que el espíritu de Ehrenlish se apretaba como un puño dentro de su cráneo, y que el cuerpo comenzaba a inclinársele hacia atrás para apartarse de la tormenta ultraterrena. «¡No! —se enfureció, y se puso a forcejear con Ehrenlish en un combate de voluntades terribles—. ¿Piensas que puedes dominar mi cuerpo, espíritu inmundo? ¡Estúpido! No puedes dominarme. Soy Malus, de Hag Graef, y no me someto ante nadie. ¡Haz lo que te ordeno, brujo, o será tu perdición!»

Por un momento, el cuerpo del noble tembló, atrapado entre fuerzas opuestas. Luego, dolorosamente, centímetro a centímetro, Malus comenzó a erguirse otra vez. El torrente de violentas maldiciones se deshizo en un gruñido inarticulado de determinación cuando Malus se esforzó para avanzar apenas medio paso y hacer que el cráneo penetrara más en el remolino.

Un alarido agónico hendió el aire. La tormenta impregnó el cráneo para golpear a Ehrenlish y, por extensión, el interior de Malus. El espíritu del brujo farfullaba y gemía al contacto con la tormenta, y Malus se acobardó ante las visiones imposibles que se desplegaban dentro de su mente. Cielos de fuego líquido y mares de superficies hirvientes. Terribles criaturas con huesos de hielo y ojos que habían contemplado la primera noche del mundo. Y más allá de ellos, espíritus aún más terribles, seres antiguos de incalculable sabiduría y crueldad que despertaban de su meditación y miraban al otro lado de la inmensa vorágine de la tormenta, hacia los dos seres que forcejeaban convulsivamente en el borde.

Y entonces, las palabras salieron precipitadamente a través de los ensangrentados labios de Malus. Fueron broncas palabras de poder y decisión que intentaban despertar el mecanismo arcano del portal y mantener a distancia la descomunal tempestad. El cráneo se sacudió en las manos del noble, que sintió, más que oyó, la rajadura que corrió a lo largo de la curva de la caja craneal. Por el tejido metálico descendían calientes gotas de plata fundida que, impulsadas hacia fuera de la tormenta, caían hacia Malus y le salpicaban el peto.

El noble sintió vagamente que los mecanismos del portal intentaban despertar a la vida, pero algo iba mal. Habían permanecido inactivos durante demasiado tiempo sin que nadie se ocupara de ellas, y entonces, los senderos que canalizaban el poder de la sombra estaban descontrolándose. Se oyó un gemido, y Malus vio que el irregular arco empezaba a retorcerse y deformarse como cera caliente.

Un estremecimiento recorrió el alma de Malus. La terrible tormenta empeoraba. Al principio pensó que era debido a que el arco estaba cediendo, pero luego se dio cuenta de que las violentas energías eran apartadas a un lado por el avance de aquellos seres eternos que, como dragones marinos que se abrieran paso a través de las congeladas aguas del océano, intentaban atravesar la tempestad.

Intentaban llegar hasta él.

Los gritos de Ehrenlish habían alcanzado un crescendo agónico. De la garganta de Malus manó espuma sanguinolenta cuando un torrente de encantamientos estalló en el aire. Sentía el terror cerval de la sombra. También ella sentía que despertaban los seres eternos, y en un momento de claridad, Malus atisbo el destino que le aguardaba a Ehrenlish, e incluso su endurecida alma se acobardó ante el pensamiento.

La puerta osciló en el aire y estalló en trozos de roca fundida, que fueron absorbidos por las hambrientas fauces de la tormenta. Los grandes mecanismos

mágicos de la puerta quedaron inutilizados en un estallido de trueno y una explosión de luz terrible, y una gigantesca zarpa se solidificó en las energías de la propia tormenta para cerrarse en torno a la siseante superficie del cráneo. El hueso se pulverizó bajo el contacto de aquella mano imposible y el alambre de plata se evaporó en forma de niebla; en ese momento, la tempestad del otro lado de la puerta se desvaneció como si jamás hubiese existido y se llevó consigo la sombra de Ehrenlish.

Malus cayó de rodillas en el lugar en que había estado la Puerta del Infinito. De las juntas de su armadura ascendía vapor. Le pareció que transcurría una eternidad antes de que pudiera volver a oír los latidos de su propio corazón, o transformar la voluntad en pensamientos coherentes dentro de su mente entumecida.

Cuando pudo enfocar la vista otra vez, Malus vio un blanco camino de cráneos que se extendía ante él hasta un enorme edificio de piedra construido con enormes losas del más negro basalto. Se trataba de una estructura cuadrada y escalonada, sin ventanas ni imágenes talladas que insinuaran las glorias que había contenidas en ella. Era un templo de poder, un lugar que no se había construido para venerar lo invisible, sino para servir a las ambiciones de lo mundano. La simple visión del templo avivó las llamas del deseo en el salvaje pecho de Malus.

El noble se puso de pie y reprimió las punzadas de dolor con implacable fuerza de voluntad. Allí tenía un triunfo que escapaba a todo lo imaginable. Podía sentir cómo lo llamaba. Con el poder que había oculto en el templo sometería el mundo entero a su voluntad.

Alguien lo llamaba por su nombre, y Malus se volvió a fin de determinar la procedencia de la llamada.

—¡Mi señor! ¡Ya vienen!

Era Lhunara. Ella y los otros miembros de la partida de guerra estaban montados sobre los gélidos, vueltos hacia el camino por el que habían llegado. Justo en el primer recodo, a casi cien metros de distancia, Malus vio que se había reunido la manada de hombres bestia. Un temblor recorrió las apiñadas filas, y voces aisladas aullaron de forma desafiante a los jinetes. Malus supuso que habían visto cómo se deshacía la tormenta, y entonces, estaban reuniendo valor para atacar.

El noble se volvió a mirar el templo. En efecto, una muralla baja rodeaba la estructura, interrumpida únicamente por lo que parecía ser una puerta. Echó a correr y saltó sobre *Rencor*.

—¡Hacia el templo! —gritó al mismo tiempo que tiraba de las riendas.

La partida de guerra giró como un solo hombre y se lanzó camino abajo. En ese momento, la manada de hombres bestia estalló en gritos sedientos de sangre y cargó tras ellos.

Poco después, los gélidos atravesaban a la carrera la sencilla puerta de la muralla

del templo y se desviaban a izquierda y derecha sobre las anchas losas de piedra que tenían grabadas runas y cráneos demoníacos.

—¡Barrad la puerta! —ordenó Malus.

Comprobó la altura de las murallas. No había parapeto alguno, pero un druchii podía mirar si se ponía de pie sobre un gélido.

—¡Lhunara, que los hombres se sitúen contra la muralla! Estarán bien situados para disparar cuando la manada intente forzar la puerta.

Vanhir y Dalvar empujaron las pesadas puertas hechas con losas de basalto, hasta cerrarlas. Gruesas barras de hierro que había encajadas en agujeros abiertos en la parte inferior de cada puerta entraron con un golpe sordo dentro de los orificios correspondientes, abiertos en las losas del camino.

—Esto no los detendrá de modo definitivo si llevan martillos —le dijo Vanhir a Malus—. ¿Qué haremos cuando rompan la puerta?

Al otro lado de la entrada, el camino continuaba en línea recta hasta una puerta sencilla situada en un lateral del gran templo. Malus ya había bajado de la montura y caminaba apresuradamente hacia el portal.

—Rechazarlos —fue la simple respuesta del noble, y desapareció en el interior.

Los pasos de Malus resonaban, huecos, en el estrecho corredor que llevaba al propio templo. A lo largo de los muros no había antorchas ni sujeciones de hierro con globos de verdosa luz bruja, sino que las negras paredes parecían irradiar una especie de poder que, de algún modo, reducía la oscuridad, como agua añadida a la tinta. Podía ver claramente en todas direcciones, pero a pesar de eso sentía sobre los hombros el peso de la abismal negrura.

El silencio era palpable dentro del gran templo, como la quietud funeraria de una tumba, y sin embargo, el noble percibía un leve estremecimiento de poder en el aire. No era tan feroz ni incontrolable como la tormenta que había presenciado en el exterior; por el contrario, parecía despiadadamente contenido e infinitamente paciente, como si esperara ser llamado a la vida.

El corredor conducía hasta una gran cámara cuadrada, también desprovista de ornamentación. Hileras y más hileras de formas encorvadas cubrían el suelo a ambos lados de la entrada, y Malus necesitó un momento para darse cuenta de que habían sido sirvientes. En vida habían llevado atavíos de metal y mantos de algún tipo, y esas prendas ceremoniales aún perduraban, dobladas en posición de súplica hacia el estrecho corredor. El noble se preguntó qué clase de poder —o pasmoso terror paralizante— podía obligar a más de un centenar de esclavos a inclinarse hasta el suelo y permanecer allí en espera del regreso de sus terribles señores, de modo que habían acabado muriendo en el sitio. Lo mismo podía decirse de las dos enormes armaduras que aún se hallaban a ambos lados de la entrada del otro lado de la cámara. Sus dueños se habían transformado en polvo hacía mucho, pero las armaduras vacías

continuaban con su interminable vigilia.

Malus atravesó la entrada y penetró en lo que parecía ser una gran sala de plegaria y sacrificio dedicada a los cuatro dioses del norte. Enormes estatuas se alzaban en cuatro puntos diferentes de la estancia, cada una con su propio altar manchado. Allí la oscuridad era palpable y se le adhería como un centenar de húmedas manos pegajosas de sangre.

Las grandiosas estatuas de los Poderes Malignos lo miraban desde lo alto con odio implacable para exigir su sometimiento y adoración. Mientras murmuraba una plegaria dirigida a la Madre Oscura, el noble cruzó la sala sin dedicarles a los ídolos más que una mirada fugaz, y atravesó otra puerta.

El espacio del otro lado era amplio y tenebroso. Su cara y cuello fueron azotados por calor y hedor a azufre. Avanzó sobre un suelo de losas de pizarra que abarcaba una área abierta del tamaño de una plaza pequeña de Hag Graef. A través de las cortinas de tinieblas que tenía delante, veía un débil resplandor rojo que silueteaba una forma enorme que parecía descender de la inmensidad del techo.

Malus avanzó casi cincuenta metros hasta que llegó a un precipicio. La estatua de un inmenso demonio alado se encontraba acucillada justo en el borde, con la cornuda cabeza inclinada hacia el suelo en un gesto de súplica. Con el entrecejo fruncido, el noble rodeó la estatua y se asomó al abismo. Centenares de metros más abajo no había más que fuego e hirviente piedra fundida..., y una hilera de rocas de superficie plana que parecían flotar en el aire por encima del magma.

El noble miró la enorme forma que colgaba sobre el ardiente pozo y vio que también era una tosca y enorme columna de piedra que tenía tallados anchos escalones que ascendían en espiral hasta el siguiente nivel del templo. Por desgracia, se encontraban a más de treinta metros de distancia.

Malus retrocedió y volvió a mirar la estatua del demonio. Reparó en que el nudoso lomo también podía considerarse como una escalera astutamente tallada. Con cuidado, apoyó una bota sobre la cabeza del demonio y subió. La piedra soportó su peso sin problemas.

El noble salvó el corto tramo que permitía el ascenso a lo largo del lomo del demonio, hasta que no tuvo delante más que aire hediondo. Al bajar la mirada, vio que la primera de las rocas flotantes estaba perfectamente alineada con el lomo de la estatua. «Un poco ostentoso —pensó Malus al mismo tiempo que alzaba la vista hacia la distante escalera—, pero eficaz.» Los brujos guardaban su poder con verdadero celo. En ese momento, la pregunta era cómo lograr que las rocas ascendieran.

«Fuerza de voluntad —pensó Malus—. ¿Qué es la brujería, después de todo, sino el sometimiento del mundo a la propia voluntad? ¿De qué otro modo lucharon Kul Hadar y Ehrenlish? ¿De qué otro modo obligué a Ehrenlish a obedecer mis órdenes?»

Malus bajó la mirada hacia las rocas. «Elevaos —pensó, y concentró en ellas su voluntad—. ¡Elevaos!»

Las rocas continuaron donde estaban.

«¡Elevaos, malditas! —pensó Malus con ferocidad, al sumar la rabia a la fuerza del pensamiento—. En el nombre del difunto Ehrenlish, obedeced a vuestro nuevo señor. ¡Elevaos!»

No sucedió nada.

Por los labios de Malus escapó un gruñido. Buscó mentalmente otro nombre para lanzarlo contra las implacables rocas.

—¡En el nombre...! ¡En el nombre de Tz'arkan, elevaos!

Al instante, sintió que el poder del aire vibraba como una cuerda tañida. Las rocas temblaron y comenzaron a ascender.

El noble sonrió triunfalmente. «Tz'arkan, ¿eh? Me pregunto qué clase de nombre es ése.»

Las rocas ascendieron suave y silenciosamente por el aire, con la facetada parte inferior relumbrando a causa del calor del magma de abajo. Formaron una escalera perfecta, que describía una curva ascendente y se encontraba con los escalones situada muy por encima del ardiente pozo. Malus reunió todo su valor y pasó del lomo del demonio a la primera roca, donde se sintió agradecido al descubrir que era estable como la mismísima tierra.

En cuestión de minutos, el noble subió por las rocas flotantes hasta la escalera. En cuanto abandonaba una, ésta descendía hasta su posición original en las profundidades del pozo. Para cuando llegó a la escalera de caracol, Malus se sentía como un dios menor. Los escalones parecían tallados en alabastro; cada contrahuella estaba adornada con un astuto relieve de docenas de pequeñas figuras desnudas que se retorcían de sufrimiento. Tenían la cara vuelta hacia lo alto para implorar misericordia, mientras que los hombros y la espalda soportaban el peso de cada peldaño. «Éste es un edificio hecho para conquistadores», pensó Malus.

La sonrisa presuntuosa se le desvaneció cuando había ascendido un tercio de la escalera y tropezó con un cuerpo. El aire caliente y seco había momificado casi perfectamente el cadáver, que llevaba un ropón de corte elegante y un manto enjoyado similar a los que cubrían a las figuras de la cámara de entrada, aunque mucho más lujoso. Malus quedó impresionado por la boca abierta del cadáver, petrificada en un rictus de terror. Tampoco pasó por alto la curva daga que había en la mano derecha del muerto, ni los largos y limpios tajos que abrían las reseca venas de los dos antebrazos.

Había cuerpos por todas partes, perfectamente conservados por el calor. Todos habían tenido una muerte violenta; asesinados unos por otros, o muertos por su propia mano.

El segundo piso del templo estaba ocupado por cinco grandes santuarios y otras dependencias, más pequeñas, para los sirvientes que atendían las necesidades de Ehrenlish y su grupo. Enormes y anchas columnas de basalto, talladas a semejanza de demonios terribles, soportaban el techo abovedado, y braseros apagados hechos de bronce y oscuro hierro reposaban a intervalos regulares a lo largo de los amplios corredores. Había detalles de piedra arenisca encajados entre los bloques de granito negro de las paredes. Cada panel contenía un bajorrelieve con campos abarrotados de cadáveres o ciudades en ruinas que ardían bajo las lunas gemelas.

En la entrada de cada santuario había talladas anchas fajas de runas mágicas, aunque la violencia que se evidenciaba en todo el nivel también se había hecho sentir contra esas protecciones. Las fajas de runas estaban rotas por golpes de martillos y hachas; en dos ocasiones, Malus encontró los restos ennegrecidos de los sirvientes que habían tentado a los poderes arcanos de sus señores. Las estancias estaban destrozadas; manchas marrones de sangre antigua teñían los gruesos tapices que cubrían las paredes y formaban charcos sobre los suelos de mármol. Todas las habitaciones estaban llenas de riquezas: urnas cargadas de monedas de plata y oro descansaban en medio de librerías rotas y montones de libros antiguos. Malus sólo podía imaginar la sabiduría mágica que contenían aquellas páginas, y pensar en lo que Nagaira o Urial habrían dado por pasar una hora a solas en esas salas. Armaduras y armas de buena calidad yacían en el suelo, evidentemente olvidadas en el frenesí carnicero que se apoderó de los sirvientes de los brujos.

En una ocasión, Malus tropezó con una habitación de servidumbre que había sido transformada en matadero. En el centro de la sala, escasamente amueblada, se había colocado una gran mesa de roble, y a un lado se había desplegado una amplia colección de cuchillas y sierras. Sobre la mesa aún había atado un cuerpo momificado al que le habían cortado la pierna y el brazo derechos. «Se quedaron sin comida cuando Ehrenlish y su ejército no regresaron —pensó Malus—. ¿Por qué las rocas no se elevaron para ellos? Sin duda, conocían mejor que yo el funcionamiento de este lugar.»

El aura de poder era más potente allí. Latía a lo largo de las paredes y vibraba en los huesos. «Tal vez fue eso lo que acabó por volverlos locos —pensó Malus—. Atrapados aquí, muriendo lentamente de hambre, con ese temblor recorriéndoles constantemente el cuerpo. Bastaría para arrastrarme a mí al asesinato.»

Al ver los santuarios de los brujos perdidos comprendió, finalmente, que cualquiera que fuese el poder contenido en el templo, no estaba destinado a viajar. No era una espada mágica ni una reliquia arcana como el Cráneo de Ehrenlish. ¿Tal vez una fuente de poder unida a la tierra, como los cristales de Hadar? Estaba claro que los brujos eran capaces de alimentarse de su fuerza desde una gran distancia, pero el hecho de que tuvieran habitaciones en el templo parecía indicar que no podían

permanecer durante demasiado tiempo alejados de él.

Esa noción irritó a Malus. «Tendré que encontrar un medio de hacer que funcione también para mí —pensó, pero no lograba imaginar cómo—. Quizá, después de todo, tenga que tratar con ese macho cabrío de Hadar; permitirle acceder al templo y el poder, y confiarle su salvaguarda.» Depositar tanta confianza en el hombre bestia parecía el colmo de la demencia, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Saborearía el poder sólo durante un rato, lo bastante para encargarse de su familia y convertirse en vaulkhar, «y con eso tendré suficiente», pensó Malus. Era un trago amargo, pero la historia de Ehrenlish y sus compañeros dejaba entrever que el poder tenía un precio. Era preferible coquetear brevemente y escapar a acabar con el tipo de obsesión que lo consumía a uno desde dentro.

En un extremo de la planta había una rampa rodeada por las habitaciones de los cinco brujos, la cual ascendía hacia el tercer nivel del templo. La rampa tenía tallados cráneos y centenares de runas, y las puertas estaban hechas de oro macizo. «Diez años de incursiones no bastarían para comprar todo ese oro —pensó Malus con avaricioso asombro—. Podría arrancarlas, dividir las en pedazos y regresar a Hag Graef convertido en un hombre rico. Pero si las puertas ya son así, ¿qué glorias no habrá al otro lado?» Las grandes puertas estaban perfectamente equilibradas y se abrieron al más ligero toque.

Al otro lado había una gran estancia dominada por un alto par de puertas de basalto flanqueadas por enormes estatuas de aterradores demonios alados. El suelo estaba hecho de pulidas losas de basalto, más negras que la noche e incrustadas de una intrincada serie de protecciones mágicas entrelazadas, hechas de oro, plata y gemas molidas. La más grande de las protecciones estaba formada por la tercera parte de un círculo mucho más grande, que evidentemente pasaba por debajo de la pared opuesta y abarcaba parte de la sala que había al otro lado de las puertas de basalto.

Al pie de las altas puertas vio un montón de cuerpos momificados; había uno con los brazos aún estirados contra una losa de basalto. Largas rayas marrones de sangre seca trazaban cuatro líneas perfectas que iban desde el picaporte de oro de la puerta hasta las destrozadas puntas de los dedos de la momia.

El aire del lugar temblaba con un poder que sabía a cobre y ceniza en la boca de Malus, y que fue recorrido por pequeñas ondas cuando él cruzó el umbral, como si se adentrara en un océano de energía invisible que chapoteaba a su alrededor, le tiraba del pelo y se agitaba con su respiración. La sensación despertó en Malus una codicia que le hizo sentir vértigo, pero una pequeña parte de él también se sintió turbada. «¡Cuánta fuerza hay aquí! ¿Por qué estos desgraciados no pudieron someterla a su voluntad?»

Atravesó las líneas de protecciones con extremo cuidado, aunque habían sido hechas de tal modo que un mero hombre no podía dañarlas. Cuando cruzó la primera

de las barreras de runas incrustadas, notó que sobre él descendía un nuevo tipo de poder, como un puño de hierro que se cerrara en torno a su pecho. Era tan potente que, por un momento, pensó que le era imposible respirar..., y luego se dio cuenta de que su corazón no latía.

Una vez, durante los primeros años de coqueteos con Nagaira, ella lo había llevado hasta su sanctasanctórum y le había mostrado algunos de sus viejos libros de magia. Uno de ellos trataba de protecciones de estasis y retención, las artes mágicas de atrapar espíritus y objetos dentro de un lugar y retenerlos allí hasta que expirara el hechizo.

Entonces, se encontraba dentro de una protección de ese tipo..., dentro de varias capas, de hecho; cada una suministraba energía a las otras, y entre todas, formaban una trama de complejidad y fuerza increíbles. El hecho de hallarse dentro de las protecciones detenía su cuerpo entre un latido del corazón y el siguiente. Podría permanecer allí durante miles de años sin morir.

Con un crujido de piel antigua y correosa, una de las momias se volvió a mirar a Malus con legañosos ojos amarillentos.

El noble desenvainó la espada mientras observaba con horror cómo los cinco cuerpos —no vivos, pero ciertamente tampoco muertos—, se ponían con torpeza de pie. Dos de las figuras blandían cuchillos, mientras que las otras tendían hacia él engarfiadas manos arrugadas. Intentaron hablar moviendo las descarnadas bocas, pero de sus deshechos pulmones salió sólo un leve silbido de aire. Avanzaban con paso tambaleante hacia el noble, con la cara contorsionada en una mezcla de enojo, miedo y... codicia.

La primera momia que llegó hasta él le lanzó un salvaje tajo a la cabeza. Malus se echó atrás sobre los talones para esquivar el arma, y luego volvió a mecerse adelante al mismo tiempo que asestaba un golpe contra el brazo que sujetaba el cuchillo. La extremidad se convirtió en una nube de polvo, pero la criatura se limitó a bajar el hombro para acometerlo y lo derribó.

La mano derecha del noble se estrelló contra las baldosas de basalto, y la espada, resbalando por el suelo, se alejó de él.

Una mano podrida buscó a tientas la garganta de Malus, y la cara de la momia apareció a centímetros de la suya; aún lanzaba el débil grito sibilante. Las otras criaturas le cayeron encima momentos más tarde y se pusieron a atacarlo con las manos. El noble vio que la segunda momia armada con un cuchillo describía un círculo para apuñalarle la desprotegida cabeza.

Unos dedos secos como papel se cerraron en torno a su cuello. El cuchillo de la otra momia destelló al precipitarse sobre él, y Malus tiró de la momia a la que había dejado manca para protegerse con ella. El cuchillo se clavó en la parte posterior del cráneo de la momia con un sonido como el de una cáscara de huevo al rajarse, y regó

al noble con una lluvia de polvo maloliente y fragmentos de piel seca. Malus plegó una pierna por debajo de la momia manca para lanzarla de una patada hacia atrás por encima de su cabeza, y la estrelló contra la que aún blandía el cuchillo. Ambas perdieron el equilibrio y cayeron de espaldas fuera de los límites de las protecciones. Se estrellaron contra el suelo y estallaron; al abandonarlas el efecto de estasis de las barreras mágicas, se habían convertido en polvo.

Las otras momias retrocedieron ante Malus con gritos inarticulados de desesperación al ver la suerte corrida por sus compañeras. El noble rodó hasta ponerse de pie, recogió la espada y atacó a los seres antiguos sin remordimiento alguno. Al cabo de unos momentos, sus torsos sin extremidades eran arrojados al otro lado de la barrera y se deshacían en polvo.

«¿Qué locura es ésta? —pensó Malus mientras se quitaba el polvo amarronado de la cara—. Han permanecido aquí durante siglos, intentando abrir esas puertas, y aun así, cuando les pareció que yo trataba de hacer lo mismo, me atacaron. ¿Lo hicieron por codicia o por miedo? ¿O por ambas cosas?»

Malus avanzó hacia las puertas. Sintió que el poder pasaba sobre él como una ola al retirarse y retrocedía al interior de la sala del otro lado. Se oyó un leve chasquido y las puertas se abrieron silenciosamente.

La habitación se parecía, sobre todo, a una vasta sala de tesoros. Pilas de oro y plata, joyas y ornamentadas reliquias yacían amontonadas por todas partes en torno a un enorme cristal facetado que había en el centro de la estancia. A diferencia de los cristales verdes que los hombres bestia consideraban sagrados, esa piedra estaba encendida por un cambiante resplandor azulado similar al de las luces del norte. El aura de poder se condensaba alrededor del cristal y hacía correr rayos azules por la superficie.

Al fin.

Malus se aproximó al cristal con los ojos brillantes de expectación. «Te sentías tan segura de que fracasaría, hermana... ¡No tenías ni idea de con quién estabas tratando!»

El noble rió mientras contemplaba las fabulosas riquezas que lo rodeaban. «Oro suficiente para que Hag Graef parezca pobre —pensó—. Y es sólo el principio.» Sus ojos se detuvieron en un anillo de oro que tenía engarzado un rubí oblongo tan largo como uno de sus dedos. La oscilante luz del cristal danzaba sobre la superficie de la gema y le confería el color intenso de la sangre fresca. Malus cogió el anillo de la pila de tesoros y se deleitó con el peso y el vivo color de la piedra. «Un anillo de sangre apropiado para un conquistador —pensó—. ¡Que la Madre Oscura haga que ésta sea sólo la primera de las glorias que serán mías!»

Malus se puso el anillo en un dedo. En el instante en que se lo encajó, el poder que rodeaba el cristal golpeó al noble de lleno en el pecho. Por sus huesos corrieron

fuego, hielo y corrupción. Era una sensación más tremenda que las de dolor, terror y locura combinadas.

El poder que lo inundó tenía fría y cruel conciencia. Era despiadado como una tormenta invernal e inexorable como una avalancha. La voluntad del noble no fue meramente quebrantada; le fue arrebatada como si jamás hubiese existido.

Malus, sometido a un terror paralizante, gritó de dolor cuando el terrible poder le arrancó el alma en un solo y espantoso instante. Cayó de rodillas, y únicamente entonces percibió la atronadora carcajada que resonaba dentro de su mente.

La oscuridad amenazaba con abrumarlo. Luego, una voz que reverberó dentro de su cráneo le susurró como si se encontrara en la intimidad con una amante.

«Eres tú el estúpido, Malus Darkblade. Por desear una baratija, te has convertido en mi esclavo voluntario.»

21. En poder del demonio

Malus se dobló por la mitad mientras de su cuerpo ascendía humo: luchaba contra la presencia que se le había metido dentro. No era igual que la experiencia que había tenido con Ehrenlish; eso era mucho, muchísimo peor. El espíritu que lo poseía le impregnaba la carne y los huesos, se le enroscaba en torno al corazón como una serpiente y no dejaba más que vacío donde antes había estado su alma. Él se enfurecía contra el gélido toque del espíritu y concentraba toda la voluntad en expulsar de su interior a la presencia; pero no lograba absolutamente nada. Una risa feroz resonó dentro de su mente.

—¡Suéltame! —gimió Malus.

—¿Soltarte? Pero si acabo de adquirirte. ¿Sabes durante cuánto tiempo he esperado a un sirviente como tú?

Con un rugido, el noble se lanzó hacia el cristal. Sacó la espada de la vaina y descargó una lluvia de golpes sobre la relumbrante superficie. El acero y el cristal sonaron como un doblar de campanas, y cuando retrocedió con paso tambaleante, con las fuerzas agotadas; la facetada superficie estaba intacta.

—¡Vaya manera de tratar una espada tan buena, Malus! Si continúas haciendo eso, le estropearás el filo.

—¿Qué eres? —gritó Malus, frenético de furia.

—¿Yo? Comparado contigo, soy como un dios. —Una insensible risa entre dientes reverberó por toda la sala—. Tu raza, con sus rudimentarias percepciones, me llamaría demonio. No podrías pronunciar mi nombre aunque dispusieras de cien años para intentarlo. Para nuestros propósitos, puedes llamarme Tz'arkan. Con eso bastará.

—¿Un demonio? —Malus sintió vértigo ante el pensamiento. «¿Un demonio? ¿Dentro de mí? ¡No, no lo permitiré!» El noble cayó de rodillas y desenvainó la daga, cuya punta partida se apoyó contra la garganta—. ¡Yo no soy esclavo de nadie, ya sea demonio o dios!

—Si clavas esa hoja, mortal, no sólo morirás como esclavo, sino que continuarás siendo mi servidor por toda la eternidad —dijo el demonio con voz fría y severa.

—Estás mintiendo.

—Clávatela, entonces, y lo descubrirás.

La mente del noble trabajaba a toda velocidad. «Hazlo. Te miente. ¡Es mejor morir que vivir de este modo!» Pero la duda atormentaba su mente. «¿Y si dice la verdad? ¿Qué razón tiene para mentir?» Con un gruñido bestial, Malus dejó caer la daga al suelo.

—¿Has querido decir que podría dejar de ser tu esclavo?

—Eso está mejor —replicó el demonio, con tono de aprobación en la pétrea voz—. Eres un pequeño druchii listo. Sí, haré un trato contigo. Un intercambio: tu alma

por mi libertad. Ponme en libertad, y yo renunciaré al poder que tengo sobre ti. ¿Qué podría ser más justo que eso?

Malus frunció el entrecejo.

—No soy brujo, Tz'arkan. ¿Cómo puedo ponerte en libertad?

—Deja la brujería para mí, pequeño druchii. Supongo que conoces la historia del templo; de ese gusano de Ehrenlish y los parásitos de sus compinches. Tienes que conocerla... Fueron los alaridos de Ehrenlish los que oí cuando la gran tormenta fue disipada. ¡Cómo he anhelado oír ese sonido, Malus! Sabía que antes o después aparecería el cráneo de ese estúpido, pero el modo en que tú lo usaste para abrir la puerta... fue glorioso. Por eso, tienes mi gratitud.

—Continúa, demonio —gruñó el noble—. A diferencia de ti, yo puedo morir de viejo... o de aburrimiento.

—No entre estas paredes, pequeño druchii..., al menos no durante mucho, muchísimo tiempo. Pero estoy divagando. Ehrenlish y sus compinches..., que eran viles gusanos pusilánimes..., consiguieron, a un alto precio, atraparme dentro de este cristal hace muchos millares de años.

—¿Cómo te atraparon?

—Cómo lo hicieron no tiene importancia, Malus. Basta con decir que lo hicieron. Me encerraron en este lugar y me convirtieron en su esclavo. Estoy seguro de que te das cuenta de lo horrible que fue eso.

—Más razón aún para que me sueltes —gruñó Malus.

—No te tomes a la ligera mis trágicas circunstancias, pequeño druchii —replicó el demonio con frialdad—. Los cinco brujos se alimentaron de mi vasto poder para lograr sus insignificantes planes. Pero jugaron con poderes que están muy por encima del saber de los mortales, y eso acabó siendo su perdición. Uno a uno tuvieron un final terrible, hasta que al fin ese estúpido de Ehrenlish se encerró dentro de su propio cráneo y desapareció de la historia del mundo durante milenios. Sin embargo, aún perduran las protecciones que esos necios pusieron sobre mí. ¡Maldigo sus nombres por toda la eternidad, pero debo admitir que hicieron un buen trabajo cuando construyeron esta espantosa prisión! En cuanto desapareció Ehrenlish, comencé a arañar las paredes de mi celda. Logré divertirme con los acólitos y esclavos que los brujos dejaron aquí, pero poco más. Lenta, muy lentamente, conseguí extender mi influencia algo más lejos de la prisión. Durante los últimos cien años he logrado extender los límites de mi percepción hasta las paredes del templo, pero no me ha sido posible ir más allá. Las protecciones eran demasiado potentes, incluso para alguien como yo.

—¿Así que admites tener límites? Vaya dios que estás hecho —se burló Malus.

El demonio no le hizo el más mínimo caso.

—Las protecciones pueden anularse, pequeño druchii. La brujería implicada

supera las insignificantes habilidades de cualquier brujo mortal que viva en la actualidad, pero conozco las palabras y los rituales que hay que llevar a cabo. Sin embargo, necesito una prenda de cada uno de los cinco brujos desaparecidos, cinco talismanes que pueden usarse para deshacer los hechizos que forjaron ellos. Cada uno es un potente artefacto mágico por derecho propio: el Octágono de Praan, el ídolo de Kolkuth, la Daga de Torxus, la Espada de Disformidad de Khaine y el Amuleto de Vaurog.

—¿Qué sé yo de talismanes, demonio? Soy guerrero y señor de esclavos, no brujo o erudito de cuello flaco. Esos hombres murieron hace milenios. ¿Cómo voy a encontrar esas cosas, si es que existen aún?

—Por tu bien, pequeño druchii, será mejor que reces para que aún puedan ser encontrados. Las arenas ya caen en el reloj. Incluso mientras hablamos, la vida escapa de ti.

Malus se irguió.

—¿Qué?! ¿De qué estás hablando?

—Me he apoderado de tu alma, Malus. ¿No lo recuerdas? Te he vaciado como un melón para meter la más leve gota de mi esencia dentro de tu frágil cuerpo. Así es como podemos comunicarnos en este momento, y como yo puedo conocer todos tus pensamientos. No soy de los que dejan que sus sirvientes anden por ahí abandonados, ¿sabes?

—Y sin embargo, estás matándome, ¿no es cierto?

—Sería más justo decir que tú te mataste en el momento en que permitiste que la codicia gobernara tus actos —respondió el demonio, presuntuoso—. Cuando me apoderé de tu alma, tu cuerpo empezó a morir. De hecho, estarías ya muerto si no fuese por mi poder. Pero ni siquiera yo puedo detener lo inevitable. Si no te devuelvo el alma en el plazo de un año, tu cuerpo perecerá y tu espíritu será mío para siempre.

—¿Un año? —exclamó Malus—. ¿Dispongo sólo de un año para encontrar cinco reliquias perdidas hace milenios? ¡Me pides un imposible!

—Tal vez —consintió el demonio, al instante—. Pero no hay forma de saberlo hasta que lo intentes. Y si fracasas, bueno, estoy seguro de que habrá otros que vendrán en busca del templo, teniendo en cuenta que la Puerta del Infinito ya no existe.

Malus apretó los dientes con frustración.

—Podría limitarme a permanecer aquí —dijo con tono desafiante—. Tú mismo has dicho que podría perdurar durante mucho, mucho tiempo.

—Vaya, qué listo, pequeño druchii —asintió el demonio—. Tienes razón, por supuesto. Podrías perdurar aquí durante cientos y cientos de años, secándote lentamente hasta convertirte en un despojo marchito como esos desgraciados contra los que luchaste al otro lado de la puerta. Por supuesto, quédate si quieres. Esperaré a

que aparezca otro sirviente bien dispuesto. Siéntete en libertad de divertirte con las chucherías que Ehrenlish y sus compinches apilaron a mi alrededor, aunque debo confesar que incluso una cantidad tan enorme de oro pierde su atractivo después del primer siglo, poco más o menos.

—¡Te maldigo, demonio! —gruñó Malus—. ¡De acuerdo, encontraré tus baratijas!

—¡Excelente! Sabía que cambiarías de opinión antes o después. —El demonio hablaba como si hubiera logrado enseñarle un truco difícil a una mascota—. Cuando hayas encontrado todos los talismanes, debes regresar aquí antes de que haya pasado un año, y yo me ocuparé del resto.

—Y entonces ¿me dejarás en libertad?

—No sólo te pondré en libertad, sino que tienes mi palabra de que nunca más intentaré esclavizarte. Y sólo para demostrarte que tengo las mejores intenciones hacia ti, te revelaré que uno de los talismanes, el Octágono de Praan, está muy cerca. Puedo percibirlo, aun en mi estado de confinación.

—¿Y dónde está la chuchería?

—Sobre la ladera de la montaña —replicó el demonio—. Los hombres bestia lo veneran. Por la noche oigo las salmodias que rebuznan para pedir la protección del talismán. Criaturas estúpidas. Resulta irónico que tal vez tengas que matarlas a todas para arrancarles de las mugrientas patitas el talismán que consideran protector. —El demonio parecía insólitamente complacido con la perspectiva.

Con gestos lentos y estudiados, Malus recogió la daga y la metió en la vaina. Luego, se puso de pie.

—Haré lo que deba —declaró con frialdad, mientras su fuerza de voluntad volvía a reafirmarse—. En el plazo de un año volveré aquí, y acabaremos lo que hemos comenzado.

—Desde luego que lo haremos, Malus Darkblade. Desde luego que lo haremos.

—¡No me llames así! —se encolerizó Malus.

—¿Por qué no? ¿Estoy equivocado en algo? Las espadas oscuras son cosas defectuosas, ¿no es cierto? Ponte delante del cristal, Malus. Hay algo que debes ver.

El noble frunció el ceño, consternado, pero pasado un momento cedió y avanzó hasta el cristal.

—Bien. Ahora, mira con atención.

El resplandor azul se desvaneció y dejó a la vista un cristal facetado que brillaba como la plata. Era como mirar un espejo.

Y Malus vio en qué se había convertido.

La piel se le había vuelto pálida como la tiza. Distendidas venas negras que parecían latir con un flujo constante de corrupción corrían por el dorso de la mano en la que llevaba el anillo de rubí y desaparecían bajo el borde del avambrazo. Sus ojos

eran esferas del más puro azabache.

—Mira en qué te has convertido... Eres un hombre sin alma, sometido al servicio de un demonio. ¿Y dices que no eres algo defectuoso, Malus Darkblade?

La risa del demonio resonó como el trueno mientras el noble huía de la prisión.

Atravesó corriendo los recintos del templo y resbaló en el polvo de las deshechas momias al lanzarse rampa abajo hacia las dependencias de los brujos condenados. Los cuerpos de los acólitos se burlaban de él con sus mandíbulas flojas y sus grandes cuencas oculares fijas. Parecían tender las manos hacia él para ofrecerle cuchillos o ropones vacíos. Le brindaban la caridad de los malditos.

Las botas del noble repiqueteaban contra la piedra. Bajó corriendo la escalera de caracol, y al sentir el calor del magma en la cara tuvo que luchar contra el impulso de arrojar a las llamas. Al llegar al cadáver momificado de la escalera, lo lanzó de una patada al fuego, y sintió envidia al verlo caer.

Las rocas estaban esperándolo cuando llegó al pie de la escalera, ya que habían levitado hasta la posición correcta por voluntad del demonio de lo alto. ¡Qué estúpido había sido al creer que había sido él quien las había hecho ascender desde las profundidades! Pasó de una roca a otra con tan poco cuidado como si hubieran estado en el lecho de un río.

Al otro lado de la plaza y del foso de fuego, las estatuas de los dioses parecían reírse de su angustia, burlarse de la estupidez de invadir la madriguera de un demonio. «Esto es lo que obtienes por desdeñarnos —parecían decir los abominables rostros—. ¡Tú y tu Madre Oscura! ¿Escuchó ella tu plegaria en los salones de piedra de lo alto? ¿Te concedió la victoria sobre tus enemigos?»

Se lanzó hacia las estatuas, aullando como una furia, pero no tenía la fuerza necesaria para derribar tan enormes moles. En todo caso, pareció que los ídolos se burlaban aún más de él.

Malus huyó de la presencia de los cuatro dioses, dando traspiés entre las hileras de sirvientes eternos. Deshizo en polvo a los obedientes cuerpos mientras les gritaba maldiciones a las cobardes posturas en que estaban.

Desde lejos le llegaban gritos y estruendo de acero contra acero. Hombres bestia y druchii lanzaban alaridos de rabia y dolor. Malus desenvainó la espada y corrió hacia la promesa de batalla.

«¿Podré derramar algún día la sangre suficiente para ahogar el recuerdo de mi propio reflejo?»

Malus salió con paso tambaleante a la fría luz diurna y contempló la carnicería que tenía lugar en la entrada del templo. Los hombres bestia habían abierto una brecha con los pesados martillos a dos manos, y montones de cadáveres yacían al otro lado de la abertura. Dos de los cuatro nauglirs estaban muertos, con el cuerpo atravesado y desgarrado por tajos de espada y hacha. Un tercero temblaba y sangraba

a través de heridas mortales que le arrebataban lentamente la vida. Sólo *Rencor* sobrevivía. Más delgado y rápido que sus compañeros, presentaba no obstante una veintena de tajos en la acorazada piel.

Los tres guardias de Malus recorrían el campo de batalla como cuervos, con la negra armadura salpicada y veteada de sangre enemiga. Hacía ya mucho que habían abandonado las descargadas ballestas, y en las manos llevaban rojas espadas de las que goteaba sangre. Trabajaban con la desapasionada habilidad de los carniceros, mirando entre los cadáveres y rematando a los heridos que encontraban. No había manera de saber cuántos asaltos habían rechazado ya, ni el tiempo que había mediado entre uno y otro. Estaban tan concentrados en la tarea que no repararon en Malus hasta que lo tuvieron casi encima.

Lhunara fue quien lo vio primero. Estaba cubierta de sangre, con el pelo apelmazado y la cara teñida de rojo como una de las novias asesinas de Khaine. Tenía decenas de abolladuras y arañazos en la armadura, y en cada mano llevaba una vapuleada espada. La fatiga le cubría el rostro como una máscara.

—No llegas demasiado pronto, mi señor —comenzó—. Ya han intentado acometernos tres veces, y acaban de retirarse. Entre nosotros y los gélidos hemos matado alrededor de ochenta, pero...

Las palabras murieron en los labios de la teniente al reparar en el cambio operado en la cara de su señor. Los ojos de Lhunara se encontraron con los de él, y se abrieron de par en par con expresión de horror.

—Mi señor, ¿qué...?

Malus bramó como una bestia herida y hundió la espada en el cráneo de Lhunara.

Dalvar y Vanhir vieron cómo descargaba el golpe y gritaron de horror y consternación. El noble saltó hacia ellos cuando el cuerpo de Lhunara aún estaba desplomándose.

El hombre de Nagaira se desplazó a la izquierda al mismo tiempo que echaba una mano atrás y la llevaba hacia adelante en un movimiento velocísimo. Sin pensar, Malus hizo un barrido con la espada y apartó a un lado la daga que acababa de lanzarle. Acometió al bribón con un golpe dirigido a la cabeza, y Dalvar lo bloqueó con el largo cuchillo que tenía en la mano izquierda. La mano derecha del bribón desenvainó otro largo cuchillo de lucha y acometió al noble, a quien intentó apuñalar a través de una de las junturas del articulado peto.

Malus atrapó la muñeca de Dalvar con la mano izquierda y le dio un golpe en la cara con el pomo de la espada. Aturdido, el bribón intentó apuñalarlo en la garganta, pero calculó mal, y el cuchillo abrió un tajo desigual a lo largo de la línea de la mandíbula de Malus. El noble gruñó y clavó la punta de la espada en la axila izquierda de Dalvar, zona que la armadura no protegía. La hoja se atascó en la articulación del hombro, y Dalvar se puso rígido al mismo tiempo que palidecía de

dolor. Malus se apoyó contra la espada, que rajó cartílago y hueso al hundirse lentamente en el pecho del druchii.

Dalvar chillaba y sufría violentos espasmos mientras intentaba apartarse, pero Malus continuaba sujetándolo con fuerza por la otra muñeca y no lo dejaba moverse. El bribón le lanzó enloquecidas puñaladas con la daga, pero el brazo extendido con que Malus sujetaba la espada estaba en medio; la punta de la daga del guardia le abrió profundos tajos en una mejilla, una sien, una oreja y la garganta, pero ninguno fue lo bastante hondo para matarlo. Con cada corte, cada nuevo dolor, Malus simplemente empujaba la espada con más fuerza. La punta se zafó de la articulación, penetró entre las costillas y atravesó músculo, pulmón y corazón. Dalvar lanzó un grito ahogado, vomitó un torrente de sangre y cayó al suelo.

Cuando Malus giró sobre sí mismo para encararse con Vanhir, encontró al guardia esperándolo a varios metros de distancia.

—Quiero mirarte a los ojos cuando te mate —dijo el caballero, y le enseñó los dientes aguzados—. Tenía planes mucho más grandiosos para destruirte, Darkblade... Eran creaciones maravillosas que habrían tardado años enteros en acabar con tu miserable vida. Si van a serme negadas esas glorias, al menos quiero ver cómo la vida escapa de tus lastimosos ojos.

Malus se lanzó contra el noble caballero y descargó una lluvia de golpes dirigidos hacia la cabeza, los hombros y el cuello. Vanhir se movía como una víbora y bloqueaba cada golpe con la destreza de un duelista experto. La daga que tenía en la mano izquierda tamborileó un *staccato* sobre el peto, el avambrazo y el quijote de Malus, en busca de puntos débiles de la armadura. Cuando el noble retrocedió para asestar otra combinación de golpes, la espada de Vanhir salió disparada y le abrió en el cuello un largo tajo que no acertó por muy poco la arteria. El noble era un espadachín diestro, pero Vanhir era un maestro, un artista de la espada.

Entonces, Vanhir aprovechó la ventaja para alternar ataques con espada y daga. Malus bloqueó el primer tajo de espada, pero sufrió una herida superficial de la daga que penetró por una juntura del avambrazo derecho. Desvió una estocada veloz como el rayo, y luego se lanzó contra el caballero y le clavó los blancos dientes en la garganta.

Vanhir gritó y se retorció mientras golpeaba a Malus en un lado de la cabeza con el pomo de la espada, pero el noble no estaba dispuesto a que se lo quitara de encima con tanta facilidad. Mordió profundamente y saboreó el gusto a cobre de la sangre que manaba, para luego dar un brusco tirón lateral con la cabeza y arrancar un lado de la garganta de Vanhir. El caballero cayó de espaldas mientras presionaba las manos sobre el torrente de sangre que le manaba del destrozado cuello, pero era un gesto fútil para una herida mortal. Al cabo de un rato, la vida se desvaneció de los ojos de Vanhir, que quedaron congelados en una eterna expresión de odio implacable.

Malus Darkblade echó atrás la cabeza y aulló como un lobo demente. Fue un grito tan salvaje y desquiciado que incluso la manada de endurecidos hombres bestia que entonces avanzaba lentamente por el camino para atacar la entrada por cuarta vez se detuvo con miedo y asombro al oírlo.

La visión de la cara de Lhunara aún flotaba ante los ojos del noble y lo torturaba. La expresión de horror que le había aflorado al rostro al darse cuenta del fracaso de Malus había sido más de lo que él podía soportar.

El noble se levantó con pies inseguros y se limpió la sangre de Vanhir de los labios con el dorso de una mano de negras venas.

Todos lo habían servido bien y fielmente, tanto amigos como enemigos, pensó. Era mejor que murieran antes que presenciar su espantosa vergüenza.

22. Sangre en el viento

Rencor gruñó cuando Malus se acercó. Los ojos del gélido estaban vidriosos de dolor y sus flancos subían y bajaban agitadamente debido al esfuerzo. El nauglir percibía vagamente que había algo raro en su señor, aunque no entendía qué era.

—Tranquilo, terrible —dijo Malus con calma, mientras observaba atentamente los ojos de *Rencor*.

Si las pupilas se agrandaban de modo repentino y los párpados interiores se cerraban, Malus se hallaría luchando por su vida un segundo después.

—Sólo soy yo; Malus. Ya hemos hecho lo que vinimos a hacer aquí. Hay sangre en el viento y es hora de cabalgar.

Durante un espantoso instante dio la impresión de que *Rencor* había renegado de él. El nauglir volvió a gruñir y sus pupilas se dilataron, pero los hombres bestia que avanzaban hacia la puerta lanzaron un áspero grito que distrajo a la enorme criatura, y Malus aprovechó el momento para saltar sobre el lomo. *Rencor* refunfuñó y sacudió la cabeza, pero Malus le clavó las espuelas, y el gélido avanzó de un salto, obediente.

El noble dirigió a *Rencor* directamente hacia la puerta y lo taconeó para que echara a correr justo en el momento en que llegaba a la brecha abierta por los hombres bestia. Se inclinó contra el cuello de *Rencor* y aun así escapó por un pelo cuando el gélido golpeó con las paletillas el borde de la brecha y dispersó una gran cantidad de piedras partidas. Una vez al otro lado, se irguió y espoleó a la montura para cargar directamente hacia los hombres bestia que avanzaban.

En otras circunstancias, la visión de un jinete solitario no habría bastado para hacer vacilar a la turba de guerreros; pero habían librado una terrible batalla casi cuerpo a cuerpo en la entrada del templo, y habían visto cómo tres asaltos eran rechazados por las potentes mandíbulas y las crueles zarpas de *Rencor* y sus compañeros. Vacilaron al ver que el nauglir arremetía contra ellos, y ese momento de duda fue suficiente. Malus y *Rencor* atravesaron la masa de hombres bestia y lanzaron cuerpos destrozados a derecha e izquierda. El noble asestaba tajos a cuellos y rostros vueltos hacia arriba mientras gritaba como una doncella espectral, y los hombres bestia retrocedían ante el frenético ataque.

Retrocedían todos menos un conocido grupo de corpulentos campeones que llevaban grandes armas a dos manos. Yaghan y sus escogidos guerreros aullaban gritos de guerra e intentaban acometer a Malus, pero la masa en retirada mantuvo a los campeones a distancia durante unos segundos cruciales. El noble tiró de las riendas para que la cola de *Rencor* barriera la masa de hombres bestia, y espoleó al gélido para que saliera de la desordenada turba y echara a correr a toda velocidad por el camino de los cráneos. Yaghan tardó sólo unos momentos en reorganizar a sus hombres bestia mediante maldiciones, juramentos y bramidos, pero cuando la cauta

masa emprendió la persecución, Malus ya había girado en el recodo del camino y había desaparecido de la vista.

La mente del noble funcionaba a toda velocidad; intentaba apartar a un lado los horrores de la última hora con el fin de trazar un plan. Tenía que introducirse otra vez en el campamento de hombres bestia y averiguar dónde guardaban el Octágono de Praan. Estaba seguro de que el único que sabía dónde se encontraba la reliquia era el propio Kul Hadar. Entrar en el campamento a plena luz del día sin ser detectado era casi imposible. Tendría que encontrar un sitio en el que permanecer oculto hasta la noche y meterse en la tienda del chamán cuando se presentara la oportunidad.

Pero antes debía resolver el problema de la turba que le seguía el rastro.

Malus miró por encima del hombro. Ninguno de los hombres bestia había llegado aún al recodo del camino, y justo delante tenía otra curva. Cuando el nauglir tomaba a la carrera el segundo recodo, Malus tiró de las riendas.

—¡Quieto! —dijo, y desmontó. A continuación le quitó las riendas al gélido y las guardó en la alforja—. Corre, *Rencor* —dijo al mismo tiempo que lo miraba a los ojos—. Caza. Espera mi llamada.

Los nauglirs no eran criaturas de inteligencia brillante; algunos, incluso, los llamarían estúpidos, pero con la suficiente paciencia y repetición podía entrenárselos para obedecer órdenes sencillas. *Rencor* conocía bien las que acababa de recibir, y cuando Malus le dio una palmada en una paletilla, el gélido se alejó al trote en dirección a los árboles que flanqueaban el camino. Se adentraría en el bosque para buscar comida, y probablemente hallaría un lugar en el que echarse y lamerse las heridas. Si las cosas salían bien, Malus podría llamarlo más tarde, aquella misma noche. Si las cosas no salían bien, era mejor que *Rencor* estuviese libre y pudiera cazar por su cuenta.

Cuando el gélido se alejó, Malus envainó la espada y se internó en la maleza del lado del camino más cercano al campamento de la manada. Se mantuvo agachado y se movió con tanta rapidez y sigilo como pudo. En efecto, al cabo de poco rato, oyó aullidos cerca, y luego el estruendo de más de un centenar de pies descalzos cuando los hombres bestia pasaron ante él por el camino de los cráneos. Si tenía suerte, continuarían corriendo durante un buen rato antes de darse cuenta de que habían perdido el rastro de la presa. Para entonces, esperaba hallarse en las profundidades del bosque.

Estaba empezando a felicitarse por la táctica cuando rodeó a la carrera un afloramiento vertical de roca y se lanzó de cabeza contra un hombre bestia que avanzaba en dirección contraria.

Druchii y hombre bestia cayeron en un enredo de brazos y piernas. Malus no sabía si el guerrero formaba o no parte del destacamento que había estado siguiéndolo. Desenfundó la daga y la clavó en el pecho del guerrero, que lanzó un

gemido borboteante e intentó golpearlo con el garrote que llevaba. Malus recibió el impacto en el hombro acorazado y volvió a clavar el cuchillo una y otra vez en el pecho y el cuello del hombre bestia. Momentos después, el hombre bestia quedó laxo, pero Malus ya oía gritos procedentes del camino.

Se incorporó y echó a correr con un brazo ante el rostro para protegerse todo lo posible de las zarzas. Oía alaridos y aullidos detrás, y una vez más quedó asombrado ante la soltura con que los hombres bestia podían moverse a través del denso sotobosque. Continuó corriendo otros cincuenta metros, y luego frenó y caminó con lentitud, muy agachado y en busca de un tronco caído o una depresión del suelo donde esconderse. Momentos más tarde encontró la concavidad que buscaba, parcialmente cubierta por espesas plantas rastreras de color verde, y se tendió de espaldas bajo ellas mientras intentaba controlar la respiración.

Al cabo de pocos minutos se vio rodeado por sonidos de persecución. Hombres bestia que lo buscaban por el bosque entre gruñidos y refunfuños pasaron corriendo por ambos lados. Malus permaneció tan inmóvil como pudo, con la ensangrentada daga aún aferrada contra el pecho. Los sonidos se alejaron rápidamente hacia el noroeste, y luego oyó que otro hombre bestia se acercaba al trote, en línea recta hacia su escondite.

No tenía sentido moverse. El explorador tropezaría con él o pasaría de largo. Se quedó tumbado de espaldas y escuchó con atención.

Más cerca..., más cerca. El guerrero ya tenía que haber visto las plantas rastreras. ¿Se desviaría? Más cerca aún. No cambiaba de dirección. Unas patas peludas atravesaron el espeso lecho de plantas. Una pezuña se hundió en la marga a cinco centímetros escasos de un muslo de Malus. Con un movimiento repentino, el noble se sentó, aferró al hombre bestia por uno de los curvados cuernos y lo hizo caer sobre la punta de la daga. La hoja perforó la garganta del guerrero, la atravesó y le cercenó el espinazo. El hombre bestia cayó pesadamente sobre Malus, sufrió un espasmo y murió sin hacer ruido alguno.

El noble permaneció tendido con el hombre bestia encima, mientras la cálida sangre le manaba sobre el pecho y se le encharcaba en la depresión del cuello. Hasta donde Malus podía determinar, el voluminoso hombre bestia le cubría las partes del cuerpo que no quedaban ocultas por las plantas rastreras. Una vez controlada la respiración, Malus apoyó la cabeza contra el frío suelo y se dispuso a aguardar la caída de la noche. Momentos después, se quedó dormido.

Despertó con un sobresalto; su respiración se condensaba en el frío aire nocturno. El hombre bestia se había puesto rígido, y la sangre seca crepitó débilmente cuando el noble se movió. Con lentitud y cuidado, apartó el cadáver del guerrero y se sentó, al mismo tiempo que hacía una mueca debido a lo entumecido que tenía el cuerpo. El noble recorrió el bosque con los ojos, y por un momento, su exhausta mente no supo

dónde estaba ni cómo había llegado allí. Pero luego, cuando el palpitante dolor de las heridas penetró en su conciencia y percibió una sensación de vacío en el pecho, recordó.

Cansado, se puso de pie e intentó orientarse. Desde lejos le llegaban los sonidos de la manada y el crepitar de las hogueras. «El ruido parece el de una reunión verdaderamente solemne —pensó Malus con una sonrisa despiadada—. Saborea los amargos frutos de tu victoria, Kul Hadar. Nunca deberías haber intentado oponer tu voluntad a la mía.»

No había modo de saberlo con certeza, pero parecía que al menos la mitad de los supervivientes había regresado al campamento. Si Hadar seguía el mismo ritual que Machuk, estaría junto al fuego, bebiendo y comiendo con el resto de la manada casi hasta el amanecer. Malus tendría que llegar hasta la linde del bosque para ver si el imponente chamán se encontraba entre los hombres bestia reunidos en torno a las hogueras.

Luego, quedaría el reto de deslizarse por el campamento sin ser visto. Aunque era probable que la mayoría de los hombres bestia estuviesen borrachos a primeras horas de la mañana, su silueta delataría el hecho de que no era miembro de la manada. Tenía que encontrar una forma de cambiar su apariencia.

Malus bajó la mirada hacia el cadáver que tenía a los pies. Estudió al hombre bestia durante un momento, y luego, se inclinó sobre él y comenzó a desollarlo.

Llevaba la piel del hombre bestia echada sobre la armadura como si fuese una capa. No se le ajustaba bien, pero sólo tenía que engañar a la manada desde lejos, y por el espacio de una breve mirada. O al menos, eso esperaba él.

Malus se acuclilló en la linde del bosque y estudió cada una de las hogueras con tanta atención como pudo, pero no vio a Kul Hadar por ningún sitio. «No te sientes parte de la manada, ¿verdad, Hadar? No es extraño que acabaran por echarte.»

La buena noticia fue que contó menos de cien hombres bestia en el campamento. Entre los que habían muerto en el enfrentamiento con los jinetes de Urial y los que habían caído en la terrible batalla de la entrada del templo, la manada había quedado diezmada. Los que veía alrededor de las hogueras parecían estar realmente muy borrachos.

El noble salió de entre los árboles y comenzó el ascenso hacia la tienda de Kul Hadar. Se mantenía en las sombras, avanzaba al paso e intentaba que las tiendas y los cobertizos quedaran entre él y las hogueras siempre que era posible. Nadie le dio el alto mientras se adentraba en el campamento.

Al aproximarse a la tienda de Kul Hadar, reparó en que las tiendas satélite más pequeñas estaban a oscuras. Si pertenecían a Yaghan y sus campeones, probablemente significaba que aún estaban buscándolo por el bosque. Eso le facilitaría mucho la tarea.

El noble dio un rodeo hasta la parte posterior de la gran tienda y se pegó a las capas de pieles que la formaban. Percibía olor a humo de leña, y oyó que alguien se movía en silencio por el interior. Desenvainó la daga y, silenciosa y cautelosamente, abrió en la piel un tajo lo bastante largo como para apartarla hacia los lados y asomar la cabeza.

En el centro de la tienda había una figura sentada junto a un brasero de hierro, de cara a la entrada. Oyó un murmullo débil, como una salmodia. Kul Hadar estaría rezándoles a sus dioses para pedirles protección o salvación, o para que descargaran sobre algún otro la culpa por la profanación del soto sagrado. Malus sonrió con ferocidad para sí mismo y comenzó a cortar con cautela hacia el suelo para ampliar lentamente el tajo. Cuando el corte fue tan grande que podía atravesarlo, dejó caer al suelo la piel del hombre bestia y se deslizó en silencio dentro de la tienda.

El suelo del interior estaba cubierto de gruesas alfombras y cojines con funda de pieles; tanto Machuk como Hadar antes que él habían vivido como un urhan de los autarii, tumbados igual que señores rurales sobre blandos cojines que entonces silenciaban los movimientos de Malus en tanto se acercaba a la figura que salmodiaba junto al fuego. Cuando el noble se encontraba a poco más de un metro de distancia, la salmodia cesó de repente y la figura cornuda se tensó. Sin vacilar, Malus saltó hacia el hombre bestia, lo aferró por un cuerno y le apoyó la daga contra la garganta.

—Nada de ruido, Hadar, o te abro un tajo desde un cuerno hasta el otro.

La figura cubierta por una capa lanzó un rebuzno de alarma, y Malus supo de inmediato que no era Hadar. En pocos instantes, las colgaduras de pieles que había en torno al perímetro de la tienda fueron apartadas a un lado y dejaron a la vista aberturas que comunicaban con las tiendas que la rodeaban. Yaghan y sus campeones entraron precipitadamente, con las armas a punto. Tras ellos entró Kul Hadar, que llevaba el báculo en una mano y enseñaba los colmillos al sonreír.

Furioso, Malus degolló al hombre bestia al que había atrapado y retrocedió mientras el cebo de Hadar sufría convulsiones y se desangraba sobre las alfombras.

El chamán no se dejó intimidar.

—Cuando Yaghan y sus guerreros te perdieron la pista en el bosque, él vino a verme y me preguntó qué podrías hacer a continuación. —La cabeza cornuda de Hadar se sacudió de un lado a otro—. Le dije que, si aún no estabas corriendo, eso significaba que ibas a regresar aquí. Predecible, druchii; predecible. Lo que no entiendo es por qué has vuelto.

Malus le dedicó una sonrisa lobuna.

—He venido a negociar contigo, Hadar —dijo—. Estoy buscando un talismán, un objeto llamado Octágono de Praan, y me han dicho que lo tienes tú. —El noble tendió una mano hacia el brujo—. Dámelo y compartiré contigo todo lo que he encontrado dentro del templo.

El hombre bestia echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada áspera como un rebuzno.

—Me haces gracia, druchii. Mira, te haré una contraoferta. Suelta ese cuchillo y cuéntame todo lo que sabes sobre el templo, y te prometo no desollarte vivo antes de sacrificarte en el soto sagrado.

—Interesante oferta, Hadar. Déjame pensarlo un momento —dijo Malus, y lanzó el cuchillo hacia la cabeza del chamán.

Hadar lo desvió en el aire con un golpe de báculo, pero Malus ya había desenvainado la espada y cargaba hacia él.

Yaghan rugió y los campeones se lanzaron adelante. Un fornido guerrero intentó coger a Malus, y el noble le asestó un tajo de revés que le cortó casi todos los dedos de la mano. Mientras el guerrero bramaba de dolor, Malus invirtió la dirección de la espada y lo degolló.

Otro de los campeones le lanzó un golpe con un nudoso puño que impactó justo debajo de una sien del noble. Malus lo vio todo rojo, con puntos que danzaban ante sus ojos. Otro par de poderosas manos aferraron el brazo con que Malus sujetaba la espada y se lo inmovilizaron; el nudoso puño salió disparado por segunda vez, y Malus recibió otro golpe tremendo en la cabeza. Sintió que le cogían el brazo izquierdo y se lo torcían hacia la espalda, y cuando se le aclaró la vista vio que Yaghan estaba de pie ante él y blandía una enorme hacha de guerra. El campeón le enseñó a Malus los dos crueles filos de la hacha y, con un movimiento veloz, la hizo girar y le estrelló el mango contra el estómago.

Se oyó un sonido de metal que se abollaba, y una conmoción gélida le convulsionó el cuerpo. Malus bajó la mirada cuando Yaghan retiró el mango de la hacha, y vio que estaba rematado por una púa triangular de diez centímetros de largo que entonces salía del agujero que le había abierto en el vientre. De la herida manó sangre oscura a borbotones, y cuando llegó el dolor, eclipsó todo lo demás.

23. Festín de almas

Le quitaron las espadas y la armadura y lo golpearon con los puños hasta que la ropa y el kheitan quedaron empapados en sangre. Aún le sangraba la herida del vientre y el dolor hacía que cualquier movimiento fuese prácticamente imposible. Lo ataron a uno de los puntales de la tienda de Hadar, y el chamán lo interrogó largamente acerca de lo que había encontrado en el templo.

Malus se lo contó todo. Incluso exageró la cantidad de tesoros que había en la sala del terrible cristal. Que los hombres bestia se mataran unos a otros en el intento de llegar allí. Si la Madre Oscura se mostraba benevolente, Hadar tendría éxito, y Tz'arkan podría poseerlo como había hecho con Malus. El brujo dijo que no creía una sola palabra y volvió a amenazar con desollarlo vivo. Malus se limitó a reírse de él, cosa que, dadas las circunstancias, ya constituyó una tortura. Dentro de poco estaría en poder de un demonio para toda la eternidad. ¿Qué podía hacerle Hadar que fuese ni remotamente comparable?

«No tienes que morir aún —resonó la voz del demonio dentro de su cabeza—. Si lo deseas, puedo curarte las heridas. Puedo dotarte de enorme fuerza y velocidad. Puedo...»

—No —murmuró el noble.

«¿No? ¿Me rechazas? ¿Prefieres sufrir como esclavo mío para toda la eternidad?»

—Cállate —murmuró Malus.

Recibió un golpe tremendo en un lado de la cabeza. El dolor le recorrió el estómago, y Malus perdió el sentido durante varios segundos.

Cuando recobró el conocimiento, Hadar estaba de rodillas, con los ojos alzados hacia Malus.

—No te me mueras todavía, druchii —gruñó el chamán—. Aún tenemos algunas cosas de las que hablar antes de que asciendas la ladera para purgar tus pecados en el soto. Veamos, ¿qué quiere Tz'arkan del Octágono de Praan?

El noble parpadeó lentamente e intentó aclarar sus pensamientos.

—Quiere ser libre. El octágono perteneció a uno de los brujos que lo encerraron.

—En ese caso, aún más razón para mantenerlo fuera de su alcance —dijo Hadar—. Praan fue el gran chamán que fundó esta manada hace muchos siglos. El talismán es uno de los tesoros más sagrados que tenemos.

Malus no lo escuchaba. Se le había caído la cabeza hacia adelante y de la boca le manaba un fino reguero de saliva sanguinolenta que goteaba sobre la alfombra. Hadar echó atrás la cabeza del noble y le levantó un párpado con el dedo pulgar.

—Está casi acabado —le dijo Hadar a Yaghan—. Llévalo al círculo. Yo debo prepararme para el sacrificio.

Mientras los campeones desataban a Malus, Hadar se retiró al otro extremo de la

tienda, donde había un cuenco de cobre lleno hasta el borde de agua. El chamán comenzó a lavarse las manos y la cara con el fin de purificar el cuerpo para la ceremonia inminente.

—¿Sabes, Malus?, a pesar de toda la carnicería que has dejado atrás, te considero una bendición de los dioses. De verdad que sí. Trajiste el Cráneo de Ehrenlish, mataste a Machuk y abriste la Puerta del Infinito para mí. Ahora acabas de darme una información valiosísima acerca de los peligros de Tz'arkan y el templo, conocimiento que utilizaré para abordar el cristal a mi manera y someter al demonio a mi voluntad. Y, finalmente, gracias a tu estupidez, te degollaré en el círculo de piedra, y tu sangre purificará el soto que tan recientemente profanaste. —Se volvió a mirar al noble cuando los campeones se disponían a sacarlo de la tienda—. Estoy ansioso por comerme tu corazón junto a la hoguera esta noche, Malus. Nos has hecho un gran servicio a mí y a mi manada.

La grave carcajada de Hadar acompañó a Malus hacia la oscuridad.

Malus dejó un rastro de sangre a lo largo de la pendiente. Las extremidades se le enfriaban cada vez más y la ceguera iba y venía. Nunca antes había estado tan cerca de la muerte; podía sentirla justo a su lado, penetrándole en el cuerpo como un helor invernal.

A cada paso del camino, el demonio le hablaba dentro de la cabeza y le ofrecía curarle las heridas. El noble saboreaba la sutil nota de desesperación que iba en aumento en la voz de Tz'arkan. Tal vez el demonio dijera la verdad respecto a su servidumbre eterna tras la muerte, pero a pesar de eso Malus tenía claro que Tz'arkan prefería mantenerlo con vida. También le resultaba interesante que el demonio no pudiese curarlo sin que él le diera permiso para hacerlo. ¿Qué otras limitaciones tenía? El pensamiento calmaba en parte el dolor que sentía. Resultaba reconfortante tener siquiera una pizca de control sobre su propio destino.

Yaghan y los campeones restantes, cuatro en total, lo transportaron sin esfuerzo ladera arriba. Los oscuros árboles susurraban con voracidad a su paso, sin duda porque percibían la sangre derramada sobre el cuerpo de Malus. Las piedras erectas habían sido partidas por las energías mágicas puestas en libertad horas antes, pero el círculo del interior estaba limpio de escombros. Alguien, tal vez los sacerdotes supervivientes, habían retirado los numerosos cadáveres. Probablemente, muchos eran servidos como alimento en torno a las hogueras que ardían ladera abajo.

Había un puñado de sacerdotes que aún retiraban escombros del exterior del círculo sagrado, y que se inclinaron ante los campeones a los que Yaghan les ladraba órdenes. Los hombres bestia entraron con reverencia en el círculo para tender a Malus sobre la piedra, y luego salieron. No se habían molestado en atarlo. ¿Por qué iban a hacerlo? Estaba desarmado y casi muerto.

Al menos, de momento.

Malus abrió los ojos con cautela. Los campeones se encontraban de pie en el exterior del círculo de piedra, con las armas apoyadas en el suelo. Yaghan estaba a un lado y observaba tanto a sus guerreros como las actividades de los sacerdotes.

—Tz'arkan —susurró Malus débilmente—. Has dicho que puedes curarme, que puedes hacerme más fuerte y rápido.

«Así es. Puedo hacerte más fuerte y rápido durante un corto período de tiempo, pero más tarde tendrás que pagar un precio por ello. ¿Lo deseas?»

—Sí —respondió Malus, y se odió por decirlo.

Un hielo negro le recorrió por las venas, le heló la sangre e hizo que las heridas le ardieran. Todos los músculos se le agarrotaron a causa del dolor; los hombros y las piernas se separaron de la losa de piedra y quedaron suspendidos en el aire durante varios segundos agónicos. Luego, se desplomó, casi delirante por la ausencia de dolor, y cuando sus sentidos se aclararon se dio cuenta de que volvía a estar sano. Sano y fuerte.

No quería pensar en cuánto más profundamente había clavado Tz'arkan sus garras en él tras haberle hecho la solicitud. Pagaría cualquier precio necesario y valoraría el coste más tarde.

Malus volvió la cabeza con lentitud. Vio una roca grande situada fuera del círculo, a menos de treinta centímetros del lugar en que se encontraba uno de los campeones. Tan sigilosamente como pudo, rodó sobre un costado y gateó hacia ella.

Tuvo la sensación de estar hecho de buen alambre de acero, ligero y fuerte. Cubrió casi al vuelo la distancia que lo separaba de la roca, y la levantó del suelo como si fuese un guijarro. El campeón comenzaba a volverse con los ojos cada vez más abiertos cuando Malus le aplastó el cráneo con la roca. Los ojos del campeón se hincharon y de ellos manó sangre pulverizada mientras el guerrero caía. Malus ya tenía el espadón del hombre bestia en una mano y corría hacia el siguiente de la hilera, antes de que el primero tocara el suelo.

El siguiente campeón soltó un balido de advertencia y alzó el hacha en el momento en que Malus lo acometía con un tajo que lo cortó en dos por la cintura, sin perder el paso. El noble atravesó una nube de sangre y vísceras, y se concentró en el guerrero siguiente, que había avanzado un paso y había alzado la espada para atajar el ataque del noble. Malus se deslizó sin esfuerzo por debajo de la guardia del hombre bestia, lo destripó con un rápido tajo de espada y lo dejó aferrándose las entrañas mientras buscaba al último de los guerreros de Yaghan.

El campeón restante corría hacia él con el hacha en alto. Con el rabillo del ojo, Malus vio que Yaghan intentaba hacer lo mismo y se le aproximaba desde un lado, ligeramente por detrás. Centró la atención en el hombre bestia que tenía delante... y, sin previo aviso, su paso perdió agilidad y velocidad y el campeón atacante pareció saltar directamente en su camino. El noble bramó por dentro. «Maldito demonio y tus

mezquinos dones», se enfureció.

«Tú me pediste ayuda y yo te la di —replicó el demonio con frialdad—. Pídemelo, y podrás saborear otra vez mi fuerza.»

Por instinto, Malus se agachó al mismo tiempo que se desplazaba a la izquierda y ejecutó un barrido bajo con el espadón en el momento en que el hacha del campeón se precipitaba hacia su cabeza. El hombre bestia erró y la espada de Malus le cortó la pierna derecha a la altura de la rodilla. El guerrero cayó hacia adelante con un grito, y Malus avanzó dos pasos para luego girar sobre sí mismo y hacer frente a la carga de Yaghan.

El hombre bestia lo acometió como un toro, rugiendo un desafío y con el hacha en alto. «Si me acierta de lleno, aunque sea una vez, estoy muerto», pensó el noble. Sin armadura, el hacha a dos manos lo partiría como si fuera una ramita.

Malus observó la aproximación de Yaghan y esperó hasta que el hacha comenzó a caer antes de bajar la punta de la espada y agacharse a la vez que se apartaba a la izquierda. El hacha pasó silbando y se clavó en la tierra a un par de centímetros de él, y Malus aprovechó la brecha que esto le ofrecía para alzar la punta de la espada y clavarla profundamente en el macizo bíceps del campeón. Yaghan bramó y lo acometió con un golpe de retorno que apenas logró esquivar al agacharse.

Antes de que pudiera recobrase del todo, el poderoso campeón invirtió el sentido del golpe y dirigió el arma hacia la cabeza del noble. Malus se agachó aún más y se lanzó hacia adelante, y esa vez clavó la punta de la espada en el musculoso muslo derecho de Yaghan. La piel y el músculo cedieron fácilmente a la hoja, que abrió un profundo tajo de delante hacia atrás en la parte exterior de la pierna.

El noble pasó más allá de Yaghan con toda la rapidez posible, pero no fue suficiente. Otro velocísimo golpe de revés impactó de soslayo contra el hombro derecho de Malus y le abrió un profundo y doloroso tajo. La sangre corrió en caliente reguero por el brazo, y el noble dio un traspié. Después, apretó los dientes y giró sobre sí mismo para encararse con el campeón mientras intentaba planificar el movimiento siguiente.

Una vez más, Yaghan llevó la voz cantante; corrió hacia adelante y desvió la espada de Malus hacia un lado con un golpe que casi se la arrancó de las manos. Pero el noble también lo acometió en lugar de quedarse quieto, así que, cuando llegó el barrido de retorno de Yaghan, Malus se encontraba dentro del arco trazado por el arma y no pudo atacar. Volvió a lanzarse más allá de Yaghan, y una vez más le asestó un tajo en el muslo al pasar. La sangre corría por la pierna del hombre bestia.

Yaghan dio media vuelta y volvió a acometerlo casi de inmediato, pero entonces se movía con mayor lentitud y sus golpes eran un poco menos fuertes. Cuando cargó, Malus giró sobre sí mismo y lanzó una repentina estocada hacia la cara del hombre bestia, que se detuvo de modo instintivo. En ese instante, Malus bajó la punta de la

espada y se la clavó profundamente en el muslo herido.

Esa vez, la pierna del hombre bestia cedió, y cuando comenzaba a caer, Malus alzó la espada y se lanzó hacia él para descargar un tajo sobre el brazo izquierdo extendido de Yaghan. La pesada hoja cercenó casi limpiamente la gruesa extremidad, que quedó colgando de un fino jirón de músculo.

Yaghan lanzó un bramido de angustia y cayó hacia adelante sobre un charco de su propia sangre. A pesar de las terribles heridas, el campeón intentó apoyarse en el brazo sano para incorporarse. Malus levantó la espada y le ahorró sufrimientos. El arma resonó contra la carne y el hueso, y la cabeza de Yaghan bajó rebotando por la empinada ladera de la montaña.

Entre los sacerdotes estalló un coro de alaridos que obtuvo una respuesta casi inmediata desde el campamento situado más abajo. Malus creyó distinguir el bramido de Kul Hadar entre la mezcla de gritos. Tenía pocas dudas respecto a que el chamán y su manada irrumpirían en el soto de un momento a otro.

Si quería apoderarse del Octágono de Praan, debía ser entonces o nunca. Por suerte. Hadar le había dado la única pista que necesitaba para descubrir el emplazamiento del talismán. ¿Qué mejor sitio para guardar las reliquias sagradas de la manada?

Malus aferró con ambas manos la espada ensangrentada y corrió hacia la cueva situada en lo alto de la grieta, en dirección al sanctasanctórum del interior.

24. La maldición del demonio

Había dos sacerdotes escondidos justo al otro lado de la entrada de la cueva; Malus le atravesó el pecho a uno mientras el otro pasaba corriendo junto a él y bajaba la ladera, rebuznando. Más formaciones de cristal iluminaban con un resplandor verdoso la pequeña cámara toscamente labrada. Dispersos por la estancia, había pequeños altares dedicados a numerosos dioses con cabeza de bestia, deidades menores, tal vez, a las que adoraba la manada, además de a los terribles Poderes Malignos que gobernaban el salvaje norte.

En realidad, el espacio no era tanto una cámara propiamente dicha como una protuberancia de extraordinario tamaño en un pasadizo toscamente tallado que se adentraba en la montaña. Alerta ante cualquier señal de peligro, Malus continuó adelante.

El pasadizo recorría otros cincuenta metros en línea más o menos recta. Cuanto más avanzaba Malus, más aumentaba la cantidad de huesos viejos que veía tirados — muchos partidos para extraer el tuétano del interior— y el olor a carne podrida. «Un guardián —pensó Malus con amargura—. Pero ¿qué clase de guardián?, ¿y dónde se oculta? Más importante aún, ¿percibe mi presencia?»

Justo delante, el noble vio más luz verde. El pasadizo parecía acabar en otra cámara pequeña, ésta iluminada por un cristal resplandeciente que había sido colocado dentro de un brasero de hierro, en lugar de descansar directamente sobre el suelo. En la pálida luz, Malus vio un estante de piedra natural en la pared opuesta de la cámara. Sobre él había un medallón octogonal hecho de latón y unido a una larga cadena, que destellaba en el resplandor verdoso. La superficie estaba cubierta de runas que insinuaban el poder contenido en el objeto.

«¡Sí..., ése es! ¡El Octágono de Praan! ¡Cógelo!», le instó el demonio.

Pero Malus estaba mucho más interesado en el hedor a carne podrida que flotaba en el aire de la pequeña cámara. Avanzó lenta y silenciosamente hasta el umbral y observó la estancia sin prisas. El noble no vio movimiento alguno ni oyó ningún sonido.

«Es extraño —pensó—. ¿De dónde procede el olor?» Y luego vio el cuerpo del venado que yacía como una masa informe sobre el suelo, cerca del propio octágono. Tenía el lomo y el cuello partidos, lo que hacía que el cuerpo se doblara en ángulos opuestos el uno al otro. Una de las magníficas astas había sido cortada y descansaba en el suelo, cerca del cuerpo. Le habían arrancado las dos patas delanteras, y el cadáver yacía sobre un negro charco de sangre putrefacta. Malus calculó que hacía una semana o más que estaba dentro de la cueva. «Tal vez es una víctima de sacrificio —pensó—, aunque los huesos de tuétano de ahí atrás no se partieron solos.»

El noble volvió a observar la estancia. No se movía nada en las sombras. ¿Tal vez

había habido un guardián, pero había muerto en una de las batallas? La idea resultaba probable, en especial dado que la cámara parecía completamente desierta. «No hay tiempo que perder —pensó Malus con decisión—. Sé por experiencia que Hadar llegará aquí de un momento a otro, y no me hace gracia encontrarme atrapado en un túnel sin salida.»

Malus atravesó la pequeña cueva al mismo tiempo que extendía un brazo hacia el talismán. Cuando estaba a medio camino, algo enorme y peludo le saltó sobre la espalda y lo lanzó cuan largo era contra el suelo de roca. Un garrote nudoso se le estrelló en medio de la espalda y lo dejó sin aliento. Recibió otro fuerte golpe en las costillas y ondas de dolor le recorrieron el pecho.

El noble intentó levantarse, pero descubrió que tenía al atacante sentado sobre la cintura y lo inmovilizaba contra el suelo. El garrote le golpeó el hombro derecho, y el dolor que le causó el impacto sobre el corte que había sufrido antes estuvo a punto de hacer que perdiera el sentido.

El atacante se encontraba perfectamente situado para evitar los tajos de la gran espada que Malus tenía en las manos. Pensando con desesperación, giró el arma para pasarla por debajo de los brazos, y asestó la estocada más fuerte que pudo hacia atrás. La hoja penetró en la carne, y el atacante lanzó un salvaje aullido que le puso los pelos de punta. El agresor se apartó de Malus, y éste corrió a toda velocidad hacia el octágono. Mientras jadeaba de dolor, se volvió para encararse con el atacante y se le desorbitaron los ojos de sorpresa.

Si el gigantesco guardián del Octágono de Praan había sido un hombre bestia en otros tiempos, ya no guardaba muchas semejanzas con su aspecto original. La criatura era descomunal, con enormes y anchos hombros y piernas cortas y gruesas como troncos. El cuerpo de poderosos músculos estaba recubierto por irregulares zonas pilosas, y la atrofiada cabeza deformada parecía haber sido hecha con cera y dejada a medio modelar. Un solo ojo inyectado en sangre lo observaba con atención.

Malus reparó en que la criatura no llevaba garrote alguno. El daño causado a su cuerpo había sido hecho sólo con los puños.

El guardián del octágono se cubrió con una mano la profunda herida que tenía en el costado y lanzó un aullido que era en parte de cólera y en parte de angustia. Sin previo aviso, dio media vuelta y trepó a cuatro patas por la pared que tenía detrás para llegar a un tosco saliente de roca que había sobre la entrada de la cueva.

Durante una fracción de segundo, Malus pensó que la criatura se limitaría a quedarse ahí sentada y lamerse la herida, pero en cuanto llegó al saliente, gruñó y saltó hacia él una vez más.

De espaldas contra el estante de piedra, Malus no tenía hacia dónde correr. Si hubiese sido un principiante en las artes del combate, tal vez habría sentido pánico. En cambio, apoyó el pomo del espadón contra el estante de roca que tenía detrás y

dirigió la punta directamente hacia el pecho de la criatura.

El guardián lanzó un alarido y Malus le clavó la espada en un punto situado justo por debajo de las costillas. La ancha hoja se hundió hasta los gavilanes en el pecho de la criatura, y regó a Malus con un torrente de sangre y bilis un segundo antes de que el cuerpo del monstruo se estrellara contra él. El noble impactó con fuerza en el estante de roca y se le escapó un grito ahogado a causa del dolor que le estalló en la espalda. Luego, la criatura lanzó un alarido estrangulado y le aferró firmemente la cabeza con una mano enorme. La otra mano del guardián se cerró sobre un hombro de Malus, y después el monstruo comenzó a retorcerle la cabeza.

Intentaba arrancársela.

Malus apretó los dientes y tensó el cuello mientras aporreaba las enormes manos con los puños, pero era como un pollo que luchara contra las manos de la granjera. Aferró la empuñadura de la espada e intentó retorcerla dentro de la herida, cualquier cosa que obligara a la criatura a soltarlo. Pero el monstruo sólo aulló de dolor y aplicó aún más fuerza.

Lenta, inexorablemente, la cabeza de Malus giraba. Cuando llegó al límite permitido por la columna vertebral, comenzó a superarlo. El dolor le recorrió las vértebras y el campo visual se le transformó en una niebla blanca. El noble comenzó a gritar, una sola nota larga y dolorida mientras sentía que los huesos continuaban flexionándose y se preguntaba cuánto faltaría para que se partieran.

De repente, la presión cesó y se redujo casi hasta la nada. Lentamente y con gran dolor, Malus enderezó la cabeza, y el cuerpo del guardián se desplomó de lado. La cara como cera derretida estaba pálida y enormes cantidades de sangre caían sobre las botas del noble.

Con indiferencia, Malus se sentó sobre el pegajoso fluido e intentó recuperar el control de la respiración. Le habían clavado estocadas, le habían abierto tajos y le habían asestado golpes docenas de veces, pero nunca antes había sufrido un ataque como éste.

«Levántate —lo instó el demonio—. De prisa. ¡Kul Hadar podría llegar en cualquier momento!»

—Que venga —gruñó Malus—. Él no puede retorcerme el cuello hasta arrancarme la cabeza.

«No. Él deposita su fe en las hachas —respondió Tz'arkan, con sarcasmo—. Ahora, márchate.»

Malus se puso de pie, dolorido, y cogió el octágono.

«Póntelo», dijo el demonio.

—¿Por qué? ¿Qué hace?

«Absorbe la energía mágica. Los hechizos que lancen contra ti serán consumidos por el amuleto, por muy poderosos que sean. Es un talismán muy útil.»

La suspicacia luchaba contra la desesperación en la mente de Malus. ¿Y si el demonio mentía? Por otro lado, ¿podía permitirse no aprovechar las ventajas que le ofrecía un talismán tan valioso? Al final, se puso la cadena alrededor del cuello con una maldición apenas contenida. Tal vez el demonio no estuviera diciéndole la verdad, pero tampoco pondría a Malus en una situación en la que ya no pudiera servir a sus intereses.

Mediante un esfuerzo enorme, recuperó la espada y regresó por el pasadizo. Su temor de encontrarse con Hadar y su manada a la salida de la cueva resultó ser infundado. Lo aguardaban ante las ruinas del círculo de piedras, evidentemente reacios a profanar la cueva sagrada con más violencia.

Con cierta sorpresa, el noble reparó en que Hadar tenía menos de cincuenta miembros de la manada consigo. «¿Acaso flaquea el apoyo con que cuentas, Hadar, o es que la manada ya ha tenido suficiente sangre por el momento?»

Quienes lo habían acompañado, sin embargo, eran los verdaderos creyentes. Al ver que llevaba puesto el octágono, los hombres bestia lanzaron aullidos de cólera e indignación.

«Son casi cincuenta —dijo el demonio—. No tienes ni armadura ni montura. Necesitarás mi ayuda si quieres sobrevivir.»

—No —respondió Malus, furioso—. Por hoy, ya he intercambiado una porción bastante grande de mi carne contigo. No obtendrás nada más.

«¡Morirás!»

—Tal vez..., o tal vez no. Ahora calla y observa.

Malus salió de la cueva.

—Parece que no serviré a tu manada tan bien como habías imaginado, Hadar.

—Quítate inmediatamente el octágono del inmundo cuello —rugió Hadar, y el resto de los verdaderos creyentes aullaron en señal de acuerdo.

Malus alzó el medallón entre el pulgar y el índice, y fingió estudiarlo con atención.

—Si esta baratija es tan sagrada y tu fe tan fuerte, ¿por qué no la pones a prueba?

Por un momento, Hadar no respondió. El resto de los fieles lo miraba con expectación, y el chamán supo que lo había atrapado.

—¿Qué tienes en mente?

Malus extendió las manos hacia adelante.

—¿Qué si no? Te desafío. Si ganas, demostrarás que tu fe es claramente superior, y el medallón será tuyo. Pero si pierdes...

Malus y Hadar se miraron fijamente a los ojos.

—No vale la pena considerarlo siquiera, druchii —dijo el chamán, al fin—. No perderé.

El druchii le dedicó una ancha sonrisa.

—Entonces, comencemos.

«¡No! —bramó Tz'arkan—. Estúpido. ¡No has especificado los términos del reto!»

—¿Términos? ¿Qué términos necesito? Mientras lleve puesto el octágono, su magia no puede afectarme y temo a ese báculo suyo mucho menos que al hacha de Yaghan. La ventaja la tengo yo. —«Y, además —pensó Malus, ceñudo—, quiero asegurarme de que, con independencia de cualquier otra cosa que suceda, Hadar muera por mi mano. Tiene conmigo una deuda de dolor.»

Malus ya descendía por la ladera, con la espada preparada. Hadar se quitó el ropón y alzó el pesado báculo. Sus labios se tensaron en una sonrisa feroz.

«Es extraño —pensó el noble para sí—. ¿Por qué estará sonriendo?»

Entonces, Hadar pronunció una sarta de palabras, y el aire pareció deformarse en torno al chamán. Su cuerpo, ya imponente de por sí, creció aún más y adoptó un aspecto mucho más poderoso que antes. Hadar rugió como un oso enfurecido y luego ladró otra sarta de palabras mágicas. Para cuando acabó de hablar, había atravesado los diez metros que lo separaban de Malus.

Lo siguiente que vio el noble fue que el báculo del chamán se le estrellaba contra la mano con que sujetaba la espada, y que el arma salía girando por el aire hacia la hierba. El báculo retornó en un barrido para impactar en el pecho del noble y lo lanzó volando en la dirección contraria.

Se detuvo alarmantemente cerca de los oscuros árboles, con las costillas latiéndole como si lo hubiese pateado un gélido. Tardó un momento en recobrar el aliento, y en ese tiempo, Hadar ya se había situado junto a él y descargaba un golpe con el terrible báculo hacia la cabeza de Malus que, reuniendo todas sus fuerzas, se apartó de un salto justo a tiempo.

—¡Me mentiste! —se encolerizó Malus con el demonio mientras corría a toda velocidad hacia la perdida espada.

«No, te dije con exactitud cuáles eran las limitaciones de Hadar. Su magia no puede afectarte directamente. Fuiste tú el estúpido que pensó que sabía más que yo en temas de brujería.»

De repente, una sombra cayó sobre Malus y el instinto lo hizo agachar la cabeza. En lugar de matarlo, el báculo le golpeó los hombros y lo lanzó de cara al suelo. Todo el brazo izquierdo se le quedó entumecido a causa del golpe, y el derecho le palpitaba de dolor. Peor aún, entonces se encontraba a varios metros, ladera abajo, del lugar donde yacía la espada. Al darse cuenta del peligro que corría si vacilaba, Malus se puso de pie y avanzó con paso tambaleante mientras pasaba la mano derecha entre la hierba en busca de algo que poder usar como arma.

Los fieles rieron al ver al enemigo trastabillando de aquí para allá como un necio por el soto que había profanado. Hadar avanzaba a grandes zancadas tras él e

invocaba su poder una vez más.

—Has sido un estúpido al desafiarme en mi sitio de poder —dijo Hadar—, Aquí puedo hacer magia con impunidad y extraer fuerza de la tierra misma. ¿Qué tienes tú que pueda compararse con eso?

«Déjame ayudarte —susurró el demonio—. Puedo darte la fuerza y rapidez necesarias para sorprenderlo. Sólo di la palabra.»

—No —replicó Malus.

El báculo volvió a caer sobre él, y esa vez lo golpeó en la cintura. Malus gritó de dolor y cayó de cara al suelo. La mano sana rebuscó frenéticamente entre la hierba... y finalmente se cerró sobre algo pequeño y duro.

Hadar se encontraba junto a él, con el báculo alzado para golpear.

—Había esperado más del guerrero que venció a Yaghan —dijo el chamán—. Pero, por otra parte, la tierra no es tu aliada, ¿verdad?

Malus rodó sobre la espalda y lanzó la mano derecha hacia adelante, con los dedos dirigidos a la parte inferior de la mandíbula de Hadar. El chamán apenas tuvo tiempo de reparar en el movimiento antes de que el pequeño y ennegrecido cuchillo de bota le atravesara la blanda carne y ascendiera hasta clavarse en el cerebro.

—Quizá no, hombre bestia —respondió Malus, fríamente—, pero de vez en cuando me proporciona lo que necesito.

El chamán osciló sobre los pies durante varios segundos, y luego cayó al suelo.

«Ya me parecía que ese cuchillo había caído en algún sitio de por aquí», pensó el noble mientras se ponía de pie. Malus fue a recuperar la espada sin hacer caso ninguno de los conmocionados gritos y horrorizadas miradas de los verdaderos creyentes. Después, se volvió hacia ellos y agitó la punta de la espada ante sus rostros.

—Escuchadme, animales —gruñó—. Vuestro chamán está muerto. Vuestros campeones están muertos. Vuestra reliquia ha sido saqueada, y todo ha sido hecho sólo por mi mano. Vuestra manada ha sido quebrantada; marchaos ahora, o poned a prueba vuestra fe contra la mía y pereced, como ha perecido Kul Hadar. La elección es vuestra.

Los verdaderos creyentes contemplaron a Malus durante varios segundos; era obvio que sopesaban sus convicciones. Un hombre bestia dio un paso adelante al mismo tiempo que abría la boca para hablar, y Malus le atravesó la garganta. El resto huyó entre lamentos de desesperación.

Malus los observó mientras se marchaban. Una vez que se perdieron de vista, dejó caer el espadón al suelo y avanzó hasta el decapitado cuerpo de Yaghan. Se inclinó y recogió el hacha del campeón. Luego, estudió con cuidado los árboles de negro tronco y fue a recoger un poco de leña para el fuego.

Los troncos ardían con fuerza dentro del círculo de piedra donde el calor se

reflejaba en la losa y mantenía alejado el frío de la noche. Malus cortó otro trozo de carne con el cuchillo de bota y se lo metió en la boca. Era duro y gomoso, pero estaba lejos de ser la carne más fibrosa que había probado. Un poco pasada, pero eso tampoco le importaba. Acucillado, se echó hacia atrás y observó las luces del norte, que danzaban en lo alto.

Durante toda la tarde había habido gran griterío y aullidos de desesperación en el campamento de la manada, situado más abajo, pero al avanzar la noche el lugar quedó en silencio. Malus había bajado desde el soto, que entonces resultaba mucho menos impresionante que antes, y había encontrado el campamento desierto. Había pasado por la tienda de Hadar y descubrió que la habían saqueado manos expertas, salvo las pertenencias del brujo, que se encontraban pulcramente amontonadas en el suelo de tierra que antes cubrían alfombras y cojines. Malus se había armado y, puesto que ya se sentía más relajado, se había adentrado entre los árboles en busca de *Rencor*.

El nauglir deambulaba cerca de la entrada de la grieta y se servía bocados de los campeones caídos. Dejaría que *Rencor* se hartara y luego emprendería el largo viaje hacia el sur para regresar a Hag Graef. Las palabras del demonio aún le resonaban dentro de la cabeza: «Las arenas ya caen en el reloj. Incluso mientras hablamos, la vida escapa de ti».

Tenía el Octágono de Praan, pero aún quedaban cuatro talismanes por recuperar, y no tenía ni idea de dónde encontrarlos. Y de las dos personas que él conocía y que podían tener la información que necesitaba, era probable que una quisiera verlo muerto y la otra ya había intentado matarlo al enviarlo a los Desiertos del Caos.

«Tu hermana intentaba darte una lección —dijo Tz'arkan—. Si hubiera querido que murieras te habría mantenido dentro de la ciudad, donde Urial podía prenderte.»

Malus reprimió una maldición. Iba a pasar mucho tiempo antes de que se acostumbrara a la presencia del demonio en el fondo de su mente.

—Tal vez tengas algo de razón —asintió el noble a regañadientes—. Quizá esperaba que me volviera atrás cuando las cosas se pusieron demasiado peligrosas. —Sonrió—. Da la impresión de que mi hermana no me conoce tanto como cree.

Luego, al pensar en las diferentes posibilidades, sintió que se le enfriaba la cara. Si eso era verdad, significaba que Nagaira no había tenido ni la más mínima intención de sacrificar a Dalvar y al resto de sus guardias.

«Quizá, pero esa suposición obró en tu favor al anular una potencial amenaza de traición. Simplemente de que la partida de guerra fue aniquilada en el viaje hacia el norte. No es más que la verdad.»

Malus asintió con la cabeza, pero había una expresión preocupada en su cara. A lo largo del viaje había perdido muchos recursos valiosos. Algunos, como Lhunara, serían casi imposibles de reemplazar.

Sin embargo, la expedición no había sido un fracaso total. Regresaría con las suficientes riquezas de la cámara del demonio para pagar las deudas contraídas y construir la base de poder que siempre había necesitado...

«Te muestras muy liberal con mis baratijas, Darkblade», le advirtió el demonio.

—Si soy liberal con tu oro, tú quedarás libre a cambio de él —replicó Malus—. No puedo buscar tus reliquias si acabo en el extremo equivocado del arma de un asesino.

Tz'arkan guardó silencio. Malus se permitió una breve sonrisa presuntuosa. Era verdad que había salido de Hag Graef como noble y que regresaría como esclavo, pero entre ese momento y su llegada hallaría un modo de ocultar el control que el demonio tenía sobre él. A pesar de lo mala que era su situación, esto le otorgaba ventajas que nadie más sabía que poseía. Planeaba hacer uso de esas ventajas del modo que le reportaran mayores beneficios.

Superaría ese revés. Antes o después, volvería a ser libre. Era capaz de hacer sacrificios y soportar largos tormentos si eso lo acercaba más a la meta. Ésa era la esencia de la identidad de los druchii: sacar fuerza de la oscuridad y hacerla suya.

El noble se recostó contra el tocón quemado de una de las piedras erectas. Hallaría una manera de reparar los lazos con Urial o Nagaira. El noble estaba dispuesto a pagar el precio que fuese necesario. No era más que un hombre razonable.

Malus cortó otro trozo del corazón de Kul Hadar y, pensativo, lo masticó mientras contemplaba el futuro.

Glosario

Ancridam: Literalmente, «el Corazón del Venado», talismán arcano que lleva como símbolo de gobierno uno de los clanes autarii más grandes. Se cree que posee grandes poderes mágicos.

Autarii: Traducido como «sombras» o «espectros», es el nombre adoptado por los clanes druchii de las montañas situadas al norte de Hag Graef. Seres del bosque y cazadores superlativos, los autarii son considerados crueles y despiadados según las pautas druchii.

Caedlin: Máscara, habitualmente de plata u oro, que llevan los nobles de Hag Graef para protegerse la cara de la niebla que cae sobre la ciudad cada noche. A veces es llamada «máscara nocturna».

Courva: Raíz extraída de una planta que se encuentra en las selvas de Lustria. Cuando se la mastica, actúa como estimulante y aguza los sentidos. Se cree que aumenta los reflejos. Preferida por duelistas y asesinos. Ligeramente adictiva.

Drachau: Literalmente, «mano de la noche». Título ostentado por los seis gobernantes de las grandes ciudades druchii, nombrados por el Rey Brujo Malekith. Los drachaus sirven al Rey Brujo como tenientes y miembros del consejo, y cada uno cumple funciones específicas. Tradicionalmente, el drachau de Hag Graef desempeña el cargo de general de los ejércitos del Rey Brujo en tiempos de guerra.

Druhir: Idioma que hablan los druchii.

Hadrilkar: Literalmente, «collar de servicio». Collar que llevan los miembros del séquito de un noble o los seguidores de un determinado culto religioso o gremio profesional. Suele estar hecho de oro o plata y llevar grabado el sigilo familiar del noble.

Hakseer: El «crucero probatorio» que llevan a cabo todos los nobles druchii al llegar a la edad adulta. Se espera que todos los nobles encabecen un crucero de incursión durante un año para demostrar su habilidad e intrepidez y establecer su reputación dentro de la sociedad noble. A menudo, el éxito del crucero depende de cuánto gasta la familia para pertrecharlo. No es infrecuente, por ejemplo, que el hijo de un drachau se haga a la mar con una pequeña flota de barcos bajo su mando. El comandante de la cruzada se queda con la parte del león en el reparto del botín, según la costumbre en las cruzadas de saqueo.

HanilKhar: El «Peso de las Cadenas». Ceremonia anual celebrada en las seis grandes ciudades druchii, donde las familias nobles reafirman los juramentos de lealtad al drachau y le ofrecen algún tipo de tributo como símbolo del temor y el respeto que le tienen. El Hanil Khar señala el final de la temporada de incursiones y el comienzo del largo invierno de Naggaroth.

Hithuan: Los druchii, a causa de su naturaleza apasionada y asesina, han

desarrollado una rígida etiqueta en cuanto al espacio interpersonal, lo que permite a los nobles interactuar en sociedad sin el casi constante riesgo de derramamiento de sangre. La distancia se mide según el largo de la espada. Los plebeyos no pueden aproximarse a más de tres largos de espada (aproximadamente, tres metros y medio) sin que se les llame la atención, mientras que los guardias pueden acercarse a su señor a la distancia de dos largos de espada. Los guardias apreciados, tenientes y nobles de bajo rango se sitúan justo fuera del alcance de una espada. La mayor proximidad y el espacio más íntimo quedan reservados para los amantes, los juguetes sexuales y los enemigos mortales. El hithuan no es aplicable a los esclavos, ya que se espera de ellos que derramen su sangre según el capricho de los druchii.

Hushalta: Espeso líquido acre, llamado también «leche materna», hecho con extracto de plantas procedentes de Tdea y sustancias alcaloides de las montañas de Naggaroth. Esta bebida induce un sueño profundo caracterizado por vividas pesadillas y alucinaciones que perduran al despertar, aunque también acelera el proceso de curación de los druchii. Las dosis elevadas pueden acarrear pérdida de memoria e incluso demencia si se consume durante períodos de tiempo prolongados.

Kheitan: Gambeson grueso de cuero y tela que los elfos oscuros llevan sobre los ropones, y que llega hasta los muslos. Por lo general, se cubre con una cota de fina malla (en situaciones sociales) o con un peto articulado (en la guerra), y proporciona una protección adicional, así como aislamiento térmico.

Maelithii: Espíritus malevolentes, supuestamente los fantasmas de druchii que ofendieron a la Madre Oscura y fueron condenados a vagar por la tierra hasta el fin de los tiempos. Se alimentan de la sangre de los vivos y no puede herírseles como no sea con el contacto del hierro frío. En ocasiones, son usados por poderosos brujos como amigos y guardianes.

Nauglir: Literalmente, «gélido». Nombre druchii para los enormes depredadores parecidos a lagartos que se encuentran en las cavernas del subsuelo de Hag Graef. Aunque los humanos los consideran erróneamente como reptiles grandes, los nauglirs son, de hecho, parientes lejanos de los dragones, y los nobles los usan como caballería y monturas de caza.

Raksha: Uno de los muchos nombres que los autarii dan a los muertos inquietos. En este caso, el nombre se refiere específicamente a espíritus vengativos que hacen presa en los vivos.

Sa'anishar: Contracción de la orden «¡escudos y lanzas!», forma habitual de que una formación se prepare para la acción. Los señores druchii usan frecuentemente la frase como orden general de atención.

Urhan: Literalmente «supremo», el título de un jefe de clan autarii.

Vaulkhar: Literalmente, «el que hace cadenas», título que ostenta el señor de la guerra del ejército de un drachau. El título procede del derecho del señor de la guerra

a esclavizar: en lugar de matar a los prisioneros o cobrar rescate por ellos, puede convertirlos en esclavos si así lo desea.

Vauvalka: Literalmente, «creadores de sombras». Son practicantes ilegales de las artes oscuras que pueden despertar a espíritus enfurecidos y lanzarlos contra los rivales de un druchii... por un precio.